
ARIANA V. ANDREWS
NUEVAS NORMAS
viejas heridas
Mi nuevo jefe, mi ex

NUEVAS NORMAS

viejas heridas

ARIANA V. ANDREWS

© 2024, Ariana V. Andrews

Título: Nuevas normas, viejas heridas

ISBN: 9798300406462

Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen

Maquetación y composición: Anne K. Austen

@annekausten

booksbyannekausten.com

annekausten@gmail.com

https://www.facebook.com/Anne—K—Austen

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

CONTENIDO

1. De haberlo sabido, no hubiera venido
2. El pasado huele peor que ese pescado olvidado en tu nevera
3. Hablemos de campañas... y rencores
4. El arma secreta de Matías y su póker face
5. Bienvenido a la montaña rusa de sarcasmos y silencios incómodos
6. Lo que nunca vi venir. Y no, no es una metáfora.
7. El traje, las llaves... y la curiosidad (no tan) inocente
8. ¿Por qué no te casas tú con él, mamá?
9. Demasiado cerca para pensar con claridad
10. Velas, coronas y verdades incómodas
11. Feliz Cumpleaños: Tarta, Piñatas y machitos.
12. Globos y egos desinflados
13. Juega con fuego… y sin bragas
14. Diez besos, una propuesta y cero bragas: Día normal en la oficina
15. El Arte de Marcar Territorio en la Oficina
16. ¿Un Marido Perfecto? No Gracias, mamá
17. Cuando el pasado te pone caliente
18. Cuando besar al jefe complica el currículum
19. Networking, champán... y un reto bajo la mesa
20. Una oferta con palomitas que no podrás rechazar
21. Algo más que mafia en el sofá
22. Guerra de pesos y egos: que gane el mejor levantador
23. De ofertas que desaparecen y otros misterios del universo laboral
24. Hoy ganas tú, mañana ya veremos
25. Guerra fría en la oficina: Marina 1, Matías 0
26. El arte de cagarla con estilo (y con Matías mirándote)

27. Cuando tu hija es mejor consejera amorosa que tú
28. No es una cita, solo me estás torturando con preguntas
29. Debería odiarte... pero qué pereza
30. Exploración casual... No espionaje, obviamente
31. Éxito, egos y un Matías que impone (demasiado)
32. Una proposición indecente
Epílogo
Agradecimientos

1

De haberlo sabido, no hubiera venido

Hoy tengo una de esas corazonadas que hacen que el café te sepa a rayos desde el primer sorbo. Ya sabéis, ese mal presentimiento que te grita: «Corre, huye, invéntate una gastroenteritis fulminante, cualquier cosa menos enfrentarte a lo que estás a punto de hacer». Pero claro, no me hago caso. Nunca me hago caso. Profesional, ante todo, Marina.

Desde que Nadia, la Directora Suprema de Todo lo Irritable, mandó el correo con el asunto «reunión urgente» para presentarnos a alguien que, según ella, iba a cambiar el rumbo de la agencia, me lo olí. Cuando Nadia dice «cambiar», quiere decir «preparaos, esto empeorará».

Entro en la sala con el mismo entusiasmo con el que afrontaría una colonoscopia. Es lunes, hace frío, mi camisa tiene una arruga imposible de ocultar y alguien que yo me sé ha decidido que mi perfume favorito huele mejor en la alfombra... y en la mesa del desayuno... y, aparentemente, también en la tortuga. Un éxito total.

Eva y Pablo ya están sentados, cruzando gestos de inquietud. Algo huele mal.

—¿Sabéis qué pasa? —pregunto mientras tomo asiento. Pero antes de que puedan decir nada, la puerta se abre y entra Nadia, sonriente como si acabara de encontrar la forma de conseguir la paz mundial en diez sencillos pasos.

Si eso no es una señal de alarma, no sé qué lo es.

—¡Equipo! —exclama, su voz cargada de esa energía que solo alguien que no está en su sano juicio tiene—. Hoy tenemos una reunión muy especial.

Los ojos de Pablo y Eva se mueven hacia mí. Nadie sabe exactamente qué está pasando, pero todos sentimos esa vibra de que algo gordo está a punto de ocurrir.

Me cruzo de brazos y observo en silencio. Nadia sonríe como si hubiera conseguido el trato del siglo y eso me pone nerviosa. Ha estado soltando frases vagas sobre una «gran oportunidad» desde hace días, pero nunca ha dado ningún detalle. Hasta hoy, parece.

—Nuestra agencia ha sido absorbida por Hunter Solutions, una de las empresas tecnológicas

más punteras del mercado —dice, haciendo una pausa dramática, como si eso nos fuera a llenar de entusiasmo.

Me congelo. Absorbido**.** La misma palabra que usarías para describir un agujero negro tragándose tu vida.

—¿Cómo? —pregunto, porque mi cerebro no lo está procesando del todo—. ¿Así, sin más? ¿Como si fuéramos... no sé, un pack de oferta?

Nadia pone los ojos en blanco, como si mi reacción fuera adorablemente estúpida.

—¡Vamos, Marina! Es una oportunidad fantástica. Hunter Solutions es el futuro. Y ahora trabajamos exclusivamente para ellos. ¡Qué suerte tenemos!

Suerte, claro. La misma suerte que tienen los ratones cuando encuentran el queso en la trampa.

—Fantástico —murmuro, sin molestarme en ocultar la ironía. Me recuesto en la silla y cierro los ojos por un segundo. Hunter Solutions. No me suena de nada.

Hasta que la puerta se abre de nuevo. Y lo veo.

Matías Hunter. Hunter Solutions. Claro. Por supuesto. ¿Cómo puedo ser tan idiota al creer que las coincidencias son solo coincidencias?

Juro que el tiempo se detiene, mi corazón da un vuelco y después se queda atrapado entre dos latidos, como si no supiera si correr o quedarse a ver cómo me muero lentamente. Porque ahí está él.

Matías. Mi Matías. No. El Matías que se fue. El Matías que rompió todo lo que éramos cuando decidió largarse a Estados Unidos hace ocho años.

Y, maldita sea, ahora está aún más jodidamente atractivo. De esos que te quitan el aliento sin pedir perdón. Entra con esa calma que solo puede tener alguien que está convencido de que el mundo le pertenece.

Impecable.

Vestido como un maldito CEO de revista, acompañado de un hombre más joven, probablemente su asistente. No me mira al principio. Pero cuando lo hace... cuando esos ojos azules, fríos como el Atlántico en pleno invierno, se clavan en los míos, siento un escalofrío recorrerme la espalda. Nunca me había mirado así.

Frialdad. Eso es lo que veo. Ni un rastro de emoción. Ni un destello de reconocimiento. Solo una indiferencia cortante. Como si lo que tuvimos nunca hubiera existido. Como si yo no fuera

más que otra empleada a la que controlar.

Se sienta en la cabecera de la mesa, junto a Nadia, que sigue parloteando sobre lo maravillosa que será esta colaboración, sin darse cuenta del pequeño drama que acaba de estallar en mí.

—Os presento a Matías Hunter, el CEO de Hunter Solutions —anuncia, orgullosa, como si hubiera conseguido que Elon Musk viniera a darnos una charla motivacional.

—Gracias, Nadia —dice él, con su voz grave y profunda, proyectando el tipo de autoridad que no necesita gritar para ser obedecida—. Antes de empezar a hablar del proyecto en detalle, hay algo que quiero que tengáis en cuenta. —Señala a su asistente, que empieza a repartir documentos—. Este es un acuerdo de confidencialidad. Lo que discutamos en esta sala no puede salir de aquí.

Mi cabeza sigue dando vueltas. Absorbidos por Hunter Solutions. Absorbida por Matías Hunter. Y este no es el Matías que me sonreía. Este es el Matías que controla y me ignora. Todo sea dicho.

—El software que hemos desarrollado tiene un potencial enorme, pero también es extremadamente sensible —continúa—. No podemos permitir que la información se filtre, especialmente en esta fase. Necesito que todos firméis este documento antes de continuar.

Mi mano tiembla un poco cuando el asistente me entrega el papel, pero lo disimulo colocando la carpeta encima de la mesa. Un documento de confidencialidad. Claro. Matías siempre fue de los que lo no dejaba nada al azar.

Nadia, por su parte, está encantada de presentarnos uno a uno, como si fuéramos cachorros en una exposición canina.

—Y aquí tenemos a Marina Blanco, nuestra directora creativa —dice, dirigiéndose a Matías con una sonrisa que parece más falsa que nunca—. Ella será tu principal contacto para la campaña. Marina tiene un talento especial para comunicar sobre productos tecnológicos complejos y no tengo ninguna duda de que hará un trabajo excepcional en este proyecto.

Mi nombre flota en el aire, pero Matías ni pestañea. Si le afecta, lo disimula de maravilla.

—Marina —dice simplemente, sin cambiar el tono ni el gesto—. Debes saber que soy un jefe muy exigente. No tolero ni errores ni distracciones.

Le regalo una sonrisa. Vaya que sí. No es que me sienta generosa, pero quiero dar la sensación de absoluta serenidad e indiferencia que él.

—Tranquilo —respondo, con un sarcasmo que siempre se me escapa—. Estoy acostumbrada a las expectativas imposibles.

Sus ojos se detienen en los míos, un segundo más de lo necesario. Sé que está preparando algo, lo huelo. Y no tarda en soltarlo.

—No pido imposibles, nunca lo hago. —Su tono es suave, controlado, pero hay algo más. Ese algo que solo los dos entendemos—. Pero sí algo de fidelidad, compromiso... y paciencia.

Ahí está. La pulla. El golpe bajo disfrazado de profesionalismo. Como si solo hablara de la campaña, pero ambos sabemos que va más allá. Fidelidad. Compromiso. Paciencia. Todo lo que, según él, no tuve cuando él se fue.

Sonrío aún más, fingiendo que no me ha tocado ni un pelo, aunque el aire entre nosotros se ha vuelto espeso. Matías mantiene su mirada fija en mí, esperando, como si ya supiera que tengo algo que decir. Siempre espera algo de mí.

—Dame algo sólido, Matías, y te lo daré. —Lo digo como si fuera una frase más, inocente del mundo, casi profesional, pero el mensaje está ahí, escondido bajo la superficie—. Yo no soy de las que espera por esperar.

—Supongo que depende de lo que esperes al final del camino, ¿no? —responde, inclinándose ligeramente hacia delante—. A veces las mejores cosas llegan a quien sabe tener resistencia y confianza.

Touché.

La sutileza de su comentario no me pasa desapercibida. Siempre ese toque de superioridad, como si él fuera el único que supiera cómo manejar las cosas.

—Espera, ¿no era esto un contrato de confidencialidad? —digo, fingiendo confusión mientras mis ojos se fijan en los suyos—. No tendré que firmar una condena perpetua de espera eterna, ¿verdad?

Noto cómo Pablo y Eva me miran desde el otro lado de la mesa, como si estuvieran siguiendo un partido de tenis. Los veo intercambiar un vistazo rápido, intentando procesar lo que acaban de escuchar, pero nadie dice nada. Es una reunión de trabajo, ¿verdad?

Matías me observa en silencio por un segundo, como si estuviera disfrutando de la situación, midiendo su próxima jugada. Entonces, sin perder ni un ápice de su compostura, inclina la cabeza ligeramente, y con un tono suave y calculado, dispara:

—No te preocupes, Marina. Yo siempre me aseguro de que mis contratos incluyan cláusulas

claras. —Hace una breve pausa, dejando que sus palabras se filtren en el ambiente antes de continuar, con una sonrisa apenas perceptible—. No suelo ofrecer esperas eternas. Solo oportunidades que algunos no saben aprovechar.

Touché, otra vez. Maldita sea.

Intento mantener la compostura, pero ese golpe me ha picado más de lo que me gustaría admitir. Arrogante. Soberbio. Insoportable. Y, joder, sigue siendo increíblemente bueno en este juego.

Nadia está inmóvil, con una ceja levemente levantada, intentando procesar si ha sido testigo de una puñalada verbal o de una simple observación profesional.

Firmo el maldito documento de confidencialidad y se lo paso a su asistente. Un clon perfecto del ejecutivo junior estándar: joven, con un peinado que parece haber salido directamente de una revista de moda y una sonrisa tan impoluta como su traje. Probablemente el tipo que no bebe café, sino batidos de proteínas con huevos crudos. Se mueve con precisión, repartiendo documentos sin hacer ruido, con una eficiencia que da escalofríos. Probablemente llama a su madre los domingos y nunca ha tenido una resaca en su vida.

Matías no parece darle ni media mirada, pero yo noto cómo todo en su equipo está calculado. Incluso el pobre asistente, que, a pesar de no haber dicho ni una palabra, ya me cae mal. Pero claro, aquí nadie está para hacer amigos.

Justo entonces, Javier entra en la sala, tarde, como de costumbre, pero con esa actitud despreocupada que siempre le funciona. Se sacude su chaqueta otoñal con una sonrisa torcida, como si acabara de salir de una película de los años cincuenta.

Javier. El encantador de serpientes. A veces me pregunto si ha nacido así o si es el resultado de demasiadas telenovelas en su adolescencia. Se sienta a mi lado, tan relajado como siempre, y me lanza un vistazo rápido mientras asimila la escena.

—¿Me he perdido algo o he llegado justo a tiempo para ponerle un poco de vida a esta fiesta?

—Estás de suerte —le murmuro—. Hunter Solutions nos acaba de absorber. Ya sabes, como un agujero negro, pero con más papeleo.

Él se ríe suavemente, inclinándose hacia mí, sin dejar pasar la oportunidad para soltar una de las suyas.

—Ya lo veo. Menuda suerte la mía, compartir la catástrofe contigo. Quizá podamos compartir algo más luego, ¿no?

Matías alza una ceja desde el otro lado de la mesa, pero no dice nada. Lo que me queda claro es que el radar de Javier para detectar tensión ha vuelto a fallar esta vez. Como siempre, él se pasea entre lo profesional y lo personal con una facilidad irritante. Y no solo conmigo, con todas. Y cuando digo todas, es todas. Es una máquina de coquetear. Pero no puedo evitar sentir un leve alivio por su presencia. Javier es como un descanso de los dramas intensos, aunque a veces sea él mismo quien los provoca.

—Tendrás que hacer cola, Javi —le suelto con una sonrisa irónica, cruzando los brazos—. Aunque, conociéndote, seguro que sabes cómo saltártela.

*****

Solo cuando Javier también ha firmado su contrato de confidencialidad. Matías retoma la palabra.

—Ahora que eso está resuelto. Vamos a hablar de lo que espero de vosotros.

Se inclina hacia delante, apoyando las manos sobre la mesa. Su mirada recorre a todos los presentes. Somos una plantilla pequeña, apenas unos diez en total, pero de alguna forma siento que su atención está puesta únicamente en mí.

—Este software tiene el potencial de transformar la industria manufacturera. La inteligencia artificial puede automatizar fábricas enteras, reduciendo errores humanos y tiempos de producción, lo que significa más eficiencia y, por supuesto, más beneficios. Es un producto altamente técnico, y necesito que esta campaña lo haga comprensible para todo tipo de inversores.

Eso es justo lo que hacemos bien en esta agencia. Traducimos este tipo de cosas tan técnicas a un lenguaje que el resto del mundo pueda entender y quiera adquirir.

—A partir de ahora, trabajaréis exclusivamente para mi empresa. Necesito una campaña que lo posicione adecuadamente. No puedo permitirme errores ni retrasos. Os trasladaréis a unas nuevas instalaciones en el mismo edificio que Hunter Solutions —dice de pronto, como si fuera lo más natural del mundo—. Vuestra oficina actual no es suficiente para este proyecto y quiero tener todo bajo control. Estaremos trabajando muy cerca.

Nadia aplaude emocionada.

—¡Estupendo! Esto va a ser increíble. Marina, trabajarás codo con codo con Matías y su equipo para todo lo relacionado con la campaña. ¡Un sueño hecho realidad!

Sí, qué guay. Estoy que meo purpurina de la emoción.

2

El pasado huele peor que ese pescado olvidado en tu nevera

Deja que te ponga en antecedentes. Matías y yo nos conocimos en la universidad, y no, no fue un flechazo ni nada de eso. Iba un curso por encima del mío, pero, por alguna razón cósmica que no entendía, nos cruzábamos en todas partes. Y cuando digo en todas partes, es literal. Cafetería, biblioteca, pasillos, la fiesta más absurda de un jueves por la noche… Aparecía hasta en mis sueños, para que te hagas una idea.

Al principio pensé: «Bah, coincidencias». Pero claro, con el tiempo entendí que el cabrón lo hacía a propósito. Y no es que lo hiciera mal, ¿eh? Matías era ese tipo de tío que no necesitaba hablar demasiado para que todo el mundo lo notara. Frío, reservado, brillante y con una arrogancia que, en su justa medida, te hacía querer darle una bofetada y un beso al mismo tiempo. Vamos, el pack completo.

Lo nuestro fue evolucionando, como esas relaciones que ni sabes cómo empiezan, pero de repente ahí estás, con el corazón y el cerebro a punto de explotar. Yo lanzaba comentarios sarcásticos, y él... bueno, él me miraba como si ya lo supiera todo. Y eso me cabreaba y me encantaba al mismo tiempo.

Nos enamoramos. O bueno, lo que fuera aquello al principio. No sé si era amor o simple química y dos copas de más en las fiestas de fin de curso, pero ahí estábamos. Matías y yo. Un puto desastre esperando a ocurrir.

Él iba a ser grande, lo sabíamos todos. Ya sabes, el típico genio que acaba revolucionando el mundo mientras tú sigues en el sofá viendo series con una manta. Y entonces, llegó la oportunidad de su vida: un máster en Estados Unidos. El sueño húmedo de cualquier ingeniero.

El hecho de que su padre viviera en Nueva York y fuera un pez gordo de esos que salen en las noticias ayudaba bastante. Matías tenía la mitad de la vida hecha o al menos eso parecía. Su madre, española hasta la médula y él, mitad y mitad. Supongo que esa mezcla lo hacía aún más interesante. Pero entonces se largó. A por su futuro, claro. Y me dijo que todo iba a estar bien.

Que podíamos con la distancia.

Spoiler alert: no pudimos.

Al principio, muchas videollamadas, mensajes, fotos tontas a las dos de la mañana… Lo de siempre. Pero, como todo en la vida, la emoción se fue desinflando. Primero las visitas empezaron a espaciarse, luego los mensajes se convirtieron en respuestas automáticas y al final solo quedaba el eco del «ya te llamaré».

Y entonces lo dejé. No fue un gran drama, no me pilló llorando con «Corazón partío» de fondo ni nada de eso…

Mentira. Me deshice en lágrimas en el sofá, tuve que arrancármelo del pecho para seguir adelante, pero, seamos sinceros, lo nuestro ya estaba más muerto que el gato de *Schrödinger*. Y si algo he aprendido en esta vida es que hay que saber cuándo soltar la cuerda antes de que te ahorques con ella.

Me cansé de ser la idiota que esperaba algo que nunca iba a volver. Me cansé de ser la que siempre daba más. Y, sobre todo, me cansé de fingir que todo estaba bien cuando él estaba a kilómetros de distancia, viviendo su vida mientras yo me quedaba estancada.

Y ahora, aquí estamos. Ocho años después, pretendiendo que somos dos personas adultas y profesionales que nunca compartieron nada importante antes de este proyecto. Igual fue así. Solo fueron casi cuatro años de toda una vida. Pero nunca he vuelto a durar tanto con otro tío.

Y lo peor. Lo peor es que, aunque me cueste admitirlo, Matías sigue siendo el mismo cabrón brillante, controlador y guapo como el infierno. Y a mí me sigue molestando más de lo que debería.

*****

Me quedo de pie frente a la mesa de mi nueva oficina como si estuviera plantando bandera en territorio enemigo. No es que esté en las Torres Kio, ni nada por el estilo, pero vamos, la decoración minimalista y el olor a limpio gritan «corporativo». Un sitio perfecto para ahogarte en el Excel de la vida.

El logo de Hunter Solutions está por todas partes, y me recuerda que ahora mismo soy una inquilina indeseada en el imperio de Matías. No hay duda de quién manda aquí, y desde luego no soy yo. Qué maravilla.

Empiezo a colocar mis cosas, lo justo para no parecer una nómada. Un boli que acabaré mordiendo, un cuaderno en el que apuntaré notas incompresibles incluso para mí y una botella de

agua que, como siempre, me acabaré olvidando. Organización a lo Marina Blanco. Mi intento desesperado de personalizar este espacio sin perder del todo mi dignidad. Lo normal.

El silencio es cómodo hasta que Eva aparece en la puerta con su habitual alegría. Tan optimista que me agota solo de verla. Qué suerte la suya, tener esa energía tan temprano.

—¡Vaya oficina te han dado! —me suelta, entrando sin preguntar, como si nos hubieran asignado la misma habitación de hotel—. ¿Qué tal las vistas?

—Estupendas, no te imaginas la panorámica —respondo con mi tono más sarcástico—. Puedes ver perfectamente cómo las esperanzas y los sueños caen en picado.

Eva suelta una risita, sin entender del todo que hablo en serio.

—Anda ya, no seas exagerada. Esto es un lujo. Estar tan cerca del CEO… ¡es un honor! —me dice, como si trabajar a dos metros del tipo que te rompió el corazón fuera el sueño de cualquiera.

—Sí, bueno, un honor del que prefiero no abusar —respondo, mientras coloco mi bolso en el cajón de la mesa.

—Madre mía, cómo impone, ¿eh?

—No te haces una idea, Eva —le respondo, dejando escapar un suspiro—. No te haces una idea…

—Es tan guapo…

—¿Sí? No me he fijado —le respondo, encogiéndome de hombros.

—Por favor, si casi se te salen los ojos de las órbitas cuando lo viste entrar el otro día —dice, señalándome con una sonrisa pícara.

—Pero… por otras cosas. Acababa de morderme la lengua.

Eva me lanza una mirada entre divertida y escéptica, como si no se creyera ni una palabra de lo que acabo de decir. Y claro, tiene razón.

Matías... cómo describirlo. No es el típico guaperas, no o tal vez sí. No estoy segura. Siempre he sido despistada para estas cosas.

Para mí es más bien de esos tipos que, cuanto más lo miras, más te das cuenta de que lo suyo no es solo cara bonita, es presencia. Alto, con esa espalda ancha que parece hecha a medida y una mirada que… te atraviesa, te remueve todo por dentro y te hace replantearte toda tu existencia. Esa jodida actitud, la que te deja claro que él ya ha ganado la partida y ni siquiera le

hace falta mover un músculo para conseguir lo que quiere. Y eso que tiene músculos que podrían moverse muy bien, ¿eh?

Lo de irse a Estados Unidos ha parecido más un viaje para perfeccionarlos, que para a hacer el máster. Se pasó esos años puliéndolos como si fueran obras de arte. Vamos, que a estas alturas debe tener tanto control sobre ellos como sobre la misma empresa.

Seguro que en cada clase de ese máster le daban una lección de «cómo ser el mejor en todo sin sudar una gota», y mira, lo clavó.

*****

Eva sigue mirándome con esa expresión que mezcla diversión y curiosidad, como si estuviera esperando que suelte algo más jugoso.

—¿Sabes? —dice, cruzándose de brazos y apoyándose en el marco de la puerta—. A mí me da que aquí hay algo que no me has contado.

La miro de reojo, sabiendo perfectamente que no va a soltar el hueso tan fácilmente.

—¿Qué quieres que te cuente? —le respondo con mi tono más inocente mientras coloco un post-it en la esquina de la mesa, que probablemente jamás miraré.

Eva no compra mi acto. Y la verdad es que no me sorprende. Me conoce demasiado bien.

—Vamos, Marina. Está clarísimo que aquí hay algo raro. Me lo huelooo... —Hace un gesto exagerado con las manos, como si estuviera captando un misterio en el aire—. Parece que entre vosotros hay más tensión que en un *Derbi* —suelta medio en broma, medio en serio.

—Cierra la puerta —digo finalmente, soltando un suspiro.

Ella, sin decir una palabra más, lo hace con rapidez y se sienta en la silla frente a mí, como si estuviera a punto de presenciar el mayor chisme de la historia.

—Vale, aquí va… Matías es mi ex —digo, sin rodeos. Lo suelto de golpe, como arrancarme una tirita. Y aunque han pasado años, decirlo en voz alta me sigue resultando extraño.

Eva se queda con la boca abierta durante un segundo, parpadeando rápidamente, procesando lo que acabo de decir. Luego explota.

—¡¿Cómo que es tu ex?! ¡¿El nuevo jefe?! —Me mira como si acabara de decirle que soy un espía internacional.

—Sí, Eva. Estuvimos juntos hace ocho años —respondo, recostándome en la silla—. Y

créeme, no es tan emocionante como suena.

—¡¿Cómo no me lo habías dicho esto antes?! —me pregunta, aún con los ojos como platos —. ¡O sea, vas a trabajar a un metro de tu ex y ni una palabra!

Me encojo de hombros, intentando restarle importancia.

—Porque, no sé… no era algo que quisiera airear precisamente. Tampoco es que esté para celebrarlo, ¿sabes? —le digo, rodando los ojos—. Las cosas entre nosotros se enfriaron de forma brusca.

Eva se me queda mirando, y puedo ver cómo las preguntas le arden en la cabeza. Pero, para su crédito, no empieza con el interrogatorio... aún.

—Madre mía, Marina… Eso sí que es fuerte. ¿Y qué se supone que vais a hacer ahora? —pregunta finalmente, con algo más de seriedad en la voz.

—Pues lo que hacemos los adultos: fingir que todo está bien, que no pasó nada y que somos seres humanos civilizados —respondo, con un toque de sarcasmo—. Básicamente, sobrevivir.

Eva me mira con cara de incredulidad y suelta un suspiro, apoyándose en el respaldo de la silla.

—Tía, si yo tuviera que trabajar con mi ex… Bueno, no sé qué haría. Probablemente me encerraría en el baño cada dos horas.

Me río, pero la verdad es que no está tan lejos de la realidad.

—Créeme, lo he pensado. Pero bueno, aquí estamos. Y no queda otra. Habrá que lidiar con ello.

Eva me observa unos segundos en silencio y luego, para mi sorpresa, sonríe.

—Bueno, si alguien puede con esto, eres tú, Marina.

—Gracias por la confianza, pero la verdad es que me vendría mejor un *Gin Tonic* —bromeo.

Eva se ríe y, después de un último vistazo curioso, se aparta de la silla.

—Bueno, vale, no te agobio más. Pero, chica, en serio, eres mi heroína.

La observo mientras se dirige a la puerta, agradecida de que no haya insistido más, al menos por hoy. Pero sé que no ha terminado. Eva nunca deja un buen chisme a medias.

—No se lo digas nada a nadie, ¿eh? —le advierto antes de que salga.

Eva me mira por encima del hombro y me lanza una sonrisa traviesa.

—Tranquila, esto me lo guardo... por ahora —dice con un guiño, y desaparece por la puerta.

3

Hablemos de campañas... y rencores

Entro en la sala de reuniones con mi portátil en la mano y una sonrisa que he practicado tres veces frente al espejo antes de salir del despacho. Matías ya está allí, sentado al final de la mesa, revisando unos papeles como si el mundo dependiera de ello. Tan concentrado, tan perfecto, que parece que ni me ha visto entrar. Aunque sé que lo ha hecho. Siempre lo hace.

—Marina —dice, sin levantar la vista—. Siéntate.

Directo. Frío. Ni un «hola» ni un «cómo va todo». Lo suyo es ir al grano, y eso no ha cambiado en absoluto. Qué sorpresa.

—Gracias por convocarme tan pronto —respondo, tomando asiento frente a él, como si esto fuera la reunión más casual del mundo.

Matías deja los papeles a un lado y por fin levanta la mirada. Y ahí está. Esa mirada azul que te atraviesa, esa que te hace sentir que te está analizando hasta los huesos.

—Tenemos poco tiempo. Y quiero dejar claro desde el principio que no voy a aceptar nada que no esté a la altura. Este proyecto es prioritario para la empresa, y cualquier error en la campaña nos costaría millones. Así que... —hace una pausa, apoyando los codos en la mesa y cruzando los dedos frente a él—, quiero escuchar tu enfoque.

Perfecto. Sin presión, claro.

—Por supuesto —respondo, intentando que mi tono suene lo más profesional posible mientras abro el portátil. Miro la pantalla, haciendo tiempo para organizar las ideas en mi cabeza y controlar ese pequeño temblor en las manos—. El objetivo principal es presentar el software de manera accesible, pero sin perder la complejidad del producto. Queremos que las empresas vean no solo las ventajas en términos de productividad, sino cómo Hunter Solutions va a revolucionar la automatización de procesos industriales.

Matías no asiente ni me interrumpe. Solo me mira. Y ese silencio, ese maldito silencio, empieza a ponerme nerviosa.

—En cuanto a la campaña, la clave será combinar datos técnicos con una narrativa que hable directamente a los tomadores de decisiones —continúo, intentando no parecer afectada por el ambiente de tensión que se siente en la sala—. El enfoque será muy visual, con ejemplos prácticos que demuestren cómo funciona el software en escenarios reales.

Matías guarda silencio absoluto, sin una sola palabra o señal de si le gusta mi propuesta o si planea despedirme en el acto. Solo se queda ahí, observándome. Y siento que el aire en la sala se vuelve más denso cada segundo que pasa.

Finalmente, después de lo que parecen horas de análisis silencioso, se recuesta en la silla y cruza los brazos, pero sigue mirándome como si estuviera decidiendo mi destino.

—Sigue —dice al fin.

Genial. Todo en plan inquisidor medieval.

—Vamos a plantear una serie de vídeos promocionales —añado, tratando de no perder el hilo—. Algo breve, pero contundente. Mostrar casos de éxito con datos claros y gráficos atractivos. Que sea fácil de digerir pero que al mismo tiempo muestre el impacto directo del producto en la industria.

Matías asiente ligeramente, y eso me da un pequeño respiro. Pero entonces se inclina hacia adelante otra vez, entrelazando las manos sobre la mesa.

—El enfoque está bien —dice, y siento alivio, aunque breve, antes de que añada—, pero no es suficiente.

Ahí está. Lo que siempre viene después de cualquier comentario positivo con Matías. El «pero».

—Necesito algo más que datos claros y vídeos atractivos, Marina. Quiero que entiendan que Hunter Solutions no es una opción: es la única solución si quieren sobrevivir en este mercado. Quiero que se desesperen por tenernos en su producción, que piensen que no podemos faltar en su futuro. Si no logramos eso, habremos perdido el tiempo —dice, con una calma que hace que me hierva la sangre, pero lo disfrazo con una sonrisa profesional.

—Entendido —respondo, y luego, con mi tono más sarcástico, añado—. Vamos, que se desesperen por tener tu producto y puedan sustituir a todos sus trabajadores por tecnología que nunca hará huelga ni pedirá vacaciones.

Matías se queda en silencio por un segundo, pero no me pierdo el ligero levantamiento de su ceja. Siempre lo mismo: cuando no le gusta algo, esa ceja es la primera en delatarlo.

—No es tan simple —responde, mirándome fijamente, como si estuviera a punto de darme una clase magistral—. Lo que estamos ofreciendo no es para reemplazar a los trabajadores, sino para mejorar su productividad y eficiencia. Con la inteligencia artificial, las fábricas van a optimizarse, reducir errores humanos, y eso va a permitir que los empleados se centren en tareas más complejas. Al final, los salarios subirán porque estarán más cualificados y mejor preparados. Es un cambio de enfoque, no una sustitución.

Me lo quedo mirando, porque claro, el discurso lo tiene más que ensayado. Es como si hubiera estado esperando que yo saltara con ese comentario para desplegar su gran discurso corporativo sobre lo buena que es la inteligencia artificial. Una maravilla, claro.

—Ya, suena genial en el *PowerPoint* —respondo, sin poder evitar que la ironía se me escape —. Pero mientras tanto, me estás diciendo que un montón de trabajadores van a ver cómo sus puestos se desvanecen porque, de repente, la tecnología lo hace todo mejor que ellos.

—Marina —dice mi nombre con una calma forzada, como si intentara no perder la paciencia —, si no crees en el producto, no vas a poder hacer una buena campaña. Es así de sencillo. Este software no es el enemigo. Lo que estamos ofreciendo es la única manera de que estas fábricas sean competitivas. Si no se adaptan, desaparecerán. Es la realidad del mercado.

Lo miro, y sé que en cierto modo tiene razón. Pero una parte de mí no puede evitar ver el otro lado de la moneda. El lado donde la gente normal, la que no tiene un máster en inteligencia artificial ni un CEO de padre, se queda sin trabajo.

—Claro, es la realidad del mercado, pero esa realidad no es tan maravillosa para la gente que trabaja en esas fábricas. No todos pueden convertirse en ingenieros de software de la noche a la mañana. ¿Qué les decimos? «Venga, a reciclarse todos, que ahora las máquinas os hacen el trabajo mejor y más rápido»

La intensidad de su mirada me tensa, pero mantengo la compostura y no aparto los ojos. No le voy a dar esa satisfacción.

—No se trata de quitarles el trabajo —insiste—. Se trata de evolucionar con el mercado. Si te quedas en el pasado, pierdes. Y si las fábricas pierden, pierden todos. Es un ciclo. La tecnología no va a detenerse solo porque a algunos les incomode.

Me cruzo de brazos, sin soltarle la mirada.

—¿Y qué? ¿Nos subimos al tren porque si no nos aplasta? —le lanzo, sabiendo que lo estoy provocando, pero sin poder evitarlo—. Porque a mí me suena a que estamos obligando a la gente a adaptarse a algo que ni siquiera eligieron.

Matías suelta un suspiro, y noto cómo su paciencia está empezando a agotarse. Pero, claro, como siempre, lo disfraza de calma.

—Sí, Marina. Nos subimos al tren o nos aplasta. Esa es la realidad. Si las empresas no avanzan, desaparecen. Y entonces no solo perderán sus trabajos, perderán todo. Lo que estamos ofreciendo es una oportunidad para mejorar, para ser más competitivos, para que estas fábricas no solo sobrevivan, sino que prosperen.

—Ah, claro, prosperidad para todos... menos para los que se quedan en la cuneta —murmuro, antes de poder detenerme.

Matías me lanza una mirada afilada.

—Si sigues pensando así, va a ser muy difícil que consigas transmitir el mensaje correcto. No puedes vender algo en lo que no crees.

Me quedo callada por un segundo. Sé que tiene razón en eso. Si yo misma no soy capaz de creer en ello, ¿cómo voy a convencer a otros? Pero también está el hecho de que, aunque tenga razón en lo práctico, sigo sin estar convencida del todo en lo moral.

—Esto no es nuevo, Marina. Ya ha ocurrido antes. La gente también se asustó cuando llegaron las máquinas de vapor, las líneas de ensamblaje y los ordenadores, incluso el automóvil, ¿Y qué pasó? Nos adaptamos. La tecnología siempre avanza, y siempre habrá quien le tenga miedo. Pero no podemos quedarnos atrás solo porque a algunos decidan que no es algo bueno. El miedo no puede guiar las decisiones de una empresa. ¿Crees que Ford se detuvo a pensar si los que hacían coches a mano perderían su trabajo cuando inventaron la cadena de montaje?

—Ah, claro, la revolución industrial fue un picnic para todos, ¿no? —le respondo, con un toque más ácido de lo que pretendía—. Y ahora tenemos que hacer lo mismo otra vez, pero con robots más listos que nosotros. Dímelo otra vez cuando las inteligencias artificiales controlen el mundo y nos conviertan en sus esclavos.

—¿Es eso lo que realmente piensas? —pregunta, con una voz más baja, casi susurrante—. ¿Que todo esto no tiene sentido? ¿O es solo que sigues buscando una excusa para estar en desacuerdo conmigo?

Me quedo helada. Porque ahí está, la parte que más temía de esta conversación: que de repente se volviera personal.

—No se trata de ti, Matías —respondo, manteniéndome firme, aunque sé que él puede leer entre líneas con esa maldita facilidad que tiene—. Esto va de la campaña, del producto, del impacto real que va a tener en la gente.

Matías suelta una risa seca, sin apartar la vista de mí.

—Claro, porque siempre es sobre el producto, ¿no? —dice, con un tono que ya no es una pregunta, sino un desafío—. Nunca es personal. Nunca lo fue… ¿verdad?

Le lanzo una mirada incrédula.

—¿De qué demonios hablas?

Matías se apoya en la mesa, sus ojos fijos en los míos, con esa calma controlada que sé que está a punto de desmoronarse.

—De tu falta de compromiso con todo. —Su voz es baja, pero cada palabra cae como una piedra—. Te has involucrado en este proyecto, y ahora solo pones pegas. Parece que eso es lo que mejor se te da. Echarte atrás y eludir tus promesas.

—No sé, a lo mejor soy yo —añado, con una sonrisa despreocupada que no llega a mis ojos —. Pero cuando alguien cruza medio mundo sin mirar atrás, eso no grita precisamente «compromiso». Suena más a «gracias por todo, ya te llamo cuando me apetezca».

Matías me mira fijamente, como si estuviera evaluando si de verdad creo lo que acabo de decir.

—¿De verdad crees eso? Porque desde donde yo lo veo, la que empezó a espaciar las llamadas y poner excusas para no contactar fuiste tú. —Su tono se endurece, pero no levanta la voz, como si no necesitara hacerlo para que duela—. Te cansaste de esperar.

—¿Esperar? —pregunto, arqueando una ceja—. Matías, esperar es algo que haces cuando sabes que hay algo al otro lado. Lo que tú me pediste fue un salto de fe… sin fecha de caducidad.

Él inclina la cabeza, y por un segundo, sus ojos se suavizan, pero solo lo suficiente para que su siguiente frase sea un golpe más certero.

—Fe y compromiso son lo mismo para algunos —responde, con un tono tan calmado que casi parece un desafío.

Le mantengo la mirada, intentando que no vea la pequeña grieta que se abre en mi fachada. Pero esta vez, no puedo evitarlo. Bajo la guardia por un segundo y me permito un destello de sinceridad.

—No, Matías. Compromiso es cuando ambos eligen quedarse. No cuando uno se larga y espera que el otro siga ahí, congelado en el tiempo. —Me inclino un poco hacia él, bajando la voz, lo suficiente para que solo él pueda escucharme—. Yo no me rendí. Solo decidí seguir adelante.

Matías me sostiene la mirada durante un segundo más, y por un instante pienso que la discusión ha terminado ahí, en un empate tenso. Pero de repente, veo cómo su expresión cambia, como si hubiera decidido algo en ese mismo instante.

—Vale —dice, de manera abrupta, mientras se levanta de la mesa—. Vas a venir conmigo.

Lo miro con incredulidad, confundida por el giro de la conversación.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, ahora mismo —responde, con esa voz de mando que deja claro que no está pidiendo permiso—. Quieres saber cómo funciona todo esto de verdad, ¿no? Pues te lo voy a enseñar.

4

El arma secreta de Matías y su póker face

Matías se dirige hacia la puerta y, antes de que pueda procesarlo, ya estoy de pie y siguiéndolo. No me da tiempo a negarme o pensar demasiado en lo que está pasando. Su energía es tan determinante que no puedo hacer más que caminar a su lado, preguntándome qué demonios se trae entre manos.

—Matías, ¿qué estamos haciendo? —le pregunto mientras nos detenemos delante de las puertas del ascensor y recibimos miradas curiosas de los demás empleados.

—Vas a ver lo que la inteligencia artificial puede hacer realmente, no lo que piensas que hace desde tu despacho. En directo —responde, sin dar más detalles, como si fuera lo más normal del mundo.

Las puertas del ascensor se cierran con nosotros dentro y el silencio se adueña del espacio. Matías se coloca a mi lado, tan cerca que puedo oler su colonia, una mezcla sutil pero intensa, amaderada y algo especiada, como si su aroma también quisiera imponerse en el ambiente. Está vestido de manera impecable, como siempre. Lleva un traje oscuro de líneas perfectamente ajustadas, probablemente hecho a medida. La chaqueta se ciñe a sus hombros anchos con una precisión que solo podría venir de una prenda diseñada especialmente para él. La camisa blanca destaca contra el negro del traje, y el primer botón desabrochado revela apenas un poco de piel ligeramente bronceada, insinuando una despreocupación controlada.

Es tan alto que su sola presencia llena el ascensor, y aunque no me mire directamente, percibo su atención, esa especie de vigilancia silenciosa que tiene sobre todo lo que lo rodea, incluido yo.

Estoy demasiado consciente de su proximidad, y el ascensor parece atraparnos en un bucle eterno.

Me recuesto ligeramente contra la pared, intentando marcar algo de distancia, pero él sigue ahí, quieto, impasible. Me fijo en su mandíbula marcada, ligeramente sombreada, como si se hubiera afeitado hace tres días y el rastro de su barba comenzara a asomar, algo más oscura que

su cabello, rubio oscuro. Es ese tipo de barba que, en lugar de desaliñada, le da un toque de dureza, de hombre acostumbrado a tener el control.

—¿A dónde vamos? —pregunto, rompiendo el silencio que se ha vuelto incómodamente pesado.

—Lo verás en un rato. Solo confía en mí —responde sin apartar la vista del panel de botones que acaba de pulsar, pero el tono es diferente, como si supiera que esas palabras tienen un significado más profundo de lo que parece. Confía en mí. La última vez que confié en él… bueno, ya sabemos cómo acabó la historia.

—No es tan fácil —murmuro para mí, sin querer que lo oiga. Pero claro, Matías lo hace. Por supuesto.

Gira la cabeza un poco, y en ese segundo, nuestros ojos se encuentran, esos ojos, de un azul acerado, tan fríos como el Atlántico en invierno. Es un encuentro breve, pero suficiente para que mi estómago se retuerza. Hay algo en su mirada que no reconozco del todo, algo que no encaja con la indiferencia absoluta que siempre parece tener sobre todo.

Las puertas del ascensor finalmente se abren, y él me indica que salga primero con un gesto educado, casi irónico, como si no acabara de pasar nada. Como si no acabáramos de estar a dos centímetros de la incomodidad extrema.

Salgo al pasillo del aparcamiento subterráneo y, por un segundo, no tengo ni idea de hacia dónde ir. Genial, el pasillo de los horrores y yo perdida. Estoy a punto de mirar a mi alrededor cuando siento su mano en mi espalda, justo a la altura de mi cintura.

—Por aquí —dice, guiándome con tranquilidad.

Y claro, porque la cosa no puede ir a peor, mi cuerpo decide que es un buen momento para reaccionar. Un calor tonto me recorre la espalda, y por un momento, toda mi concentración está puesta en esa mano. No en el hecho de que estamos en un aparcamiento vacío, ni en la cuestión de a dónde demonios me está llevando. No. Todo se reduce a esa mano y a lo ridículamente consciente que soy de ella.

Fantástico, Marina. Lo estás clavando.

Finalmente, me lleva hasta un coche que obviamente no es un coche cualquiera. No, claro que no. Aparcado ahí, en todo su esplendor, está su coche. Uno de esos modelos que valen más que mi sueldo anual, y probablemente mi dignidad, todo en uno. Brillante, lujoso y con ese aspecto de decir «mírame, pero no me toques».

Abre la puerta del copiloto y me hace un gesto.

—Sube —me dice con esa voz que no admite discusión.

—Vaya, no sabía que también dabas paseos en limusinas personales —comento con sarcasmo mientras me subo. El interior huele a cuero caro y, probablemente, a decisiones financieras mucho más inteligentes que las mías.

Él no responde, solo se sube al coche con esa calma suya, arrancando el motor sin despeinarse. Pero lo noto. Un ligero movimiento de su mandíbula, una señal de que mi comentario no ha pasado desapercibido. Un punto para mí.

El coche arranca suavemente, como si estuviera planeando sobre el suelo en lugar de rodar porque claro, el coche de Matías no hace cosas mundanas como vibrar o hacer ruido. Todo es perfecto, como él. Y ahí estamos: él, conduciendo con esa precisión casi robótica, y yo, mirando por la ventana, intentando ignorar la única cosa que no puedo dejar de ver. Sus manos sobre el volante.

Porque esas manos no solo están hechas para conducir coches caros. No. Son de las que manejan todo. La situación, el momento... y, en otro tiempo, a mí.

Manos hechas para el pecado, para hacerte arder sin apenas esfuerzo. No voy a engañar a nadie. Sabían exactamente cómo tocarme, cómo llevarme al borde solo para retroceder en el momento exacto. Joder, esas manos...

—Así que... —digo, rompiendo el silencio antes de que mi mente siga por caminos peligrosos—. ¿Vas a decirme por qué estamos dando este paseo o prefieres seguir disfrutando del misterio?

Él no me mira, pero esa maldita sonrisa aparece en la comisura de sus labios.

—El misterio tiene su encanto —responde, manteniendo la vista en la carretera, pero esa sonrisa, joder, esa sonrisa dice mucho más. Siempre lo ha hecho.

*****

Finalmente, después de un rato, llegamos a un enorme complejo industrial. Al principio parece otra empresa más, pero cuando leo el cartel en la entrada, me doy cuenta de que estamos en una farmacéutica. No en una cualquiera, sino en una de las más avanzadas en desarrollo de tratamientos biotecnológicos.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto, mientras Matías aparca en una zona destinada al personal autorizado.

—Vas a ver cómo la inteligencia artificial no solo optimiza procesos. Vas a ver cómo está salvando vidas —responde, sin más explicaciones.

Bajamos del coche y, después de un breve intercambio con el de seguridad, entramos en las instalaciones. Lo que me recibe no es el bullicio de una fábrica cualquiera. En cambio, lo primero que noto es el ambiente controlado, casi clínico.

Matías me guía a través de los pasillos hasta una sala con enormes ventanales que dan a un laboratorio blanco e inmaculado, lleno de máquinas que parecen sacadas de una película de ciencia ficción. Investigadores y técnicos se mueven con precisión entre las máquinas, revisando pantallas y frascos, manipulando lo que parecen muestras genéticas.

—Esto es una de las áreas donde hemos implementado nuestra tecnología —dice Matías, señalando hacia el laboratorio detrás del cristal—. Están trabajando en el desarrollo de tratamientos personalizados para enfermedades autoinmunes. Antes, este tipo de investigación era un proceso lento y lleno de errores humanos. Cada muestra se tenía que analizar manualmente. Ahora, la inteligencia artificial ayuda a detectar patrones que ni siquiera los mejores investigadores pueden ver a simple vista.

Me acerco más al cristal para observar cómo las máquinas y los humanos trabajan en perfecta sincronía. Los investigadores no han sido reemplazados; están supervisando todo, pero la IA está haciendo el trabajo pesado, analizando grandes cantidades de datos y generando resultados que, según parece, antes tomaban meses.

—La precisión aquí es vital, Marina —continúa Matías, como si hubiera leído mis pensamientos—. No es solo cuestión de rapidez o eficiencia. Aquí no se pueden permitir ni el más mínimo error. Estamos hablando de tratamientos que podrían salvar vidas o perderlas. La IA no solo facilita las cosas, garantiza que no haya fallos.

Uno de los investigadores, un hombre con bata blanca se acerca a nosotros. Matías intercambia unas palabras rápidas con él, y luego el hombre me mira.

—¿Te gustaría ver cómo funciona todo esto en acción? —me pregunta con una sonrisa.

Asiento, y él nos guía hacia una sala adyacente donde hay una pantalla gigante mostrando lo que parece ser una simulación en tiempo real de análisis genéticos. Los datos fluyen por la pantalla, pero lo que me impresiona es la claridad con la que todo está organizado. La IA está analizando decenas de miles de muestras a la vez, cruzando datos, eliminando posibilidades, y todo con una precisión milimétrica.

—Antes de esto —explica el investigador—, un proceso como este habría tomado años.

Ahora, en cuestión de semanas, podemos identificar patrones genéticos y diseñar tratamientos específicos para cada paciente. La IA nos da el poder de ser más precisos y, a la vez, más rápidos. Y lo mejor de todo es que los investigadores no están fuera de la ecuación. Son ellos los que toman las decisiones finales basadas en los datos que la IA genera. Solo que ahora, con más información y sin margen de error.

Miro a Matías, sorprendida. Esto no es solo una fábrica que optimiza producción.

—¿Todo esto está funcionando ya? —pregunto, aún incrédula.

—Sí, desde hace meses —responde el hombre.

—¿Y los investigadores? ¿No temían que sus trabajos quedaran obsoletos? —pregunto, aún tratando de encontrar el fallo en todo esto.

El investigador sonríe.

—Al principio, sí. Pero lo que hemos descubierto es que ahora pueden centrarse en lo que realmente importa: hacer descubrimientos. La IA se encarga de los datos, pero el cerebro humano sigue siendo el que toma las decisiones. Solo que ahora, con más información y menos margen de error.

Matías se cruza de brazos, observando cómo asimilo todo lo que estoy viendo.

—Esto es lo que la IA puede hacer, Marina. Con esta tecnología, estamos dando a la gente una oportunidad de hacer su trabajo mejor que nunca. Cuando estés lista para creer en esto —dice, con su tono serio, pero sin la dureza de antes—, podremos hacer algo grande.

Me quedo callada, observando los gráficos que se despliegan en la pantalla, y algo dentro de mí empieza a cambiar. No es lo que me había imaginado. No es la distopía que tanto temía.

—Vale, tengo que admitirlo —digo finalmente, rompiendo el silencio mientras me giro hacia él con una pequeña sonrisa—. No esperaba que me llevaras a una farmacéutica. Pensé que esto sería más… no sé… pantallas futuristas y robots haciendo de todo.

—Tienes una idea muy rara de lo que hago —responde Matías, con una sonrisa ladeada, y noto un destello de humor en sus ojos—. Aunque si te soy sincero, las pantallas futuristas y los robots están en otra planta.

Su comentario me arranca una risa que no esperaba. No es una risa tensa, es natural, como si algo se hubiera liberado entre nosotros.

—Tienes razón en que no tiene por qué ser necesariamente malo. Lo que tenemos que entender es que no estamos compitiendo con la tecnología. Lo que hace, lo hace bien, pero no puede sustituir la creatividad humana, ni su empatía, ni la chispa impredecible que mueve las

cosas realmente grandes en este mundo. Y por eso es un asistente, no un reemplazo. La IA no toma decisiones éticas. No tiene conciencia. Esa es nuestra responsabilidad.

Ahora es cuando hago la pausa, no tanto para dramatismo, sino para dejar que todo lo dicho empiece a asentarse. Pero justo cuando empiezo a relajarme, mi móvil suena. Lo miro, un número familiar aparece en la pantalla. No puedo evitar sentir una punzada de tensión.

—Perdona, tengo que coger esto —digo, mientras aparto la vista de Matías y contesto la llamada.

—¿Sí? —digo, tratando de mantener mi tono neutral.

—Marina…, lo siento, pero no voy a poder recogerla esta vez. Surgió algo de última hora. —La voz al otro lado es masculina, y aunque intento mantener la calma, ya estoy sintiendo cómo el enfado se me sube al pecho.

—Tú te ofreciste, ¿recuerdas? —respondo, tratando de no levantar la voz. Sé que Matías puede oírme, aunque esté fingiendo no prestar atención.

—Mira, no me hagas esto ahora —dice él, su tono cansado—. Te dije que iba a intentarlo, pero no puedo. Lo hablamos en otro momento, ¿vale?

Cuelgo antes de que pueda añadir algo más y me quedo mirando el móvil un segundo, intentando contener el enfado. Genial. Lo que me faltaba para terminar el día.

Matías me lanza una rápida mirada de reojo, pero no dice nada al principio. Está esperando a que sea yo quien hable, a que le dé una explicación que de forma clara no quiero dar.

—¿Todo bien? —pregunta finalmente, con un tono más suave de lo habitual, como si intuyera que no es el mejor momento para ser Matías el implacable.

—No —respondo con un suspiro, mirando por la ventana—. ¿Te importaría acercarme al colegio San Mateo? Tengo que recoger a alguien.

Matías no duda ni por un segundo. Asiente y me lleva hacia la salida sin hacer más preguntas.

—Claro.

*****

El silencio vuelve a caer sobre nosotros dentro de su coche, pero esta vez es un silencio cargado. Siento la tensión en el aire, aunque no estoy segura de por qué. Esto es una parte de mi vida que él no sabe y en la que no tiene nada que ver. Pero hay algo en su expresión, en la

manera en que no dice nada, que me incomoda.

Llegamos al colegio y Matías aparca sin comentarios. Mientras desabrocho el cinturón, siento la necesidad de disculparme.

—Perdona por esto. No estaba planeado —digo, intentando sonar casual mientras me preparo para salir.

—No pasa nada —responde él, con esa calma imperturbable que empieza a irritarme. No hay juicio en su voz, pero tampoco hay… curiosidad.

Me bajo del coche y camino hacia la puerta del colegio. Cuando llego, ahí está ella. Mi pequeña, con su mochila a la espalda y una sonrisa que siempre me derrite el corazón. Corre hacia mí y todo el estrés que llevo acumulado se disipa por un momento. Ella siempre lo consigue.

—¡Mamá! —grita, abrazándome fuerte. Le doy un beso en la cabeza y la llevo hacia el coche.

Abro la puerta trasera, y cuando Matías la ve, la tensión en el ambiente cambia. Aunque trato de mantener la calma, siento cómo la atmósfera se vuelve densa, como si hubiera una bomba de relojería entre nosotros.

Matías la mira por el espejo retrovisor durante un segundo, pero sigue sin decir nada. Su rostro no refleja sorpresa, ni curiosidad. Es la misma expresión de siempre, controlada y fría. Pero sé que está pensando en algo. Solo que no quiere que yo sepa qué es.

5

Bienvenido a la montaña rusa de sarcasmos y silencios incómodos

Mi hija tararea una canción, y honestamente, no tengo ni idea de cuál es. Pero sé que la lleva escuchando en bucle semanas, porque así es ella: completamente ajena a la tensión nuclear que se cuece en este coche. Yo, por mi parte, intento actuar como si nada, como si no sintiera a Matías en cada maldita respiración que tomo. Pero algo en su silencio me pone de los nervios.

Él no es del tipo que se queda callado por gusto, no. Esto es otra de sus jugadas estratégicas.

—Gracias por esto —le digo, intentando sonar casual. Aunque, sinceramente, lo que sale de mi boca no engaña ni a un cactus.

—No te preocupes —responde él, sin despegar los ojos de la carretera cuando vuelve a ponerse en marcha, como si condujera una nave espacial y no un coche. Pero hay algo en su voz... algo tenso, contenido, como si estuviera calculando el próximo movimiento. Y no, no es paranoia. Con Matías siempre es estrategia, control, y yo, aquí, fingiendo que no me estoy sofocando.

Me atrevo a mirarlo de reojo, y ahí está: mandíbula apretada. Está procesando algo, eso lo sé de sobra. Y no es precisamente el tráfico. Justo cuando me estoy preparando para una de mis habituales teorías conspiranoicas, Lía, mi queridísima hija, decide que es el momento perfecto para dejar su huella en la conversación.

—¡Hola! —exclama, inclinándose hacia adelante como si Matías y ella tuvieran esa clase de confianza tras haber pasado años juntos en campamentos de verano—. ¿Tú eres amigo de mamá?

Y ahí vamos. Mi estómago se cae al vacío mientras intento, con todas mis fuerzas, no echarme a reír por la situación tan incómoda. Gracias, Lía.

Matías ni pestañea. Pero veo cómo sus labios se tensan antes de responder.

—Algo así —murmura, con ese tono que claramente indica que quiere salir corriendo. Pero, oh, no, esto acaba de empezar.

—¿Algo así? —repite Lía, imitando su tono—. Vale, eso suena misterioso. Es la respuesta de un adulto que no quiere decir nada. A ver, si no eres amigo de mamá, ¿entonces qué eres? Porque te diré que no suelo ver a muchos hombres con ella. ¿Verdad, mamá?

Boom. Directo al estómago. ¿Cómo lo hace? Trago saliva y trato de intervenir antes de que Matías se asfixie en su propio silencio.

—Lía... —empiezo, pero ya es tarde.

—No, no, déjala que pregunte —me interrumpe Matías, con ese tono controlado que esconde una chispa de sarcasmo. Sé que algo ha cambiado y está empezando a disfrutar. Lo veo en sus ojos.

—¿Ves? Él dice que está bien —dice Lía, triunfante, como si hubiera ganado una apuesta—. Entonces, ¿cómo te llamas? ¿De qué os conocéis? No sé por qué, pero mamá nunca me cuenta las cosas importantes —me lanza una mirada rápida, llena de picardía. Está jugando. Mi propia hija me está troleando.

Matías se aclara la garganta, claramente fuera de lugar. No puedo culparlo.

—Me llamo Matías, y trabajo con tu madre —dice, con naturalidad. Como si eso fuera todo…

Lía asiente, procesando esa información tan irrelevante como decepcionante.

—Ah, ya veo. Trabajo. Me suena a charla de ascensor. Aunque, si te soy sincera, ya pensaba que mamá era más de inventarse amigos invisibles que de tenerlos de verdad.

Casi me atraganto con mi propio suspiro, pero mantengo la compostura, por los pelos.

—Gracias, cariño. Una siempre puede contar contigo para alegrar el día.

—Para eso estoy —responde Lía, encogiéndose de hombros—. Aunque, si te soy sincera, mamá, a veces te vendría bien salir más. ¿Sabes? Ver gente real en lugar de «estrategias» y «campañas». Pero, oye, cada uno con su estilo de vida, ¿no?

Y, de repente, Matías suelta una risa ahogada. ¿Qué? ¿Está... riéndose? No, esto no me lo esperaba.

—Lía, ¿por qué no te dedicas a hacerme quedar bien por una vez? —le digo, lanzándole una mirada rápida por el retrovisor—. Te prometo que no te va a doler.

—Mamá, por favor —me dice, rodando los ojos—. Nadie espera que hagas cosas normales. Eres como esos programas raros que solo los intelectuales pretenden entender, pero nadie de verdad disfruta. Estoy segura de que Matías ya lo ha notado.

Matías sigue sonriendo, y siento que el ambiente se ha relajado, aunque su mirada aún está fija en la carretera.

—Oh, sí, ya me he dado cuenta —dice él, con un tono que suena más relajado, casi cómplice.

—Claro que sí —responde Lía con sarcasmo—. Porque mamá es especialista en hacer que todo parezca más complicado de lo que es. Eso es un don, ¿eh? No te creas que cualquiera puede hacerlo.

—Gracias, cariño —respondo con sarcasmo, lanzándole una mirada rápida que ella capta perfectamente.

—Pero en serio —sigue, ignorando mi intento de terminar la conversación—. ¿Tienes hijos? Porque mamá siempre dice que lo mejor de tener hijos es que puedes quejarte de ellos y tener siempre la excusa perfecta para no hacer lo que quieres.

Y ahí va. Matías suelta otra carcajada. Yo, por mi parte, me resigno. Este viaje está siendo mucho más incómodo, y a la vez más ridículo, de lo que me esperaba.

—No, no tengo hijos —responde finalmente, y por un segundo creo que está a punto de añadir algo más, pero se queda callado.

Lía lo observa como si lo estuviera evaluando. Oh, Dios, va a soltar algo más.

—Bueno, en ese caso, te estás perdiendo lo mejor y lo peor de la vida, todo en el mismo paquete —añade Lía, haciendo un gesto dramático con las manos—. Aunque, si no me equivoco, no tendrás que lidiar con cosas como ir a recoger a tu hija... —suelta la bomba con una picardía que me deja sin palabras.

Matías suelta una leve carcajada de nuevo, pero hay algo afilado en esa risa. No sé si se ríe de la situación o de lo irónico que es todo esto.

—No, de eso me he librado, parece —responde, manteniendo su tono neutral, pero con un destello en la mirada que me hace sospechar que sabe más de lo que deja ver.

Lía asiente con la cabeza, como si hubiera sentenciado un veredicto inapelable.

—Bueno, es lo que hay. No a todos les dan el premio al «Padre del Año», ¿verdad? Sobre todo, a uno que yo me sé.

Y ahí está. La bomba nuclear. Matías no dice nada, pero su mandíbula se tensa, y aunque sigue mirando al frente, sé que acaba de captar perfectamente el mensaje sobre el padre ausente de Lía. Yo, por otro lado, quiero desaparecer por un segundo.

—Sergio iba a venir a buscarte —comento, rodando los ojos—. Pero, como siempre, algo surgió.

—Lo normal —dice Lía, encogiéndose de hombros—. A estas alturas, ya ni me sorprende. Creo que lo de Sergio es... ¿cómo lo llamaste una vez, mamá? Ah, sí... disponibilidad intermitente.

Matías suelta otra risa ahogada, y yo no sé si sentirme aliviada o incómoda. Lía, mientras tanto, sigue como si nada.

—Lía, ¿por qué no me cuentas cómo fue tu día en el cole? —intento cambiar de tema, con una sonrisa tensa, pero Lía no es tan fácil de distraer.

—Mmm... no, gracias. Mi día fue menos emocionante que la vida de mi tortuga y con eso ya te lo he contado todo —responde, encogiéndose de hombros con un dramatismo digno de Oscar—. Pero puedo hablarte de mis grandes planes para mi futuro. Como dirigir el mundo desde una isla paradisíaca o vivir en un *loft* en Nueva York, con una heladería en la planta baja, donde el chocolate sea gratis para siempre. Lo típico.

—Nada ambiciosa, ya veo —responde Matías, aguantando la risa.

—¿Puedes girar a la derecha aquí, Matías? —le digo, apuntando hacia la calle—. Vamos a dejar a Lía con sus abuelos. Ya sabes, mis padres siguen viviendo donde siempre.

Matías asiente sin decir una palabra y pone el intermitente. Sigue con la mirada fija en la carretera, pero hay algo en su postura que me dice que está prestando más atención de la que parece. Mientras tanto, Lía no pierde el ritmo y sigue con su show personal.

Cuando llegamos, sale disparada del coche antes de que Matías siquiera haya terminado de aparcar.

—Gracias por traerla —le digo a Matías, abriendo mi puerta—. Hoy has hecho un máster en sarcasmo avanzado. Bienvenido a mi vida.

Matías sonríe sutilmente, esa sonrisa controlada y precisa que lo caracteriza.

—Sinceramente, no sé cómo lo haces todos los días —responde, burlón, aunque en su mirada hay algo que casi podría llamar admiración.

—Ni yo —le contesto, echando un vistazo rápido a la casa de mis padres para asegurarme de que Lía ha entrado sana y salva—. Pero, oye, es parte del encanto.

Me estiro y cierro la puerta trasera, dándome cuenta de que ahora me toca volver a la realidad: el trabajo.

—Bueno, aún tengo que volver a la oficina —digo, más como un recordatorio para mí misma que para él—. Este espectáculo solo ha tenido un intermedio.

—Te espero —responde, como si fuera lo más natural del mundo. Tan serio, tan Matías.

Lo miro, pensando en negarme por un segundo, pero la idea de volver en transporte público después del día que llevo me parece peor que hacerme un maratón de reuniones. Así que suspiro y asiento.

6

Lo que nunca vi venir. Y no, no es una metáfora.

Siempre pensé que ver a la hija de Marina me revolvería las tripas.

Cuando volví, seis meses después de que ella me dejara, tenía todo claro. Mi plan, lo que iba a decirle, cómo iba a convencerla de que volviera conmigo. Había pasado días tratando de entender qué había salido mal, por qué habíamos terminado. Volví por ella. Todo lo que dejé atrás en Estados Unidos me importaba una mierda comparado con lo que habíamos tenido. Marina era... lo era todo.

Recuerdo cómo mis pies me llevaban casi sin pensar hasta su puerta, el corazón en la boca. Después de meses de silencio, estaba dispuesto a tragarme mi orgullo, a suplicarle si hacía falta, porque el vacío que sentí en ese tiempo no lo llenaba nada ni mi brillante futuro.

Y entonces la vi. Marina, con un bebé en brazos.

Un bebé que no era mío.

Todo en mí se rompió en ese momento. No sabía si gritarle o quedarme petrificado. Pero ahí estaba, con esa criatura diminuta, exhausta, con ojeras que se le marcaban en la piel, el pelo recogido en un moño mal hecho y una expresión tan jodidamente distinta a la Marina que yo conocía, que me costó reconocerla.

Pero lo peor fue él. El tipo que salió de su casa, con la camiseta arrugada, gritándole desde el fondo que él era el padre de su hija.

Mi estómago se revolvió. El aire desapareció de mis pulmones. Marina no solo me había dejado. Me había engañado. Había empezado algo con otro mientras yo seguía convencido de que lo nuestro era especial y ella me esperaría. Y no era solo una traición; era mucho más. Había tenido un hijo. Con él. No conmigo.

Y ese bebé, recién nacido, con sus manitas cerradas y su respiración tranquila, era la prueba de todo.

Había sido tan jodidamente estúpido.

Caminé hasta el coche sin que me vieran, con un nudo en la garganta que no desaparecía. No pude quedarme. No pude enfrentarme a ella. Si lo hubiera hecho, no sé qué hubiera salido de mi boca. Probablemente, nada bueno. No había manera de procesar todo aquello. El amor, el odio, el dolor... todo se mezcló de una forma en la que no sabía si quería llorar, gritar o simplemente desaparecer del mapa.

Seis meses creyendo que todo tenía solución, que la distancia era nuestro único obstáculo. Seis meses aferrado a la idea de que Marina seguía siendo la misma, de que aún sentía algo por mí y que, al verme, todo volvería a ser como antes.

Y al final, todo había sido una puta mentira.

Hoy, viéndola con esa niña sentada en el asiento trasero de mi coche, la sensación debería ser la misma. Debería odiar a esa cría, esa niña que me recuerda lo que me quitaron, lo que nunca llegué a tener. Pero... no es así. No sé por qué, pero no siento lo que debería. No siento el odio visceral que esperaba. Solo siento... vacío.

Es curioso. Después de tantos años, me había imaginado este momento de mil maneras. Sobre todo, que no podría soportar la idea de verlas juntas. Pero ahí está esa niña, parloteando sin parar y no la puedo culpar de nada. No tiene la culpa de lo que pasó entre Marina y yo. No es su batalla.

La verdadera batalla es con su madre. Marina, que ni siquiera tiene la decencia de explicar nada. Que sigue actuando como si no lo hubiera roto todo. Como si lo que ocurrió no hubiera dejado heridas y cicatrices.

Marina rompió algo en mí ese día. Y aún no lo he arreglado.

Ahora, cuando la veo aquí, tan segura de sí misma, tan dispuesta a provocarme con cada palabra que sale de su boca, quiero sentir esa rabia otra vez. Quiero odiarla.

La niña se despide antes de bajar del coche, y aunque intento mantener mi mente fría, mi estómago sigue revuelto. No debería estar aquí. Esto no debería estar ocurriendo. Marina y yo ya no tendríamos que estar compartiendo nada. Y sin embargo, aquí estamos.

Ella me lanza una mirada antes de cerrar la puerta. Una mirada cargada de cosas que nunca dice en voz alta. Y yo, como un idiota, sigo esperando que me las diga.

Pero no lo hace. Y sé que no lo hará.

*****

La primera vez que la vi fue en la biblioteca. Ni siquiera sé qué hacía yo allí, porque nunca fue mi sitio favorito. Pero ahí estaba, sentada en una esquina, rodeada de libros. Concentrada. Ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. Y me llamó la atención por una razón estúpida: porque no se parecía a nadie más.

No era la típica chica que intentaba destacar. No llevaba vestidos ceñidos, ni caminaba buscando miradas. De hecho, Marina hacía todo lo posible por pasar desapercibida y sin embargo, conseguía que todo el mundo reparara en ella. Tal vez era eso lo que me atrajo, el contraste entre su inaccesibilidad aparente y lo que realmente irradiaba. Porque aunque ella no lo supiera, era de esas personas que se hacen notar sin querer. Y eso la hacía aún más jodidamente fascinante.

Marina no tenía ni idea del efecto que provocaba. Ni puta idea. Una vez que la veías, ya no podías dejar de mirarla. Era de esas mujeres que siempre parecen más cómodas en segundo plano, como si estar fuera de la vista le diera algún tipo de protección. Como si pensar que nadie la estaba mirando significara que no era deseada. Error.

Era natural, auténtica. Y esa jodida combinación era adictiva.

Recuerdo perfectamente cómo me obsesioné con cada pequeño detalle. El modo en que se recogía el pelo en un moño desordenado, dejando caer algunos mechones sobre su cara, dándole ese aire despreocupado que jodía a cualquiera que la viera. Su pelo, claro, casi dorado, brillaba bajo cualquier luz, cayendo en ondas suaves cuando lo llevaba suelto. Esos ojos color avellana, profundos, como los de una leona en calma, me miraban sin realmente verme, y eso me volvía loco. Parecía tranquila, siempre en su mundo, pero era evidente que había algo más, una fuerza interior que solo podías notar si la observabas bien. Había fuego en Marina, lo supo desde el primer momento en que la vi.

Nunca pensé que me fijaría tanto en alguien. En sus detalles, en lo que no mostraba. Pero Marina te hacía querer ver más. Más de lo que ella dejaba ver. Y eso, para mí, era como un reto.

Y entonces empecé a verla en todas partes. En los pasillos, en la cafetería, en las fiestas más absurdas. Cada vez que la veía, mi maldita curiosidad crecía. Y no, no me malinterpretes, no fue un flechazo de película. Fue más bien una obsesión silenciosa, que se fue colando en mi vida sin que me diera cuenta.

Me gustaba observar cómo interactuaba con el mundo, sin que el mundo pareciera afectarle.

La primera vez que me atreví a hablar con ella fue en una de esas fiestas universitarias. Yo

estaba con algunos amigos, tomando una cerveza, y ella apareció en la otra punta del local. Me acerqué porque ya no podía solo seguir mirando mientras otros menos cautos, merodeaban a su alrededor.

—No sabía que te gustaban este tipo de fiestas —le dije, probando suerte.

Ella levantó la vista, me miró, y lo supe de inmediato: no tenía ni puta idea de quién era yo.

Yo ya llevaba meses cruzándome con ella, y para ella era un desconocido más. Eso dolió en mi orgullo, pero también despertó algo en mí. Era un reto, uno de los buenos.

—¿Te conozco? —me soltó, directa, sin molestarse en disimular. Ahí supe que no iba a ser fácil. Pero, joder, eso lo hacía más interesante.

La perseguí, claro que lo hice. De una forma que no era obvia, pero que ahora, viéndolo con perspectiva, puede que haya sido demasiado. Al principio solo era coincidencia o al menos eso me decía. Pero después, cuando descubrí su rutina, me encontré buscándola, apareciendo en los mismos sitios donde sabía que estaría.

Lo nuestro se construyó poco a poco, en conversaciones casuales que no parecían ir a ningún sitio, pero que terminaron por llevarnos a algo más. Lo que empezó como una simple atracción se fue transformando en algo más profundo, más complicado. Y al final, caímos. Nos enredamos en algo que nunca pudimos controlar del todo. Lo que empezó como un interés casual se convirtió en algo más. En una obsesión mutua.

Ahora, cada vez que la veo, aunque hayan pasado años, siento esa misma chispa. Porque, aunque lo nuestro se fue a la mierda, hay algo en ella que nunca he podido ignorar. Algo que sigue tirando de mí, a pesar de todo lo que pasó. Y eso me jode. Porque sé que ella ya no es la misma, y, joder, yo tampoco. Lo que no había anticipado era esa sensación de satisfacción cada vez que me cruzo con ella.

La imagen de su hija sentada en mi coche, hablando como si entendiera perfectamente el desastre que es su padre, no se me va de la cabeza. ¿Por qué? Porque eso solo me confirma lo que ya intuía: Marina no está con nadie. Lía lo dejó claro, sin filtros, como quien suelta la verdad más incómoda y se va tan tranquila.

Sergio. El padre de Lía. Solo su nombre me provoca una incomodidad difícil de disimular, pero también un retorcido alivio. Ese tipo no está en su vida más allá de lo estrictamente necesario, eso está claro. No pudo ni recoger a su hija hoy, y por el tono de Marina, no parece que las cosas con él salieran muy bien. Por alguna razón, me gusta pensar que no suele haber otro hombre en su vida, además de ese pobre intento de padre.

—Esto no está bien —repito, mientras dejo caer los papeles sobre la mesa por segunda vez en el día. La tensión sigue ahí, flotando, y no solo por la campaña.

—Claro, porque tu definición de bien debe de incluir torturarme hasta que me dé un derrame ocular —me suelta Marina, con ese tono mordaz que se le da tan bien, los ojos fijos en los míos con ese brillo desafiante que tanto me irrita y, joder, me provoca—. Debes de pensar que hacerme rehacer todo hasta que vea borroso es la clave para lograr el éxito. ¿Qué será lo próximo? ¿Atarme a la silla hasta que encuentre la solución milagrosa?

La forma en que lo dice, el filo en cada palabra, me hace apretar la mandíbula. Siempre ha sabido cómo hacerme perder la paciencia, pero en el fondo… me gusta cuando lo hace. Demasiado.

—Si eso fuera lo que se necesita para que lo hagas bien, me lo pensaría —respondo, cruzando los brazos, sin apartar la mirada. Pero ya sé hacia dónde quiero llevar esto. Hay algo que me hierve por dentro cada vez que ella me desafía así, algo que hace que necesite controlarlo todo aún más—. Pero no, creo que podemos hacerlo más interesante.

Ella arquea una ceja, siempre desconfiada de cualquier cosa que salga de mi boca. Y con razón.

—¿Interesante?

Sonrío. La sonrisa que sé que la desconcierta, porque no es abierta ni amigable. Es de pura estrategia.

—Un reto —digo, y su mirada se endurece—. Cada vez que no me convenzas, yo gano. Y entonces, yo podré pedirte lo que quiera. Empiezo ahora mismo. Y lo primero que quiero es… que me lleves un traje a la tintorería. Te hará bien hacer algo práctico por una vez.

Veo cómo la irritación se cuela en su rostro, pero no dura. Marina nunca cede. Sabe que esto es un desafío y la idea de perder, aunque sea en algo tan insignificante, la revuelve. Veo ese destello en sus ojos que me confirma que lo va a aceptar.

—Perfecto —dice, inclinándose sobre la mesa, acercándose lo suficiente como para que me llegue el aroma de su perfume o de su piel, no estoy seguro, pero es adictivo—. Pero cuando lo haga bien, y lo haré, entonces te tocará cumplir a ti. Y me aseguraré de que lo que te pida sea lo suficientemente interesante como para que te arrepientas de haber abierto la boca. Así que adelante, Matías. Juguemos.

Mierda. Me encanta provocarla. Aunque no esperaba que ella fuera a tomarlo así de en serio. Lo he dicho como una forma de empujarla a hacer mejor su trabajo, pero no pienso

recular.

—Trato hecho —respondo, y mi voz sale más grave de lo que pretendía, mientras clavo los ojos en los suyos.

Ella se aparta de la mesa, coge los papeles que le he devuelto y me lanza una última mirada antes de salir de la sala.

—Que quede claro, Hunter. No me vas a ganar fácilmente —dice, sin molestarse en disimular el reto en su voz.

Me quedo solo en la sala, pero su presencia aún flota en el aire. La tensión entre nosotros está a punto de explotar y lo único que no sé es cómo va a acabar todo esto.

7

El traje, las llaves... y la curiosidad (no tan) inocente

Lo que pasa por mi cabeza mientras me dirijo a su casa no es normal. ¿En qué momento acepté este reto absurdo? Llevarle el traje a la tintorería. Muy profesional todo, claro.

Pero aquí estoy, en el coche, dirección a La Moraleja. Porque, claro, si Matías Hunter va a vivir en Madrid, que sea en una de las zonas más elitistas de la ciudad. De esas urbanizaciones cerradas, con casas que parecen sacadas de una revista de arquitectura. No es que me sorprenda, lo que no me cuadra es por qué demonios me ha dado sus llaves. ¿Confianza? No creo. Matías no es de los que confía tan fácilmente. Esto es más como una prueba. Una forma más de jugar conmigo.

Aparco frente a su casa, o debería decir mansión. Porque, claro, no va a tener un piso de dos habitaciones. La casa es enorme. Los jardines cuidados, la fachada moderna y minimalista. No puedo evitarlo, mi mente da vueltas mientras bajo del coche y me acerco a la puerta con las llaves en la mano. ¿Cómo es la vida de Matías cuando no está en su despacho mirándome con esos ojos que siempre parecen querer diseccionarme?

Inserto la llave y la puerta se abre con un suave clic. Al entrar, el silencio me envuelve. No hay música, ni rastro de vida. Me quedo un momento de pie en la entrada, observando el interior. Minimalista, claro. Todo está en su sitio, nada fuera de lugar. Paredes blancas, suelos impecablemente pulidos. Frío, como él. Pero también hay algo más. El tipo tiene buen gusto, no hay duda de eso.

Camino por el pasillo, siguiendo las indicaciones que me dio él mismo:

—El traje está en el vestidor de mi dormitorio. Segunda puerta a la derecha.

Fácil, ¿no? El dormitorio, claro. Porque no podía dejarlo en la entrada, ¿verdad?

Sigo caminando por el pasillo y, aunque mi misión es recoger un simple traje, mis ojos empiezan a escanear todo. Porque, bueno, la curiosidad mató al gato, pero a mí me da vida.

Un cuadro abstracto aquí, de esos que te hacen sentir tonta por no entender nada. Un par de libros perfectamente alineados sobre la mesa auxiliar, porque si no lo están, la armonía del

universo se rompe. Los títulos son... bueno, lo típico de Matías: gestión empresarial, innovación, una biografía de algún magnate de Silicon Valley.

Paso por la cocina y no puedo evitar asomarme. Impoluta, claro. Electrodomésticos de acero inoxidable, ni una mota de polvo, ni un vaso fuera de lugar. No hay ni un triste imán en la nevera, como si la comida llegara aquí por arte de magia y se sirviera sola. Perfecto, me imagino aquí a Matías perfectamente, desayunando un batido de proteínas a las seis de la mañana mientras planea cómo dominar el mundo.

Al fin, llego a su dormitorio. Abro la puerta y ahí está: tan impecable como esperaba. Cama perfectamente hecha, sábanas blancas sin una sola arruga, más grande que mi salón. No hay fotos, ni una maldita decoración que hable de una vida personal más allá del trabajo. Nada de compañía femenina a la vista. Ningún indicio de que alguien más haya pisado este suelo. Y no sé si eso me tranquiliza o me preocupa.

Y... una mesilla de noche. Lo que no esperaba era sentir una especie de cosquilleo en los dedos cuando veo esa mesilla. Porque, claro, no puedo resistirme. Yo nunca fui de las que pueden dejar un cajón cerrado sin investigar. Me acerco sin pensar mucho en lo que estoy haciendo. Abro el cajón, y ahí, escondidos entre la perfección de su mundo, encuentro dos cosas que no me esperaba.

Un viejo reloj de pulsera, guardado en una pequeña caja. Un Rolex, claro, pero no cualquier Rolex. Es el mismo que usaba cuando estábamos juntos. Solía quitárselo antes de los exámenes, diciendo que no quería ser consciente del tiempo mientras hacía algo importante y me lo daba a mí para que se lo guardara. Y aún lo tiene.

Cierro el cajón. No hay nada más interesante. Solo lo usual: cargador de móvil, auriculares, una crema de manos…

Me giro hacia el baño. Claro que voy a husmear. Porque si ya he empezado, ¿por qué detenerme ahora? Y lo que encuentro me hace soltar una risita. Productos de aseo perfectamente ordenados. Champú de esos que te cuestan lo mismo que una cena en un restaurante decente. El cepillo de dientes, perfectamente colocado, toallas blancas colgadas con una precisión milimétrica. Pero lo que me sorprende es un detalle: el perfume. Sigue usando el mismo que hace ocho años. Ese aroma a madera que tanto me desconcentraba entonces... y que me desconcentra ahora.

—Ah, Matías, si supieras lo que estoy haciendo... —murmuro, sacudiendo la cabeza, divertida.

Me dirijo al enorme vestidor. Lo abro, y ahí están los trajes, perfectamente organizados.

Colores en degradado, de más claro a más oscuro, todo en su lugar. ¿Qué esperaba? ¿Un cartel que dijera: «Bienvenida, Marina, ya que estás aquí, mira todo lo que he hecho en estos ocho años»?

Cojo el traje que él me ha idicado, y cuando ya estoy cerrando el armario, algo me llama la atención: una pequeña caja de madera, oculta en una esquina, casi imperceptible. No es que tenga derecho a mirar, pero… ¿quién no siente la tentación de husmear cuando estás en la casa de alguien que una vez fue tu todo y que ahora parece un extraño?

Me inclino hacia la caja, pero antes de ceder a la tentación, me detengo. Mejor no. Si lo tiene ahí guardado, será por algo.

Salgo del dormitorio con el traje en la mano, echando un último vistazo a la cama. Todo tan frío, tan calculado... Y sin embargo, lo único que puedo pensar es en lo solitario que parece todo. Matías puede tener éxito, puede ser implacable, pero aquí, en su territorio, lo único que siento es vacío.

Mientras cierro la puerta detrás de mí, una sonrisa se me escapa. Ya veremos qué reto me lanza después. No puedo esperar a ver cuál será la siguiente.

*****

Llego a la oficina con el ticket de la tintorería como si fuera una bandera de rendición. He pasado por su casa, he husmeado más de lo necesario y ahora me siento como si hubiera cruzado una línea de la que ya no hay vuelta atrás. Pero, claro, esto es lo que pasa cuando juegas con Matías: siempre acabas quemándote. Y ahora, después de todo, ¿qué tengo? Mil preguntas de las que no quiero respuesta.

En cuanto entro en la oficina, Nadia aparece como salida de una película de Almodóvar. Maquillaje impecable, una falda que parece de otro siglo y unos tacones que podrían usarse como arma mortal. Me mira como si acabara de pillar a alguien robando en su bolso de Chanel.

—¿De dónde vienes, nena? —me suelta, sin preámbulos, su mirada fija en el ticket que aún sostengo en mis manos como si fuera un trofeo que he ganado en alguna competición clandestina.

Me detengo un segundo, porque es imposible no sentirse acorralada cuando Nadia te lanza una de sus preguntas cargadas de veneno y brillo de labios.

—De hacer un recado para el jefe —respondo con la mayor calma que puedo reunir. Lo que, honestamente, no es mucha.

Nadia levanta una ceja con ese aire de «¿en serio me estás vendiendo esa historia?» y se cruza de brazos, haciéndome sentir como si estuviera a punto de ser interrogada por la Interpol.

—¿Un recado? —repite, como si la palabra fuera algo completamente ajeno a su vocabulario —. ¿De qué tipo de recado estamos hablando? ¿Uno que involucra recoger ropa interior también?

Siento que el calor me sube al cuello, pero me esfuerzo por mantener la compostura. Lo último que quiero es darle más motivos para que siga metiendo el dedo en la llaga.

—Nada tan emocionante, Nadia. Solo un traje —digo, con una sonrisa forzada que no llega ni a la puerta.

Ella me mira, pero es una de esas miradas que te hacen sentir que te está diseccionando.

—Bueno, nena, te invito a almorzar —dice, como si eso fuera lo más natural del mundo—. Quiero que me cuentes todo... cómo va el trabajo. Y, claro, cómo va tu relación con Matías.

Paro en seco. Mi cerebro tarda un segundo en procesar lo que acaba de decir. ¿Mi qué con Matías? ¿Cómo demonios sabe ella algo sobre eso?

—¿Perdona? —logro balbucear, porque, sinceramente, es lo único que puedo hacer en este momento.

—Oh, venga ya, Marina —dice, haciendo un gesto con la mano como si acabara de soltar algo tan obvio como que el sol sale por el este—. No me digas que creías que nadie lo sabía. Lo sabe toda la empresa ya, nena.

Toda la empresa. La frase retumba en mi cabeza como una sirena de alarma.

—Eva... —murmuro, más para mí que para Nadia.

Pero ella se ríe, como si acabara de contarle el mejor chiste del día.

—¿Eva? No, cariño, Eva no ha dicho nada. Esto no es culpa de ella. Lo sabe todo el mundo porque, bueno, se nota en cuanto estáis juntos. No ayuda tampoco que te veas tan… alterada cada vez que vuelves de su despacho.

Ahí está. Bomba atómica lanzada. No me esperaba que fuera tan directa, pero es Nadia, ¿qué esperaba? Su especialidad es decir las cosas a la cara, aunque te deje destrozada en el proceso.

—¿Perdona? —repito, porque parece que mi cerebro no es capaz de formular una frase mejor en este momento.

—Cariño, cuando estás con Matías, es como ver una telenovela en directo. Pasión, traición,

drama... se ve todo. Y, claro, no ayuda que él tampoco sea precisamente discreto. Hija, lo que no daría yo porque me miraran como él te mira a ti. —Se cruza de brazos y me mira con esa expresión que dice «no te hagas la tonta, querida».

Me río por dentro. Si ella supiera lo que Matías y yo hemos vivido, entendería que telenovela es quedarse corta. Pero no es algo que voy a admitir en voz alta. Al menos, no delante de Nadia, que puede convertir cualquier confidencia en un arma letal en cuestión de segundos.

—¿Vamos a almorzar o vas a seguir analizándome como si fuera un mal episodio de El secreto de Puente Viejo? —le digo, lanzando una sonrisa forzada, porque, honestamente, ya estoy al borde del colapso mental.

Nadia se ríe. Una carcajada tan alta que estoy segura de que se oye en toda la planta.

—Anda, vámonos. Te voy a invitar a algo con más calorías de las que puedes permitirte, y tú me contarás cómo vas a sobrevivir a Matías Hunter. Porque, cariño, ya puedes ir haciéndote a la idea de que aquí todos están esperando un giro dramático en vuestra telenovela.

Genial. Justo lo que me faltaba para el día.

8

¿Por qué no te casas tú con él, mamá?

Estoy en la sala de reuniones, con los planos de nuestra próxima campaña extendidos frente a mí. La luz fluorescente ilumina cada detalle, pero mi atención está en mis notas, garabateadas a toda prisa durante una reunión maratoniana. Fuera, en el pasillo, el murmullo constante de la oficina es un recordatorio de que aquí nunca se para. Un ruido de pasos se mezcla con risas apagadas, y aunque intento ignorarlo, hay algo en ese tono que me pone en alerta.

—¿Te has fijado en cómo se le ilumina la cara al jefe cuando habla con Marina Blanco? —dice una voz masculina que reconozco al instante. Carlos. El experto en no hacer absolutamente nada y quejarse de todo.

—Normal. Seguro que no es solo la cara lo que se le ilumina. —La voz de Sandra suelta una carcajada ahogada, como si acabara de contar el mejor chiste de su vida.

Agarro el bolígrafo con más fuerza. La punta presiona el papel, dejando una marca que no estaba allí hace un segundo. Intento respirar, pero las palabras siguen, cada vez más altas, como si quisieran asegurarse de que las escucho.

—Es obvio cómo ha conseguido su puesto… Si yo tuviera el jefe comiéndome de la mano, también tendría el proyecto estrella. —La risa de Carlos es la guinda de este pastel de mierda.

—Por no decir comiéndote otra cosa... —añade la otra.

Me levanto. No puedo quedarme sentada escuchando cómo esos idiotas usan mi nombre como si estuvieran comentando el tiempo. Pero antes de que pueda cruzar la puerta, alguien se adelanta.

— Vaya, vaya, qué interesante. ¿Sigo escuchando u os vais ya directamente al circo? —La voz de Alicia Torres corta el aire como un cuchillo. No necesito asomarme para saber que está disfrutando cada segundo. Ella no es alguien que pase desapercibida, ni por su aspecto ni por su actitud. Es la responsable de inteligencia competitiva, y todo en ella grita «no vengas a joderme si no estás preparado para perder».

Carlos y Sandra se quedan paralizados. Es obvio que no la esperaban.

—¿Qué has dicho? —Carlos intenta recomponerse, pero su voz traiciona el nerviosismo.

—He dicho que es fascinante lo seguros que parecéis cuando estáis en vuestro club privado de mediocres. ¿En serio creéis que podéis hablar así de alguien que, a diferencia de vosotros, hace su trabajo? —Alicia da un paso hacia ellos, su sonrisa cargada de una ferocidad calculada —. Porque, vamos, el único mérito que veo aquí es vuestra capacidad para no aportar absolutamente nada y, aun así, respirar el mismo aire que el resto.

Su vestido negro perfectamente entallado la hace parecer más una ejecutiva de Manhattan que alguien atrapada en este microcosmos de mediocridad. Carlos intenta reír, pero Alicia lo interrumpe antes de que pueda abrir la boca.

—Os voy a decir una cosa: si tenéis el valor de ensuciar el nombre de Marina de esa manera, al menos aseguraos de no hacerlo donde alguien con más neuronas que vosotros pueda escucharos.

Un silencio tenso llena el pasillo. Me asomo lo justo para ver cómo Carlos y Sandra intentan desaparecer en la pared como si fueran camaleones. Alicia se gira hacia ellos, su cabello recogido en una coleta alta que se mueve con su giro, como si cada gesto suyo estuviera coreografiado para intimidar.

—¿Os hago un croquis o ya habéis entendido que Marina os da mil vueltas con los ojos cerrados? —dice, y antes de que nadie pueda responder, otra voz se suma a la escena.

—No hace falta que sigas, Alicia. Yo me encargo. —Matías aparece al final del pasillo, caminando con la calma de quien sabe que controla la situación. Traje impecable, camisa arremangada hasta los codos, y esa mirada que siempre consigue que la gente se quede quieta como si fueran estatuas.

Carlos y Sandra tratan de recomponerse, pero Matías ya está frente a ellos. No alza la voz, ni siquiera se molesta en aparentar enfado, pero su mera presencia hace que el aire se sienta más denso.

—¿Sabéis cuál es la parte más interesante de vuestro… debate? —Matías ladea la cabeza, su tono es suave, casi como si estuviera contando una anécdota divertida—. Que estáis aquí, en este pasillo, criticando a alguien que, con toda probabilidad, está trabajando en algo que vosotros jamás podríais hacer aunque os dieran un manual de instrucciones.

Carlos abre la boca, pero Matías levanta una mano, cortándole el paso.

—No he terminado. Porque, además, mientras vosotros os dedicáis a demostrar vuestra ineptitud de forma tan pública, yo estoy aquí, planteándome seriamente si os queda algo de

utilidad para esta empresa. —Sus ojos oscuros se fijan en ellos como un depredador que mide a su presa—. Y os aseguro que no me cuesta nada encontrar a alguien que sí lo tenga.

El silencio es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Alicia sonríe de lado, disfrutando el espectáculo, mientras Carlos y Sandra bajan la mirada como niños regañados.

—¿Lo habéis entendido? —pregunta Matías, sin necesidad de esperar respuesta. Y antes de darles tiempo a huir, añade—: Si os sobra tiempo para hablar, es que no estáis trabajando lo suficiente. Volved a vuestro sitio. Ahora.

Carlos y Sandra desaparecen casi corriendo, y Alicia se gira hacia Matías, arqueando una ceja.

—Bonito discurso. Un poco largo para mi gusto, pero efectivo —dice, con esa ironía que siempre lleva como bandera.

—Es lo que tiene ser el jefe, Torres. Me pagan por poner orden. —Matías le lanza una mirada rápida antes de fijar sus ojos en mí. Sí, me ha visto asomarme por la puerta.

—¿Todo bien, Marina? —pregunta, su voz ahora más baja, pero no menos intensa.

Mis pies se mueven solos y salgo de la sala.

—No necesito que vengáis a rescatarme —digo, mi mirada fija en Matías primero y luego en Alicia.

Matías me mira, su mandíbula tensa, pero no dice nada. Es Alicia quien rompe el silencio, con una media sonrisa burlona.

—No te confundas, cariño. No es rescatarte, es sacar la basura. Y, francamente, disfruto haciéndolo.

Matías me observa un segundo más antes de girarse hacia ella.

—Gracias por el espectáculo, Torres. Siempre es un placer verte en acción.

—El placer es todo mío. Ha sido divertido. —Alicia le lanza una sonrisa, divertida, y desaparece por el pasillo como una tormenta perfectamente controlada.

Estoy tan cabreada que podría incendiar la oficina solo con la fuerza de mi mirada. Matías sigue ahí, plantado como si fuera el sheriff del oeste y acabara de meter a los forajidos en la cárcel. Muy digno él. Muy «mírame, soy el hombre perfecto». Y eso solo me enfurece más.

—Gracias por venir a salvarme, superhéroe —le digo, cruzándome de brazos y clavándole los ojos con una mezcla de rabia y, vale, un poquito de humillación—. Pero, ¿sabes qué? No

necesito que me rescates. Estoy perfectamente capacitada para mandarles a la mierda yo solita.

Matías me devuelve la mirada, imperturbable. Claro, él siempre tan tranquilo, como si el mundo entero estuviera ahí solo para servirle una copa de vino y darle las gracias por existir.

—Lo sé —dice al fin, su tono tan calmado que casi quiero gritarle para sacarle una reacción —. Pero no iba a quedarme viendo cómo esos dos imbéciles abrían la boca como si tuvieran algo interesante que decir. Me da alergia la mezquindad.

—¿Alergia? Qué considerado por tu parte. Seguro que ahora se sienten fatal por haberte hecho estornudar —replico, soltando una risa seca mientras me giro hacia la puerta. Pero él no se mueve. No, Matías sigue ahí, tan plantado como siempre, con los brazos cruzados y esa mirada que me atraviesa.

—¿Quieres saber lo que me jode de todo esto? —dice, y su voz cambia, más grave, más cercana, como si estuviera a punto de confesarme un secreto que no quiero escuchar—. Que tengas que demostrarles a esos idiotas que vales más que ellos. Como si tu trabajo, tu talento, y todo lo que haces aquí no fuera suficiente para callarles la boca.

Me detengo, mi mano aún en el pomo de la puerta, pero no me doy la vuelta. Porque si lo hago, puede que vea algo en sus ojos que no quiero ver. Algo que me haría bajar la guardia.

—Eso ya lo sé, Matías. Pero gracias por el recordatorio. Ahora, si no te importa, voy a volver a trabajar. Ya sabes, eso que hago tan bien, según tú, pero con el que nunca estás satisfecho en realidad.

—Espera —dice, y su tono me hace girarme casi sin querer. Está a dos pasos de mí, con esa expresión que hace que sea imposible saber si está enfadado, preocupado o simplemente siendo él mismo: un enigma con traje caro—. Marina, no se trata solo de que seas buena en lo que haces o no. Se trata de que no voy a permitir que nadie te falte al respeto mientras yo esté aquí. ¿Está claro?

Sus palabras me golpean como un vaso de agua fría en la cara. Porque, joder, claro que lo está. Siempre ha sido así con él. Intenso. Protector. Y, para mi desgracia, un poco encantador cuando se lo propone.

—Oh, qué honor. El gran Matías Hunter, protector de damiselas en apuros. ¿Vas a repartir capas y antifaces en Navidad o es un privilegio exclusivo mío? —intento mantener mi voz ligera, sarcástica, pero algo en mi pecho se aprieta, y sé que él lo nota.

Matías esboza una media sonrisa, esa que siempre parece una mezcla entre arrogancia y algo más que nunca logro descifrar.

—¿Puedes dejar de estar a la defensiva cinco segundos? No he hecho esto para que me des las gracias ni para convertirme en tu héroe. Lo he hecho porque tú te mereces algo mejor que esos rumores de mierda.

—Pues para no querer que te dé las gracias, bien que te gusta hacerte el importante. —Le lanzo una última mirada antes de volver a la sala de reuniones. No estoy lista para seguir esta conversación. No ahora, al menos.

Desde el umbral, escucho su voz, baja, pero lo suficientemente alta para que llegue hasta mí.

—Me gusta más verte entrar en mi despacho con la cabeza bien alta. Solo asegúrate de que sea pronto y con algo que merezca mi rescate.

Me detengo un segundo, mis mejillas ardiendo de pura rabia... ¿o es algo más? No importa. Lo único que sé es que ese hombre tiene una capacidad increíble para ponerme de los nervios y, al mismo tiempo, hacer que me sienta invencible.

Mi móvil vibra. Al verlo, suelto un suspiro. Mamá. Porque claro, un lunes no está completo sin una dosis de «todo lo que haces está mal». Contesto después de tres tonos. Ni muy rápido para que no crea que estoy desesperada, ni tan tarde como para que piense que estoy evitando la llamada. Hay niveles.

—Hola, mamá.

—Ah, ya pensaba que habías cambiado de número. Porque claro, como nunca llamas...

—Buenos días a ti también. —Me dejo caer en la silla, preparándome para lo que viene—. ¿Qué pasa, mamá? —Voy al grano, porque si no, esta conversación podría durar años.

—Nada, hija, solo quería saber cómo te va. Hace semanas que no me cuentas nada.

—Mamá, hablé contigo el viernes.

—Ah, sí, claro, cinco minutos para decirme que estabas ocupadísima. Siempre estás ocupada. ¿Qué pasa, Marina? ¿No tienes tiempo para tu madre?

—Tengo tiempo para ti. Lo que no tengo es energía para tus interrogatorios. —Cierro los ojos, pero el esfuerzo de mantenerme paciente me está pasando factura.

—No seas sarcástica, Marina. No te sienta bien. —Su tono es tan seco que casi me da sed—. Hablando de interrogatorios... ¿Cómo van las cosas con Matías? —Y ahí está. No tarda ni tres minutos en sacar el tema.

—¿Qué cosas? —Intento mantenerme neutral, pero sé que es inútil.

—Hija, no me tomes por tonta. Estás trabajando con él. Todos sabemos lo que eso significa.

— No, mamá. Es mi jefe. Ya sabes, trabajo, jerarquías, esas cosas aburridas. Tú deberías probarlo alguna vez, en lugar de planear mi vida. —Lo digo con una sonrisa que sé que no puede ver, pero seguro que la intuye.

—No seas insolente, Marina. Sabes perfectamente a qué me refiero. Matías es un hombre fantástico, de esos que no se encuentran todos los días. Y tú, en lugar de aprovecharlo, lo dejaste ir.

—No lo dejé ir, mamá. Ya hemos hablado de esto.

—Ah, claro. Porque tú nunca haces nada mal. Seguro que la culpa fue de él, como siempre. Pero, hija, mírate. Eres madre soltera, trabajando como una loca, y él... él está ahí.

—¿Y qué? —pregunto, porque, sinceramente, quiero saber hacia dónde va este tren del despropósito.

—Él puede darte una vida mejor, estabilidad, una familia, Marina. ¿Es que no te das cuenta? Ya tienes a Lía, ¿por qué no intentarlo con él de nuevo? Por su bien.

—¿Por su bien? —repito, porque no puedo creer lo que estoy escuchando.

—Sí, Marina. Porque una niña necesita una figura paterna. Y Matías sería perfecto. ¿Es tan malo querer verte con una vida completa? Una pareja, tal vez hijos… Ya tienes una edad, cariño. No puedes seguir postergando esas cosas como si tuvieras todo el tiempo del mundo.

—Gracias por la charla motivacional, mamá, ¿te has planteado alguna vez cambiar de hobby? Porque este tuyo de decidir cómo debería ser mi vida empieza a aburrirme.

—No es un hobby, Marina. Es preocupación. Porque te conozco. Eres demasiado orgullosa para admitir que te equivocaste con Matías, y no quiero que termines como una de esas mujeres que dicen «y si...» durante el resto de sus vidas.

—Gracias, mamá. Tu fe en mí es abrumadora, pero podrías preocuparte por cosas reales, como mi colesterol. —Intento sonar ligera, pero ella no se ríe.

—Mira, hija, la vida pasa rápido. Y no quiero que un día te des cuenta de que has llegado tarde a todo lo importante.

—¿Y qué es lo importante, mamá? ¿Lo que tú dices que es importante o lo que yo decido?

—No me hables como si fuera una tirana. Sabes que solo quiero lo mejor para ti y para Lía. Y Matías es lo mejor. Además, no me digas que no hay algo entre vosotros. ¿O me equivoco?

—Mamá...

—Dime la verdad, Marina. Si él te pidiera una segunda oportunidad, ¿qué harías?

—Colgar. —Y lo hago, antes de que pueda responder.

Dejo el móvil sobre la mesa y respiro hondo. Es como si mi madre tuviera un guion de drama perpetuo. Y el papel protagonista siempre es mío.

Y de todo esto que ha ocurrido hoy, solo saco una gran lección: debo mantenerme alejada de Matías. Porque, al parecer, no solo me toca lidiar con su intensidad y su maldita manía de aparecer en el momento justo para salvar el día, sino también con todo el mundo alrededor asumiendo que somos protagonistas de una jodida novela romántica.

Ni lo somos, ni quiero que lo seamos.

Matías no ha dicho ni insinuado nada que sugiera que quiere algo más, pero, sinceramente, ya no importa. Estoy hasta el gorro. De él, de mi madre, de las risitas de Carlos y Sandra, y de la idea de que cualquier interacción entre nosotros tenga que ser diseccionada como si fuera el último capítulo de un reality.

Tal vez debería buscarme un ligue. Uno sencillo, sin complicaciones, que me permita desconectar de toda esta mierda. Un tío guapo y callado, que sepa que no hay necesidad de hablar demasiado después del sexo. Alguien que no lleve traje caro, ni tenga una mirada que me atraviese, ni una sonrisa que haga que me replantee todo lo que creo sobre mí misma. Alguien que no se llame Matías en absoluto.

Pero, claro, eso sería demasiado fácil, ¿no?

9

Demasiado cerca para pensar con claridad

El reloj marca las nueve de la noche y lo único que se oye en la oficina es el constante golpeteo de las teclas de mi portátil y el suave zumbido de la calefacción central. Calefacción central que, por cierto, parece diseñada para convertir la oficina en un sauna.

No es que a mediados de otoño en Madrid haga un calor tropical, pero tampoco es Siberia. Sin embargo, ahí está, a toda máquina, como si alguien temiera que fuéramos a quedarnos congelados en cualquier momento. Debe de ser cosa del departamento de mantenimiento, convencidos de que el clima de la tundra está a la vuelta de la esquina. Con un poco de suerte, me tostaré tanto que acabaré dorada como un pavo de Navidad antes de que llegue diciembre.

Tostada y agotada. Llevamos horas repasando estos malditos documentos, y eso solo hoy. La realidad es que ya llevamos semanas de propuestas rechazadas, de exigencias imposibles y de correcciones interminables.

Matías no da nada por bueno a la primera, nunca. Pero lo peor de todo no son los informes o los ajustes técnicos. No. Lo peor son sus malditas peticiones personales, esas que nada tienen que ver con mi trabajo y que no sé cómo he terminado haciendo.

La primera fue llevarle el traje a la tintorería. Vale, eso lo aguanté. Luego me pidió que ordenara los libros de su despacho por orden alfabético. Y claro, ahí estaba yo, agachándome cada dos por tres mientras sentía sus ojos quemando en mi espalda… y en mi culo, probablemente.

Luego me pidió que le ayudara a elegir un regalo para su madre. Así que ahí nos quedamos, horas frente a la pantalla de su ordenador, debatiendo entre pulseras, collares y lo que parecía el catálogo entero de *Tiffany's*, hasta que finalmente se decidió por una pieza de joyería. Qué gran hijo, ¿eh? Madre mía, se dejó una pasta gansa como quien compra una barra de pan, sin pestañear siquiera.

Disfruta viendo hasta dónde puedo llegar. Y yo, aquí, sigo jugando. Porque siempre hay algo detrás de cada favor. Cada vez que me pide algo fuera de lugar, parece medir mi reacción,

esperando a ver cuánto tardo en reaccionar, cuánto puedo soportar antes de que explote.

Siento que he llegado al límite de lo que mi cerebro puede soportar. Y, sin embargo, aquí estamos, los dos, en esta oficina vacía, el aire pesado entre nosotros, jugando a ver quién revienta primero, pero mi concentración se va al garete cada vez que el móvil vibra en mi bolsillo.

Miro la pantalla, y ahí está

Luis - Confirmada la cita de las 21:30.

Se me acelera el pulso, no por emoción, sino por pura ansiedad. ¡Joder! Ya es tarde. Mi cita con Luis, el arquitecto guapo y callado que contacté en la app de citas, se suponía que iba a ser mi vía de escape de toda esta mierda. Un tipo tranquilo, sin complicaciones, con la cantidad exacta de encanto y cero riesgos emocionales. Pero, por supuesto, nada sale como planeo.

Levanto la mirada hacia Matías, que parece más absorto en su papel de tirano perfeccionista que nunca. Trato de ignorarlo y vuelvo a centrarme en mi trabajo, pero mi vista se desliza constantemente hacia el móvil, que se ilumina con una notificación tras otra.

—¿Algo interesante? —pregunta Matías de repente, su voz baja y cargada de ironía.

—¿Qué? —respondo, levantando la vista rápidamente, con el teléfono aún en la mano. Su mirada se detiene en el aparato como si fuera un detector de mentiras.

—Llevas toda la noche mirando el móvil. ¿Se me está pasando algo importante o simplemente estoy interrumpiendo tu apasionante vida social? —dice, apoyándose en el borde de la mesa, con los brazos cruzados y esa maldita sonrisa arrogante.

—No es nada. —Aparto el teléfono de forma demasiado brusca, intentando sonar casual—. Solo un recordatorio tonto. Nada que te interese.

—Oh, ya veo —responde, con un tono que sugiere que no le ha pasado desapercibido mi incomodidad—. ¿Un recordatorio de qué?

—De tomarme una tila, viendo lo pesado que te estás poniendo. —Respondo con una sonrisa falsa, mientras bloqueo el móvil y lo dejo boca abajo sobre la mesa. No hay manera de que le cuente la verdad. No le daré ese placer.

Matías ladea la cabeza, evaluándome con esos ojos que parecen leer entre líneas con demasiada facilidad. Por un momento, parece que va a soltarlo, pero, por supuesto, eso sería demasiado pedir.

—¿Seguro? Porque me da la sensación de que estás ocultando algo. Y, por cómo estás apretando los labios, diría que no es una tila. —Su tono es bajo, casi divertido, pero hay un filo

en sus palabras que me hace querer lanzarle algo.

—¿Por qué tienes que ser tan... tú? —le espeto, cruzándome de brazos—. No todo gira en torno a ti, ¿sabes? Algunas de nosotras tenemos vida fuera de esta oficina.

—Eso sí que es interesante. ¿Es una cita?—Arquea una ceja, con una sonrisa que podría derretir acero.

Mi cara debe delatarme, porque su sonrisa se ensancha, y yo siento cómo el calor sube por mi cuello. Mierda.

—¡No! —respondo demasiado rápido, y eso solo hace que la sonrisa de Matías sea más peligrosa.

—Vaya, qué rápido lo has negado. Eso lo hace aún más sospechoso. —Se endereza, acercándose un poco más. No tanto como para invadir mi espacio personal, pero lo suficiente como para que su presencia me resulte abrumadora.

—¿Qué te importa? —respondo, mi tono más defensivo de lo que pretendía.

Él se ríe bajo, esa risa que siempre parece diseñada para ponerte los nervios de punta.

—¿De verdad vas a salir con alguien? ¿Y cómo es ese tipo? Déjame adivinar: un contable aburrido, alguien que nunca se atrevería a discutir contigo. Porque, claro, eso es lo que necesitas, ¿verdad?

Le sostengo la mirada, tratando de no caer en su juego, pero él ya lo sabe. Matías tiene un don para meterse bajo mi piel.

—Es arquitecto —respondo finalmente, porque sé que no se va a rendir—. Y no, no es aburrido. Es... agradable.

—Agradable. —Matías repite la palabra como si fuera el insulto más grande del mundo—. Menuda emoción. Agradable. Seguro que también sabe hacer sudokus en tiempo récord.

—¿Te importa dejar de analizar mi vida personal? —pregunto, cruzándome de brazos y adoptando una postura de pura defensa.

—No, en absoluto. Solo estoy... interesado. —Su sonrisa se amplía, y su tono es tan despreocupado que me pone aún más nerviosa.

—Pues deja de estarlo —le espeto, recogiendo mis cosas con un gesto brusco—. Porque, a diferencia de ti, no necesito una encuesta de satisfacción cada vez que decido hacer algo. Solo quiero un poco de normalidad.

—Normalidad, mi culo —suelta él—. Esto sigue sin estar bien y no puedes irte —dice, arrojando los papeles sobre la mesa por tercera vez en una hora, su tono implacable—. Estoy seguro de que tu agradable cita entenderá que tienes cosas más importantes que hacer. Como asegurarte de que este informe no sea un desastre.

Levanto la mirada, mis ojos ardiendo de puro agotamiento y frustración, y mi paciencia colgando de un hilo tan fino que podría romperse con un suspiro. Cierro los ojos un momento y respiro hondo para no lanzar algo por la ventana. Llevamos horas así, él con su maldito perfeccionismo y yo tratando de no perder los nervios. A estas alturas, la única idea brillante que tengo es tirarle el portátil por la cabeza.

—De verdad que no sé qué quieres —le respondo, mi tono cargado de cansancio.

Matías me mira con ese brillo en los ojos que solo aparece cuando está a punto de picarme. Lo conozco demasiado bien. Él disfruta de estas discusiones. Siempre ha sido así, de esos tipos que necesita llevar a los demás al límite, porque ahí es donde él más brilla. En la batalla.

—No te pido milagros, Marina —dice, con esa sonrisa maliciosa que me pone los pelos de punta—. Solo que lo hagas bien. De verdad.

Estoy tan cansada que no me molesto en mantener el control esta vez. Ya no.

—¿Bien? —Me echo a reír, pero no hay nada de divertido en mi risa—. Llevamos horas con esto y aún no has sido capaz de encontrar una sola cosa que te parezca decente. ¿Sabes qué? No sé si es la campaña o que disfrutas haciéndome perder el tiempo.

—Si sientes que estás perdiendo el tiempo, tal vez deberías reconsiderar si de verdad crees en lo que estás haciendo —responde él, su tono bajo y calculado, como siempre. Perfectamente controlado. Demasiado controlado.

Me levanto de golpe, empujando la silla hacia atrás y me enfrentó a él apoyando las manos en la mesa.

—¡¿Sabes lo que creo?! —grito, sin poder contenerme más—. Que estás haciéndome la vida imposible por puro placer. Que disfrutas viéndome intentar hacer lo imposible mientras tú te sientas ahí, sin mover un maldito dedo.

Nos miramos, y la tensión en la habitación es tan espesa que apenas puedo respirar. Matías no responde. Solo se queda mirándome, con los labios ligeramente curvados en una media sonrisa que me pone más nerviosa de lo que debería.

—Te pones dramática cuando estás cansada —murmura finalmente, su voz cargada de una mezcla de burla y provocación.

—Dramática —repito, entre dientes—. ¿Sabes lo que es dramático, Matías? Que sigas aquí, haciéndome perder la paciencia cuando ya no tengo ni fuerzas para hablar contigo.

Su mano roza la mía cuando se inclina sobre la mesa, fingiendo que está recogiendo los papeles. Un toque accidental, de esos que deberían ser insignificantes. Pero lo siento. Y odio que me afecte. Él también lo siente. Nos quedamos así un segundo demasiado largo, en silencio, con ese pequeño contacto quemando nuestra piel como si fuera gasolina cerca de una chispa.

Me niego a apartar la mano primero. Él tampoco lo hace.

—Si no puedes con esto, dímelo ahora mismo, Marina —dice, bajando la voz, acercándose solo un poco más, lo justo para que mi respiración se agite—. Dime que no puedes hacerlo.

Es el desafío. El maldito desafío en su voz. Me pica, me provoca, y antes de que pueda pensarlo, me inclino un poco más sobre la mesa, acercándome más de lo debido. Mis labios a solo unos centímetros de los suyos. Lo suficientemente cerca para que el aire que compartimos sea casi único.

—Puedo con esto y con más. No me das miedo —le respondo, mi voz temblando de rabia, pero también de algo más. Algo que llevo toda la semana, tratando de enterrar, pero que ahora está agitándose en la superficie.

—¿Sabes? —murmura, su voz baja, casi un susurro—. Deberías tener cuidado con lo que dices. Soy tu jefe.

—¿Y tú? —respondo, sin retroceder—. ¿Deberías tener cuidado con lo que haces?

Matías sonríe, pero no se mueve. Sigue tan cerca que me es imposible pensar con claridad. No hay espacio. No hay escapatoria.

—Me subestimas, Marina —susurra, inclinándose un poco más, su aliento rozando mi piel —. Yo nunca me ando con cuidado.

Nos quedamos así, a milímetros del desastre, el contacto entre nosotros demasiado tentador, demasiado peligroso.

—Me falta algo —murmura, su voz baja, y la tensión en el aire no cede.

—Por supuesto que falta algo —respondo, mi sarcasmo afilado como un cuchillo—. Lo que falta es que me digas exactamente qué demonios quieres en lugar de hacerme repetir esto una y otra vez como si estuviera en un bucle infinito.

—Te lo dije. —Su voz es baja, controlada, pero con esa chispa de provocación que siempre me pica—. Quiero algo que haga que los inversores no solo se interesen, sino que se desesperen

por tenernos. Que sientan que si no apuestan por Hunter Solutions, están condenados.

—Ya, claro. —ruedo los ojos—. Básicamente quieres que convierta un software en el próximo orgasmo del mercado, sin margen de error.

—Exactamente. —Su sonrisa es peligrosa, y me doy cuenta de que está disfrutando verme perder la paciencia—. No es tan complicado, Marina. Tú sabes cómo son los orgasmos, ¿verdad?

El descaro de la pregunta me deja perpleja, pero solo por un segundo.

—¿Orgasmos? —respondo, con la mayor indiferencia que puedo reunir—. ¿Estás hablando de los tuyos o de los míos? Porque creo que tenemos definiciones bastante diferentes.

Él no se inmuta. De hecho, su sonrisa se amplía, como si esperara exactamente esa respuesta.

—Hablo de los que importan, Marina —murmura, bajando un poco más la voz—. Los que te dejan temblando, sin aliento, los que te hacen retorcerte y gritar desesperada. Los que, aunque intentes olvidar, siempre vuelven a tu cabeza cuando estás sola en la cama.

Mi garganta se seca, pero me esfuerzo por mantener la compostura, aunque el calor sube por mi cuerpo.

—¿Alguna vez has vuelto a gritar así? —se inclina más, tan cerca que puedo sentir el roce de sus labios cuando habla—. ¿Has vuelto a perder el control como lo hacías conmigo?

—¿Y tú? —le respondo, alzando una ceja, sin retroceder ni un centímetro—. No estoy tan segura de que tú lo recuerdes. Dicen que los egos grandes suelen entorpecer la memoria.

Matías no reacciona, pero su mirada se oscurece, sus ojos fijos en los míos, como si acabara de lanzarle un reto.

—Créeme, tengo buena memoria —susurra, más bajo, más peligroso—. Recuerdo perfectamente cómo te estremecías y gritabas mi nombre. No pretendamos que lo que teníamos era... ordinario. Sabes que nunca lo fue. Y es imposible que algo así se repita. Mucho menos con un tipo que solo te resulta agradable.

Maldita sea, todo lo que dice es verdad..., pero me obligo a no mostrar ni una pizca de lo que realmente estoy sintiendo.

—Venga ya —le digo, poniendo los ojos en blanco—. No te engañes, Matías. Te aseguro que no es tan difícil hacer que una mujer grite. La magia está en conseguir que no deje de hacerlo.

Eso le pica. Lo veo en su mirada. Pero, como siempre, en lugar de enfadarse, se lo toma como un reto. Sus ojos se oscurecen, pero su sonrisa sigue ahí, peligrosa. Y aunque me moleste

admitirlo, me gusta ese calor. Me gusta que me rete. Me gusta que me haga luchar por esto, aunque él sea un maldito insoportable.

—Ya sabes cuál es el trato —susurra, acercándose más, el calor de su cuerpo invadiendo el espacio que me queda—. Si no me presentas una campaña satisfactoria, puedo pedirte lo que quiera.

—¿Qué quieres, Matías? —pregunto, bajando el tono, sintiendo cómo su aliento roza mis labios.

Su sonrisa se ensancha, esa maldita sonrisa peligrosa que siempre me ha desarmado, y da la vuelta a la mesa, haciéndome girar hacia él. Da un paso más hacia mí y mi culo se pega a la madera de caoba de su escritorio. Está tan cerca que siento el calor de su cuerpo y esa tensión que flota entre los dos, haciéndome olvidar por un segundo dónde estamos y lo que estamos haciendo.

—¿Y si te dijera que lo que quiero es volver a oírte gritar mi nombre? —murmura, su voz baja y envolvente, y sus labios rozan los míos de forma suave, casi imperceptible al hablar.

Me obliga a tragar saliva. La manera en que lo dice, con tanta confianza, con esa mezcla de reto y deseo. Se inclina un poco más, lo suficiente como para que su boca quede a centímetros de mi cuello. El maldito sabe que ese es mi punto débil. Siempre lo ha sabido. Y cuando siento el primer roce de sus labios contra mi piel, todo en mí se detiene. No es un beso. Es apenas un roce, pero un gemido ahogado escapa de mi garganta.

Siento la lengua caliente recorriendo el borde de mi cuello, y no puedo evitarlo, mi cuerpo responde antes de que mi cabeza lo procese.

Sus labios se cierran sobre mi piel, esta vez con un poco más de firmeza, como si quisiera saborearme, marcarme. Sus dientes rozan mi piel y mi cuerpo tiembla. Noto que mi cabeza se inclina ligeramente, dándole acceso, maldita sea, porque sabe cómo tocarme, cómo llevarme a este borde donde ya no soy capaz de pensar con claridad.

Mis manos se agarran al borde de la mesa, mientras su boca baja lentamente hasta mi clavícula, sus labios firmes, decididos, marcándome con esa misma calma que me vuelve loca.

—Un beso en el cuello es suficiente recompensa, Matías —susurro, mi voz entrecortada.

Él se detiene, su boca a centímetros de mi piel, y siento su risa vibrar contra mi cuerpo.

—¿De verdad crees que estamos jugando a los putos dados eróticos? —me responde, con esa voz grave que me hace vibrar hasta los huesos.

—A veces parece que necesito un guion contigo y yo prefiero las cosas claras y sencillas —le digo, intentando irritarle tanto como yo lo estoy por ser tan débil con él—. Podrías traerte unas de esas tarjetas de «acción o verdad» para adultos, a ver si así dejas de improvisar tanto. Ya sabes, para que pueda saber qué coño pretendes.

—Tomaré nota —dice, con una media sonrisa que no promete nada bueno—. Nunca pensé que lo tuyo fueran las instrucciones detalladas, pero si eso es lo que necesitas… perfecto. Ya sé lo que traeré para la próxima vez

Lo miro, con los labios apretados y la frustración acumulándose.

—No necesito nada de eso, Matías. No lo tomes al pie de la letra, que solo trataba de ser sarcástica.

Me observa en silencio, su aliento aún en mi piel.

—¿De qué tienes miedo, Marina? —murmura, su boca rozando mi oreja, su aliento cálido haciéndome estremecer.

Y justo en ese momento, mi cerebro, tan borracho de la situación como mi cuerpo, decide encender todas las luces.

—¿Sabes qué? —digo, mi voz más rápida de lo que debería—. Creo que lo tengo.

Él, sin apartar sus labios de mi clavícula, sigue bajando lentamente, pero noto cómo se tensa ligeramente, como si estuviera atento a lo que estoy a punto de decir.

—Vídeos —suelto, tratando de controlar el calor que me invade—. No los típicos, no. Vamos a vender el miedo. Hacemos una serie donde mostramos cómo las empresas que no tienen el software de Hunter Solutions empiezan a desmoronarse. Fallos humanos, retrasos, pérdidas, todo. Y mientras tanto, las que usan nuestro software prosperan, dominan el mercado, sobreviven. No les vendemos beneficios, les vendemos el pánico de quedarse atrás.

Matías se detiene. Por un segundo, el mundo parece quedarse en silencio. Levanta la cabeza y me mira, sus ojos brillando con esa chispa de aprobación que rara vez le veo.

—Eso... eso me gusta —dice, saliendo poco a poco de su nube de deseo.

El alivio me golpea de golpe, como una ola, pero no puedo dejar que él lo note. Así que sonrío como una idiota, fingiendo indiferencia.

—Genial —digo, tratando de mantener la calma mientras el calor en mi cuerpo sigue latiendo con fuerza—. Entonces, como hemos acordado... me toca pedir algo.

Matías se ríe. Esa risa baja y peligrosa, como una advertencia.

—Está bien. Pídeme lo que quieras.

—Quiero que me acompañes a… —dudo y él lo nota, porque es algo descabellado.

Me mira con una mezcla de incredulidad y diversión en los ojos, como si estuviera esperando a que soltara la broma. Pero no es broma. No esta vez.

—¿Que te acompañe... a dónde? —pregunta, su tono aún controlado, pero con una pizca de sospecha.

Tomo aire y me preparo para lo que viene, porque sé que lo que voy a decir va a desencadenar algo.

—Al cumpleaños de mi hija —suelto, al fin, así, sin rodeos, observando cómo su expresión cambia de diversión a algo mucho más confuso.

—¿Qué? —La sorpresa en su voz es genuina, y por un segundo me deleito en haberlo descolocado por completo.

—Sí. Por alguna razón que no entiendo, a Lía le has caído bien. —Cruzo los brazos, desafiante, mientras su ceja se arquea aún más—. Y si eso no es suficiente, mi madre, que ha oído que has vuelto, insiste en verte. Dice que quiere saludarte. Y, sinceramente, no sé qué puede ser peor: mi hija insistiendo o mi madre conspirando.

Matías me observa en silencio por un momento, procesando mis palabras. Está claro que esto no es lo que esperaba. Al final, suelta una risa baja, pero sin rastro de entusiasmo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahí? ¿Soplar velas?

—No, tranquilo —respondo, mi tono cargado de paciencia—. No te pediré tanto. Solo tienes que aparecer, sonreír y ser encantador durante unas horas. Seguro que puedes manejarlo.

Matías suspira, claramente no muy entusiasmado con la idea.

—¿Irá su padre? —pregunta, con un tono mucho más serio.

—No —respondo, sin perder un segundo—. Él nunca aparece en las fechas importantes. Solo en las inoportunas.

Nos quedamos en silencio un momento, sus ojos fijos en los míos, evaluando si voy en serio o si esto es solo otra provocación más. Pero no lo es.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a aceptar? —pregunto, retándolo.

Matías mantiene esa sonrisa que tanto me irrita, pero algo en su mirada cambia. Un destello que no sé si es diversión, desafío o simple mala leche. Lo reconozco demasiado bien. No va a

soltar el tema fácilmente.

—Antes de comprometerme del todo... —comienza, cruzando los brazos y recostándose ligeramente contra el borde de la mesa—. ¿Podemos confirmar que no tienes otras... prioridades esta noche?

—¿Otras prioridades? —repito, parpadeando, aunque sé exactamente a dónde quiere llegar.

—Sí, ya sabes, tu... arquitecto agradable. No quiero interrumpir nada que ya tengas planeado. Porque, claro, si tienes intención de empezar algo con él, no voy a aparecer como un accesorio incómodo en el cumpleaños de tu hija. —Su tono es despreocupado, casi relajado, pero sus palabras están cargadas de intención.

Aprieto los labios y cruzo los brazos, poniéndome a la defensiva de inmediato.

—No sé por qué crees que eso tiene algo que ver. Una cosa no anula la otra, Matías. No es asunto tuyo lo que haga en mi vida personal.

—No estoy opinando, Marina. Estoy poniendo las cosas claras. —Se inclina hacia mí, acortando la distancia entre nosotros, su tono bajo y cargado de intensidad—. No tengo intención de involucrarme en tu vida como un invitado más mientras sigues explorando tus opciones.

—No estoy explorando nada. Solo quería…

—¿Qué? ¿Qué querías, Marina?

—Es una cita. Una cena. Nada serio. —Intento sonar indiferente, pero el calor en mi voz me traiciona.

—Entonces cancélala. —Lo dice con tanta naturalidad que me deja sin palabras por un segundo—. Si no significa nada, no será un problema, ¿verdad?

Nos quedamos en silencio, mirándonos fijamente, ninguno dispuesto a ceder. Mi corazón late con fuerza en mis oídos, y por un segundo pienso en todas las veces que Matías ha logrado ponerme en esta posición: acorralada, sin salida, enfrentándome a una verdad que no quiero admitir. Pero, maldita sea, tiene razón.

Sin decir una palabra, agarro mi móvil y, sin siquiera mirar la pantalla, busco el chat con Luis. Escribo un mensaje rápido, claro y sin rodeos.

«No voy a poder quedar esta noche. Lo siento mucho».

Pulso enviar y luego le muestro la pantalla a Matías. Su mirada se desliza por el mensaje, y su sonrisa, lenta y peligrosa, vuelve a aparecer.

—Ya está. ¿Contento? —le espeto, metiendo el móvil de nuevo en mi bolsillo con más fuerza de la necesaria.

—Moderadamente. —Se cruza de brazos, su tono ligero pero con esa chispa de satisfacción que me pone de los nervios—. Pero siempre puedo aspirar a más.

—Eres insoportable, ¿lo sabías? —le digo, señalándolo con un dedo, aunque no sé si es para intimidarlo o para evitar que me acerque más a él.

—Y tú eres demasiado terca. —Me devuelve la mirada, su sonrisa ladeada, y por un segundo, siento que todo el aire de la habitación se concentra entre nosotros—. Pero, ¿sabes qué? Me gusta cuando cedes. Es refrescante.

—Vete a la mierda, Matías. —Intento sonar firme, pero mi voz tiembla, y él lo nota.

Matías me mira, su sonrisa ladeada regresando a su rostro.

—Iré al cumpleaños, Marina —dice finalmente—. Pero no te sorprendas si luego te pido algo... igual de divertido.

10

Velas, coronas y verdades incómodas

El barrio donde vive Marina es un lugar de esos que parecen tranquilos hasta que te das cuenta de que el silencio esconde mucho más de lo que aparenta. Es un barrio de clase media, en el noroeste de Madrid, con edificios modernos, pequeñas urbanizaciones, y parques donde los niños juegan los fines de semana mientras los padres beben café en las terrazas. La típica estampa idílica que nunca me ha encajado del todo.

Cuando llego, la casa de Marina destaca por su sencillez. Ni grande, ni pequeña. Justa para ella y Lía. Algo que encaja con su estilo de vida: cómodo, pero sin demasiadas pretensiones. Aparco el coche y observo la entrada. No puedo evitar sentirme raro, como si estuviera entrando en territorio enemigo, con una mezcla de expectación y tensión.

Abro la puerta de la verja y camino hacia la entrada, sabiendo que esta tarde no va a ser un simple «feliz cumpleaños». Va a ser mucho más complicado. Aún no sé cómo, pero lo sé.

Antes de que pueda dar un paso más, noto que mi móvil vibra en el bolsillo. Lo saco y veo un mensaje de Hayden, mi «querido» hermanastro, directo desde el otro lado del Atlántico.

***Hayden**: ¿Qué tal, hermano mayor? ¿Igual de aburrido que siempre? Seguro que España llora con tu presencia.*

El timing de Hayden para tocarme las narices siempre es impecable. Respondo antes de pensarlo.

***Matías**: Igual de aburrido que tus chistes, Hayden. Aquí al menos no tengo que soportarte.*

Unos segundos después, llega su respuesta, tan cargada de sarcasmo que casi puedo oír su risa estúpida.

***Hayden**: Vaya, eso suena a rencor. Me sorprende que alguien con tu nivel todavía pierda el tiempo con resentimientos.*

***Matías**: Y me sorprende que alguien con tu nivel aún no sepa cuándo cerrar la boca.*

***Hayden:** Joder, claro que me ahorraría hablar contigo, pero nuestro padre dice que me*

preocupe por ti y que te pregunte si necesitas ayuda allá en España. Me ha soltado un sermón de diez minutos sobre sus dividendos, sus acciones y sobre cómo tú podrías destrozarlo todo si te descuidas un poco.

Contengo una sonrisa amarga. Mi padre disfruta actuando como si todavía tuviera control absoluto sobre mi vida. Claro, en su caso, lo hace a través de las acciones que posee en mi empresa, Hunter Solutions, en las que le gusta recordarme que ha invertido para asegurar su estabilidad. Perfecto.

Respondo, sabiendo que Hayden va a disfrutar provocándome.

***Matías**: Dile que no hace falta que me envíe a su mensajero. Soy perfectamente capaz de manejar mi empresa sin la intervención de nadie, a diferencia de otros que necesitan que les organicen hasta el calendario de gimnasio.*

La respuesta de Hayden llega en segundos, cargada de su ironía habitual:

***Hayden**: Wow, Matías, relájate. Aunque si quieres mi opinión, tal vez sí necesitas una perspectiva fresca para no convertirte en un abuelo prematuro. Ya sabes, alguien más joven y dinámico, sin tanto polvo en las ideas.*

Río por lo bajo. Hayden siempre ha tenido un don para sacarme de quicio y divertirnos en el proceso.

***Matías**: Claro, Hayden, ven a España si quieres ver cómo funciona una empresa real. Pero recuerda que esto no es la junta de papá donde puedes hacer gala de tu inglés de Harvard.*

Silencio, y sé que está buscando una buena respuesta. No tarda.

***Hayden**: ¿Una invitación? ¿Para que vea cómo te ahogas en directo? Puede que acepte.*

Bloqueo el teléfono y me lo guardo, porque si sigo respondiendo, terminaré perdiendo la paciencia. Hayden siempre ha tenido ese talento especial para saber qué decir y cuándo decirlo para provocarme.

*****

Cuando toco el timbre, las voces que llegan desde dentro me preparan para el caos: risas, platos que chocan, ese bullicio inconfundible de los cumpleaños infantiles. Es un sonido que, francamente, no esperaba estar escuchando hoy.

Antes de que pueda decidir si estoy listo para enfrentarme a esto, la puerta se abre de golpe. Lía, con una corona de papel dorado inclinada sobre la cabeza, me mira fijamente. Hay una

mezcla de sorpresa y... ¿diversión? No es la típica expresión ingenua de una niña de su edad; no, es como si supiera exactamente lo que está pasando, como si este fuera su juego y me acabara de retar a entrar.

—¡Has venido! —exclama, pero en su tono hay algo más que simple entusiasmo infantil. Suena a desafío, a orgullo, como si pensara: «Sabía que vendrías, aunque no lo admitieras».

Me agacho para estar a su altura.

—Me han obligado —respondo, esbozando una sonrisa forzada, porque, a decir verdad, estar aquí no ha sido fácil.

Ella se cruza de brazos, y una ligera sonrisa curva sus labios, como si se estuviera preparando para soltar algo que me dejará pensando.

—Lo sé —dice, arrastrando las palabras con esa madurez inusual—. Pero es que me he dado cuenta de que cuando tú estás cerca, ella sonríe diferente... Se toca el pelo más de lo habitual y te observa de reojo, como si no quisiera que la pillaras mirándote.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. A los ocho años, yo no sabía nada de ese tipo de cosas. Pero Lía... Lía parece entender más de lo que debería. ¿Es posible que haya visto lo que yo aún estoy intentando descifrar? Me levanto lentamente, intentando procesar lo que acaba de decirme.

—¿De verdad? —murmuro, mientras mi mirada se eleva justo a tiempo para encontrarme con los ojos de Marina, que aparece en la puerta.

—Lía, deja que Matías entre antes de que congeléis la casa. —Su tono es mordaz, pero hay algo en su mirada cuando me ve que no sé interpretar. ¿Gratitud? ¿Incomodidad? No estoy seguro.

—Está bien —murmura la niña, y antes de que pueda procesar lo que pasa, sale corriendo de nuevo hacia el salón, donde están todos los niños, dejándonos a Marina y a mí solos en la puerta.

—Has llegado a tiempo para la tortura de los adultos —dice ella, arqueando una ceja.

—Me lo suponía —respondo, entrando y quitándome la chaqueta. El olor de la comida, de las risas y del caos familiar me golpea de inmediato. Es cálido. Algo que no había sentido en mucho tiempo.

—Mis padres están dentro —me informa—. Ya te advertí que mi madre está… bueno, ya lo verás.

Caminamos hacia el salón y, al entrar, me encuentro con Luis, el padre de Marina, está sentado en el sofá, riendo con un grupo de niños que intentan organizar una especie de concurso de quién puede comer más gominolas. A su lado, María, Sonríe de oreja a oreja, como si estuviera viendo a su hijo pródigo volver a casa.

—¡Matías! —Se levanta y se acerca, agarrando mis manos como si fuera uno de esos viejos amigos que solo hace unos días que no ha visto. Me sorprende el gesto, pero no tengo tiempo de reaccionar antes de que me tire hacia el sofá, obligándome a sentarme junto a ella—. Madre mía, cuánto tiempo ha pasado. Siempre tan elegante. ¿Y qué ha sido de ti? Marina no me cuenta nada. Es como un misterio con patas esta niña.

Me esfuerzo por sonreír, notando cómo la situación me resulta incómoda, aunque ella sigue hablándome como si no hubieran pasado años desde la última vez que me vio.

—He estado... fuera —respondo vagamente.

—Ah, sí. —María sonríe y suelta una risita—. Me acuerdo cuando te fuiste a Estados Unidos. Marina no hablaba de otra cosa. Estaba tan orgullosa de ti…

Mierda, aquí vamos. La madre de Marina es de esas personas que no saben cuándo parar. Me esfuerzo por seguirle el ritmo, pero mi mirada se desvía inevitablemente hacia Marina.

—Pero mírate ahora, de vuelta. Seguro que ha sido todo un éxito —sigue María, con esa risa que no sé si es nerviosa o simplemente genuina.

Hago una mueca. Éxito, claro.

—Algo así —respondo, encogiéndome de hombros, porque, sinceramente, no quiero entrar en detalles. María sonríe, pero lo noto en sus ojos que los quiere. Detalles que no voy a darle ni de coña.

Miro de reojo de nuevo a Marina, que está en el otro lado de la habitación, conversando con unas madres que, francamente, parecen más interesadas en mirarme a mí que en la conversación. Pero lo que me llama la atención no es eso. Es cómo Marina se mueve entre ellas, como si estuviera en su elemento.

Esa facilidad para hacer reír a cualquiera, incluso a las mujeres que, claramente, no tienen mucho en común con ella. Se ríen de algo que dice, y una de ellas se toca el pelo, sonriendo mientras lanza miradas rápidas hacia mí. Ni de coña.

—Deberías ir a saludarla —dice María, interrumpiendo mis pensamientos—. Seguro que no se lo esperaba.

Ah, claro. La sorpresa de ver a su ex en el cumpleaños de su hija. Qué gran plan.

—Ya lo he hecho —respondo, mirando a Marina con cierta intensidad que ni siquiera intento disimular.

Ella capta mi mirada, y en vez de apartarla, arquea una ceja en mi dirección. Esa maldita ceja levantada que siempre fue una señal de desafío. Como si dijera: «¿Qué vas a hacer al respecto, Matías?».

Me inclino hacia atrás en el sofá, observando cómo interactúa con los niños. Uno de los padres se le acerca y le dice algo al oído, probablemente una estupidez relacionada con la fiesta, y noto cómo ella sonríe, pero es una sonrisa calculada. Lo suficiente para ser amable, pero nada más. El tipo no tiene ni idea, claro. Se le nota en la forma en que sus ojos se quedan fijos en su cuerpo un poco más de lo socialmente aceptable. Idiota.

—¿Tienes hijos, Matías? —pregunta María, de repente.

La pregunta me pilla fuera de guardia, pero respondo rápidamente, con ese tono que uso para cortar conversaciones incómodas.

—No.

—¿Alguien especial en tu vida, cariño? ¿Alguna guapa mujer?

—No.

—Bueno, Lía parece que te tiene cariño. —Sonríe, como si lo estuviera insinuando todo sin decir nada. Y ahí es donde sé que María no va a dejar pasar la oportunidad de remover lo que sea que queda entre Marina y yo.

Antes de que pueda contestar, siento un tirón en el brazo. Lía está ahí, mirándome con sus enormes ojos brillantes casi dorados como los de su madre y esa expresión que me dice que está a punto de soltar alguna observación de las suyas.

—Oye, Matías, ¿por qué no llevas una corona como todos los demás? —dice, señalando la suya, hecha de papel dorado, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—No me va mucho el dorado, Lía —le respondo, con una sonrisa forzada.

—¿Y qué color te gusta? Porque podríamos hacerte una negra —sugiere con toda la naturalidad del mundo, como si un hombre de más de treinta años usando una corona negra en una fiesta infantil fuera lo más normal del mundo.

—Gracias, pero paso. —Le devuelvo la sonrisa, aunque internamente me pregunto cómo demonios he acabado discutiendo sobre coronas de papel con una niña de ocho años.

Lía me observa un segundo más y luego corre hacia su madre, soltando una risita que parece diseñada para que me sienta aún más fuera de lugar.

—Está claro que no eres de los que se integran en la fiesta —comenta Marina, acercándose y poniendo una mano sobre el hombro de su hija para llevársela y supongo que para que me de un respiro.

—No soy el alma de las fiestas infantiles, no.

Se ríe, y esa risa me golpea de lleno. Jodida sonrisa. No es justa, nunca lo ha sido. Porque aunque estemos en una sala llena de gente, no puedo dejar de sentir que hay algo entre nosotros que sigue vibrando. Algo que no hemos resuelto.

Miro alrededor, como buscando una salida de emergencia, pero en lugar de encontrarla, veo a Luis, el padre de Marina, observándome desde el sofá. Asiente ligeramente, como si me entendiera más de lo que me gustaría. Es la primera vez que siento que estoy en terreno neutral con alguien en esta casa.

Cuando Luis se inclina hacia mí, siento que algo está a punto de cambiar. Su mirada, menos inquisitiva que la de su esposa, me envuelve en una especie de calma que, a la vez, me inquieta. No es un hombre de muchas palabras, pero cuando habla, siempre tiene un propósito. Y hoy, ese propósito parece ser yo.

—Lía... nació con solo seis meses —dice de repente, como si fuera una conversación casual, pero su voz tiene un peso que me deja quieto en mi lugar—. Creíamos que la íbamos a perder.

Mi cerebro tarda unos segundos en procesar lo que acaba de decir. Seis meses. Mierda. Me enderezo en el sofá, como si eso fuera a ayudarme a aclarar las ideas que de repente se arremolinan en mi cabeza. Si Lía nació con seis meses... entonces, lo que yo había creído todo este tiempo, lo que me hizo distanciarme de Marina, no era cierto. Ella no me engañó, ¿no?

Luis no me mira directamente. Se concentra en un punto indeterminado frente a él, como si reviviera esos momentos difíciles. Su rostro se endurece, pero no por la rabia. Es más un gesto de cansancio, de alguien que ha pasado por más de lo que deja ver.

—Marina se empeñó en seguir adelante con ese embarazo... inesperado —continúa, eligiendo las palabras con cuidado—. Fue duro para todos, pero sobre todo para ella. Estaba destrozada, ¿sabes?

Mis manos empiezan a sudar. Siento como si me hubieran vaciado una cubeta de agua fría encima, pero por fuera sigo sin reaccionar. No puedo permitirme hacerlo. ¿Cómo procesar algo así? No era lo que yo pensaba. Todo este tiempo, mi mente había construido una historia

diferente, una en la que Marina me había dejado porque ya estaba con otro. Pero esto... esto lo cambia todo.

—¿Y Sergio? —pregunto sin pensar, soltando el nombre como si necesitara aferrarme a la historia que llevaba construyendo todo este tiempo.

Luis suelta una risa baja, amarga, mientras sacude la cabeza.

—Sergio fue un accidente... una noche para olvidar… para olvidarte después de vuestra ruptura —responde, sus palabras llenas de una resignación que no esperaba—. El tipo nunca ha pintado nada en la vida de ellas, pero ya sabes cómo es Marina. Se sintió responsable, intentó hacer las cosas bien. Pero nunca hubo nada entre ellos y él como padre deja mucho que desear, la verdad.

La bomba estalla en mi interior, una explosión de pensamientos que me dejan tambaleando. ¿Una noche para olvidar? ¿Nada más? Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—Si te soy sincero, casi mejor —continúa Luis, sin darse cuenta del caos interno que acaba de desatar en mí—. Es mejor que Lía crezca sin alguien como él. Marina la ha sacado adelante sola. Y con nosotros, claro. Pero nunca dejó que ese impresentable se acercara más de lo necesario.

Luis habla con una mezcla de orgullo y pena que me perfora el pecho. Marina sola, cargando con todo esto mientras yo estaba en otro continente, convencido de que ella me había engañado. Estaba tan seguro de mi versión que ni siquiera me planteé preguntar, saber. Y ahora todo lo que creía se está desmoronando.

—Es por eso por lo que sus cumpleaños son tan importantes para nosotros. Estuvo dos semanas en la incubadora, con su vida pendiente de un hilo y ahora mírala. —Luis me mira de nuevo, y sus ojos están llenos de algo que me hace sentir aún más incómodo—. Cada año que pasa con Lía es como un regalo. Sobrevivió a pesar de todo. Y Marina... bueno, ella también lo ha hecho. Pero no fue fácil. No fue nada fácil. Terminar de estudiar siendo madre soltera, con muchos dedos apuntando hacia ella, los rumores, las críticas y esas cosas… No, no fue nada fácil.

El nudo en mi estómago se aprieta aún más. Me había convencido de que todo era blanco y negro, pero la realidad es mucho más gris, más dolorosa. Todo lo que me había contado mi propia mente, las conclusiones a las que llegué solo, estaban equivocadas. Marina no me traicionó. No me dejó para rehacer su vida con otro. Simplemente... sucedió. Y de repente me siento enfadado. No, furioso. ¿Por qué no me lo dijo? Porque Marina me dio por perdido, porque para ella una puerta cerrada es solo eso, un límite que no volverá a cruzar.

—Marina lo pasó muy mal, Matías. Estaba destrozada. Pero siempre te tenía en la cabeza. Nunca te dejó ir del todo —añade María sintiendo la tensión en mi cuerpo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, sabiendo que no me va a gustar la respuesta.

Ella suspira, cruzando los brazos, como si estuviera buscando la manera de explicarme algo que ya debería saber.

—Mira, lo que pasa es que Marina se fue apagando, Matías. Mientras tú estabas fuera, cada día parecía un poco más... distante. Al principio, intentaba mantenerse fuerte, pero empezó a dudar. Empezó a pensar que lo vuestro no iba a ninguna parte.

—¿Por qué? —No puedo evitar preguntar, aunque ya sé la respuesta.

—Con cada llamada rápida y cada conversación de cinco minutos sobre el trabajo, comenzó a pensar que lo vuestro no iba a ninguna parte —responde Luis, pero María frunce el ceño.

—Yo sí llamaba —le digo, la rabia hirviendo bajo la superficie.

María asiente, con esa expresión de quien lo sabe todo pero no puede cambiarlo.

—Bueno, Matías..., hay que admitir que pasaban días sin saber de ti. Y cuando llamabas, siempre tenías prisa. Sé que estabas ocupado, pero una chica joven, sola, esperando... Es difícil. Marina no te quería dejar, pero empezó a pensar que ya no la querías en tu vida.

La rabia empieza a hervir en mi interior, como lava que ha estado contenida durante demasiado tiempo. Me levanto del sofá antes de que mis pensamientos se enreden más en la telaraña de lo que he descubierto. La idea de que Marina dudara de mí, que empezara a pensar que me había olvidado de ella, me atraviesa como una daga.

¿Que no la quería en mi nueva vida? ¿Qué mierda se creía? Claro que estaba ocupado, pero nunca la dejé de lado. Nunca la olvidé. Pero, ¿ella? Ella sí lo intentó, al menos lo suficiente como para que en una noche con un idiota se quedara embarazada.

Observo cómo Marina sigue con su espectáculo improvisado en la esquina del salón. Lleva la maldita corona sobre la cabeza, y tiene una varita en la mano, moviéndola como si fuera alguna especie de hada madrina para los niños que la miran embobados. Los niños se ríen y la siguen como si estuvieran viendo magia real.

Y justo en ese momento, el timbre suena.

Giro la cabeza hacia la puerta, justo cuando un hombre entra. Joder, no puede ser.

Es un tipo robusto, con esa clase de cuerpo que te hace pensar que pasa más tiempo en el

gimnasio que en cualquier otro sitio.

Sergio.

Lo reconozco al instante, aunque apenas lo vi aquella vez, hace años. Mierda, claro que es él.

Marina, que está en medio de uno de sus trucos ridículos, lo ve y su rostro cambia por completo. Esa sonrisa brillante desaparece en un parpadeo y la corona que lleva puesta, de repente, parece fuera de lugar. Es un contraste brutal, verla así, congelada en plena actuación.

Sergio camina hacia el centro del salón como si fuera el dueño del lugar. Saluda a los niños con una sonrisa exagerada, chocando los cinco como si quisiera ganarse puntos con ellos. El típico comportamiento de alguien que trata de impresionar sin haber hecho nunca el esfuerzo de estar presente.

—¡Eh, Sergio! —saluda uno de los padres, levantando la mano para chocarla con él como si fueran viejos amigos de toda la vida.

Claro. A todos les encanta el puto entrenador de gimnasio. Perfecto.

Marina, por su parte, respira hondo, y aunque intenta mantener la compostura, no se me escapa el gesto tenso de sus labios. Ella está haciendo todo lo posible por no dejar que su incomodidad sea evidente, pero yo lo noto. Lo sé porque la conozco mejor que nadie.

El tipo se acerca a Marina como si nada, dándole una palmada en la espalda y dejando la mano ahí sobre ella. Me hace querer cruzar el salón y cortarle la puta mano.

—Vaya, Marina, ¿ya estás haciendo magia? —pregunta con una sonrisa de gilipollas que me dan ganas de borrar de un puñetazo.

Marina, por su parte, le devuelve una sonrisa educada. Demasiado educada para lo que este tipo se merece.

—Sergio, no esperaba verte —dice, con un tono que deja claro que realmente no lo esperaba ni lo deseaba.

—Bueno, no me iba a perder el cumpleaños de mi hija, ¿verdad? —responde él, tan casual como si eso lo redimiera de todos los demás días en los que no ha estado.

Mi mano se cierra en un puño a mi lado. Las palabras me golpean con una fuerza que no esperaba. Él es el padre biológico, claro. Pero el hecho de que aparezca como si fuera parte fundamental de la vida de Lía, como si tuviera algún derecho de estar aquí, sobre Marina... me enciende. La ira me sube por la garganta como un nudo, pero me obligo a mantener la calma,

aunque cada fibra de mí quiere destruirlo.

—Ya sabes cómo es el trabajo —dice él, encogiéndose de hombros, como si estar en el gimnasio fuera alguna misión humanitaria de la que no puede escapar—. Pero aquí estoy, ¿no?

Y aquí estoy yo, observando todo como un espectador de una película de mierda que nunca pedí ver. Las piezas encajan en mi cabeza. Este tipo quiere algo con Marina. Lo veo en la forma en que sigue sujetándola por la cintura, en cómo la sonríe, en cómo se inclina hacia ella, demasiado cerca.

El silencio se siente espeso en el aire hasta que Sergio decide soltar otra perla.

—Lía me ha dicho que estás pensando en cambiarla de colegio. —Lo dice con una confianza desmesurada, como si estuviera al tanto de todo. Como si tuviera alguna participación en las decisiones importantes.

Marina lo mira sorprendida. No esperaba que él supiera eso.

—Estamos viendo opciones, sí —responde, claramente midiendo cada palabra.

—Bueno, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites. Quiero estar más presente en su vida —dice él, como si de repente hubiera decidido que ser padre es algo que se puede encender y apagar.

¿Más presente? ¿En serio? Este tipo aparece cuando le da la gana y ahora pretende ser el papá del año. Qué cojones.

—¿Ah, sí? —digo, incapaz de contenerme. Mi tono sale afilado, y no hago ningún esfuerzo por suavizarlo.

Sergio me mira, claramente sorprendido, pero recupera rápido su sonrisa estúpida.

—Sí, claro. Quiero recuperar el tiempo perdido —dice, con esa mezcla de arrogancia e ignorancia que me enferma.

Recuperar el tiempo perdido. Joder. Me esfuerzo por mantener la calma, pero por dentro estoy que exploto. La tensión entre Marina y él es evidente, pero lo que me jode más es ver cómo intenta mantener las apariencias. Ella está atrapada, demasiado educada para mandarlo a la mierda delante de los niños.

Y entonces, Marina se quita la corona de la cabeza, esa ridícula corona de papel dorado, y con una sonrisa tensa, se la coloca a Sergio.

—Ya que has llegado justo a tiempo para la fiesta —dice, con un tono lleno de ironía—, te toca ser el rey por un rato.

Sergio la mira confundido. No tiene ni idea de que Marina acaba de mandarlo a la mierda con una sonrisa en la cara. Y yo, por dentro, no puedo evitar sonreír también. Sigue siendo Marina.

11

Feliz Cumpleaños: Tarta, Piñatas y machitos

El eco de la puerta cerrándose detrás de Sergio aún resuena en la casa y me dejo caer en la silla más cercana, soltando un largo suspiro. Toda la fachada de la fiesta sigue intacta, los niños siguen gritando, corriendo alrededor de la piñata, como si el mundo no acabara de volverse un poco más incómodo con la llegada de Sergio. El tipo tiene el don de aparecer cuando menos lo quiero cerca. Y hoy, como siempre, no decepciona en ese aspecto.

Mis ojos se desvían a Matías, que está de pie en la esquina del salón, observando todo con una mezcla de incredulidad y rabia contenida. Su mandíbula sigue apretada, y sus ojos no se han despegado de Sergio desde que ha entrado, como si lo estuviera midiendo, evaluando cada gesto, cada palabra. Joder, que esta fiesta era para mi hija, no para una escena de machitos enfrentados.

Me acerco discretamente a Matías, intentando que nadie note la tensión entre nosotros.

—¿Me estás jodiendo? —murmura Matías, con la voz baja pero cargada de sarcasmo—. Me dijiste que este payaso no vendría.

Tiene las manos en los bolsillos de su pantalón oscuro de vestir y su mandíbula sigue apretada sobre el cuello alto de su jersey de lana en color crudo. Como si estuviera en alguna maldita sesión de moda, ahí de pie, tan compuesto, tan perfecto. Y, francamente, ese look le sienta demasiado bien. Lo suficiente para que me distraiga de las cosas importantes y reciba todas las miradas. Pero no, me niego a dárselo en bandeja, a dejarle ver que he notado cada detalle. Me esfuerzo por mantener la calma mientras le respondo en un susurro, mirando de reojo a los niños que siguen jugando en el otro extremo del salón.

—No lo invité. Pero es su padre. Aparece cuando quiere y, bueno, no tengo elección.

Matías deja escapar una risa seca, amarga. Y por un segundo, me doy cuenta de lo mal que está manejando todo esto.

—Marina... —empieza a decir, y por el tono que usa sé que lo que viene no será una charla ligera—, me parece increíble cómo puedes seguir soportando esta mierda. El tipo aparece de vez en cuando, juega a ser papá y luego se larga como si nada. ¿Cómo puedes aguantarlo?

—Intento mantener las cosas lo más civilizadas posible, por Lía. No me queda otra —le explico, algo más tajante de lo que pretendía, porque, la verdad, estoy cansada de que todo el mundo asuma que tengo control absoluto sobre la situación.

—Siempre tienes otra opción —responde, mirándome como si estuviera esperando que yo entendiera algo que todavía no alcanzo a ver—. Siempre.

El silencio entre nosotros se hace pesado, incómodo. No es solo por Sergio, lo sé. Es por todo lo que nunca hemos hablado. Todo lo que está ahí, flotando entre nosotros, esperando explotar.

El ambiente a nuestro alrededor sigue siendo bullicioso. Los niños están concentrados en la piñata, mientras algunos padres charlan entre ellos y nos miran de reojo.

—Matías, no me des consejos sobre esto, ¿vale? —le digo, mi tono más frío de lo que debería—. Bastante tengo con lidiar con el circo que es mi vida como para encima escuchar lo que *tú* crees que debo hacer.

Por un instante, creo que va a dejarlo pasar. Que va a soltar la cuerda. Pero claro, estamos hablando de Matías.

—¿Qué circo, Marina? —susurra, inclinándose un poco más cerca, su voz cargada de una mezcla de sarcasmo y desafío—. ¿El que montaste cuando decidiste que esto era suficiente? ¿Cuando te convenciste de que yo no iba a volver y no me dijiste lo que estaba pasando? ¿ ¿O el que sigues montando, conectando con tipos de una noche para intentar alejarme?

La sangre me hierve. Lo miro, entre incredulidad y rabia, intentando procesar lo que acaba de soltarme.

—¿Qué coño dices? —le espeto, mi voz baja pero cargada de furia—. No tienes ni idea de lo que estás hablando.

—¿No? —Levanta una ceja, su mirada penetrante clavada en mí—. Solo sigues corriendo. Huyendo. Pero lo peor no es eso. Lo peor es que ni siquiera sabes a dónde.

Sus palabras se quedan suspendidas entre nosotros, pesadas, afiladas. Pero no voy a dejar que él tenga la última palabra.

—¿Y qué hay de ti? —le digo, con el sarcasmo goteando de cada palabra—. Sigues aquí, con tus indirectas y tu control absoluto, como si fueras diferente. Como si no fueras tú quien se marchó en su momento.

Nos miramos en silencio, el bullicio de la fiesta a nuestro alrededor parece un eco lejano.

Sergio pasa junto a nosotros, saludando a alguien, y Matías le lanza una última mirada fulminante antes de centrar toda su atención de nuevo en mí.

—¿Sabes qué, Marina? —dice, con un tono tan bajo que casi parece un susurro—. Hice muchas cosas mal. Pero, al menos, no intenté sustituirte por alguien más.

—¿De verdad? —susurro, dando un paso más cerca, sintiendo cómo la tensión entre nosotros se vuelve casi tangible—. ¿De verdad quieres abrir esa puerta, Matías?

—Sí —responde, su tono más calmado, aunque hay algo en su voz que sigue provocándome—. No ahora, pero no te vas a librar de esta.

—¡Mamá! —grita Lía, agarrándome del brazo—. ¡Es hora de la tarta! ¡Ven! ¡Matías, tú también!

La cuerda entre Matías y yo se afloja un poco, pero solo por un segundo. La sonrisa de Lía y la emoción en su voz me sacan brevemente del conflicto. Nos movemos hacia la mesa de la tarta, donde Lía ya está esperando con una gran sonrisa y todos los niños a su alrededor.

Todo parece volver a la normalidad, o eso intento creer, pero entonces Sergio aparece de nuevo. Lo veo acercarse con esa sonrisa ensayada que me pone de los nervios. Se acerca a Lía y le revuelve el pelo de forma paternalista, como si fuera el padre del año.

—Todo listo para soplar las velas —dice con tono exagerado, dirigiéndose a Lía como si estuviera actuando para una audiencia.

Luego, su mirada se desvía hacia Matías. Es inevitable. La tensión de él se siente, aunque los niños a nuestro alrededor siguen gritando y riendo, ajenos a todo.

—¿Y tú quién eres? —pregunta finalmente, mirándolo de arriba a abajo.

Matías lo mira con esa calma que solo usa cuando está a punto de explotar. No responde de inmediato, como si estuviera eligiendo cuidadosamente cada palabra. Pero no tiene que decir nada, porque antes de que pueda abrir la boca, mi madre, como siempre, decide intervenir.

—Es Matías —dice María, con su tono alegre pero cargado de intención—. El novio de Marina, de antes, claro.

El comentario cae como una bomba y la cara de Sergio se congela en una sonrisa tensa. Mierda, mamá, siempre sabes cómo dar en la diana.

—Ah, el tipo que eligió su carrera por encima de ella —responde Sergio, claramente buscando una reacción. Y por la expresión en el rostro de Matías, parece que la va a conseguir.

Matías da un paso hacia él, lento, tranquilo, pero es justo ese tipo de calma la que sé que

precede a algo que no va a terminar bien.

—¿Eso crees? —responde Matías, con una sonrisa ladeada que no llega a sus ojos—. Vaya... Te admiro, en serio. No todos los hombres tendrían las pelotas de soltarme algo así. Pero veo que te gusta hablar de cosas que no entiendes.

La tensión en la habitación aumenta, pero ninguno de los niños parece darse cuenta de lo que ocurre entre los tres adultos. Están más concentrados en la tarta.

—Bueno, no es difícil de entender. —Sergio se envalentona—. Supongo que eso es lo que haces cuando prefieres estar a kilómetros de distancia en lugar de estar aquí. Con ella.

—¿Sabes lo que realmente es difícil, Sergio? —continúa Matías, y su tono ahora es bajo, íntimo, como si estuviera compartiendo un secreto—. Reconocer que tal vez cometí el error de mi vida.

Mi corazón se acelera. Matías ha dicho esas palabras con una calma peligrosa, y su mirada se fija en la mía un segundo antes de continuar.

—Pero mírame ahora. —Abre las manos, como haciendo un inventario invisible—. ¿Qué he conseguido? Veinte millones en la cuenta del banco, una empresa que domina el mercado, varias casas… Pero ni todo eso ha sido suficiente para mantenerme alejado. Porque aquí estoy. ¿Qué has hecho tú por ella? Aparte de perderte tus clases de spinning.

—No te metas en cosas que no te incumben —escupe Sergio, intentando recuperar el control de la conversación.

—Te equivocas —Matías no pierde la oportunidad—. Ella me incumbe. Pero si te queda alguna duda, Sergio, te lo puedo explicar mejor fuera.

Y ahí estoy yo, en el medio de los dos, consciente de que si no intervengo, estos dos machos alfa se van a enfrentar como si el salón de casa fuera un cuadrilátero de boxeo.

—Vale, vale, ya basta de ver quién tiene el ego más grande, ¿os parece? —digo, poniendo las manos en alto, como quien intenta calmar a dos perros listos para saltarse al cuello—. No sé si queréis mataros o pediros una cita romántica, pero este no es el momento ni el lugar.

Los dos me miran, sorprendidos, como si de repente se acordaran de que estoy aquí. Aprovecho y me acerco un poco más a ellos, manteniendo mi tono lo más irónico posible.

—Sergio, sé que eres el alma de la fiesta, pero tal vez puedas ir a comprobar que la tarta tenga todas las velas —le sugiero, y, aunque mi tono es dulce, mi mirada no le deja margen a protesta.

Finalmente, Sergio suelta una risa incómoda y se gira hacia los niños, claramente derrotado.

—Bueno, disfrutaré del cumpleaños de mi hija —dice, intentando salvar algo de su orgullo.

Matías sonríe, satisfecho.

—Hazlo —dice finalmente, antes de girarse hacia mí, como si Sergio no existiera más en esta escena—. Y esta conversación entre tú y yo... se acabó aquí

La intensidad en su mirada es abrumadora, tanto que siento que el suelo bajo mis pies se tambalea un poco. Pero no hay tiempo para procesarlo porque justo en ese momento, mi padre enciende las velas de la tarta y Lía se coloca tras ella con una sonrisa.

Matías lo ha dicho todo. Y lo ha dicho a su manera: claro, contundente y jodidamente inolvidable.

—Esto no ha terminado para ti, Marina —murmura, con la voz lo suficientemente baja como para que solo yo pueda oírlo.

Maldita sea.

Ayudo a Lía a soplar las velas de su cumpleaños sin entender muy bien lo que acaba de ocurrir. Mientras los niños corean el «cumpleaños feliz» a pleno pulmón, mi cabeza está en otro lugar, repasando las palabras de Matías una y otra vez.

«Cometí el error de mi vida».

¿Lo ha dicho en serio? Supongo que se refería al pasado, pero es la primera vez que deja entrever que la culpable no fui yo por no saber esperar. Siempre había sido más fácil cargarme la responsabilidad, como si mi decisión de seguir adelante sin él fuera la que lo rompió todo. Pero lo que acaba de decir... Me deja desconcertada.

—¡Sopla fuerte! —digo, animando a Lía, que me lanza una sonrisa antes de tomar aire y apagar todas las velas de un solo golpe. Los niños aplauden y yo trato de concentrarme en el momento.

Lo cierto es que ambos fuimos culpables, demasiado crédulos, poco realistas, y no fuimos capaces de enfrentarnos a la verdad. Nos dejamos llevar por la distancia, por las suposiciones, por la vida misma. Y ahora, aquí estamos con un montón de palabras que nunca nos dijimos. Pero hoy, por primera vez, Matías no me ha mirado con resentimiento al hablar del pasado. Hoy ha sido diferente.

—¿Mamá, puedo darle un trozo de tarta a Matías? —pregunta Lía, con los ojos llenos de emoción, sosteniendo un plato con una montaña de tarta de chocolate.

Asiento, sonriendo, aunque por dentro todo en mí está en caos. Lía corre hacia él, y yo los observo a los dos. Hay una complicidad entre ellos que me desarma. Algo que, por más que intente negar, está ahí, presente. Matías la mira con una ternura que nunca imaginé ver en él. Y de repente, algo dentro de mí se retuerce.

¿Qué significa todo esto?

12

Globos y egos desinflados

Los globos desinflados están tirados por el suelo, y los restos de confeti parecen un recordatorio de la tormenta infantil que acaba de arrasar. Lía está en el sofá, aún con la corona dorada torcida sobre la cabeza, como si hubiera sido reina por un día y ahora contemplara su reino... destrozado.

Me dejo caer a su lado, exhausta, suspirando al ver la montaña de platos sucios en la cocina.

Fiesta infantil, ✓

Supervivencia, pendiente de revisión.

—Mamá, ¿por qué no me advertiste que ser la protagonista de una fiesta te quita años de vida? —Lía me mira, quitándose la corona y lanzándola a un lado como si renunciara al trono.

—Pensé que era mejor que lo descubrieras sola —respondo con una sonrisa mientras estiro las piernas, demasiado cansada para levantarme—. Es la forma correcta de aprender. Así es como se hace en esta casa: sobrevives o mueres.

—Ah, sí, la educación de la supervivencia. Qué bien —murmura Lía, rodando los ojos—. Como la vez que me dejaste cocinar sola porque dijiste que *solo se aprende a cocinar cuando casi incendias la casa*.

—Y funcionó, ¿no? Ahora eres la mejor en pasta instantánea —le digo, dándole un pequeño empujón con el hombro.

—Gracias, mamá. Soy una chef de élite en sopas de sobre —responde con ese tono sarcástico tan suyo, heredado directamente de mí.

Nos quedamos en silencio un momento, disfrutando del leve zumbido de la calma tras el caos. Pero, claro, Lía no puede quedarse callada mucho tiempo. Es mi hija, después de todo.

—Así que, Matías... —dice, alargando la palabra, como si la estuviera saboreando—. Está bien, me cae guay. Es... diferente. No como los otros adultos aburridos.

—¿Diferente? —repito, arqueando una ceja mientras la miro de reojo—. ¿Qué significa eso exactamente? ¿Es que no te molesta que no use una corona dorada en una fiesta infantil?

Lía se encoge de hombros, pensativa, como si estuviera evaluando a Matías de manera mucho más profunda de lo que debería una niña de su edad.

—Es solo que... te mira de una forma que los demás no lo hacen. Como si siempre estuviera esperando que dijeras algo increíblemente ingenioso. O estúpido. No estoy segura.

Me atraganto con mi propia risa, porque, maldita sea, Lía siempre da en el clavo. Matías tiene esa maldita habilidad de hacer que me sienta como si estuviera en una especie de competencia de ingenio constante. Y aunque me duela admitirlo, es parte de lo que me atraía de él.

—Eso se llama ser competitivo —le explico, fingiendo indiferencia—. O puede que solo esté esperando a que me tropiece para tener algo con lo que fastidiarme.

—Oh, ya veo —dice Lía, su tono cargado de sarcasmo—. *La batalla eterna*. ¿Quién será más ingenioso? ¿Quién caerá primero? No te preocupes, mamá, te veo fuerte.

—Qué generosa eres, cariño. —le contesto con una sonrisa—. Aunque, por si acaso, ten una red de seguridad preparada, por si decido lanzarme al vacío verbal.

—Sí, claro, siempre la tengo lista. —Lía se queda pensativa un momento, y luego añade—: Matías es divertido. Y... un poco guapo.

—Un poco, sí —le devuelvo, intentando sonar neutral, pero fracasando miserablemente.

—No te hagas la tonta, que sé que lo sabes.

Lía me mira, divertida, pero con esa sabiduría prematura.

—Mamá... ¿y ahora qué? —pregunta, sin dejar de mirarme—. ¿Qué vas a hacer con él?

—No lo sé, Lía. Supongo que... sobrevivir. Como con todo.

—Ah, claro, mi madre *la princesa guerrera* —responde, rodando los ojos de nuevo.

—Sí, cariño —le digo, pasando un brazo por encima de sus hombros y acercándola a mí—. Gran serie.

Pero mientras lo digo, no puedo dejar de pensar en Matías. Y en cómo, quizás, esta vez no se trate solo de sobrevivir y luchar. Siempre he tratado de mantener a Lía alejada de cualquier relación que pudiera tener, que no han sido muchas, la verdad, y todas poco profundas, pero no quería que ella se viera influenciada por mi inestabilidad amorosa y eso la dejase marcada. Pero Matías ha interrumpido en nuestra vida de forma abrupta e inevitable y eso me asusta, me asusta que ella le coja cariño y… desaparezca de nuevo. Ya no puedo pensar solo en mí.

—¿La vemos?

—Bueno, como es tu cumple, puedes elegir ver lo que tú quieras.

—Entonces, *Xena* —responde Lía sin dudar, sonriendo ampliamente—. Porque sé que, en el fondo, tú también te derrites por esos músculos bajo el cuero. Mamá, no lo niegues.

Me río, pero también ruedo los ojos mientras me acomodo en el sofá junto a ella. Maldita sea, cómo me conoce.

—Bueno, lo admito, pero que quede claro que solo lo hago por ti, ¿eh? —le digo, tratando de mantener la compostura.

—Claro, claro, todo por mí. —Lía pone los ojos en blanco con una sonrisa de satisfacción mientras enciende la tele y busca la serie—. Es tan duro ser una madre tan abnegada, ¿no?

—No tienes ni idea —respondo, acomodándome en el cojín y dándole un sorbo a mi copa de vino que estaba estratégicamente colocada en la mesa. Porque, claro, las princesas guerreras también necesitan un descanso con algo de alcohol de vez en cuando.

El tema Matías sigue rondándome la cabeza, pero mientras escucho la banda sonora épica de *Xena* llenar la habitación, decido dejarlo a un lado. Solo por ahora.

Lía se acurruca a mi lado, y el caos de la fiesta queda relegado a un segundo plano. En este preciso instante, estamos solo ella y yo, y, por un breve momento, siento que el mundo se ha detenido, pero ella no me va a dejar ir tan fácilmente.

—Matías es como Ares en *Xena*. Ya sabes, ese rollo de tipo malo pero interesante. Cuando os miráis… es como en esos momentos cuando la tensión es tan fuerte que piensas: «Vale, ya, que se besen de una vez».

Me atraganto con mi vino y la miro con los ojos muy abiertos.

—Eres una niña de ocho años con demasiadas opiniones para tu propio bien.

—Y espera a escuchar esta, te va a encantar —replica, con esa sonrisa descarada que me deja claro que no hay vuelta atrás—. Matías en pantalones de cuero, tipo Hércules, con el pecho descubierto, ya sabes... —Hace un gesto dramático, moviendo las manos como si estuviera esculpiendo a un dios griego.

Me quedo callada unos segundos, saboreando el juego antes de soltar el primer golpe.

—Hmm, interesante... —digo, como si lo estuviera considerando de verdad—. Quizás la próxima vez podríamos invitarle a una fiesta de disfraces. Ya sabes, algo temático, rollo gladiador... con espadas, pechera de cuero, y por supuesto, la minifaldita. —Le lanzo una mirada

cómplice—. Tú podrías ir de Xena, claro. ¿Qué te parece? ¿Te imaginas el espectáculo?

—¿Y tú? —me pregunta, con los ojos brillando de emoción—. Porque si él va de Hércules, tú no puedes ir de cualquier cosa. Tienes que ir... de alguien que vaya a juego.

Levanto una ceja, fingiendo estar muy seria.

—¿Ah, sí? ¿Qué me propones? ¿Calista, la princesa perdida? ¿O quizás algo más... mitológico? —Le lanzo una mirada de complicidad—. ¡Yo sé! Yo voy de Atenea, que siempre tiene todo bajo control. Excepto, claro, cuando se enfrenta a los pantalones de cuero de Matías.

Lía se parte de risa, y yo, al verla tan metida en el asunto, no puedo evitar reírme también.

—Mamá, serías la Atenea más caótica de la historia —me dice entre carcajadas—. Pero estoy segura de que él te miraría igual, ya sabes, con esa cara que pone, como de «estás a punto de caer».

—¿Tú crees? —pregunto, apoyándome en el respaldo del sofá con fingida indiferencia—. Porque no sé, Lía, a lo mejor es él quien termina tropezando con esos pantalones ajustados.

Las dos estallamos en carcajadas al mismo tiempo, como si acabáramos de descubrir el chiste más gracioso del mundo. Lía se seca una lágrima de tanto reír y me mira con esa complicidad que solo una hija puede tener con su madre.

—Lo que no sé es si podré ayudarlo a levantarse —le contesto, conteniendo otra risa—. Imagínate la escena: yo, con mi traje de Atenea, intentando que se reincorpore dignamente... y cayendo encima de él.

Lía casi se cae del sofá de la risa y yo no puedo evitar unirme.

—¡Madre mía! —dice Lía, recuperándose entre risas—. Igual que en las películas coreanas. Si eso pasa, te juro que yo me encargo de grabarlo. Lo subo a todas partes. ¡Seríais virales!

Dejamos que las risas se extingan y nos quedamos en silencio por unos segundos, disfrutando del momento, hasta que Lía, con esa mezcla de inocencia y sarcasmo, me lanza la última bomba.

—Sabes, mamá... yo creo que él no necesitaría esos pantalones ajustados para que caigas por él.

La miro sorprendida, y justo antes de que pueda responder, ambas estallamos en carcajadas de nuevo, dejando que las risas inunden la casa.

—Maldita sea, niña, ¿de dónde has sacado ese ingenio? —le digo, sin poder parar de reír.

—De ti, mamá, de ti —responde, tan segura de sí misma que no puedo evitar sentir un orgullo enorme.

Lía me mira con esos ojos brillantes que siempre tiene cuando está a punto de soltar una bomba.

—Por cierto, ¿sabes que me ha hecho un regalo? —dice, dejando caer la frase como si fuera la cosa más casual del mundo.

—¿Matías? —pregunto, intentando sonar despreocupada mientras me ajusto en el sofá—. ¿Y qué te ha regalado? ¿Una tarjeta para hacer spinning con Sergio? Porque, sinceramente, no sé si podría superarlo.

Lía suelta una risita, pero enseguida recupera la compostura y me mira, dejando claro que lo que va a decir es serio. Bueno, serio para ella.

—No, mamá. Me ha regalado... ¡una estrella!

Me quedo mirándola en silencio, parpadeando lentamente, como si mi cerebro intentara procesar lo que acaba de decir.

—¿Una estrella? —repito, incrédula—. ¿Tipo... en el cielo?

—¡Sí! —responde emocionada—. Dijo que hay una estrella con mi nombre en alguna parte del universo. Me dio un certificado y todo, con coordenadas y cosas que no entiendo, pero, mamá... ¡una estrella!

No puedo evitarlo, me quedo sin palabras. ¿Matías ha regalado a mi hija una estrella? ¿En serio?

—Vale, lo admito, eso es... inesperado —murmuro, intentando procesar la genialidad detrás del gesto—. ¿Y ahora qué? ¿Tienes que pedirle deseos cada vez que la veas? ¿O me vas a decir que también puedes adoptarla?

—¡No lo sé! —ríe Lía—. Pero me dijo que cada vez que mire al cielo por la noche, habrá una parte de mí allá arriba. Y que si alguna vez me siento sola, siempre puedo contar con que esa estrella está ahí, brillando para mí.

Siento un nudo en la garganta, porque maldita sea, Matías ha dado en el clavo con esto. ¿Una estrella? Nadie puede competir con algo así.

—Bueno, cariño —le digo con una sonrisa—, tengo que admitir que me ha dejado sin palabras. Si lo que quería era impresionarnos... misión cumplida.

Lía asiente, con esa sonrisa traviesa que me hace pensar que, por mucho que intente resistir,

Matías ya se ha ganado un lugar en su pequeño universo.

—Pero, mamá... —Lía me mira con seriedad fingida—. Lo que de verdad me pregunto es... ¿crees que ahora tengo derecho a gobernar todo el sistema solar? Porque, claro, si tengo una estrella, eso me convierte en... no sé, ¿una diosa o algo así?

Me echo a reír y la abrazo fuerte.

—Claro que sí, cariño. Reina del sistema solar. Pero recuerda que incluso las diosas tienen que recoger sus juguetes antes de irse a dormir.

Ambas nos reímos, y mientras lo hacemos, no puedo evitar pensar en lo jodidamente complicado que es resistirse a un hombre que regala estrellas.

13

Juega con fuego… y sin bragas

La cafetera gorgotea, llenando la sala de descanso con ese aroma a café que parece ser la única fuente de energía real en este lugar. Estoy sentada junto a Eva, mi café humeante entre las manos, observando cómo el mundo parece moverse a un ritmo que no tiene prisa en incluirme.

—No te lo tomes como algo personal, Marina —me dice Eva, dándole un sorbo a su café—. Son simples miradas de curiosidad. Es lo que pasa cuando el jefe te conoce más allá del currículum.

—¿Curiosidad? —respondo, arqueando una ceja mientras le doy otro trago al mío—. Yo lo llamaría más bien miradas asesinas.

—¡No exageres! —Eva me empuja suavemente con el hombro, pero su sonrisa traviesa me dice que sabe exactamente de lo que hablo—. Aunque, si te soy sincera, las miradas descaradas de algunas… bueno, eso es un bonus inesperado.

Frunzo el ceño, pero no puedo evitar una pequeña sonrisa. A mi alrededor, noto esas miradas de las que hablamos. Algunas son sutiles, como si intentaran descifrar si soy un alienígena que ha aterrizado en el mundo de Matías. Otras… bueno, otras ni se molestan en disimularlo. Curiosas, descaradas, intrigadas. Las entiendo. Supongo que para ellas es como si hubiera entrado por la puerta una vieja leyenda urbana.

—¿Debería pedir un cartel que diga «no, no vengo a seducir a tu jefe, ya lo hice hace años»? —murmuro, medio en broma.

Eva suelta una carcajada, tan fuerte que casi escupe el café.

—¡Sería épico! ¿Te imaginas sus caras?

Antes de que podamos seguir con nuestra conversación llena de ironías, la puerta se abre, y David, el asistente de Matías, entra con ese aire eficiente que le caracteriza. Con su Tablet en una mano y una sonrisa profesional en la cara, se dirige hacia mí como si fuera portador de un mensaje importante. Lo que me hace sospechar de inmediato.

—Marina —dice, con ese tono educado pero sin perder tiempo—. Matías ha solicitado una reunión contigo en veinte minutos.

Eva arquea las cejas, disfrutando claramente de la situación.

—¿Ahora? —le pregunto a David, intentando no sonar tan sorprendida.

—Sí, ahora mismo está en su despacho, pero me ha pedido que te lo comunique —responde David, tan impecable como siempre.

Y con eso, se da la vuelta y sale tan rápido como entró, dejándome con mi café medio vacío y una nube de pensamientos que prefieren quedarse sin resolver.

—¿Ves lo que te digo? —susurra Eva, mirándome con una sonrisa socarrona—. Te tienen vigilada. Y Matías, especialmente.

Suspiro, sabiendo que lo que viene no será una reunión tranquila. Dejo el café en la mesa y me levanto, dándole una última mirada a Eva antes de salir de la sala de descanso.

—Dame fuerzas —le digo.

—Ve y deslumbra —me responde, guiñándome un ojo.

Al llegar a mi despacho, me detengo un segundo frente a la puerta antes de entrar. Necesito recoger los documentos con los avances de la campaña que he estado puliendo. No es que Matías necesite más razones para encontrar defectos, pero al menos me sentiré preparada para lo que venga.

Recojo los papeles de la mesa, repasando mentalmente cada punto, cada cambio, asegurándome de que todo esté en orden. He trabajado como una condenada para que esta campaña salga adelante, y si Matías está esperando errores, que se prepare para buscar con lupa.

Llego a la antesala de su despacho, donde me recibe David. El tipo es impecable y Matías se lo ha traído de Nueva York. Alto, delgado, de traje siempre perfectamente planchado y esa actitud de quien tiene todo bajo control sin despeinarse. Su cabello oscuro está tan bien peinado que dudo que un huracán podría desordenarlo. Siempre parece tener una sonrisa profesional, pero sin ser demasiado amistosa. Un verdadero asistente de élite. Si hay caos, David no lo muestra.

—Matías te está esperando —me dice, con su tono educado y eficiente. Ni una pizca de emoción, como siempre.

—Genial —respondo, aunque la palabra suena menos convincente de lo que me gustaría.

Él me lanza una breve sonrisa, como si supiera exactamente lo que estoy pensando pero,

obviamente, no va a decir nada. Abre la puerta del despacho y hace un gesto para que pase.

—Suerte —dice, más como una formalidad que como un deseo real.

Y ahí está Matías, de pie junto a su mesa, revisando unos documentos. No levanta la mirada al instante, pero sé que me ha visto entrar. El aire parece volverse más denso en cuanto la puerta se cierra detrás de mí.

—Pasa, Marina —dice, sin siquiera levantar la vista todavía, como si estuviera esperando algo más que solo mi presencia.

Y aquí estamos. Otra batalla más.

Aunque, claro, ahora, gracias a Lía, no puedo evitar imaginármelo vestido de dios griego, todo enfundado en cuero ajustado por todas partes. Y vamos a ser sinceros, Matías siempre ha llenado *muy bien* los pantalones. No me malinterpretes, lo del traje y la corbata le queda de maravilla, pero lo de los pantalones de cuero... marcarían lo que hay debajo. Y no es que debajo haya poco, precisamente. No, eso es quedarse corta. Matías es grande. Muy grande. Y no, no estoy hablando de su ego, aunque eso también merece un capítulo aparte. Estoy hablando de esa otra cosa, ya sabes, la que haría que el cuero se expanda.

Y aquí estoy, intentando no pensar en lo ajustado que estaría, ni en lo mucho que le sentaría ese look de «dios del Olimpo» mientras me pide los avances de la campaña con esa cara de «a ver cómo te fastidio hoy».

Maldita sea, ¿por qué siempre tiene que haber esta tensión cuando estamos juntos? No importa cuánto me prepare mentalmente antes de entrar en su despacho, en cuanto me mira con esos ojos azules oscuros y calculadores, toda mi compostura se tambalea.

Me acerco a la mesa mientras él se sienta detrás de ella en su sillón. Me coloco a su lado y siento el calor de su cuerpo incluso sin tocarlo. Siempre ha sido así con él, como si su sola cercanía provocara chispas, y aunque intento mantenerme neutral, algo en mí se despierta cuando estamos tan cerca. Demasiado cerca.

Dejo el dossier sobre la mesa y me inclino ligeramente para abrirlo, mis dedos rozando el borde de las páginas, enseñándole lo que he avanzado hasta ahora. La luz de la lámpara resalta los detalles de los gráficos, pero lo único que siento es su mirada fija en mí. Noto cómo sus ojos se deslizan desde el dossier hasta mi perfil, como si evaluara algo más que los resultados de la campaña.

—Aquí tienes —digo, en un intento de mantener el control, mostrando los puntos clave del proyecto—. Creo que hemos conseguido dar un buen enfoque. Mira estas proyecciones...

Matías no dice nada por un segundo. Solo baja la mirada hacia el dossier, y yo me enderezo un poco, intentando alejarme de esa maldita sensación de que cada milímetro que nos separa es un campo de batalla.

Él empieza a revisar las páginas con calma, demasiada calma para mi gusto. Paso una mano por mi pelo, recogido en la nuca con… un bolígrafo. Ah, sí, toda una diva. Entre tanta elegancia improvisada, me quito el bolígrafo disimuladamente y dejo que el pelo caiga por mi espalda, como si lo de «me acabo de hacer este peinado cutre» fuera todo parte del plan.

Matías levanta la vista. Sus ojos miran mi pelo y luego se clavan en los míos, y me atraviesan como si viera todo lo que intento esconder.

—No está mal —dice, su voz suave pero con esa firmeza que me irrita y me excita al mismo tiempo—. Pero no es suficiente.

Inspiro hondo, intentando no rodar los ojos de inmediato. ¿No es suficiente? ¿En serio? He pasado noches sin dormir para tener esto listo y él...

—¿Perdona? —suelto, sin poder evitar el sarcasmo en mi voz—. ¿Cómo que no es suficiente? Las proyecciones están más que claras, Matías. Esto es lo que hablamos.

Pero él solo levanta una ceja, esa maldita ceja, mientras pasa una página más, sin apartar los ojos del papel. Y luego, con toda la tranquilidad del mundo, cierra el dossier y me lo devuelve, como si todo lo que he hecho no fuera más que un simple borrador.

—Puedes hacerlo mejor.

«Capullo».

Esas palabras son como una bomba de relojería en mi cabeza. Me quedo mirándole, incrédula, mientras él se reclina en la silla, cruzando los brazos. El aire en la sala parece más denso, más caliente, y yo... yo solo puedo resoplar.

—¡¿Me estás diciendo que no es suficiente?! —Mi tono es más alto de lo que pretendía, pero maldita sea, no puedo controlarlo—. ¿Qué quieres entonces? ¿Que invente una jodida cura para el cáncer mientras estamos en ello?

—No es solo lo que está en el papel, Marina. Es cómo lo presentas.

—¿Cómo lo presento? —le digo, arqueando una ceja mientras cruzo los brazos, imitando su postura desafiante—. ¿Quieres que te haga un striptease mientras lo explico? ¿O prefieres que me suba a la mesa y baile mientras recito las proyecciones?

Matías me mira, su sonrisa apenas perceptible, pero está ahí, en esa maldita esquina de su

boca. Está disfrutando esto. Claro que lo está.

—No estaría mal —responde con burla, su tono más bajo de lo necesario, como si realmente estuviera considerando la idea—. Seguro que eso cautivaría a los inversores.

Me quedo boquiabierta durante un segundo. ¿En serio acaba de decir eso?

—Eres un cabrón —respondo, tratando de mantener la compostura, aunque siento que el calor sube por mi cuello—. No sé qué es peor, que lo digas o que te imagine perfectamente disfrutando de ese espectáculo.

Matías se reclina aún más en la silla, su mirada fija en mí. La tensión entre nosotros es una cuerda que está a punto de romperse.

—Marina, sabes que esto no es personal —dice, y aunque su tono es más serio, hay una chispa en sus ojos que no se apaga—. Solo quiero que seas tú. La Marina que no se conforma con lo suficiente. La que va más allá. Eres la mejor en lo que haces... cuando te lo propones.

Lo dice como si fuera un hecho, como si fuera obvio que él me conoce mejor de lo que yo misma lo hago. Y en parte, eso es lo que me enfada. Que tiene razón. Que siempre ha sabido cómo empujarme justo lo suficiente para que dé lo mejor de mí... y que ahora lo esté usando en mi contra.

—Claro, lo que tú digas —respondo, sarcástica, intentando no perder la paciencia. Lo peor es que en el fondo sé que está disfrutando con esto. Como siempre. Pero no pienso dárselo tan fácil.

Matías sonríe de lado, y esa maldita sonrisa me dice que está a punto de sacar algo más de su manga. Algo que me va a poner de los nervios.

—Vale, suéltalo —digo, cruzándome de brazos y plantándome frente a él—. ¿Qué quieres que haga ahora? Estoy segura de que tienes algo en mente. Al final, esto es lo que te encanta, ¿no?

—Oh, claro —responde, como si le estuviera dando la oportunidad perfecta—. Ya sabes lo que acordamos. Si fallas, puedo pedirte lo que quiera. Y bueno... —Saca algo del bolsillo interior de su chaqueta y lo coloca sobre la mesa, frente a mí—. Aquí tienes tal y como pediste.

Me quedo mirando el paquete, mis ojos tratando de procesar lo que estoy viendo. ¿Vales sexuales? ¿En serio? No puedo evitar soltar una carcajada. Es de esos juegos baratos, con retos de «beso apasionado», «masaje erótico» y alguna estupidez más.

—No me lo creo —murmuro, sacudiendo la cabeza—. Estás mal de la cabeza..

—Oye, la idea fue tuya, ¿recuerdas? —dice con toda la tranquilidad del mundo, mientras se inclina hacia atrás en la silla—. Soy un hombre que cumple.

—Esto tiene que ser una broma —le espeto, sin poder apartar la vista de los malditos vales.

—Vamos, Marina. Cierra los ojos y elige uno. Que no se diga que no tienes agallas.

Le lanzo una mirada afilada, pero no se inmuta. Está disfrutando de esto, lo noto en su maldita sonrisa, en el brillo de sus ojos. Y por alguna razón, esa mezcla de desafío y tensión me afecta más de lo que quiero admitir.

—Vale, pero solo para que dejes de joderme —digo, exasperada. Cierro los ojos y extiendo la mano, sintiendo los papeles bajo mis dedos. Elijo uno al azar y lo saco lentamente, sin abrir los ojos aún.

—Venga, ¿qué te ha tocado? —pregunta Matías, su voz cargada de curiosidad burlona.

Abro los ojos lentamente y leo el vale. Mi corazón da un vuelco y mis mejillas se sonrojan automáticamente.

—No me jodas… —murmuro incrédula, levantando la mirada para encontrarme con la suya.

—¿Qué pone? —pregunta con fingida inocencia.

—Debo quitarme la ropa interior durante todo el día.

Matías, claro, no puede disimular su satisfacción. Se reclina en su silla, ese maldito gesto de suficiencia en su rostro mientras me mira como si estuviera disfrutando de una obra de teatro en primera fila. Sus palabras resuenan en mi cabeza: *solo quiero que seas tú, Marina. La que no se conforma*. Y no voy a negarlo, soy una competitiva de mierda, pero este reto me está jodiendo.

—¿Entonces? —pregunta, su voz baja, suave, pero con ese filo que no desaparece—. ¿Te la vas a quitar ya?

—Muy bien —le respondo tratando de sonar orgullosa.

Sus ojos se ensanchan, ligeramente sorprendido. Quizá no esperaba que aceptara tan rápido. Pero si voy a hacerlo, será en mis propios términos.

Con un suspiro cargado de frustración, llevo las manos hacia el borde de mi falda. La levanto con lentitud hasta la liga de las medias que acaban en mis muslos y veo cómo sus ojos siguen cada movimiento. Sé lo que está mirando. Sé lo que está esperando.

Cuando la tela de la falda alcanza mis caderas, estoy completamente expuesta. Mis bragas de encaje quedan a la vista, una barrera mínima que sé que no va a durar mucho. Sus ojos suben,

recorriendo mi cuerpo, deteniéndose justo en el lugar donde se encuentra el encaje. Noto su respiración cambiar. Algo en él se tensa, y es entonces cuando siento que recupero un poco de poder. Sí, él está controlando la situación, pero yo también tengo mis armas.

Con un leve tirón, deslizo las bragas hacia abajo, sintiendo cómo el encaje se despega lentamente de mi piel, rozando el borde de mis muslos. El aire acaricia mi sexo desnudo, y el roce de las bragas contra mis piernas al deslizarse es un recordatorio de lo vulnerable que estoy ahora mismo. Matías no se mueve, ni siquiera parpadea. Sus ojos están fijos en ese punto, justo entre mis piernas, donde la tela ya no cubre nada.

Me inclino para terminar de quitármelas, sintiendo su mirada recorrerme, palpando cada rincón de mi cuerpo con la intensidad de un toque invisible. Cuando finalmente me pongo derecha, sostengo las bragas en mi mano y se las lanzo. Él las atrapa con una rapidez que me desarma.

—Las guardaré yo —dice, con ese tono que apenas es un susurro, pero que me estremece mientras se las guarda en el bolsillo de su chaqueta—. Por si cambias de opinión durante el día.

Me humedezco los labios, porque mi boca se ha secado, pero también porque sé que él está observando cada movimiento que hago, esperando a ver cómo reacciono. Bajo de nuevo mi falda.

—Espero que hayas disfrutado del espectáculo —añado con sarcasmo, aunque mi voz suena más suave de lo que me gustaría.

Matías se inclina hacia atrás, todavía con esa sonrisa que me dan ganas de borrar a puñetazos... o con algo más.

—No tienes ni idea de cuánto —responde, su tono bajo y cargado de satisfacción.

Lo peor es que, a pesar de todo, mi cuerpo está respondiendo a su mirada, a él.

—Vale —digo, girándome sobre mis talones, dispuesta a salir de ahí antes de que todo se me salga de control—. Este ha sido el momento más surrealista de mi carrera. Me largo.

—Nos vemos dentro de dos horas, Marina —me llama desde atrás, su voz cargada de promesas no dichas—. Y recuerda cruzar las piernas.

14

Diez besos, una propuesta y cero bragas: Día normal en la oficina

Dos horas después, me planto delante de la puerta del despacho de Matías con el corazón acelerado y el dossier bajo el brazo. He afinado la propuesta hasta el último maldito detalle, porque claro, el muy cabrón sabe exactamente qué interruptor apretar para que saque lo mejor de mí.

Entro en su despacho, y ahí está, sentado detrás de su enorme mesa de roble.

—Tengo la propuesta del siglo —digo, lanzando el dossier sobre su escritorio. Me acerco lo justo para que él vea el fuego en mis ojos y no tanto como para que mi cabeza empiece a recordar la falta de ropa interior—. Prepárate para un lema que hará que todos esos empresarios tiemblen.

Matías arquea una ceja, expectante, y yo siento cómo la tensión en el aire se transforma en pura adrenalina.

—«La inteligencia artificial no es el futuro… es la única forma de seguir en él».

La frase sale de mi boca con una seguridad que me sorprende incluso a mí misma. Porque lo sé, es soberbio, es contundente, y maldita sea, es exactamente lo que necesitamos. Los hará temblar.

Matías se inclina hacia adelante, tomando el dossier entre sus manos, pero sus ojos siguen fijos en los míos. No hay sonrisas esta vez, solo una intensidad que me recuerda por qué odio, y a la vez, adoro trabajar con él. Sabe cómo empujarme hasta el límite y hacerme brillar justo antes de caer.

—Sabía que podías hacerlo —dice en voz baja, casi como un reconocimiento.

Matías examina el dossier en silencio, hojeando página por página con esa expresión concentrada que siempre tiene cuando está evaluando algo. A veces me pregunto si es una táctica para alargar la tensión, para hacerme sentir como si cada segundo contara más que el anterior. Y

claro, conmigo siempre funciona.

—La propuesta es fuerte, Marina —dice finalmente, su voz calmada—. El mensaje es claro: o te subes al tren de la IA o te quedas en la estación viendo cómo el futuro pasa de largo. Es... contundente.

—Es lo que buscabas, ¿no? —respondo, cruzándome de brazos mientras intento ignorar la sensación extraña de no llevar bragas bajo la falda—. Algo que meta el miedo en el cuerpo a esos tipos.

Él asiente, sus ojos nunca apartándose de los míos, como si estuviera midiendo algo más que la propuesta.

—Lo es. Y sabes que odio admitirlo, pero has dado en el clavo.

Le lanzo una mirada cargada de sarcasmo.

—Vaya, que me caiga un rayo ahora mismo. Matías reconociendo que he hecho algo bien. ¿Qué será lo próximo? ¿Una estatua en mi honor en la entrada de la oficina?

Él se ríe, esa risa baja que siempre consigue hacerme tambalear un poco, pero intento mantenerme firme. No es el momento para mostrar ninguna debilidad.

—No exageres. Pero sí, creo que has demostrado que puedes superar cualquier obstáculo… si te lo propones. De repente, su tono cambia, y sus ojos brillan con esa chispa de ironía que me pone los pelos de punta.

—Entonces, Marina, dime... ¿qué vas a pedirme esta vez? —suelta con esa mezcla de sarcasmo y desafío—. ¿Unas flores para tu madre? ¿O tal vez que te arregle la lavadora? Ya sabes que soy un hombre que cumple.

Lo dice con una sonrisa burlona, claramente disfrutando de la situación. Me dan ganas de tirarle algo, pero no le daré esa satisfacción. En lugar de eso, decido que es hora de ponerlo a él en un aprieto.

—Nah, eso es demasiado fácil —digo, dándole una sonrisa que sé que lo dejará intrigado—. ¿Por qué no sacas una de esas tarjetas que me mostraste antes? Ya que te gusta tanto el juego, vamos a ver qué te toca.

Por un segundo, Matías parece sorprendido, pero se recupera rápidamente. Saca las malditas tarjetas de su chaqueta donde parece que guarda todo y empieza a barajarlas. Lo hace con una calma exasperante, como si estuviera en una partida de póker, mientras yo intento mantener la compostura. Porque, claro, esta vez será él el que quedará en ridículo. Quizá algo como bailar sin

ropa o, mejor aún, que me mande una foto de su polla. Algo humillante, ¿no? Y sí que implique que él esté desnudo para poner las cosas interesantes de verdad.

Pero, cuando saca una tarjeta al azar y la lee lentamente, su sonrisa maliciosa empieza a formarse antes de que siquiera diga en voz alta lo que pone. Y en ese momento, siento cómo se me empieza a tensar el cuerpo.

—Besar al otro diez veces, pero nunca en el mismo sitio —lee con un tono bajo, casi íntimo, mientras me mira fijamente.

Mi corazón se para por un segundo. ¿Besar al otro? ¿Diez veces? ¿A mí? Se me seca la garganta y, joder, siento que mis piernas se convierten en gelatina. Intento tragar saliva, pero la maldita sonrisa de Matías no ayuda. Quiero decir algo, replicar, pero las palabras no me salen. Estoy atrapada entre el pánico y algo que no quiero ni nombrar.

—¿Sabes? —dice Matías mientras se levanta de su silla lentamente y da un paso hacia mí—. Siempre cumplo las reglas.

Se levanta de la silla con una lentitud exasperante, pero en sus movimientos hay algo calculado, algo que me pone los nervios a flor de piel. Me doy cuenta de que me he quedado paralizada frente a él, como si mi cuerpo se hubiera olvidado de cómo actuar cuando él está demasiado cerca. Y no puedo evitarlo, maldita sea.

—A ver, diez besos, ¿no? —pregunta con esa sonrisa de quien siempre tiene el control de la situación, y sus ojos no se apartan de mí ni un segundo—. Creo que puedo manejarlo muy bien.

—¿Muy bien? —le suelto, con ese sarcasmo que me sale automático cuando intento disimular que estoy a punto de perder la razón—. Te estás sobrestimando. Ya ni siquiera recuerdo si eres bueno en esto.

Él se acerca, acortando la distancia entre nosotros hasta que el calor de su cuerpo me envuelve. Cierro el dossier de un golpe, y antes de darme cuenta, me tiene atrapada entre su cuerpo y su maldita mesa. Su mano toca el borde del escritorio, justo al lado de mi cadera, y me siento más atrapada de lo que me gustaría admitir.

—Supongo que tendré que refrescarte la memoria.

Mi cuerpo responde antes de que mi cerebro lo procese. Siento que la temperatura sube varios grados y lo odio por hacerme sentir así. Pero al mismo tiempo, maldita sea, lo deseo. La tensión entre nosotros es espesa, como una cuerda que está a punto de romperse en mil pedazos.

Él levanta una mano y la apoya en mi cintura, sus dedos presionando con suavidad, pero lo suficiente como para que sienta la firmeza de su agarre. No puedo evitar soltar un suspiro, y me

maldigo por mostrar cualquier debilidad.

Cuando está lo suficientemente cerca, su boca roza mi mejilla. Es un beso ligero, casi inocente, pero la forma en que lo hace, el calor de su aliento sobre mi piel, me pone los pelos de punta. Su mano baja por mi cadera mientras su boca sigue el recorrido, bajando por mi mandíbula.

—Uno —susurra, mientras su otra mano se desliza por mi espalda y me empuja un poco más contra él.

Coloco las manos sobre la mesa detrás de mí, intentando mantener algo de equilibrio, mientras él se inclina hacia adelante, su boca rozando mi cuello con una suavidad que me hace cerrar los ojos involuntariamente. Es un beso ligero, casi inofensivo, pero el calor que deja tras de sí es cualquier cosa menos inocente.

—Dos.

Su boca encuentra el borde de mi camisa, besando justo donde desata el primer y el segundo botón, en la cima de mis pechos. Un roce mínimo de su lengua y siento que todo el control que creía tener se escapa de entre mis dedos.

—Tres.

—Vas muy lento —suelto, intentando sonar desafiante, pero mi voz apenas sale en un susurro.

—¿Tienes prisa? —responde con esa maldita sonrisa que me hace querer golpearle y besarle al mismo tiempo.

Con uno de sus dedos baja la copa de mi sujetador y deja un pecho al descubierto.

—Cuatro —susurra justo antes de bajar la cabeza y rozar su lengua sobre mi pezón desnudo, arrancándome un gemido involuntario.

—¿Te está gustando, Marina? —murmura contra mi piel, sin esperar respuesta. Lo sabe. Sabe que me tiene exactamente donde quería.

Antes de que pueda pensar en lo absurdo de la situación, sus manos me agarran de las caderas y, sin previo aviso, me sienta sobre la mesa como si fuera lo más natural del mundo. Mi cerebro grita que pare, pero mi cuerpo... bueno, mi cuerpo parece tener ideas muy diferentes.

Siento sus manos subiendo por mis muslos, deslizándose bajo mi falda, y me tenso sin poder evitarlo. ¿Mi dignidad? Desaparecida. ¿Mi ropa interior? También. Todo lo que queda es esta maldita sensación de que el control no lo tengo yo.

Se inclina hacia abajo, y mientras lo hace, sus manos suben aún más por mis muslos, apartando la falda de su camino y dejando al descubierto mi sexo desnudo. El aire fresco acaricia mi piel, y me siento completamente expuesta bajo su mirada.

Me recuesto sin pensarlo demasiado, porque ahora mismo, pensar es lo último que puedo hacer con claridad. Lo único que sé es que el calor entre mis piernas ha subido a niveles peligrosos, y ni siquiera va por la mitad.

—Cinco —dice, antes de besar la cara interna de mi muslo, tan cerca, pero aún manteniendo la distancia justa para hacerme desear más.

Su lengua roza suavemente mi piel, y siento cómo mi cuerpo reacciona de inmediato, con una urgencia que no puedo controlar.

—Seis.

Otro beso en el muslo, más cerca esta vez, y me arqueo ligeramente sobre la mesa, incapaz de contener la electricidad que recorre mi cuerpo. Mis manos se aferran a los bordes de la mesa como si de alguna manera eso pudiera mantenerme anclada a la realidad.

—Matías... —susurro, sin saber exactamente si lo estoy llamando o suplicando que pare, pero él no responde. Se mueve entre mis piernas y entonces, sin previo aviso, su boca encuentra mi sexo.

Su lengua roza mi clítoris por primera vez, con una suavidad que es casi cruel. Me arqueo de nuevo, el gemido escapando de mis labios sin que pueda controlarlo.

—Siete —susurra contra mi piel, y esa vibración que provoca su voz entre mis piernas hace que todo mi cuerpo tiemble.

Su lengua comienza a moverse con más intención, trazando círculos lentos alrededor de mi clítoris, primero rozándolo suavemente, luego presionando con más fuerza. No puedo evitar mover mis caderas hacia él, buscando más contacto, más fricción, lo que sea que me acerque a ese punto en el que ya no podré contenerme.

—Ocho —añade, esta vez su lengua se desliza desde el borde de mi clítoris hacia abajo, recorriendo toda la longitud de mis labios, antes de volver arriba con una lentitud que me está volviendo loca.

Mis manos se aferran con más fuerza a la mesa. Estoy a punto de romperme, y él lo sabe. Pero, claro, él no tiene ninguna prisa.

—Nueve —susurra, justo antes de deslizar su lengua hacia dentro por mi entrada,

presionando con precisión, moviéndola en pequeños círculos que hacen que todo mi cuerpo tiemble bajo su control. Siento cómo mis piernas se tensan, mi espalda se arquea, y todo lo que puedo hacer es aferrarme a ese momento, a esa sensación.

—Diez —murmura finalmente, justo antes de darle un último beso, lento, profundo, succionando mi clítoris de una forma que me deja completamente al borde, sin aliento.

Se incorpora lentamente, sus ojos fijos en los míos, su sonrisa arrogante y llena de satisfacción. Yo... yo apenas puedo moverme. Me quedo allí, tumbada sobre la mesa, respirando con dificultad, intentando procesar lo que acaba de ocurrir.

Su mirada desciende por mi cuerpo, recorriendo el camino que acaba de explorar con su boca y, justo cuando creo que va a decir algo sarcástico, sus dedos se deslizan por mi sexo de nuevo. Cierro los ojos, un gemido traicionero se me escapa antes de poder contenerlo.

—Estás empapada, Marina —susurra, su voz baja, peligrosa, mientras recoge la humedad con sus dedos y me los muestra, el brillo entre ellos es la prueba de lo que me acaba de hacer.

Abro los ojos y me encuentro con los suyos, ese brillo oscuro de triunfo. Mis pensamientos son un caos, pero no puedo dejar que gane tan fácilmente. Intento incorporarme un poco, pero mi cuerpo todavía está temblando, como si hubiera corrido un maratón. Me apoyo en los codos, cerrando las piernas y respirando profundamente para mantener algún rastro de dignidad.

—Míralo... —dice, como si estuviera mostrando un trofeo. Me lo pone delante de los ojos, esa humedad que no puedo negar, y mi piel arde al verlo.

—No parece que tú lo lleves mucho mejor —le suelto, mi voz más ronca de lo que esperaba, pero manteniendo el sarcasmo mientras mis ojos descienden hasta su entrepierna donde la erección que tiene es más que obvia.

Con un gesto lento y deliberado, como si estuviera en una maldita pasarela, se lleva la mano a la entrepierna y se recoloca la polla, ajustando el pantalón con un movimiento brusco que casi parece una provocación.

—No te preocupes por mí, Marina —dice, su voz más baja, casi en un susurro que me atraviesa—. Yo llevo bastante bien la frustración.

Ni zorra idea de qué quiere decir con eso.

Me bajo de la mesa con más dignidad de la que creía posible en este momento, porque si una cosa sé hacer bien es fingir que todo está bajo control. Aunque, maldita sea, mis piernas tiemblan tanto que podría caerme en cualquier segundo. Me recoloco la falda, asegurándome de que nada quede fuera de lugar, y me giro hacia Matías, que no deja de observarme.

—Reuniré a mi equipo para trabajar sobre la frase —digo, mi voz intentando sonar todo lo profesional que puedo.

Matías ni siquiera intenta ocultar su satisfacción, ajustándose la chaqueta con la misma calma con la que se ha recolocado la polla antes, como si nada en este maldito despacho acabara de arder.

—Haz lo que tengas que hacer, Marina —responde, su tono suave, pero cargado de un subtexto que no deja espacio a dudas sobre lo que está pensando—. Estoy seguro de que a tu equipo le encantará la propuesta.

15

El Arte de Marcar Territorio en la Oficina

Sentada en la sala de reuniones, repaso los documentos que tengo delante de mí. La frase sigue siendo perfecta, lo sé, pero ahora toca lo más complicado: hacer que todo el equipo esté alineado. Miro a mi alrededor, donde están Eva, Alejandro y Javier.

—Vale, chicos, tenemos el lema principal de la campaña: «La inteligencia artificial no es el futuro... es la única forma de seguir en él» —digo, con más entusiasmo del que realmente siento ahora mismo.

Eva, siempre rápida, asiente mientras toma notas, su ceño fruncido en concentración. Alejandro, más relajado, levanta una ceja.

—Suena a amenaza —dice, con esa mezcla de sinceridad y sarcasmo que nunca sé si amo o detesto—. Pero oye, funciona.

—Exactamente —respondo—. Vamos a meterles miedo, pero lo justo. La clave está en que no suene demasiado técnico. Necesitamos que cualquier CEO que lea esto sienta que si no se sube al carro de la inteligencia artificial, está fuera. Pero al mismo tiempo, tenemos que hacerlo accesible, comprensible. Que sientan el golpe, pero sin perderlos en la jerga.

—Básicamente, que no parezca que les estamos diciendo que son idiotas —añade Eva, sonriendo de lado.

—Exacto, eso es —le digo, apuntando hacia ella como si acabara de dar en el clavo—. Necesitamos definir los avatares. ¿A quién va dirigido esto? ¿Qué quieren? ¿Qué temen? ¿Qué objeciones van a poner?

Javier, con su camisa perfectamente ajustada y ese aire de «mírame, soy guapo y lo sé», interviene por fin.

—Pues diría que los deseos son obvios. Quieren ser los primeros, tener ventaja competitiva. Si algo huele a oportunidad de negocio, se van a lanzar de cabeza —dice, con esa seguridad que, maldita sea, suena convincente incluso cuando no lo intenta.

—Sí, pero no les interesa entender cómo funciona la IA —añade Alejandro—. Solo quieren los resultados, los beneficios. No les importa el tecnicismo, solo el impacto directo en sus empresas.

—Perfecto. Entonces, ¿qué vamos a evitar? —pregunto, sacando un marcador y dirigiéndome a la pizarra blanca de la sala. Comienzo a escribir «Palabras a evitar» en letras grandes—. Vamos, soltadlas.

—Algoritmo —salta Eva de inmediato, haciendo una mueca—. A nadie le gusta esa palabra.

—Big Data —añade Alejandro, y todos asienten. Porque claro, si mencionamos *Big Data*, ya hemos perdido a la mitad.

—Automatización —dice Javier—. Suena a que estamos reemplazando a humanos. Y eso... pues, ya sabéis, no es la mejor estrategia.

Voy apuntando una por una, y justo cuando estoy por pedir más, noto un movimiento en la puerta. Y, claro, ¿quién aparece de pie en el umbral? Matías. Genial. Porque lo que más me faltaba hoy era tener al jefe observándonos como si fuéramos monos en un zoológico.

—No paréis por mí —dice con una sonrisa que promete diversión a mi costa—. Seguid como si no estuviera.

Sí, claro. Como si eso fuera posible. Su mirada se detiene en mí más tiempo del necesario, y sé exactamente por qué ha venido. No es para observar al equipo. Es para observarme a mí.

—Estamos definiendo las palabras que vamos a evitar en la campaña, para que todo sea más accesible —le explico, intentando que mi voz suene lo más normal posible. Pero siento sus ojos sobre mí, evaluándome, esperando que me ponga nerviosa.

—Bien, bien —dice, cruzando los brazos mientras apoya un hombro contra el marco de la puerta—. Me gusta lo que estoy escuchando. Seguid así.

—Bueno, pues eso, sigamos —digo, claramente consciente de la incomodidad en el ambiente—. Palabras a evitar.

—Inteligencia artificial, tal cual —dice Alejandro, retomando el control de la situación—. Vamos a buscar sinónimos o explicaciones más sencillas. Nadie quiere escuchar un término que suene demasiado futurista.

—O que les haga pensar que van a tener que contratar a un equipo de genios para hacerlo funcionar —añade Eva, haciendo que el equipo vuelva a la tarea, mientras Matías sigue observando desde la puerta.

Yo me obligo a concentrarme, porque, claro, esto es trabajo, no una continuación del espectáculo privado que tuvimos en su despacho. Intento mantener mi atención en la pizarra, repasando la lista de palabras prohibidas que acabamos de discutir.

—Vamos a concentrarnos en eso —digo, señalando la pizarra con el marcador en la mano—. Algo que, ya sabéis, suene a «inteligencia artificial», pero sin hacer que parezca que Skynet está a punto de tomar el control.

Me inclino un poco más para escribir en la pizarra y de repente, el maldito marcador se me cae de las manos.

—¡Mierda! —murmuro, agachándome rápidamente para recogerlo.

Y es justo ahí cuando todo se va al traste.

Al inclinarme, la falda se sube más de lo que debería, dejándome a merced de una brisa imaginaria que acaricia el aire entre mis piernas. No llevo bragas. Y la maldita gravedad se encarga de recordármelo. Me enderezo de golpe, como si mi cerebro finalmente procesara el problema, pero claro, el destino tiene otros planes.

Me levanto demasiado rápido, pierdo el equilibrio y, por alguna razón cósmica que no comprendo, me tropiezo con la silla de Javier, que, por supuesto, aprovecha la oportunidad para «rescatarme». Me agarra por la cintura, y antes de darme cuenta, estoy sentada de lleno sobre su regazo, con su mano firmemente apoyada en mi cadera.

—Tranquila, Marina, te tengo —dice con una sonrisa triunfal.

¡Por Dios! Si se sube más la falda, le doy a todos un espectáculo. Me recoloco, tirando de la tela con la poca dignidad que me queda y lo peor de todo es que el muy imbécil me agarra un poco más fuerte, como si quisiera aprovechar hasta el último segundo.

Justo en ese momento, oigo un sonido metálico de lo más irritante: Matías arrastra una silla desde el fondo de la sala hasta la pizarra. El ruido es tan infernal que todos giramos la cabeza, incluso Javier, que por fin me suelta de la cintura.

—Seguid, seguid como si yo no estuviera aquí —dice Matías, su tono lo suficientemente sarcástico como para que sea imposible ignorarlo.

Su mirada se posa en mí por unos segundos, y puedo notar la tensión en su mandíbula mientras observa cómo me recoloco y trato de hacerme la indiferente. Pero sé perfectamente que su paciencia está a punto de agotarse. Javier, que sigue riéndose por lo bajo, le lanza una mirada cómplice a Matías.

—Siento el incidente, jefe —dice Javier con una sonrisa demasiado amplia—. Solo intentaba ser caballeroso.

—Claro que sí —responde Matías, su tono lleno de una calma que no coincide con la tensión palpable en el aire—. Pero a veces lo mejor es simplemente no meter las manos donde no te llaman.

El comentario flota en el aire como una amenaza disfrazada, y Javier deja de sonreír de inmediato mientras Matías, con su mano apoyada en la pizarra, finge mirar las notas, pero en realidad no ha despegado los ojos de mí.

—Volvamos a lo importante —digo, tratando de sonar profesional mientras todavía siento el ardor en mis mejillas y la mirada de Matías clavada en mí—. La campaña.

Eva me mira como si estuviera a punto de estallar en carcajadas, pero por suerte, logra mantener la compostura.

—Entonces, lo que queremos —continúo, girando hacia el equipo— es que los empresarios sientan la presión de que, si no actúan ahora, se van a quedar atrás. Pero sin hacer que parezca que un robot asesino va a aparecer por sus ventanas esta noche.

Matías se adelanta un poco, casi invadiendo mi espacio personal. Me quita el marcador de la mano como si fuera lo más natural del mundo y escribe en la pizarra:

«La tecnología que piensa no es ciencia ficción, es tu supervivencia».

Levanta la ceja, mirándome de reojo, como si estuviera esperando mi aprobación.

—Es directo, pero no alarmista. Si no la usas, básicamente te extingues como empresa. ¿Qué te parece?

Intento mantener la calma, pero sé que está probando mis límites. No puedo evitar una pequeña sonrisa mientras veo cómo el resto del equipo asiente, impresionados. Porque, claro, el muy cabrón siempre da en el clavo.

—Brillante —respondo finalmente.

Matías se gira hacia mí con una de esas sonrisas que prometen lío, justo después de escribir su propuesta en la pizarra. Da un paso hacia mí, ignorando descaradamente al resto del equipo, como si no hubiera tres pares de ojos observándonos con curiosidad.

—Entonces... ¿puedo pedir mi recompensa? —pregunta con una tranquilidad que casi me hace olvidar que estamos en medio de una sala de reuniones.

Me quedo paralizada por un segundo, tratando de procesar si de verdad acaba de decir lo que

creo que ha dicho. ¿Recompensa? ¿Qué carajo está haciendo?

—Matías, ¿de qué hablas? —intento hacerme la tonta, fingiendo que no tengo ni idea de a qué se refiere. Pero claro, ambos sabemos perfectamente de qué va esto.

Él se inclina un poco más hacia mí, lo justo para que mi respiración se vuelva menos controlada.

—Ya sabes. De nuestro acuerdo personal —dice, con esa voz baja y cargada de intenciones que me hace sudar solo con escucharla—. Si te gusta mi idea, tengo derecho a pedirte algo.

Mi cabeza da vueltas, imaginando todas las posibles burradas eróticas que podría soltar en este momento. Y peor, estoy visualizando cómo lo hace delante de todos. El calor sube por mi cuello mientras intento mantener la compostura.

—¿Aquí? —pregunto, patidifusa, sin saber si estoy horrorizada o excitada por lo que podría estar a punto de decir.

Matías se ríe para sus adentros, y por un segundo veo esa chispa en sus ojos, esa que dice que está disfrutando con la situación. Claro que lo está. Pero entonces, para mi sorpresa, su expresión se suaviza, y responde con total normalidad, como si no acabara de meterme en un agujero de incomodidad.

—Estaba pensando más bien en una cena.

Parpadeo. ¿Una cena?

—¿Una cena? —repito, como si no hubiera entendido bien la palabra. Porque, claro, me esperaba cualquier otra cosa menos eso—. ¿Eso es lo que pides?

Matías asiente, manteniendo su expresión lo más neutral posible, aunque puedo ver por la ligera curva de sus labios que por dentro se está partiendo de risa. El muy cabrón disfruta con esto.

—Sí, una cena. Sin excusas. Te vistes bien, llegas a tiempo y... sonreír tampoco estaría mal —añade con un toque de sarcasmo que solo sirve para ponerme aún más nerviosa. Lo dice en voz suficiente alta para que todos lo oigan, y el subtexto está tan claro que me hace querer tirarle algo a la cabeza—. Creo que hay que ciertos asuntos que debemos aclarar en un entorno que no sea laboral.

Miro de reojo a Eva, Alejandro y Javier. Están todos con la mirada fija en nosotros, y claro, ahora es más que evidente que el jefe está coqueteando conmigo. Muy discreto no ha sido, la verdad. Pero está claro que lo hace para marcar territorio, sobre todo con Javier, que me mira

como si le interesara más mi falda que la maldita pizarra.

—Genial. Ya veremos cómo va eso —murmuro, intentando sonar casual, aunque sé que mi respuesta no ha sido muy convincente.

16

¿Un Marido Perfecto? No Gracias, mamá

La mesa está puesta de forma impecable, como siempre que mi madre organiza algo. El mantel blanco perfectamente planchado, los cubiertos colocados con precisión quirúrgica y una ensalada de las que parecen salidas de un anuncio de revista en el centro. Vamos, una típica cena en casa de los Martínez. Yo me remuevo en mi asiento mientras mi madre hace ese gesto de siempre cuando está esperando a que todos estemos en la mesa para comenzar a comer: levanta una ceja, cruza los brazos y me mira como si estuviera calculando en qué momento me perdí el curso avanzado de «cómo ser la hija perfecta».

—¿No deberías estar casada ya? —suelta de repente, justo cuando estoy a punto de coger una aceituna—. A este paso, Lía te va a adelantar.

Mi hija, por supuesto, no pierde ni un segundo en entrar en el juego.

—Si me caso antes de los treinta, que sea con alguien que haga pizza casera —dice con seriedad.

A mi madre le gusta que su nieta sea tan «precoz», aunque a veces creo que no se da cuenta de que esa precocidad tiene más de ironía que de madurez temprana.

—Lía, cariño, ya te enseñaré cómo hacerla. Pero a lo que me refería es que tu madre debería estar pensando en su futuro. —Mi madre me lanza una mirada significativa, y ahí vamos otra vez.

—No sé, mamá, creo que lo estoy haciendo bastante bien. Tengo un trabajo, una hija increíble, ¿qué más quieres? —respondo, intentando mantener la calma. Sabía que esto llegaría, pero no tan pronto en la noche. Mi madre nunca decepciona.

—Un buen marido sería un comienzo —añade María con ese tono como si la solución a todos los problemas de la humanidad estuviera en una alianza de oro.

—Oh, claro, porque nada dice futuro brillante como un hombre que ronca al otro lado de la cama, ¿no? —replico, saboreando el sarcasmo.

Lía, que está ocupada sirviéndose más patatas, se une al coro sin perder el ritmo.

—Yo preferiría a alguien que no ronque. O, mejor aún, alguien que me prepare el desayuno todas las mañanas.

Mi madre suspira como si estuviera soportando el peso del mundo en sus hombros.

—Marina, no es tan complicado. Matías es un buen partido. Y no sé por qué sigues resistiéndote.

Y ahí está. La mención de Matías. Sabía que llegaría. Mi madre siempre ha tenido una habilidad especial para detectar a los hombres que le parecen adecuados, lo que en su idioma significa que ganan mucho dinero, tienen un buen trabajo y, si es posible, una reputación impecable.

—Claro que es un buen partido —respondo, tratando de no perder los estribos—. Pero no se trata solo de eso. Lía no necesita a alguien que entre y salga de nuestras vidas cuando le venga en gana. Ya hemos tenido suficiente de eso y, además, das por hecho que él tiene un anillo preparado para mí en alguna parte cuando no es así.

—Mamá, Matías es guay. Siempre viste bien, aunque no lleve pantalones de cuero —dice Lía, como si eso no echara más leña al fuego.

—Exacto, Lía. Al menos alguien aquí entiende de elegancia. —Mi madre sonríe triunfal—. Y, ya lo tuviste en tus manos una vez, no puede ser tan difícil volver a conquistarle.

—¿Que lo tuve en mis manos? ¿Sabes cómo suena eso? Vamos, ¿te refieres literalmente…?

—¡Claro que no! ¡Marina!

—Eso espero porque ya ves cómo terminó eso la primera vez: se fue —respondo, encogiéndome de hombros.

Lía se ríe, y mi madre me lanza una mirada entre el escándalo y el reproche.

—Luis, ¿no tienes nada que decir? —le pregunta a mi padre, que ha estado callado hasta ahora, disfrutando de su cena como si la tormenta pasara por encima de él sin tocarlo.

Él levanta la mirada de su plato con la misma calma de siempre, cortando su comida con una precisión que ni siquiera la conversación más incómoda puede alterar.

—Marina siempre hace lo que le da la gana. Siempre ha sido así —dice, volviendo a centrarse en su plato, como si hubiera zanjado el tema.

Mi madre lo mira como si acabara de cometer alta traición.

—Qué útil eres, Luis, gracias —responde, con esa mezcla de ironía y frustración.

Lía me da un codazo, claramente disfrutando de todo el espectáculo.

—Mamá, ¿ves? Siempre haces lo que te da la gana. Y lo haces muy bien, por cierto —comenta con una sonrisa traviesa.

Me río, mientras mi madre se frota las sienes, claramente derrotada por el sarcasmo de dos generaciones. Justo en ese momento, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Miro la pantalla y veo un número desconocido. Perfecto, justo lo que necesito para escapar de esta escena.

—Disculpad un momento —digo, levantándome de la mesa y caminando hacia el salón.

—Hola, Marina. Soy Rachel de *Johnson & Co.* Hemos revisado tu perfil y estamos muy interesados en hacerte una oferta para un puesto directivo en nuestra sede de Londres. Nos encantaría discutir los detalles contigo.

Londres. Un puesto directivo. Mi corazón da un vuelco y por un momento no sé si estoy soñando. Me apoyo contra la pared, respirando hondo. Esto es exactamente lo que siempre he querido. Pero, claro, ahora, todo es mucho más complicado.

—Vaya… no me lo esperaba —respondo, sintiendo que las palabras me fallan por primera vez en mucho tiempo—. No sé qué decir.

—Lo entiendo. Queremos que lo pienses. Pero creemos que es una oportunidad que no deberías dejar pasar. ¿Tienes tiempo para una videollamada mañana?

—Sí, claro —digo automáticamente, aunque mi cabeza ya está girando a mil por hora.

—¿Te parece bien a las diez de la mañana? —pregunta Rachel con ese tono profesional que, a pesar de la sorpresa, me deja claro que este tipo de conversaciones son su día a día.

—Sí, perfecto —respondo, intentando sonar tan serena como ella, aunque por dentro siento que el suelo bajo mis pies se tambalea.

—Genial. Sé que es tarde para ti, y lo siento si te hemos sorprendido fuera de horario de trabajo —añade Rachel, con un tono más cercano—. En Londres es una hora menos y no quería dejar pasar la oportunidad de hablar contigo cuanto antes.

—No te preocupes, está bien —le digo, aunque ahora mismo el zumbido de la oferta late en mi cabeza, sofocando cualquier otra cosa.

—Perfecto entonces. Mañana a las diez de Londres. Te enviaré el enlace de la videollamada en un rato —responde, su tono volviendo a la eficiencia británica de siempre—. Estamos muy emocionados de poder contar contigo. Hablaremos mañana. Que tengas una buena noche.

—Gracias, igualmente —murmuro antes de colgar, sintiendo cómo el peso de la conversación me golpea de lleno. Me quedo mirando la pantalla en blanco, como si eso pudiera ayudarme a procesar lo que acaba de ocurrir. Una oferta de Londres, y no cualquier oferta, sino *la oferta*.

No es que Matías me pague mal o que trabajar en su empresa no sea una buena oportunidad, pero Johnson & Co... Es mi sueño. Es una de esas empresas que aparece en los titulares cuando lanzan una nueva estrategia global. Poder, influencia, proyección internacional. Todo lo que soñaba al empezar en este mundillo del marketing. Todo lo que sé que puede cambiarlo todo para mí.

Me froto las sienes, intentando aclarar mis pensamientos, pero lo único que consigo es marearme más.

Cuando vuelvo al comedor, todas las miradas se clavan en mí. Claro, no iban a dejarlo pasar.

—¿Algo interesante? —pregunta mi madre, como quien comenta sobre el clima, pero en su mirada hay curiosidad afilada.

—Ninguna oferta de matrimonio a la vista. Lo siento —respondo, dejando caer la frase como una bomba. Lía suelta una risita, divertida por el comentario.

—Nunca es tarde, Marina —insiste mi madre, como si no hubiera oído lo que realmente dije. De su boca, cualquier comentario parece un juicio sobre mi vida.

Me sirvo más agua, intentando calmar el pequeño terremoto que aún me sacude tras la llamada. Mi padre, como siempre, intenta poner paz.

—Deja que viva su vida como quiera —dice, aunque lo hace más por reflejo que por convicción. La mayoría de las veces, solo quiere evitar el conflicto.

—Quién sabe, tal vez me case en Londres —bromeo, aunque siento la tensión recorrerme por dentro.

—¿Londres? —Lía me mira con sus ojitos brillantes, siempre lista para seguirme el juego—. ¿Vamos a Londres? Mola.

Me ahogo ligeramente con el agua, lanzando una mirada fulminante a mi hija, que no capta la indirecta ni por asomo. Mi madre, por supuesto, capta todo al vuelo.

—¿Qué pasa con Londres? —pregunta, ya alerta. Porque claro, si hay algo que mi madre no soporta, es no estar al tanto de algo importante.

—Nada, mamá. Solo una broma —respondo rápido, intentando restarle importancia—. Una

llamada de trabajo, ya sabes. Nada confirmado.

Mi madre frunce el ceño, pero no insiste de inmediato. Algo me dice que no se olvidará de esto tan fácil, pero por ahora, parece dispuesta a dejarlo pasar.

17

Cuando el pasado te pone caliente

Estoy sentado en mi despacho, revisando algunos informes cuando Marina entra, con ese aire que solo ella puede tener, decidida, pero como si estuviera lista para desafiar al mundo con una sola palabra. No lo sabe, pero a veces, verla así me hace recordar a mi madre. Carmen siempre decía que las personas fuertes son las que hacen tambalear el mundo de uno. Marina… Marina no tambalea, ella arrasa.

—Tengo una videoconferencia a las once —me suelta de golpe, dejándome con el bolígrafo en el aire.

Me mira, y sé que está esperando mi reacción, siempre lo hace. Está acostumbrada a que le saque las cosas con cuentagotas, pero si algo he aprendido de Marina es que, si quiere contarte algo, lo hará. Y si no… bueno, jódete. Así que no pregunto. No hoy.

—A las once. Vale. —Hago una pausa, analizándola y miro mi reloj para no alargar la reunión demasiado—. Pero recuerda que esta tarde tenemos un networking importante, así que quiero que vayas con los deberes hechos. No quiero excusas.

Se le frunce el ceño un segundo, pero asiente, manteniéndose firme. El networking es básicamente un evento donde empresarios y emprendedores se juntan para intercambiar contactos, oportunidades y, en el mejor de los casos, negocio. Una oportunidad para posicionarse, hacer alianzas y, en nuestro caso, vender nuestra idea. Vamos a tener a varios peces gordos en ese lugar, y necesito que Marina esté a tope, porque aunque no lo admita, sin ella, esta operación no tendría ni la mitad de potencial.

—Ya tengo la campaña bastante avanzada —dice, siempre dispuesta a marcar su territorio, como si tuviera algo que demostrarme. Lo que no sabe es que ya lo ha demostrado todo.

—No lo dudo —respondo, medio sonriendo—. Enséñame que tienes para esta tarde.

Se cruza de brazos y me mira de esa forma que siempre me hace pensar que está a punto de soltar una bomba. Me encanta. Es una de esas mujeres que no se conforman con lo mínimo, y lo mejor es que lo sabe. Esa autoconfianza que tiene… joder, es irresistible.

—He ajustado el enfoque de la campaña —dice mientras toma su Tablet y me muestra las nuevas proyecciones—. Ya sabes, darles justo lo que hablamos. He hablado con el equipo y hemos ajustado los avatares, deseos, objeciones y objetivos. Todo encaja. Te aseguro que van a entrar en pánico, justo como querías.

Asiento mientras reviso lo que me enseña, pero lo hago lentamente. Claro que lo ha clavado, como siempre. Pero, qué puedo decir, me encanta fastidiarla. Y lo que tengo en mente va más allá de lo profesional.

—Está bien —murmuro, alzando la vista del Tablet para observarla con calma—. Pero no estoy del todo convencido.

—¿No estás convencido? —repite, con esa mezcla de incredulidad y un toque de furia controlada—. Matías, esto es justo lo que hemos estado afinando. ¿Qué más quieres? ¿Que te lo entregue en bandeja de oro y con fuegos artificiales?

—No necesito fuegos artificiales —respondo con calma, disfrutando de la tensión en el aire —. Solo quiero que lo perfecciones un poco más. Sabes cómo soy. No se trata solo de cumplir, sino de ir más allá. Sorpréndeme.

Ella me lanza una mirada que claramente dice: «Vete a la mierda». Pero es justo eso lo que me gusta. Esa energía, esa lucha constante por demostrar que puede estar a la altura de cualquier reto. Y ya que estamos, me apetece subirle la apuesta.

Saco las tarjetas de retos de mi chaqueta, tomándome mi tiempo. El simple hecho de hacerlo ya pone a Marina en alerta. Puedo ver cómo sus ojos se clavan en mis manos, como si no pudiera creer que estoy volviendo a esto.

—¿Otro reto? —resopla, visiblemente irritada, pero su mirada tiene esa chispa de curiosidad, la que siempre me confirma que está dentro—. ¿En serio, Matías?

—Claro. —Sonrío, sabiendo que esto la va a volver loca—. Vamos a ver si tienes el valor para este.

Me tomo mi tiempo barajando las tarjetas, saboreando el momento. Saco una al azar y la leo:

—Describe tu mejor experiencia sexual.

Estoy apoyado en el borde de mi escritorio, con los brazos cruzados, mirando a Marina mientras ella se queda en silencio un momento, como si estuviera pensando en cómo empezar. Me doy cuenta de que el reto le resulta incómodo, y por un segundo, me arrepiento de haberlo propuesto.

¿Y si me cuenta algo de otro tío? ¿De Sergio, quizás? La idea me golpea más fuerte de lo que esperaba. Estoy a punto de decirle que olvide la maldita pregunta, pero entonces ella empieza a hablar.

—Fue hace tiempo —comienza, y mis músculos se tensan, esperando lo peor—. En su casa.

Mis pensamientos se aceleran. Joder, ¿va a contarme sobre algún gilipollas? Me preparo para aguantar la puñalada, para escuchar cómo se la follaron mejor de lo que yo podría haberlo hecho. Pero luego noto algo en su mirada, algo que me detiene. Hay una chispa en sus ojos, una especie de malicia que empieza a hacerme pensar que no estoy entendiendo todo el cuadro.

—Llevamos un tiempo saliendo. No mucho, la verdad, y estábamos viendo una película. Su madre no estaba y me iba a quedar a dormir.

Mierda. Ahora sí que sé de qué está hablando, y una sonrisa lenta empieza a formarse en mi cara.

Marina me está describiendo aquella noche. Nuestra noche.

—No me lo podía quitar de la cabeza —dice, mirándome directamente, mientras se inclina un poco hacia mí, y el aire entre nosotros se vuelve denso, cargado de esa tensión que siempre ha existido—. Llevaba días, semanas, deseándolo. No podía concentrarme en nada más. Y entonces, esa día, algo cambió. Sabía que era el momento.

Recuerdo perfectamente esa noche. Yo también estaba deseando a Marina desde hacía tiempo. Ella, con su maldita risa sarcástica, sus ojos que me desafiaban y ese cuerpo que no podía dejar de mirar. La tensión entre nosotros era tan intensa que cada vez que estábamos cerca, parecía que algo iba a explotar. Y aquella noche, explotó.

—Me arrinconó contra una pared —continúa, y noto cómo mi cuerpo reacciona solo al escucharla—. Le susurré algo al oído, algo que lo hizo sonreír de esa manera que siempre hacía que me volviera loca. Y entonces, cuando pensaba que iba a tomar el control... lo perdió. Y yo también.

Me acuerdo de mi antigua habitación. Cómo la llevé allí, cómo cerré la puerta de golpe, y cómo la besé con todo lo que llevaba guardado durante tanto tiempo. Fue salvaje, fue rápido, pero sobre todo fue intenso. Ninguno de los dos quería tomarse su tiempo. Había sido demasiada la espera. Nos desnudamos como si nuestras vidas dependieran de ello.

Mis recuerdos y sus palabras se mezclan, creando una imagen tan clara que puedo sentirla de nuevo. Cómo la empotré contra la pared, cómo mis manos recorrían su cuerpo mientras ella

se agarraba a mis hombros, sin poder contener los gemidos. Cómo no podíamos parar, cómo la cama ni siquiera llegó a ser una opción porque todo lo que queríamos era sentirnos, desahogarnos.

—Joder, Matías, pensé que me iba a morir en ese momento. Era como si cada parte de mí te perteneciera. Me llenaste tan rápido, tan fuerte, que no pude contener el gemido. Ni siquiera me diste tiempo para adaptarme, y en ese momento, eso era exactamente lo que necesitaba.

Mis ojos no se apartan de los suyos. Y joder, escucharla hablar de ello, con esos detalles, con esa voz baja que parece diseñada para calentarme la sangre, me está llevando al límite y no puedo ignorar el hecho de que todavía la deseo igual que entonces.

—¿Así que... fue conmigo? —le digo, fingiendo indiferencia, aunque mi respiración ya está acelerada.

—¿Qué te parece? —responde, mordiéndose el labio, sabiendo perfectamente el efecto que tiene en mí.

—¿Y qué más? —le pregunto, con un esfuerzo ridículo por aparentar indiferencia.

Ella me mira, sabiendo exactamente lo que está haciendo. Y me tiene. Estoy atrapado en sus palabras.

Siento que mis manos se aprietan contra el borde del escritorio. Mi control está colgando de un hilo, y ella lo sabe. Porque ahora todo lo que puedo pensar es en lo que sentí aquella noche, cómo ella me hizo perder la cabeza, cómo su cuerpo reaccionaba a cada toque mío, a cada empujón.

Siento que mi polla dura late bajo mi pantalón con cada palabra que sale de su boca. El control que intento mantener se va a la mierda, porque lo único que quiero hacer ahora es tirarla contra la pared, repetir todo lo que ella está describiendo y hacerlo aún mejor. Revivir cada maldito segundo.

Hace una pausa, su respiración ligeramente entrecortada, y yo siento que cada músculo de mi cuerpo se tensa.

—Me corrí tan fuerte que pensé que el mundo se partía en dos —dice, su voz un susurro lleno de malicia—. Y tú... tú no dejaste de mirarme, como si te alimentaras de cada segundo, de cada gemido.

—Joder, Marina... —murmuro, incapaz de contenerme más.

Me inclino hacia adelante, tirando de ella con fuerza, mis labios encontrando los suyos en

un beso desesperado, crudo. La beso con hambre, con toda la desesperación que he estado conteniendo desde que empezó a hablar.

18

Cuando besar al jefe complica el currículum

Cuando sus labios chocan con los míos, no es un beso. Es un ataque. Su boca cae sobre la mía con una urgencia que me deja sin aire, como si hubiera estado conteniéndose durante siglos y ahora, jodidamente, no pudiera más. Es húmedo, caliente, lleno de saliva y dientes y, joder, no tengo ni un segundo para procesarlo antes de que su lengua entre en mi boca, enredándose con la mía en una lucha que no tiene nada de delicada.

El sabor a café y a algo puramente suyo me inunda. Es fuerte, crudo. Como él. Es un beso que quema, que no se molesta en ser bonito ni amable. Su lengua juega con la mía, buscando, explorando, y yo respondo con la misma desesperación, con esa mezcla de ganas y rencor que me tiene atada a él desde siempre. Siento el calor subir desde el vientre, extendiéndose como una ola que no puedo parar.

Mis dedos se enredan en su pelo, tirando, atrayéndolo más cerca, y él gruñe contra mi boca, ese sonido bajo que vibra en mi pecho, que me hace arder más. Su mano está en mi cintura, y tira de mí hacia él como si fuera una extensión de su propio cuerpo. Siento su erección, dura, presionando contra mi vientre, y maldita sea, quiero más. Necesito más.

Me empuja contra la mesa, y el borde se me clava en la espalda, pero no me importa. Su otra mano sube por mi muslo, rozando la piel desnuda, subiendo más y más hasta el límite de mi falda. Mi cuerpo reacciona antes que mi cabeza. Me arqueo contra él, mis piernas dándole espacio entre ellas, buscando más contacto, más fricción, lo que sea que pueda aliviar este fuego que me está consumiendo desde dentro.

Su mano en mi muslo se tensa, apretando la carne justo por debajo de mi cadera, y yo me deslizo aún más contra él, sintiendo cómo su polla se endurece más bajo mi presión. Siento su respiración acelerada contra mi cara, caliente y agitada. Está igual de jodido que yo, pero eso no significa que vaya a rendirse. No, Matías es de los que luchan hasta que el otro no puede más.

El beso se vuelve más oscuro, más profundo. Me muerde el labio, tirando de él hasta que el dolor se mezcla con el placer en un punto donde no distingo la diferencia.

Su lengua vuelve a mi boca de golpe, y esta vez me toma por completo. No hay espacio para respirar, para pensar, solo sentir cómo me está desnudando con cada maldito beso.

Y entonces, en medio del caos de su lengua y de sus manos apretando mi piel, me doy cuenta. Mierda. Han pasado más de diez minutos. Rachel de *Johnson & Co.* está esperándome para la videoconferencia, y aquí estoy, atrapada bajo Matías, con mi respiración desbocada y la cabeza completamente perdida. ¿Cómo demonios voy a explicarle esto a Rachel? ¿Disculpa, me retrasé porque mi jefe estaba haciéndome olvidar hasta mi propio nombre?

Me separo de Matías de golpe, como si acabara de recordar que el mundo sigue existiendo fuera de este despacho. Su boca se queda a unos centímetros de la mía, y veo cómo sus ojos brillan, oscuros, hambrientos. Él es consciente de lo que acaba de conseguir de mí, y lo peor es que sabe perfectamente que me tiene completamente jodida.

—¿Qué pasa? —murmura, su voz ronca, como si también le costara volver a la realidad.

—Tengo una videoconferencia —suelto, tratando de sonar más firme de lo que me siento. Mi pecho sube y baja, intentando recuperar el aliento, pero todo mi cuerpo sigue temblando. Intento apartarme, pero su mano aún está en mi muslo, firmemente colocada, como si no tuviera ninguna intención de dejarme ir.

Parpadea, como si no terminara de procesar lo que acabo de decir, y entonces, lentamente, me suelta. Siento el frío en mi piel cuando su mano se separa, y no puedo evitar maldecirme por extrañarlo ya.

—¿Una videoconferencia? —replica, su tono cargado de sarcasmo—. Qué profesional de tu parte, Marina.

Intento no rodar los ojos, porque sé que ahora no es el momento para sarcasmos, pero joder, no puedo con él.

—Es importante —le digo, ajustándome la ropa mientras me enderezo, sintiendo cómo mis piernas siguen temblando—. Y llego tarde.

Matías se aparta finalmente, dándome espacio, pero lo hace con una lentitud exasperante, como si supiera perfectamente que cada segundo cuenta y estuviera disfrutando de hacerme llegar aún más tarde.

—No te detengo más, si es que realmente quieres irte —dice, con esa sonrisa torcida, pero hay algo de irritación en su voz—. Aunque, hace un minuto, parecías bastante interesada en quedarte pegada a mí.

Le lanzo una mirada afilada mientras me apresuro hacia la puerta. ¿De verdad tiene que ser

tan capullo siempre?

—Gracias por recordarme que a veces lo mejor es aterrizar con los pies en el suelo —respondo, el sarcasmo goteando de mis palabras—. Ahora, si me disculpas, tengo una oferta interesante que atender.

—¿Qué has dicho? —me interrumpe, con un tono que corta el aire de golpe.

Me detengo en seco, justo en el marco de la puerta. Mierda. La curiosidad de Matías es como un radar, siempre detecta el más mínimo desliz, y lo peor es que se me ha escapado la palabra clave: *oferta*.

Da un paso hacia mí, acercándose lo justo para invadir mi espacio personal sin tocarme, lo que solo hace que mi piel se erice aún más. Esa tensión, siempre presente entre nosotros, ahora tiene otro sabor, más afilado, más peligroso.

—Matías… no tienes derecho a preguntarme nada —le digo, cruzando los brazos con un aire desafiante, pero la verdad es que no estoy tan segura como sueno.

Él se ríe suavemente, pero no hay nada divertido en esa risa.

—Oh, claro que no tengo derecho. Pero eso no significa que no me interese. Sobre todo, si es algo que te aleje de mí... o me deje así —y lo dice con un dedo señalando su entrepierna, la sonrisa oscureciéndose mientras me evalúa.

—Me han llamado de Johnson & Co. —digo, intentando sonar lo más neutral posible—. Quieren ofrecerme un puesto directivo en su sede de Londres.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Matías se queda completamente quieto, sus ojos fijos en los míos, intentando procesar lo que acabo de soltarle. Puedo ver cómo las piezas encajan en su cabeza, cómo se tensa ligeramente, pero sigue manteniendo esa maldita fachada de control.

—Londres... —repite, como si estuviera probando la palabra en su boca.

No sé si lo que veo en su mirada es sorpresa, irritación, o algo más profundo que no puedo descifrar del todo. Pero sé una cosa: esto ha tocado una fibra sensible.

—Sí —respondo, con más calma de la que realmente siento—. Y debo ir a escuchar sus condiciones. Es una oportunidad que no puedo dejar pasar.

—¿Y cuándo piensas tomar esa decisión? —pregunta, su tono ahora más frío, más controlado, pero el sarcasmo se filtra por las grietas.

—No lo sé —respondo, intentando no sonar a la defensiva—. Primero quiero escuchar qué

tienen que ofrecerme. Y luego… ya veré.

Matías cruza los brazos, adoptando una postura que conozco bien, la de alguien que no está dispuesto a perder una partida sin luchar.

—Me pregunto qué pueden ofrecerte para que creas que vale la pena abandonar todo lo que tienes aquí.

Siento que la temperatura en la habitación ha subido varios grados. La forma en que dice «todo lo que tienes aquí» hace que mi pecho se encoja un poco, pero no puedo dejar que vea cuánto me afecta.

—Es solo trabajo. Es una gran oportunidad profesional, Matías. Tú deberías entenderlo mejor que nadie —digo, con una calma que estoy lejos de sentir.

—¿Solo trabajo? —me interrumpe, acercándose un poco más, hasta que apenas hay espacio entre nosotros—. No sé, Marina. Me parece que no estás siendo completamente honesta ni contigo misma.

—¿Ah, no? —replico, alzando una ceja—. ¿Y qué es lo que crees que estoy ocultando?

Matías se inclina, acercando su rostro al mío, y por un segundo siento que el aire se detiene.

—¿Es Londres lo que te atrae de verdad… o es la idea de largarte de aquí para vengarte de mí? —susurra, su tono cargado de un sarcasmo afilado.

Su mirada se clava en mí, intensa, y esa maldita tensión entre nosotros, esa cuerda invisible que parece que siempre está a punto de romperse, se estira hasta el límite.

—¿De verdad crees que he pensado en ti al tener en cuenta esta oferta? ¿Que tiene algo que ver con lo que pasó entonces? La situación no es la misma, Matías. Tú y yo no somos nada ahora ni somos los mismos. No tenemos planes juntos como entonces. Lo que quiero hacer con mi vida no gira alrededor de lo que tú pienses o de lo que creas que aún queda entre nosotros.

Matías se queda en silencio por un segundo, pero la forma en que sus ojos siguen clavados en mí me hace sentir como si estuviera desnuda frente a él, expuesta, vulnerable. Sé que no va a dejar esto pasar, no es su estilo, pero tampoco pienso seguir jugando a su juego.

—Perfecto —murmura finalmente, su tono ahora más neutral, aunque la tensión sigue ahí, flotando entre nosotros.

—Tengo que irme. Ya llego tarde —digo, y antes de que pueda detenerme, salgo por la puerta, sintiendo que acabo de dejar mucho más que una simple conversación pendiente. Otra.

19

Networking, champán... y un reto bajo la mesa

El Hotel Ritz de Madrid está en su apogeo esta noche. La sala de eventos, con techos altos y candelabros brillantes, parece un escaparate de lujo. Todo el mundo lleva sus mejores trajes, moviéndose por el lugar con copas de champán en la mano y sonrisas calculadas. Cada rincón del lugar parece estar lleno de conversaciones que importan, de esas que definen futuros proyectos y alianzas que pueden cambiar la trayectoria de una empresa entera.

Yo llevo el mío, un vestido negro, ajustado pero lo suficientemente profesional como para que nadie piense que he venido a otra cosa que no sea trabajar. Aunque claro, con Matías alrededor, las líneas entre lo personal y lo profesional siempre son peligrosamente borrosas.

Está a mi lado con esa presencia que acapara toda la atención, nadando en su elemento: traje impoluto, sonrisa medida y esa actitud de quien sabe que siempre puede conseguir lo que quiere. Lo conozco lo suficiente como para saber que ya está calculando a quién impresionar primero, a quién manipular después y cómo conseguir que todos en esta sala hablen de nuestra campaña.

—¿Lista? —me pregunta en voz baja, como si realmente le preocupara si lo estoy.

Lo miro de reojo y asiento, más para que deje de observarme que por otra cosa. He preparado esta campaña a la perfección. La IA no es solo el futuro, es la única opción viable, y vamos a dejar que todos aquí sientan el miedo de quedarse atrás. Pero claro, Matías nunca pierde la oportunidad de presionarme más allá del límite. Es como si disfrutar en mantenerme al borde de perder el control, pero sin permitírmelo.

—Perfecta —respondo con una sonrisa que sé que él interpreta como un desafío.

El evento comienza a coger ritmo, las charlas se suceden y las copas de champán parecen volar de un lado a otro. Matías se adelanta, saludando a algunas caras conocidas. Yo me quedo un paso atrás, observando cómo maneja la situación con esa seguridad que siempre me ha desconcertado. Su capacidad de controlar a la gente es irritantemente efectiva. Todo el mundo aquí parece girar a su alrededor, y yo... bueno, soy solo parte de su estrategia, una pieza de su ajedrez.

Mientras evalúo las caras de los asistentes, reconozco a algunos de los grandes peces que tenemos que impresionar esta noche: Carlos Ortega, CEO de una de las compañías tecnológicas más grandes de España, y Marta Gil, una de las mujeres más influyentes del sector Fintech. Si conseguimos que ellos apuesten por nosotros, habremos ganado la partida.

Matías vuelve a mi lado y me ofrece una nueva copa de champán, su mirada fija en mí como si esperara algo más. Siempre está esperando algo más.

—Recuerda que estamos aquí para asegurarnos de que no puedan dormir tranquilos esta noche —me dice con esa sonrisa afilada que tanto odio como adoro.

—Están tan asustados de la IA que cualquier cosa que les digamos hoy les va a sonar a sentencia de muerte —respondo, mientras mis ojos se pasean por la sala. La ironía en mi tono no se le escapa, claro está.

Nos movemos por el evento, saludando a algunas personas clave, y todo transcurre más o menos como lo planeamos. Pero entonces, noto que Matías ha desaparecido de mi lado, y antes de darme cuenta, lo veo en una esquina de la sala, hablando con Marta Gil. Ella parece encantada, riéndose por algo que él ha dicho, y la punzada de incomodidad en mi pecho es ridícula. No debería importarme. Pero lo hace.

Me acerco, como si estuviera interesada en unirme a la conversación, pero antes de llegar, Matías levanta la vista y me ve. Y justo en ese momento, lo siento: esa tensión que nos rodea, que parece hacer que todo lo demás desaparezca. Marta sigue hablando, pero él ya no le presta atención. Me está observando, como si cada movimiento que hago fuera una provocación directa para él.

—Marina, ven, estamos hablando de tu gran campaña —dice, llamándome hacia ellos con una sonrisa que parece menos amigable de lo que pretende.

—Claro —respondo, uniendo fuerzas en esta pequeña batalla de control.

La conversación gira alrededor de las maravillas de la inteligencia artificial y cómo puede revolucionar el sector financiero, pero apenas estoy participando. Mis pensamientos están centrados en Matías y en cómo su cercanía me afecta de una manera que odio admitir. Cada vez que me habla, siento cómo mi piel se eriza y la electricidad entre nosotros recorre el aire. Es una corriente imparable, una energía que ninguno parece dispuesto a detener, aunque nos consuma.

Matías me lanza una mirada cómplice mientras Marta se excusa por un momento para saludar a alguien más. En ese instante, estamos solos en medio de una sala llena de gente.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta con una sonrisa ladina.

—¿Por ti o por el evento? —respondo, igualando su tono.

—Quizá por ambas cosas —murmura, dando un paso hacia mí. Sus dedos rozan mi cintura con la excusa de pasar a mi lado, pero es suficiente para que todo mi cuerpo se tense.

Intento apartarme un poco, pero él se queda cerca, lo suficiente como para que sienta su aliento en mi piel. Joder, este hombre sabe exactamente cómo presionar mis botones.

—Te debo un reto, lo estás haciendo de maravilla —me dice en voz baja, su boca tan cerca de mi oído que siento el calor de su aliento.

—¿Aquí? —le susurro, intentando no parecer tan afectada como estoy. Porque maldita sea, el mero hecho de que mencione un reto ya hace que mi corazón se acelere.

—¿Por qué no? —responde, con esa maldita sonrisa que me pone de los nervios—. Solo que esta vez lo hacemos más interesante.

Le lanzo una mirada de advertencia, aunque sé que está disfrutando cada segundo de mi reacción.

—Tengo trabajo que hacer, Matías. ¿Recuerdas? Esto es un evento importante.

Él solo se ríe suavemente.

—No te preocupes. Seré discreto... —murmura, mientras su mano roza la parte baja de mi espalda antes de apartarse por fin, dejándome ahí, con el corazón desbocado y más consciente que nunca de lo mucho que este hombre me hace perder el control.

Me arrastra a un rincón del salón, lejos de las miradas de todos esos empresarios, en uno de esos momentos que debería estar lleno de formalidades. Pero claro, con Matías, nada es formal. Me apoya contra la pared y saca de su chaqueta las malditas tarjetas de los retos. Parece que lo tenía todo calculado desde el principio. Mi boca se abre en un gesto de incredulidad.

—¿En serio? ¿Las trajiste al evento? —pregunto, entre sorprendida y divertida. Está claro que nada lo pilla desprevenido.

—Sabía que lo harías bien. —Su sonrisa de satisfacción me irrita y atrae a partes iguales.

Ruedo los ojos, pero la chispa de curiosidad se enciende en mi interior. Esto va a ser bueno, seguro.

—¿Y si sale que tienes que hacer un trío? —bromeo, mi tono cargado de sarcasmo, mientras me cruzo de brazos, esperando ver cómo lidia con esa posibilidad.

Matías ni siquiera pestañea. Me lanza una mirada tranquila, segura de sí misma, como si

tuviera el control absoluto, lo que me pone más nerviosa.

—Te aseguro que no saldrá algo así —responde con absoluta confianza.

Eso me hace fruncir el ceño. Empiezo a mirarlo con la mosca detrás de la oreja.

—¿Has quitado las que no te convenían? —pregunto, ya sabiendo la respuesta.

Él sonríe de nuevo, esa sonrisa pícara y segura que a veces me saca de quicio.

—Por supuesto. Esto es entre tú y yo, Marina. Nadie más.

Saco una tarjeta al azar, y cuando leo lo que pone, se me congela la sonrisa. La tarjeta es sencilla, directa: Pon tu mano sobre el sexo del otro durante cinco minutos, sin moverte ni decir nada.

Levanto la vista y me encuentro con sus ojos, que brillan con ese maldito brillo de victoria.

—Olvídalo —digo rápidamente—. No podemos hacer esto aquí.

—Claro que podemos. —Su tono es tan calmado que me pone más nerviosa. Mira alrededor, evaluando el entorno—. Siéntate en esa mesa, bajo el mantel largo. Solo serán cinco minutos, Marina. Podrás resistir mi mano entre tus piernas, ¿verdad?

Siento que mi cuerpo se tensa, el calor sube a mi cuello y maldigo internamente el efecto que tiene sobre mí. El muy cabrón sabe perfectamente cómo llevarme al borde.

Me guía hasta una mesa pequeña al fondo del salón, cerca de la pared, casi apartada del bullicio. Es una de esas mesas que suelen estar ahí para que los asistentes del evento puedan descansar, charlar de manera informal o servirse refrigerios sin tener que hacerlo en medio de la sala principal. El mantel, como en todas las mesas de este tipo, cae hasta el suelo, cubriendo nuestras piernas, lo que lo hace perfecto para lo que Matías tiene en mente.

—Aquí estaremos bien —dice, con esa calma exasperante que me hace dudar de si realmente estamos a punto de hacer algo por completo indebido o si, de algún modo retorcido, es perfectamente normal para él.

Nos sentamos juntos. Siento su rodilla rozando la mía bajo el mantel, lo que hace que mi cuerpo se tense de inmediato. Él se acomoda tranquilamente, su expresión relajada, como si nada raro estuviera a punto de suceder. Yo, en cambio, me siento como una bomba a punto de estallar.

—Cinco minutos —me recuerda, su mirada fija en la mía, como si me estuviera desafiando.

—Sabes —le digo, tratando de sonar más tranquila de lo que estoy—, se supone que esto debía ser divertido, ¿no? Tú deberías estar ridiculizándote de alguna forma.

Matías me mira, sus labios curvándose en una sonrisa lenta, y sus ojos no se apartan de los míos ni por un segundo.

—Para mí —dice Matías, su voz baja y segura, mientras sus dedos rozan ligeramente mi pierna—, lo mejor de esto es que estás a punto de descubrir que disfrutarás cada segundo mucho más de lo que pensabas.

Matías se inclina hacia mí, su brazo descansando de manera casual en el respaldo de mi silla, como si estuviéramos discutiendo algo extremadamente interesante y profesional. El calor de su cuerpo me envuelve, su proximidad hace que mi piel se erice. Todo parece tranquilo desde fuera, pero debajo de la mesa, su mano ya ha comenzado a deslizarse hacia arriba, recorriendo la piel desnuda de mi muslo, cada centímetro con una lentitud que me tortura.

—No especificaba que no podía ser por encima de la tela —le digo en un susurro, tratando de parecer casual, pero mi voz traiciona la tensión que me recorre el cuerpo.

Matías sonríe, esa maldita sonrisa que parece saberlo todo. Sus dedos siguen subiendo, cada vez más cerca de mis bragas..

—Sobre el sexo, Marina —murmura, su voz baja y ronca mientras su mano llega hasta el borde del encaje—, no sobre el vestido… o las bragas. —Y con un movimiento hábil, aparta la tela a un lado, dejándome completamente expuesta a su tacto. El aire se me escapa en un suspiro involuntario, mi cuerpo reaccionando antes de que mi mente pueda procesarlo.

Siento cómo sus dedos rozan mi pubis, acariciando la piel con una suavidad que me enloquece. La presión es ligera, apenas un toque, pero suficiente para que mi respiración se acelere. Me esfuerzo por mantener la compostura, sabiendo que cualquiera podría pasar por nuestra mesa en cualquier momento, pero lo que más me afecta es el control que él tiene sobre mí. Y lo peor de todo, es que lo sabe.

—Abre más las piernas —me ordena en un susurro, su boca cerca de mi oído. El aliento cálido me acaricia el cuello, enviando un escalofrío por mi espalda—. Nadie nos ve, tranquila.

Tranquila, dice. Cómo demonios voy a estar tranquila cuando su mano está justo ahí, entre mis piernas, y mi cuerpo responde con una urgencia que no puedo controlar. Obedezco, separando mis muslos ligeramente, dándole más acceso, y al hacerlo, siento sus dedos acomodarse más entre mis pliegues, rozando mi clítoris con una precisión que me hace contener la respiración.

—No puedes mover los dedos —susurro, mi voz más agitada de lo que debería estar. Mi corazón late con fuerza, el calor sube desde mi vientre y mi piel arde bajo su toque.

—No lo estoy haciendo —responde con una sonrisa apenas perceptible, sus ojos clavados en los míos mientras sigue hablando como si todo esto fuera lo más natural del mundo—. Solo los acomodo.

Sus dedos se deslizan entre mis pliegues, asentándose con una presión justa, suficiente para hacerme perder la cabeza, pero sin moverse. Está jugando conmigo, y lo sabe. La fricción suave de su piel contra la mía me tiene al borde, pero no debo moverme.

De repente, alguien pasa cerca de nosotros, y Matías, sin inmutarse, gira la cabeza y comienza a hablar de algo completamente trivial y profesional.

—Sí, encantado de verle de nuevo —dice con esa voz tranquila y segura que utiliza en las reuniones, pero la sonrisa maliciosa en sus labios me dice lo contrario. Sus dedos no se han movido, pero están allí, presentes, y mi cuerpo lucha por mantener la calma mientras el calor sube entre mis piernas.

Cierro los ojos un segundo, tratando de recuperar el control de mi respiración, pero es imposible.

—Si mis dedos se deslizan será porque resbalan, no porque yo los esté moviendo —susurra Matías, con esa maldita calma que me está volviendo loca. Sus ojos siguen clavados en los míos, desafiándome.

—Vamos, no me jodas, Matías —susurro, intentando mantener mi dignidad a flote, aunque estoy al borde del colapso.

—Lo digo en serio —me responde, su voz baja, pero cargada de esa intensidad que hace que mi corazón se acelere aún más. Y entonces, lo siento. Sus dedos tocan mi entrada, rozando apenas, solo lo suficiente para recoger mi humedad. Mi cuerpo se estremece, y maldita sea, me muero por más. Sus dedos, cálidos y firmes, se humedecen y luego vuelven a subir, extendiendo mis jugos por mis labios y alrededor de mi clítoris.

Un gemido queda atrapado en mi garganta, y me muerdo el labio con fuerza, intentando mantener el control, pero la verdad es que estoy a punto de perderlo todo. Mi respiración se acelera y cada vez es más difícil de disimular. Siento el calor en mi cara, el rubor subiendo por mi cuello, pero lo peor es que él lo nota, lo disfruta.

Matías no dice nada, pero no deja de observar mi cara. Está jugando con mi cuerpo como si conociera cada rincón de mí, como si supiera exactamente dónde tocar para llevarme al límite sin cruzarlo del todo.

Intento concentrarme en cualquier otra cosa, en la sala, en las personas que nos rodean, en

los sonidos lejanos de las conversaciones. Pero no puedo. Solo puedo pensar en su mano entre mis piernas, en cómo mis caderas se mueven ligeramente, buscando más contacto sin siquiera darme cuenta. Estoy tan jodidamente cachonda que ni siquiera puedo pensar con claridad. Me estoy ahogando en esta tensión, intentando no gemir.

—Joder... —susurro, cerrando los ojos por un segundo, intentando recuperar el control. Pero no hay control que valga.

Mi clítoris acaba atrapado entre sus dedos. Lo noto ejercer una presión suave, pero constante, lo suficiente como para que todo mi cuerpo se tense, buscando más sin querer admitirlo. Me muerdo el labio con más fuerza, pero no es suficiente para ahogar el deseo que me consume.

—Te besaría ahora, besaría cada jadeo pequeño que tratas de contener, Marina —me susurra, su aliento caliente rozando mi piel. Es como si cada palabra suya se arrastrara por mi columna vertebral, haciéndome arder desde dentro.

—No puedes hablar así... —le recuerdo, mi voz entrecortada, casi un susurro. Trato de aferrarme al poco control que me queda—. Nada de intimidad. Solo negocios.

—Muy bien —responde, su tono sigue siendo bajo, pero cada vez más cargado de esa maldita arrogancia—. Entonces dime qué te han ofrecido en Londres.

Sus palabras deberían ayudarme a centrarme, a recuperar el control, pero el ritmo de su mano entre mis piernas está lejos de hacer que me concentre. Su dedo medio, cálido y lento, empieza a moverse apenas en círculos suaves sobre mi clítoris, alternando presión ligera y luego, de pronto, más firme, calculada. Es como si supiera exactamente qué ritmo hará que me acerque al borde, pero sin permitirme alcanzarlo del todo.

—Ya te he dicho que no es asunto tuyo... —le contesto, aunque a duras penas consigo formar las palabras. Estoy tan cerca de perderme que apenas me reconozco.

Su dedo hace algo inesperado, trazando una línea directa desde el borde de mi clítoris hacia abajo, como quien desliza un pincel sobre un lienzo, lento, firme y entonces, sin previo aviso, siento cómo su dedo se desliza dentro de mí, duro, directo. Mi cuerpo reacciona al instante, arqueándose involuntariamente. Un gemido casi escapa de mis labios, pero lo detengo a tiempo. Me ahogo en el placer y en la desesperación por mantener la compostura.

—Se me ha resbalado —murmura, con esa sonrisa que puedo sentir aunque no la vea.

Pero claro, no se detiene. Su dedo sale, solo para volver a entrar, esta vez más fuerte, más profundo. Joder, lo hace con tanta precisión que casi me derrumbo allí mismo.

—Matías... —me quejo, deshecha, sintiendo cómo mi cuerpo tiembla bajo su control. Pero sé que no me va a dar tregua.

—Sea lo que sea que te hayan ofrecido, lo doblo —me dice, con un tono lleno de una seguridad tan aplastante que no sé si me está hablando de negocios o de lo que está haciéndome en este momento.

—No se trata de cobrar más o tener un mejor puesto y lo sabes... —respondo entre jadeos, mi respiración entrecortada mientras siento su dedo moverse dentro de mí. Es casi imposible concentrarme—. En esa empresa son... innovadores. Las posibilidades para mí allí son...

—¿Y qué pasa con Lía? —me pregunta Matías, su tono aún cargado de ese control frío que me irrita y me excita al mismo tiempo.

—Será una gran oportunidad para ella —respondo, pero mi voz suena débil, entrecortada. No sé si lo digo para convencerlo a él o a mí misma.

Siento su dedo dentro de mí, pero ahora lo empieza a doblar ligeramente, como si estuviera tanteando mis reacciones. Mi cuerpo responde antes de que pueda evitarlo. Joder, se supone que ninguno de los dos debía moverse, y aquí estoy, perdiendo el control bajo su mano.

Sigue explorando con su dedo, haciéndolo deslizar con precisión dentro de mí, tocando cada rincón, buscando algo... hasta que lo encuentra. Empieza a doblarlo, y siento cómo presiona contra mi punto G, esa pequeña zona a unos pocos centímetros dentro, en la pared anterior de mi vagina. El roce es lento, intencionado, pero suficiente para hacer que todo mi cuerpo se tensa en respuesta.

—Estás haciendo trampas, Matías —jadeo, intentando mantener el control de mi voz.

—¿Y Sergio? —pregunta él, su tono es casual, pero noto la punzada de provocación en su voz mientras sigue moviendo su dedo dentro de mí, como si todo lo que estamos hablando fuera completamente normal. Como si no me estuviera destruyendo desde dentro.

—¿Ahora eres su abogado? —me burlo, intentando mantener algo de sarcasmo en mi tono, pero la frase se me ahoga en la garganta cuando Matías decide mover la yema de su dedo con una precisión que me hace ver estrellas. La presión en mi punto G aumenta.

—Matías... —murmuro, deshecha, apenas consciente de las palabras que salen de mi boca. Mis piernas tienden a cerrarse alrededor de su mano, como si quisiera atrapar el momento, pero al mismo tiempo, lo que quiero es liberarme, perderme en la sensación.

—Ya han pasado cinco minutos —dice, su voz baja, ronca, y siento su mano retirándose lentamente de entre mis piernas.

Su dedo, que hace solo segundos estaba llevándome al límite, ahora me deja vacía. La pérdida de su contacto es casi dolorosa, y maldigo internamente lo jodida que estoy. Pero cuando miro su rostro, noto algo más. Matías está enfadado, y no es solo porque el reto haya terminado.

Me mira, sus ojos como océanos oscuros y profundos, cargados de algo que va más allá del simple deseo. Hay una tensión en su mandíbula, una rigidez que no había visto en él antes. No quiere que me vaya. Lo veo en la manera en que me está mirando ahora, como si cada palabra que dije antes, sobre Londres, Lía, y esa maldita oferta, estuviera clavándose en su piel.

—¿Qué te pasa? —pregunto, tratando de sonar desafiante, aunque mi respiración sigue acelerada, el eco de lo que acaba de pasar entre nosotros aún late en mi cuerpo.

—No has tomado la decisión todavía, Marina. No juegues a que esto ya está hecho —responde, cortante, mientras limpia disimuladamente sus dedos en una servilleta, como si el contacto físico no hubiera significado nada. Pero sé que sí lo ha hecho. Lo veo en su mirada, en cómo sus ojos no se apartan de los míos.

Me siento descolocada. Sabía que la idea de irme a Londres iba a tocarle la fibra, pero no esperaba que fuera tan visceral. Este Matías, el que está justo delante de mí, no es el hombre controlado y frío que me suele sacar de quicio. Es alguien herido, alguien que no está acostumbrado a perder. Y lo peor es que sé que, a su manera, no está dispuesto a dejarme ir.

Me reincorporo en la silla, tratando de recuperar algo de dignidad. Pero es difícil cuando todo mi cuerpo sigue temblando y ardiendo por lo que acaba de hacerme. Ahora mismo, solo quiero salir de aquí, llegar a casa y, bueno, acabar el trabajo yo sola. Qué remedio.

Ya me imagino la escena: yo, en mi cama, encarándome con mi «mejor amigo» —sí, el vibrador que tengo escondido en el cajón, que siempre está ahí para mí, sin dramas ni preguntas—. A estas alturas, sé que ese pequeño héroe de silicona hará maravillas: el único al que puedo controlar al cien por cien.

20

Una oferta con palomitas que no podrás rechazar

—Vamos —dice Matías, levantándose de la mesa con esa confianza que nunca vacila—. Me debes una cena. He reservado una mesa en Ramon Freixa, cerca de aquí, en el Hotel Único. Está a la altura de la conversación que nos espera.

Lo miro incrédula. Claro, una cena. Como si no acabáramos de hacer algo que podría habernos dejado en evidencia a pocos metros de los peces gordos de la industria. Pero con Matías, todo tiene ese toque de locura controlada y a mí… me gusta dejarme llevar por esa locura más de lo que nunca reconocería.

*****

Llegamos al restaurante, un lugar que es todo elegancia. Las mesas perfectamente dispuestas, la luz suave creando un ambiente íntimo, casi demasiado íntimo para lo que estamos a punto de hablar. Cuando nos sentamos, puedo sentir su mirada clavada en mí, como si estuviera esperando el momento perfecto para hablar.

Deja la copa de vino con más calma de la que siento que merece esta conversación. Siempre ha tenido esa maldita capacidad de mantener el control cuando todo dentro de mí está a punto de explotar. Pero sus ojos, joder, sus ojos no mienten. Detrás de esa fachada de calma, hay una tormenta esperando a desatarse, y no sé si estoy lista para enfrentarla.

—Sabes, siempre supe que volveríamos a estar aquí —me dice de repente, su tono bajo, casi confidencial—. Tú y yo, enfrentándonos de nuevo, intentando desenredar todo este lío. Lo que no sabía es que dolería tanto.

—¿Te duele? —pregunto, cruzando los brazos, más por protegerme de lo que está a punto de decir que por necesidad.

—Mucho. —Su respuesta es tan directa que me golpea antes de que pueda procesarla. No hay titubeos, ni rodeos. Solo la verdad. Y en ese momento, siento el aire volverse pesado entre nosotros—. ¿Cuántos más hubo como Sergio? —pregunta de repente, sin apartar la mirada. Es

un golpe bajo, pero lo veo venir.

Suspiro, apartando la vista por un segundo, antes de volver a mirarlo.

—Con un bebé, la vida sexual se reduce a... bueno, a nada. —Me encojo de hombros, intentando restarle peso a la conversación, pero él no está para bromas—. Luego, cuando Lía creció, lo más importante para mí fue que ella no se viera influenciada por los hombres que podrían salir y entrar en mi vida. Eso lo complica todo, Matías. Es difícil separar el papel de madre del de mujer con vida sexual. Pero lo cierto es que... tengo necesidades como todo el mundo.

Sus ojos se oscurecen un poco, como si mis palabras le hicieran imaginar algo que no le gusta.

—¿Y tú? —le pregunto, mirándolo de reojo—. ¿Has sido un santo durante estos años?

Matías se ríe, una risa baja, sarcástica.

—No. Pero me arrepiento de todas ellas. —Su tono es serio, sin atisbo de duda—. Ninguna se merecía estar con alguien que estaba allí por despecho, sin alma ni corazón.

Su confesión me toma por sorpresa. Lo miro fijamente, como si intentara descifrar si está siendo sincero o simplemente dramático. Pero lo conozco demasiado bien para saber que no está mintiendo ni le gusta exagerar.

—¿Fueron muchas? —pregunto, levantando una ceja.

—¿Estás celosa? —me reta él, con esa maldita sonrisa que me vuelve loca.

—Claro que no —respondo rápidamente, tratando de sonar indiferente—, pero lo dices como si hubieran sido decenas.

Matías se reclina en su silla, con ese aire seguro de siempre, pero ahora hay algo más en sus ojos. Algo vulnerable, una verdad que no había dejado salir hasta ahora.

—Me conoces, Marina. Sabes que no soy de esos —dice, y hay sinceridad en su voz—. Pero tuve mi... periodo infernal.

—Vaya... —murmuro, sin saber qué decir a eso.

—Y ninguna me importó. —Su tono cambia, más suave, más profundo—. Lo que nosotros teníamos, Marina, no era normal. Debes reconocerlo. Era como... si tú fueras mi razón de ser. Mi droga. Era obsesivo, lo sé, pero no podía controlarlo. Cada vez que te veía, quería más. Cada beso, cada sonrisa, cada jodida discusión. Eras todo.

Sus palabras me sacuden.

—¿Y por qué dejaste que se apagara sin hacer nada para evitarlo? —replico, sin poder contener el resentimiento que se me escapa. No es que quiera abrir esa herida, pero, maldita sea, si vamos a hacer esto, quiero respuestas reales. Quiero sentir algo más que la indiferencia que siempre me ha mostrado.

Matías me mira fijamente, su mandíbula apretándose antes de hablar.

—Volví, Marina. Claro que volví. —Su voz se quiebra ligeramente, y esa pequeña grieta en su tono me deja sin aire—. Volví por ti, para arreglarlo, para... no sé, recuperar lo que dejamos atrás. Pero te vi.

—¿Que me viste? —pregunto, frunciendo el ceño.

—A ti, con tu bebé en brazos. —Hace una pausa, la suficiente como para que las palabras pesen más—. Y con ese... tipo, Sergio. Y pensé: Ya lo ha rehecho todo. Ya me ha sustituido, como si lo nuestro no hubiera significado nada. Me ha olvidado incluso cuando solo han pasado seis meses…

Me quedo en silencio, incapaz de procesar lo que está diciendo.

—¿Y te largaste? —pregunto, la incredulidad filtrándose en mi voz—. ¿Ni siquiera tuviste los cojones de preguntarme qué había pasado?

Matías aprieta los labios y mira hacia otro lado, como si estuviera buscando algo que no sabe cómo encontrar.

—Estaba furioso. Herido. —La sinceridad de sus palabras es casi insoportable—.Y sí, me largué. Porque no podía soportarlo.

—¿Soportar qué? —le espeto, mi voz temblando por la rabia contenida—. ¿Que había seguido adelante con mi vida porque tú te fuiste?

—No es tan simple —responde, su tono bajo, pero firme—. Joder, ¿crees que algo así es fácil de asimilar? Hasta entonces, aunque estuviéramos lejos, me despertaba cada día sabiendo que tú estabas ahí, incluso cuando no te veía. Era esa sensación de que, pasase lo que pasase, había algo en el mundo que seguía siendo correcto porque tú estabas en él, conmigo y… luego de repente estabas con él…

Me quedo en silencio. La confesión me cae encima como un muro que no esperaba.

—Nunca estuve con Sergio. Solo fue una noche.

—Una noche que bastó para destrozarlo todo. Fue suficiente para que todo lo que pensaba

que teníamos se convirtiera en… en nada —susurra, y su tono es tan bajo que apenas puedo oírlo. No hay reproche en su voz, sino algo distinto, algo que hace que un nudo se forme en mi estómago.

—¿Crees que no me odié por eso? —Su voz se quiebra apenas, y yo contengo el aliento—. Fui un cobarde, Marina. Lo sé. Pero es que verte con él y con… ella en tus brazos… —Hace una pausa, y noto cómo sus manos se tensan—. Fue como si alguien hubiera arrancado la única raíz que tenía. Mi vida entera perdió sentido en ese segundo. Así de débil era yo. ¿Sabes lo peor? No era solo el miedo a perderte lo que me destrozaba. Era el miedo a que, después de ti, ya nada importara, que no pudiera sentir nada por nadie más.

Cierra los ojos por un segundo, como si quisiera desterrar la imagen de su cabeza, y cuando los abre de nuevo, veo la sombra de una confesión a punto de escaparse de sus labios.

—Lo que no entendí, lo que no supe ver, es que te estaba dejando sola —admite, su voz más baja, casi rota—. Yo pensaba que podíamos con todo. Que tú podías con todo. Eres tan jodidamente fuerte, Marina, que nunca pensé que te pudiera fallar. Pensé que éramos inquebrantables y yo… quería ser el hijo perfecto para mi padre. Buscaba su aprobación como un imbécil sin darme cuenta de que hay metas imposibles y cuando te vi con él... con ese bebé... creí que habías encontrado algo mejor. Algo que yo no te había dado.

—Lo que no me diste —repito en voz baja, procesando sus palabras— fue a ti. Te fuiste persiguiendo tu unicornio y a mí me dejaste en casa, esperando…

Matías aprieta la mandíbula, su mirada clavada en mí como si intentara encontrar algo que le diera paz, pero lo único que veo es una tormenta contenida, una que se ha acumulado durante años.

—¿Esperando? —dice, su tono bajando peligrosamente—. Te acostaste con el primer idiota que pasó por tu vida, Marina. ¿Eso es esperar? Yo no… —Se interrumpe, exhalando profundamente, como si estuviera intentando contener la rabia que le hierve por dentro—. Maldita sea, yo no me fui a ciegas. Me fui pensando en volver. Y ni siquiera aguantaste ocho meses.

—Tú decidiste que había algo más importante que yo, que nosotros. Dejaste mi vida en pausa mientras tú construías una nueva. Lo intenté, Matías, pero a veces el dolor es tan grande que… necesitas escapar. Fue mi manera de intentar sobrevivir a lo que tú habías dejado.

—Lo sé. —Matías me mira, sus ojos oscuros reflejando todo lo que nunca me había dicho—. Lo sé. Pero no me di cuenta de que te sentías así.

Y ahí está. El golpe que no esperaba. Es un reconocimiento silencioso de todo lo que he estado cargando durante años. De todo lo que nunca me dijo, de todo lo que me hizo creer que no importaba.

—Pero, joder, Marina, fuiste tú la que te rendiste —dice, su tono áspero—. La que decidió que no valía la pena luchar por nosotros. Yo nunca dudé de eso.

—Lo único que yo quería —respondo, y esta vez mi voz es apenas un susurro cargado de cansancio— era que volvieras. Que fueras tú, no el hombre que intentabas ser para todos los demás.

Nos quedamos en silencio, las palabras flotando entre nosotros como una sentencia. Las heridas están abiertas, tan frescas como siempre, pero ahora... ahora están sobre la mesa.

—Nunca he dejado de pensar en ti —dice finalmente, su voz casi un susurro—. Ni un solo día. Todo lo que hice desde que me marché fue intentar olvidarte, pero no pude. Nunca pude. Si pudiera cambiar algo, lo haría todo diferente. —Su voz es baja, cruda, desprovista de cualquier rastro de arrogancia.

El nudo en mi garganta se deshace finalmente, y una lágrima rueda por mi mejilla. Matías la ve, y su expresión cambia. Se acerca, cierra los ojos por un momento, y entonces, sin más palabras, apoya su frente en la mía, sujetando mi nuca con una mano. El contacto es tan íntimo, tan desgarrador, que me cuesta respirar.

—¿Y ahora qué? —pregunto, la voz rota—. ¿Qué quieres que haga con todo esto?

Matías me mira, y por un segundo parece que también él está a punto de romperse. Pero no lo hace. Nunca lo hace.

—No te vayas —me dice, su voz baja pero firme, cargada de una determinación que no esperaba—. Si te vas, vamos a cometer el mismo error. Y no sé si podremos volver de eso.

Le sostengo la mirada, pero la duda me consume. Todo lo que él me está pidiendo suena a más promesas que tal vez no pueda cumplir. Lo hemos vivido antes, y sé cómo terminó.

—Y si no me voy... ¿qué me asegura que no lo harás tú? —le espeto, mi voz más dura de lo que esperaba—. Si dejo todo por ti, Matías, si dejo que Lía se encariñe contigo, que te quiera, y luego te largas... ¿cómo lo superaré esta vez? ¿Cómo hago que ella lo supere? Porque no voy a dejar que otro hombre venga y se vaya de su vida como si nada. Tengo que protegerla a ella también.

Él se queda en silencio, sin apartarse, y sé que está buscando las palabras. Las correctas. Las que no me hagan huir, las que le den una maldita oportunidad de quedarse.

—No voy a irme, Marina —dice, finalmente, su voz más baja, más vulnerable de lo que nunca le había oído—. Sé que la jodí antes. Pero ahora... no quiero estar en ningún otro sitio que no sea contigo.

Siento cómo cada palabra me golpea, cómo esa parte de mí, la que todavía no se ha rendido, empieza a tambalearse. Pero no puedo, no puedo permitirme flaquear tan fácil.

—Precisamente tú... —respondo, apretando los dientes, intentando no quebrarme—. Tú, Matías, no tienes derecho a pedirme algo así. Me estás diciendo que apueste todo por ti, otra vez, como si no hubiera aprendido nada. Como si no hubieras demostrado que, cuando se trata de elegir entre tu vida y la nuestra, siempre eliges la tuya.

—No puedo darte ninguna garantía. Nunca las hay. Pero te lo voy a decir así: si me dejas entrar otra vez, no voy a salir. Y si me vuelves a echar, vas a tener que hacerlo a patadas. Porque esta vez no pienso moverme de tu lado.

Suena tan jodidamente seguro, tan rotundo, que me golpea como una puñalada directa al pecho. No me está pidiendo permiso. Me está diciendo que si le dejo, está dentro para siempre, pero que depende de mí echarlo. Y eso, de alguna manera, me deja sin palabras.

—Matías… —empiezo, pero él me corta antes de que pueda decir algo más.

—No me respondas ahora —me dice, inclinándose un poco hacia mí, su voz suave, pero llena de intención—. Solo piénsalo, y mientras lo haces, pasa la noche conmigo, Marina. Te aseguro que terminaré lo que he encendido hoy.

Me recorre un escalofrío. No sé si por la intensidad de sus palabras o por la imagen clara que me dibuja en la cabeza. Lo quiero, lo deseo con cada fibra de mi cuerpo, pero sé que no puedo dejar que esto se descontrole. Si paso la noche con él, quedaría demasiado confundida, atrapada entre el placer y el deseo, y eso influiría en mi respuesta más de lo que me gustaría admitir.

—No puedo, además, esta noche he quedado con Lía para hacer una maratón de películas. Prometí que veríamos la trilogía de El Padrino.

Los ojos de Matías se abren un poco más, sorprendido, pero enseguida aparece esa chispa de interés que tanto me desarma. No esperaba que la mención de una película clásica, cargada de sangre, traiciones y lealtades, lo intrigara tanto.

—¿El Padrino? —pregunta, con una sonrisa traviesa que ya me está poniendo en alerta—. Lía va a ver El Padrino. A los ocho años. No sé si debería aplaudirte o asustarme.

—Oye, fue su elección —le digo, cruzando los brazos—. Es una niña muy madura, ya lo sabes.

Matías asiente, esa sonrisa aún en sus labios.

—Eso no lo dudo —responde, acercándose un poco más—. Pero, sinceramente, si la noche consiste en ver a Vito Corleone haciendo ofertas que no se pueden rechazar... déjame unirme. Soy un fan de la vieja escuela.

—¿Un fan? —digo, levantando una ceja—. ¿Tú?

—Sí, y te aseguro que no me quedaré dormido como algunos. Puedo hacer comentarios profundos sobre la trama. Además, siempre quise ser Michael Corleone. —Su sonrisa es pura provocación, pero joder, no puedo evitar encontrarlo ridículamente atractivo.

—Matías… —empiezo, pero antes de que pueda terminar, me lanza una de esas miradas que me derrite por dentro.

—Vamos, Marina —dice, dándome esa mirada que siempre consigue ponerme en jaque—. Solo una noche, en el sofá, sin presiones. No te estoy pidiendo que te cases conmigo. Solo quiero ver la película con vosotras y, si te incomoda, me voy en cuanto empiecen los créditos finales. Prometo que me portaré bien. Bueno, relativamente bien. —Termina la frase con una sonrisa que me hace tambalearme por dentro.

Me lo quedo mirando, luchando contra las ganas de decir que sí. Porque, maldita sea, si le dejo entrar, sé que las cosas no se van a quedar en una noche tranquila de cine. Nada con Matías es sencillo, y menos cuando parece tan dispuesto a meterse en mi vida, con todas sus complicaciones.

—Además, soy un experto en hacer palomitas —añade, con una confianza desbordante que me saca una risa involuntaria.

—Vaya, qué argumento tan persuasivo, Matías —respondo, alzando una ceja—. Casi puedo ver el Oscar en tus manos. Claro, olvídate de todo lo demás, porque con eso me has ganado. Sólo te advierto que el sofá no es para los que hablan durante las escenas clave. Si lo haces, te echamos.

—Entendido, jefa —responde con esa sonrisa ladina, inclinándose un poco más hacia mí, como si ya hubiera ganado la partida.

Joder, lo peor es que sabe que no me he rendido del todo, pero sí le he abierto una puerta.

21

Algo más que mafia en el sofá

Lía sale corriendo de la casa de mis padres como si acabara de llegar Papá Noel en pleno noviembre, pero no, es solo Matías.

La emoción en su cara me desarma. Bueno, más de lo que ya me tiene desarmada todo este circo.

Mi madre, por supuesto, no se queda atrás. Casi puedo ver cómo las ruedas de su mente se ponen en marcha, haciendo cálculos de fechas para una boda que solo existe en su imaginación. El entusiasmo desbordante de Lía y de mi madre es casi ofensivo.

Matías, como siempre, mantiene esa tranquilidad imperturbable que tanto odio como admiro. Se mete en el coche con nosotras como si esta fuera una escena cotidiana de su vida. Casi mimetizado con nuestro rutina, con nosotras, casi.

Lo primero que hago al llegar es colgar mi chaqueta con demasiada calma, como si alargar el momento sirviera de algo. Mientras tanto, Lía no ha dejado de revolotear a mi alrededor con la energía de un cometa, tirando de Matías como si fuera un juguete nuevo. Ella no sabe lo que se está cociendo aquí, en este pequeño juego de adultos, pero está claro que Matías tampoco tiene idea de dónde se está metiendo.

—Vamos, Matías, ¡entra! —Lía prácticamente lo arrastra dentro, como si fuera lo más natural del mundo invitar a un ex novio de tu madre a ver *El Padrino*. Esta niña tiene un don para simplificar las cosas.

Yo, por mi parte, no dejo de mirar de reojo a Matías, que parece estar evaluando la situación. Se quita la chaqueta, luego la corbata, y empieza a remangarse la camisa como si lo que estuviera por venir fuera una maratón de cocina y no una velada cargada de tensión emocional.

—Mamiiiii, Matías dice que sabe hacer palomitas en sartén con mantequilla. ¿Le dejamos o te da miedo que se cargue la cocina? —pregunta Lía, ya encaramada en una silla, supervisando a Matías como si fuera el chef del año.

Él se gira para mirarme, y hay una chispa en sus ojos, una de esas que siempre preceden a

una pequeña provocación.

—¿Qué dices, Marina? ¿Me dejas tomar el control o prefieres supervisar cada paso como haces con todo lo demás? —me lanza el reto, su voz cargada de ironía.

Levanto una ceja, apoyada en el marco de la puerta de la cocina, intentando no parecer afectada. Lo que él no sabe es que yo ya estoy al borde del colapso nervioso desde que Lía lo invitó tan alegremente a pasar. Si le dejo hacer las palomitas, es posible que se las ingenie para apoderarse del sofá también. Y si se apodera del sofá… bueno, mejor no pensar en eso.

—Adelante, sorpréndenos —respondo, cruzándome de brazos—. Pero si quemas algo, lo limpias tú.

—Tomo nota —responde con una sonrisa torcida mientras empieza a calentar la sartén.

Me giro para dejarles a solas, buscando una camiseta vieja de béisbol. La camiseta, además de ser lo más cómodo del universo, deja mis piernas bastante al descubierto. No debería ponerme nerviosa por esto, pero lo hago. Porque sé cómo me mira Matías cuando cree que no me doy cuenta. Es una especie de estudio clínico mezclado con deseo mal contenido, como si quisiera diseccionarme pero no se atreviera a tocar la primera capa de piel. Y la cosa es que, maldita sea, me pone nerviosa. Mucho.

Cuando vuelvo al salón, él está allí, de pie, observando cómo el maíz empieza a explotar en la sartén. Se ha aflojado la camisa y perdido la corbata por ahí y, por alguna razón que no entiendo, se ha quitado los zapatos y los calcetines y está completamente descalzo. ¿Quién demonios hace eso cuando entra en la casa de otra persona? Luego recuerdo que siempre le ha encantado eso, andar con los pies desnudos y eso me trae recuerdos que me hacen sonreír y yo aparto rascándome una ceja. Porque todo el mundo sabe que eso es infalible para evitar pensamientos no deseados.

Lía, por supuesto, está encantada.

—Vamos, mamá, ponte cómoda. Deja todo en nuestras manos.

—Ya, seguro. —Me dejo caer en el sofá, justo en la esquina. Mi rincón.

Matías me sigue con la mirada mientras se acerca con el bol gigante de palomitas.

—Bueno, chicas, ¿dónde me siento? —pregunta, como si Lía no le hubiera ya asignado un sitio en su esquema mental perfecto.

—Yo siempre me siento ahí, junto a mamá, tú al otro lado —Lía señala el lugar como si fuera una decisión incuestionable. Claro, porque nada puede ser más normal que sentarse junto a

tu madre y el ex amor de su vida para disfrutar de una película sobre la mafia.

—¿Justo aquí? —Matías se deja caer en el sofá con una sonrisa que me dice claramente que todo esto le divierte. Mucho.

Nos acomodamos, Lía entre nosotros, pero de repente decide que no puede ver bien desde ahí y se cambia al otro lado de la sala, dejándome atrapada al lado de Matías. Qué conveniente.

—Venga, empieza la película, y que nadie hable durante las escenas importantes —recalco.

Diez minutos después, ya estamos inmersos en el caos de *El Padrino,* pero como era de esperar, Lía no puede contenerse.

—¿Por qué siempre tienen que llevar esos trajes? Parece que nunca los lavan, ¿no? —pregunta, arrugando la nariz.

—Es la mafia, cariño. La higiene no es su prioridad —le digo, mientras me estiro en el sofá.

Matías me mira de reojo.

—¿No habíamos acordado no hablar durante las escenas clave? —pregunta con falsa inocencia.

—Oh, Matías, qué ingenuo eres, creyendo que las reglas se aplican aquí para todos por igual. Nosotras no vemos películas. Nosotras analizamos el metraje, buscamos errores de continuidad y cuestionamos decisiones absurdas de los personajes. Es un deporte familiar —respondo con una sonrisa.

Matías se ríe, y esa risa baja y grave me golpea en lugares que no debería reconocer estando con mi hija delante. Joder, necesito calmarme. Pero no puedo. No cuando Matías está a mi lado, relajado, su mano apenas rozando la mía en el sofá, su proximidad una especie de tortura deliciosa.

Lía se inclina hacia adelante, completamente metida en la película, aunque claramente no puede evitar seguir soltando sus perlas de sabiduría.

—Espera, espera... —dice, apuntando a la pantalla—. ¿Acaban de hacer un trato mortal mientras desayunan? ¿Quién puede concentrarse en el crimen organizado con ese montón de *bacon*? Yo solo pensaría en el colesterol.

No puedo evitar reírme, y Matías niega con la cabeza, claramente aguantándose las ganas de decir algo.

—Bueno, ya sabes, Lía. Los mafiosos no tienen tiempo para pensar en tonterías como la salud. Ellos se dedican a vivir al límite. Con el colesterol por las nubes y todo —respondo, y

Matías me mira como si estuviera pensando que hemos perdido la cabeza—. Aunque me preocupa más que nadie en esa familia haya mencionado nunca el uso del desodorante.

—Eso sí que es un crimen —interviene Lía—. ¿Has visto lo tensos que están en esa habitación cerrada? Ahí hace falta más ventilación que la que tiene el Vaticano en Semana Santa.

—La primera regla de la mafia es: si tu enemigo no te huele llegar, ya tienes la mitad del trabajo hecho.

Lía suelta una carcajada y Matías se lleva una mano a la frente con consternación, pero sin poder ocultar su regocijo.

—Ahora lo entiendo todo —interviene Lía con entusiasmo—. Aunque, mamá, ¿qué me dices de las mujeres? Siempre están ahí, calladas, perfectas. ¿Qué hacen todo el día?

—Lo más seguro es que pasen el día planchando esas camisas blancas impecables y rezando por no acabar en el fondo del río con un par de zapatos de cemento —respondo, tomando otro puñado de palomitas.

—Ellas son las que sostienen el imperio en silencio —añade Matías con una sonrisa burlona—. Claro que vosotras no podéis entender de eso… de silencio.

Las dos le chistamos para que se calle y él nos mira con una mezcla de diversión y exasperación.

—Estáis arruinando *El Padrino*.

—Oh, por favor, ni que esta película fuera intocable —le digo, dándole un suave codazo—. Deja de comportarte como si fuera un documental de la mafia.

—¡Shhh! Ahora viene la parte en la que todos hacen como que no saben lo que pasa, pero claramente lo saben. ¡Mira esas caras! —Lía señala la pantalla, y yo asiento.

—Ah, sí, «caras de póker mafioso». Muy convincentes, claro —añado, y Matías finalmente se rinde, soltando una risa más fuerte que antes.

Y mientras las escenas siguen pasando, me doy cuenta de que, pese a las interrupciones, hay algo en la forma en que estamos los tres, riéndonos y criticando cada detalle, que me hace sentir... extrañamente bien. Como si, por un momento, todo fuera tan sencillo como una noche de cine en familia.

Matías, sin apartar la mirada de la pantalla, estira el dedo de la mano que tiene apoyada cerca de mí en el sofá, y con una suavidad exasperante, estira el dedo y empieza a trazar algo sobre mi muslo. Al principio es un simple roce, pero cuando lo hace por segunda vez, me doy cuenta de

que está dibujando una palabra. Lentamente, despacio, como si lo disfrutara.

IMPOSIBLE

Siento el calor subir por mi cuello, pero me niego a darle el gusto de mirarle. Lo sé, él lo sabe. Siempre ha disfrutado desquiciándome.

—¿Imposible, eh? —susurro, fingiendo indiferencia mientras sigo mirando la pantalla.

Matías se inclina un poco más hacia mí, su aliento rozando mi piel. Su dedo sigue su recorrido, como si no quisiera dejar de jugar con mi paciencia.

—No por mucho tiempo —murmura, su voz apenas un susurro cargado de intención.

El escalofrío que me recorre es inevitable, pero no pienso ceder. No del todo.

—Te crees tan gracioso —replico, intentando mantener la compostura.

—No, Marina —contesta con esa sonrisa que siempre me desarma—. Me creo exactamente lo que soy.

Y maldita sea, lo peor es que tiene razón.

*****

Salgo del baño tras una pausa necesaria para necesidades menores y me detengo en el pasillo, justo al lado del salón. Escucho a Lía y a Matías hablando, y me da curiosidad. Sé que debería volver y unirme a ellos, pero algo en la manera en que están conversando me hace quedarme quieta. No puedo evitarlo, quiero escuchar. Así que me apoyo contra la pared, cruzo los brazos y me quedo allí, oculta por la penumbra, espiándolos.

Lía está sentada con las piernas cruzadas en el sillón individual, un bol de palomitas entre las manos. Matías la mira con una atención que me desarma, como si cada palabra suya fuera lo más importante en ese momento.

—¿Sabes por qué me llamo Lía? —le pregunta, con ese tono medio burlón que usa cuando va a soltar algo ingenioso.

—No, pero me parece un nombre genial —responde él, y la manera en que lo dice no es la típica respuesta condescendiente que a veces le dan los adultos. Es como si de verdad lo pensara.

—No está mal —admite ella, llevándose una palomita a la boca—. Mamá dice que fue idea suya, pero en realidad es porque cuando estaba embarazada, leía un montón de libros y vio el nombre en uno de esos. Y no sé, como que le sonó bien. Le gustó la protagonista.

Matías sonríe, y joder, la forma en que lo hace... Como si Lía acabara de compartir la anécdota más fascinante del mundo.

—Un nombre sacado de un libro —comenta él, como si estuviera procesando algo profundo —. Eso es algo que encaja muy bien con tu madre y contigo.

—Eso me gusta pensar. ¿Y tú? —Lía lo mira de reojo, como si estuviera probándolo—. ¿Tienes algún nombre raro oculto por ahí?

Él se inclina hacia ella, como si fuera a confesar un gran secreto.

—Matías no es lo más raro que te puedes encontrar —dice, y ambos se ríen suavemente. Luego, se queda en silencio por un momento, como si lo que viniera ahora fuera importante—. Pero te voy a decir algo, Lía. Los nombres, al final, no importan tanto como lo que tú haces con ellos. Tú, por ejemplo, podrías llamarte cualquier cosa y seguirías siendo... Lía. Inteligente, divertida, y con una puntería afilada para las críticas de películas. Eso es lo que cuenta.

La forma en que le habla me toca. No es solo que sepa manejar su sarcasmo, sino que lo hace con respeto, tratándola como una igual. Lía se queda en silencio por un segundo, lo mira como si estuviera considerando algo importante.

—Eso suena muy bonito, pero ¿tú qué haces con tu nombre? —le suelta, con su franqueza brutal.

Matías se ríe otra vez, pero esta vez es más suave, como si la pregunta lo hubiera tomado por sorpresa.

—Buena pregunta. Supongo que aún estoy averiguándolo.

Lía asiente, y durante un segundo, solo escucho el suave crujido de las palomitas en el bol. Pero entonces, la pequeña traicionera suelta algo que me deja sin aliento.

—Mamá dice que tu nombre era muy importante para ella, aunque no habla mucho de ti.

Matías se queda quieto. No dice nada, pero lo veo tensarse.

—¿Eso dice? —pregunta al final, su voz baja, suave, como si no supiera bien cómo reaccionar.

Lía asiente, completamente ajena a la tormenta que se está formando en los ojos de Matías.

—¿Sabes? Mi nombre también lo eligió mi madre. —Su voz suena más suave de lo habitual, casi nostálgica—. Me lo puso porque quería que me recordara siempre mis raíces, mi familia en España. Pero la verdad es que nunca me sonó tan bien como cuando lo decía tu madre.

Siento una punzada en el pecho al oír eso, pero me quedo quieta, pegada a la pared, incapaz de moverme. Matías continúa, su tono más calmado de lo habitual, como si estuviera contándole a Lía un cuento de los que no suele compartir.

—Mi madre es una mujer fuerte —prosigue—. Carmen Ruiz, una española con un carácter que podría levantar una tormenta si quisiera. Y mi padre, bueno... él es todo lo contrario. James Hunter, un hombre de negocios que cree que la vida es una carrera que hay que ganar. Para él, todo es sobre éxito, sobre logros. —Matías suelta una risa breve, casi amarga—. Siempre quise estar a su altura, ¿sabes? Como si eso fuera lo más importante en la vida. Pero la verdad es que mi padre nunca fue del tipo que te abrazara o te dijera que estaba orgulloso de ti. Si conseguías algo, era porque debías conseguirlo y ya está.

Lía lo escucha con una concentración que me sorprende. Sus ojos están fijos en él, sin parpadear, como si estuviera absorbiendo cada palabra.

—¿Y tu madre? —pregunta ella, rompiendo el silencio con esa inocencia brutal que solo ella sabe manejar—. ¿Cómo era ella contigo?

Matías sonríe, pero hay una melancolía en esa sonrisa que me llega al alma.

—Mi madre... Carmen siempre intentaba recordarme que no todo era trabajo. Que había más en la vida. —Se queda callado un segundo, como si eligiera las palabras con cuidado—. Pero supongo que no le hice mucho caso. Estaba tan concentrado en ser como mi padre, en demostrarle que podía estar a su altura, que al final perdí el equilibrio en muchas otras cosas. Y después de... bueno, después de lo que pasó con tu madre, me encerré más en esa forma de vivir.

Lía se queda mirándolo fijamente, como si estuviera tratando de juntar todas las piezas.

—¿Es eso por lo que apartaste a mamá? —pregunta, su voz suave, casi temerosa de la respuesta.

Matías se toma un segundo antes de responder, y por un momento, pienso que no lo va a hacer. Pero entonces asiente, lentamente, como si estuviera reconociendo algo que le ha costado años aceptar.

—Sí... En parte. Me alejé de muchas cosas. —Se queda en silencio un segundo más, y luego la mira directamente a los ojos, con una intensidad que me corta la respiración incluso desde mi escondite—. Pero nunca dejé de pensar en ella. Nunca dejé de lamentar lo que renunciaba.

Lía asiente, procesando la información como si fuera más adulta de lo que debería ser.

—Entonces, tu padre te enseñó a ser... así —dice Lía, con la típica franqueza que no tiene filtro—. Pero tu madre te enseñó a no olvidar lo que importa, ¿no?

Matías la mira, sorprendido, y luego sonríe, como si acabara de darse cuenta de que esta niña es más lista de lo que parece.

—Exactamente, Lía. Mi madre siempre intentó enseñarme eso, pero a veces los adultos somos un poco más lentos para entender las lecciones importantes.

Lía se encoge de hombros, como si ya lo supiera. Pero la forma en que lo mira, con esa curiosidad y admiración mezcladas, me deja atónita. Matías... Matías siempre ha sido complicado, pero verlo así, tan abierto con Lía, tan dispuesto a compartir una parte de sí mismo que yo misma no llegué a conocer del todo, me golpea más de lo que quiero admitir.

Lía se queda pensativa por un momento, masticando lentamente una palomita, y luego lanza la pregunta, directa, como siempre:

—¿Y no tienes más familia? —dice, con la curiosidad sincera de alguien que no tiene filtros.

Matías se acomoda un poco en el sofá, como si considerara por un segundo cómo responder. Su mirada se suaviza, y lo noto más vulnerable de lo habitual.

—Tengo un hermanastro —empieza a decir, su voz baja, casi casual—. Es unos años menor que yo, de la segunda mujer de mi padre.

Lía lo mira con interés.

—¿Y os lleváis bien?

Matías sonríe, pero es una sonrisa amarga, una que refleja una historia más complicada de lo que va a contar.

—No realmente. No tenemos una relación muy estrecha. Supongo que nunca tuvimos la oportunidad de conectar de verdad.

—Bueno —dice, con esa lógica aplastante que solo los niños manejan—, no puedes ser amigo de todo el mundo, ni siquiera si son familia. A veces las cosas son complicadas y no pasa nada si no pueden resolverse.

Matías la mira, y puedo ver que la simpleza de la respuesta lo ha tocado más de lo que quiere mostrar. Él, que siempre ha buscado el control y el éxito, acaba de recibir una lección inesperada de una niña de ocho años.

—Tienes razón —responde finalmente, con una sonrisa suave.

Lía asiente, pero puedo ver que está procesando la siguiente pregunta. Esa niña tiene una manera de entender más de lo que dice y a veces me asusta lo mucho que capta.

—¿Te arrepientes de haberte ido?—pregunta Lía, sin rodeos, y siento que la tensión en el aire crece.

Matías suspira, bajando la mirada por un segundo. Pero cuando vuelve a levantarla, sus ojos están fijos en ella, serios, sinceros.

—Sí. Me arrepiento. —Su voz suena ronca, como si le costara decirlo, pero lo dice. Y eso, en Matías, es algo monumental.

—Pero si tú no te hubieras ido, yo no habría nacido.

Matías la mira sorprendido por su respuesta, pero la sonrisa que se dibuja lentamente en su cara es de pura admiración. Y no es para menos, porque Lía, con su simple lógica, acaba de poner todo en perspectiva.

—Eso es verdad —dice Matías, su tono más suave, pero con un brillo en los ojos que no había visto antes—. Si no me hubiera ido, no habrías nacido. Y creo que eso sí sería una pérdida irreparable para todos nosotros. El mundo sería mucho más aburrido sin ti —responde, y juro que la ternura en su voz me desarma por completo.

Me quedo parada en el pasillo, observándolos, con el corazón en un puño. La ligereza de Lía, su manera de verlo todo con una madurez que a veces me asombra, se mezcla con la profundidad de las palabras de Matías. Hay algo en la forma en que la mira, en cómo se conecta con ella, que me derrite por dentro. Y no es solo porque sea increíble con ella, sino porque siento, por primera vez, que tal vez esto... que tal vez él pueda encajar en nuestras vidas de una manera que nunca imaginé.

Lía se estira en el sillón y se ríe, orgullosa de su impacto. Se apoya en el respaldo y cruza las piernas, tan tranquila.

—Mamá siempre dice que soy una mezcla explosiva de sarcasmo e inteligencia —añade con una sonrisa—. Así que ya ves, la humanidad tuvo suerte conmigo.

Matías asiente, y hay un brillo de complicidad en sus ojos mientras mira a Lía.

—Eso puedo verlo claramente. —Matías se inclina un poco hacia adelante, sus ojos brillando con un interés genuino, sin dejar de sonreír—. Y, además, tu nombre viene de una historia. Ya eras parte de una incluso antes de que nacieras.

Lía se ríe, y su risa es tan libre, tan despreocupada.

—Sí, y estoy trabajando en hacer que esta historia sea una de las mejores. —Le lanza una mirada desafiante—. ¿Tú, Matías, estás escribiendo la tuya?

Matías se queda en silencio un segundo, y el peso de la pregunta parece caer sobre él. Veo cómo su expresión cambia, más seria, más introspectiva, pero no se deja vencer por la intensidad del momento.

—Creo que ahora estoy empezando a hacerlo bien —responde, su tono profundo, como si se hablara a sí mismo tanto como a ella.

En ese momento, Lía lo observa como si acabara de revelar un gran secreto, y yo, desde mi escondite, siento que algo ha cambiado entre nosotros tres. Como si, de alguna forma, Lía hubiera hecho la pregunta que todos evitamos, y Matías hubiera dado la respuesta que yo misma necesitaba oír.

22

Guerra de pesos y egos: que gane el mejor levantador

Lía está a punto de quedarse dormida en el sofá, luchando por mantener los ojos abiertos, pero ya no puede más. Ha sido una noche larga, y entre las películas y las bromas, el cansancio finalmente le ha ganado la batalla. La miro con una sonrisa mientras se acurruca, envuelta en una manta, el bol de palomitas aún a su lado.

—Ya no puede más —murmura Matías a mi lado, y su voz suave me sorprende. Cuando lo miro, lo veo observando a Lía, pero hay algo en su expresión, en la forma en que la mira, que me desarma.

—Debería llevarla a la cama —respondo, pero antes de que pueda moverme, Matías se levanta y, sin decir una palabra, la recoge en brazos con la misma naturalidad con la que uno recoge algo frágil y preciado.

Me quedo parada, sin saber muy bien cómo reaccionar. Él, tan grande, tan... *él*, sosteniendo a Lía con una delicadeza que jamás esperé ver en él. La pequeña se acurruca contra su pecho, completamente ajena a lo que está pasando, y se deja llevar como si estuviera acostumbrada a que alguien más la cuidara así.

Lo sigo en silencio me sigue por el pasillo. Al llegar a la habitación de Lía, Matías empuja la puerta con el pie, y juntos entramos en el pequeño espacio que ella llama suyo. La arropa con cuidado, colocando un mechón de su pelo detrás de la oreja antes de enderezarse.

—Es increíble cómo puede dormir tan profundamente —dice en voz baja, más para sí mismo que para mí. Luego se vuelve hacia mí, con esa mirada que me resulta tan difícil de descifrar—. Se parece a ti.

El comentario me pilla por sorpresa, y noto cómo algo en mi interior se remueve. Nos quedamos allí, en silencio, observando a Lía mientras duerme, y de alguna manera, ese momento se siente más íntimo de lo que debería.

—Gracias por... —empiezo, pero él me interrumpe con un leve gesto de la mano.

—No hace falta que agradezcas nada —dice, con un tono bajo y ronco que me hace sentir una extraña calidez.

De vuelta en el salón, ambos nos detenemos frente al sofá. La casa está en silencio, la noche avanzando, pero hay algo entre nosotros que sigue vivo, algo que se siente como una cuerda tensa, lista para romperse en cualquier momento.

—No quiero que conduzcas a estas horas —digo, rompiendo el silencio y odiando lo brusca que sueno—. Puedes quedarte en el sofá.

Él me mira durante un segundo, y sé que está a punto de soltar algún comentario sarcástico, pero en lugar de eso, simplemente asiente.

—Perfecto. El sofá suena bastante bien —dice, con una sonrisa de esas que me saca de quicio y algo más…

Le paso una manta, y mientras él se acomoda en el sofá, yo me siento en la esquina, sin saber exactamente qué hacer o decir. Lo observo mientras se quita la camisa con una tranquilidad que debería ser ilegal.

El cabrón está allí con el torso al descubierto, y si hubiera alguna duda de lo bien que le ha sentado el paso del tiempo, solo hace falta un vistazo para confirmar que este hombre no ha perdido ni un ápice de lo que lo hacía irresistible hace años. No. Está mejor. Mucho mejor.

El pecho de Matías… Madre mía. Es amplio, musculoso, con los hombros perfectamente definidos. Pero lo que realmente me desarma es esa ligera línea de vello que comienza bajo su vientre y desciende hasta perderse bajo la cinturilla de sus pantalones. Es ridículo, pero esa línea me parece lo más sexy que he visto en meses. Joder, probablemente en años.

Y no hablemos de sus abdominales. Cada músculo está perfectamente marcado, como si alguien hubiera decidido esculpirlo con precisión obsesiva. Su piel es tersa, bronceada, y en ciertos ángulos puedo ver cómo se tensan sus músculos con cada movimiento, como un recordatorio descarado de su fuerza. Las venas que recorren sus bíceps y antebrazos son un maldito espectáculo, un detalle que me hace apretar las manos sobre mis rodillas para no lanzarme sobre él.

Se ha puesto más grande, más sólido, como si hubiera pasado estos años construyéndose, puliendo cada centímetro de su cuerpo hasta convertirlo en una obra de arte, y el maldito lo sabe. Lo sabe y lo usa como un arma, consciente de cada mirada que se posa en él, incluido mi intento fallido de no mirarlo demasiado.

Y ahí está, con esa calma despreocupada que me saca de quicio, apoyándose en el respaldo del sofá mientras estira los brazos, mostrando aún más esa línea de vello que desaparece como una invitación hacia lo prohibido.

Luego se echa la manta por encima. Parece que el sofá es su trono, y él, el rey que acaba de apoderarse de mi salón sin pedir permiso.

—Buenas noches, Marina —dice, con esa maldita sonrisa en los labios.

—No te pongas demasiado cómodo —le respondo, mientras me levanto de golpe, disimulando el caos que su presencia está causando en mi cabeza.

Me retiro a mi habitación, pero no puedo dormir. La imagen de Matías cargando a Lía en brazos y acostándola con esa dulzura sigue en mi mente. Bueno, y la imagen de sus pectorales también. No voy a engañarme.

******

El timbre suena demasiado temprano para ser domingo. Me revuelvo entre las sábanas, todavía en ese limbo entre el sueño y la conciencia, cuando recuerdo lo que pasa: Sergio.

Me había olvidado completamente de mi promesa de acompañarlo a su gimnasio para que me dejara en paz de una vez. Hace semanas que insiste, y entre una cosa y otra, le dije que lo haría. «Solo para que se calle», pensé. Gran error.

Me pongo una sudadera rápida y salgo de mi habitación en modo automático, todavía medio dormida. Pero algo me despierta de golpe, y no es el café: es la imagen de Matías durmiendo en el sofá. El cabrón está ahí, en todo su esplendor, con el torso desnudo.

La manta apenas le cubre una pierna, mientras la otra desnuda está flexionada, apoyada despreocupadamente en el respaldo como si hubiera ensayado esta postura para una maldita sesión de fotos. Lo único que lleva son unos bóxer negros que, por supuesto, dejan entrever lo ridículamente bien que le queda estar prácticamente desnudo en mi casa.

No es la clase de tentación que necesito un domingo por la mañana, y menos con Sergio en la puerta. Miro hacia ella, justo cuando oigo el timbre sonar de nuevo.

Suspiro. No me apetece abrir, pero sé que va a seguir insistiendo. Abro la puerta y ahí está, como siempre, con esa sonrisa despreocupada y casi bobalicona. Él nunca se ha implicado demasiado, salvo cuando le apetece. Y ahora, por algún capricho del destino, parece que quiere ganarme de nuevo o, más bien, conseguir algo que nunca tuvo.

—¡Venga, Marina! ¿Lista para entrenar conmigo? —dice con su tono despreocupado.

Pero su sonrisa se desvanece de golpe cuando su mirada se posa en algo —o más bien en alguien— detrás de mí. Sergio entra sin que lo invite y se queda clavado, observando a Matías, que sigue estirándose en el sofá como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Se queda de piedra, incapaz de procesar la escena.

—¿Qué... qué coño hace aquí? —pregunta, su voz cargada de incredulidad.

Matías, por su parte, no tiene ninguna prisa. Se incorpora lentamente, desperezándose con la calma de quien tiene todo bajo control. Se frota los ojos y se levanta del sofá, dejando que la manta caiga un poco, revelando más piel de la que Sergio probablemente esperaba ver.

—Buenos días —dice Matías, en un tono que casi parece burlón, pero está cargado de una tranquilidad que me pone los nervios de punta.

Sergio no puede apartar la vista de Matías. Yo tampoco, la verdad, aunque intento no mirarlo demasiado. Pero, claro, es complicado cuando el tipo parece recién salido de un anuncio de «soy perfecto hasta cuando me desperezo». Es que, vamos a ver, ¿a quién se le cae la manta de esa forma tan… precisa?

Es como si tuviera un don natural para hacer que cualquier otro hombre en la habitación parezca una patata con ojos.

—¿Qué cojones haces aquí? —vuelve a preguntar Sergio, esta directamente a él.

—Durmiendo —responde Matías, como si fuera la cosa más obvia del mundo, y entonces suelta una sonrisa que me hace contener el aliento. Su típica sonrisa cuando está disfrutando de una situación difícil para los demás—. El sofá es cómodo, aunque… podría ser mejor. —Su mirada se cruza con la mía. Disfrutando. Disfrutando del todo.

Sergio me mira con los ojos como platos, buscando una respuesta. Pero yo solo me encojo de hombros, sin darle más importancia de la que tiene. Porque no la tiene y no le debo ninguna explicación a Sergio.

—¿Este tío se ha quedado a dormir? —insiste, su tono subiendo un poco, claramente enfadado.

—Sí, Sergio —respondo, tajante.

—¿Y tú…? —empieza a preguntar Sergio, pero se queda a medias, como si ni siquiera supiera cómo formular la pregunta sin parecer ridículo.

—¿Yo qué? —le contesto, sin ganas de andarme con rodeos.

—Esto no es propio de ti, Marina.

—Pero de ti sí, ¿no? Además, ha dormido en el salón.

—Ya, pero a mí no me has dejado ni eso.

Matías, mientras tanto, se inclina hacia el respaldo del sofá, cruzando los brazos sobre su pecho desnudo, con esa actitud de quien tiene todas las respuestas, pero no va a decir ni una. Él sabe perfectamente lo que está pasando. Esto no es solo una batalla de egos. Es algo más.

—¿De verdad vas a ir con él al gimnasio? —pregunta, ignorando completamente a Sergio.

—Sí, me convenció hace un par de semanas de que pruebe el suyo —respondo, mientras el ambiente se tensa aún más.

Sergio, sin saber muy bien qué hacer con la situación, finalmente se decide por el ataque.

—¿Así que ahora estáis… qué? ¿Volviendo a estar juntos o qué cojones pasa? —Su tono es duro, casi desafiante.

—Eso no es asunto tuyo, Sergio —respondo, cansada de la conversación.

Pero antes de que Sergio pueda soltar otra frase, Matías se incorpora lentamente, se queda de pie, completamente cómodo, dejando que Sergio y yo veamos el resultado de sus muchas horas de gimnasio marcadas en cada línea de su cuerpo. Una sonrisa suave aparece en su rostro, pero no es una sonrisa amable. Es lenta, casi peligrosa, como si estuviera disfrutando del espectáculo que Sergio, sin saberlo, acaba de montar para él.

—Me interesa... —Su tono es suave, pero tiene ese toque irónico que solo él sabe manejar—. ¿Puedo ir yo también? —lanza la pregunta como si fuera lo más natural del mundo, pero la manera en que lo dice, la forma en que sus ojos se clavan en Sergio, hace que la sala entera parezca más pequeña de lo que es.

—¿Tú? —Sergio suelta una risa tensa, sin poder creerlo.

—¿Por qué no? —dice, con una media sonrisa que deja claro que no es una simple sugerencia—. Un poco de ejercicio no viene mal para despejar la cabeza. Y, claro, para liberar la energía acumulada… —Su mirada baja brevemente hacia Sergio, evaluándolo de arriba abajo con una descarada seguridad.

Sergio no sabe dónde meterse, y yo, bueno… yo solo puedo quedarme quieta, observando cómo estos dos hombres, tan diferentes, pero tan parecidos en su obstinación, se enfrentan sin decirlo abiertamente. Porque en el fondo, esto no es solo sobre el gimnasio o sobre mí. Esto es una competición, y Matías acaba de dejar claro que, si Sergio quiere pelear, él está más que

preparado para ganar.

Me cruzo de brazos, intentando no soltar una risa sarcástica.

*****

El gimnasio de Sergio es grande, moderno, con instalaciones que parecen sacadas de una revista de fitness de lujo. Al entrar, me impresiona la amplitud del lugar. Las paredes están decoradas con grandes imágenes de personas entrenando con energía, la luz natural inunda todo el espacio gracias a las enormes ventanas. Tiene de todo: desde una zona de pesas con mancuernas que parecen sacadas de un catálogo de culturismo hasta una piscina olímpica que refleja los rayos del sol que entran desde fuera.

Pero lo que más me interesa, es la sala para niños. Es un espacio diseñado para que los pequeños se entretengan mientras sus padres entrenan. Hay actividades, juegos, y una mesa al fondo con ordenadores para que puedan hacer deberes si lo necesitan. Dejo a Lía allí, encantada con la idea de poder pasar un rato tranquila.

Sergio, por supuesto, parece disfrutar de su papel de anfitrión. Me lleva de la mano por todo el gimnasio, mostrándome con un orgullo desmesurado cada rincón. Desde los vestuarios que parecen un spa hasta la zona de CrossFit, donde se oyen los gritos de esfuerzo de varios tipos levantando pesas como si no pesaran nada.

Recibo una notificación en mi móvil. Es un mensaje de Matías que ha ido a su casa primero para hacerse con ropa deportiva.

Matías: *Mándame la ubicación.*

Ruedo los ojos, pero se la envío sin pensarlo demasiado.

Matías: *No le des a ese payaso lo que quiere.*

Frunzo el ceño y le contesto rápidamente:

Yo: *¿Qué se supone que quiere?*

La respuesta no tarda en llegar, y casi me atraganto al leerla.

Matías: *Quiere follarte, Marina. ¿O no te has dado cuenta?*

Me quedo quieta un segundo, el corazón latiendo más rápido de lo que debería.

Levanto la vista, y veo a Sergio sonriéndome con esa mezcla de arrogancia y despreocupación que siempre ha tenido. El muy cabrón está encantado de estar aquí,

mostrándome su pequeño reino mientras seguramente se imagina algo más.

Mis dedos se mueven rápido, casi sin pensarlo, y le envío un mensaje a Matías.

Yo: *¿Y tú?*

El silencio en la pantalla parece durar una eternidad. Sergio sigue hablándome de los últimos avances en equipamiento fitness, pero no le estoy prestando atención. Toda mi mente está en la respuesta de Matías, que no llega. ¿Está ignorándome? No, Matías no es de esos. Está calculando qué decir, lo sé. Y eso me pone más nerviosa.

—Aquí hacemos entrenamientos personalizados para cada cliente —dice Sergio, su mano señalando una máquina de última generación—. Estoy seguro de que te encantaría probar esto.

Mi móvil vibra en la mano. Hay respuesta.

Matías: *Yo no me ando con rodeos, Marina. Si solo quisiera lo mismo, ya lo sabrías.*

Me detengo, leyendo el mensaje dos veces, tres veces, intentando descifrar lo que realmente significa. La frustración me arde en el estómago. ¿Se está burlando de mí?

Yo: *Eso no responde a la pregunta.*

Mando el mensaje antes de que pueda arrepentirme. Sergio sigue hablándome como si nada, pero siento la presión de la mirada de Matías incluso desde la distancia. Sé que está pensando cómo responder, como siempre.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

Matías: *Claro que quiero follarte, Marina. Pero quiero algo que no termine ahí. Quiero dejarte tan marcada que no puedas pensar en nadie más. Ni ahora ni después. Yo no soy Sergio. No busco que te rindas, quiero que me desafíes. Quiero más. Pero si ese tío quiere impresionarte, yo también puedo jugar a eso.*

Siento que me falta el aire al leerlo. Leo su mensaje una y otra vez, y cada palabra parece aferrarse a mi piel como si me hablara en susurros. Lo peor es que sé que no bromea; Matías no es de los que tiran palabras al aire.

—Venga, Marina —dice Sergio, mostrándome orgulloso una máquina que parece más complicada que mis sentimientos por Matías—. ¿Por qué no pruebas esta? Tonifica los abdominales. Te va a encantar.

Me giro hacia él, con una ceja alzada. Lo último que me apetece ahora mismo es fingir que soy fanática del fitness, pero antes de que pueda decir algo sarcástico y liberador, lo veo.

Matías. Apareciendo como un maldito eclipse, vestido con una camiseta gris que se ciñe a su cuerpo como si la hubiera mandado hacer a medida. Y los pantalones... vaya con los pantalones de chándal. No es solo que le queden bien, es que están dejando poco espacio a la imaginación. Su «equipamiento» se nota, y vaya si se nota. Mierda. No puedo apartar la mirada.

Intento ser discreta, pero a este punto, ni disimulando con gafas de sol.

Aquí estamos hablando de proporciones olímpicas. Si diera un salto a lo Anthony Ammirati, su «pértiga natural» podría también darle problemas y robarle todo el protagonismo. Y, sinceramente, tampoco le culpo. El tamaño de su... barra fija es como para tenerlo en cuenta.

—Vaya, mira quién ha decidido bajar de su trono corporativo —digo, sin poder evitarlo. Pero Matías apenas me mira, centrado como está en analizar a Sergio como si fuera una oferta de stock defectuosa.

Sergio, sin darse por aludido, sigue señalando máquinas como si estuviera en la pasarela de los últimos avances en tecnología fitness.

—Marina, esta es una maravilla para tonificar. Te aseguro que en dos semanas notarás la diferencia —me dice con esa sonrisa de comercial de teletienda.

—Ah, ¿en serio? —respondo, fingiendo interés mientras mi atención está más en lo que Matías va a hacer a continuación que en los malditos beneficios de tonificar abdominales. Porque sé que esto va a escalar. Puedo sentirlo. Y va a ser glorioso.

Matías se acerca un poco más, colocándose justo al lado de Sergio. Podría jurar que está midiendo la distancia con precisión militar, como si de verdad fuera a iniciar alguna especie de combate cuerpo a cuerpo. Y claro, todo lo hace con esa imperturbabilidad insoportable.

—Parece una buena máquina —comenta Matías, en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que Sergio lo oiga. Y ahí está el primer golpe, el ataque sutil—. Aunque me pregunto si es lo suficientemente avanzada para alguien que necesita resultados *rápidos*. Tú sabes, Sergio, hay gente que prefiere no perder tiempo...

La sonrisa de Sergio se tambalea un poco, pero el tipo se recupera rápido.

—Bueno, claro, depende del nivel de cada uno. Pero, Marina, estoy seguro de que lo harás genial, todos los que entrenan conmigo lo notan enseguida.

—Ah, pero Marina no es *cualquiera* —dice Matías, su tono tranquilo, casi casual, pero sus palabras tienen ese filo que solo yo capto—. No sé si este tipo de entrenamiento básico que le ofreces es lo que necesita. Ella siempre ha tenido mucha resistencia y grandes expectativas.

Sergio da un paso hacia la máquina, su sonrisa transformándose en una especie de desafío.

—No subestimes lo básico, Matías. A veces lo sencillo es lo más efectivo —dice, golpeando la máquina con la mano, como si quisiera demostrar que esta es la respuesta a todos los males del mundo.

—Pero un equipo más sofisticado está diseñado para llevarte al siguiente nivel —dice Matías, en tono casual, pero su mirada tiene una chispa de burla que no se puede disimular—. Lo básico puede quedarse corto.

Sergio ya no puede ocultar la tensión. Se le nota en los hombros, pero aún se mantiene firme. O lo intenta.

—Algunos prefieren mantener las cosas sencillas y no complicarse la vida. Lo que funciona, funciona.

Matías da un paso al frente, con la seguridad de alguien que está disfrutando cada segundo de la escena.

—Solo que a veces, lo sencillo no ofrece suficiente... intensidad.

Ahí está. Y lo peor (o mejor, según se vea) es que ni Sergio ni Matías están hablando ya solo de las máquinas de fitness. Esto es pura guerra territorial, y ninguno de ellos va a ceder ni un milímetro. Yo, por mi parte, sigo ahí, con los brazos cruzados, mirando cómo se miden como dos leones en plena Sabana, mientras intentan mantener la compostura.

—¿Y tú qué dices, Marina? —pregunta Matías, girándose finalmente hacia mí, con esa sonrisa que me deja sin aliento—. ¿Te convence lo básico o prefieres algo más sofisticado?

Resoplo.

—Prefiero buscarme la vida por mi cuenta —respondo, y sin más, me giro.

Los dejo ahí, parados con sus egos hinchados y su ridícula guerra territorial. Pero, claro, no puedo evitarlo. No han terminado. Me subo sobre la cinta de correr y, desde la distancia, los observo.

Sergio hace el primer movimiento. Se dirige hacia las barras, como si quisiera demostrarle a Matías que no solo sabe hablar, también sabe levantar peso. Carga las pesas lo justo para que se note su esfuerzo pero sin perder la compostura. Matías, como era de esperar, no lo deja pasar.

—¿Crees que con eso es suficiente? —pregunta, mientras se acerca a las barras con despreocupación.

Sin esperar respuesta, comienza a añadir más peso, una placa tras otra. Sergio lo observa, su

sonrisa desvaneciéndose poco a poco. Está claro que no esperaba que Matías aceptara el reto tan fácilmente.

—Cuidado, Matías. No todo el mundo está preparado para levantar tanto peso —dice Sergio, intentando mantener su tono de superioridad.

Matías le responde con una mirada que apenas oculta su burla y se tumba bajo la barra con la calma de alguien que confía en su fuerza. Levanta el peso sin titubeos; sus brazos y hombros se tensan bajo la camiseta gris. Los músculos de sus brazos y hombros se tensan bajo la camiseta gris. Sus pectorales tienen ese vaivén hipnótico que intento no mirar… sin éxito. A la mierda la carrera.

Cuando Matías termina su serie, Sergio no pierde tiempo y se coloca bajo la barra. Tensa los músculos, y aunque mantiene el control, puedo ver que el esfuerzo le pasa factura; sus dientes apretados y el sudor en su frente delatan la presión. No se queda atrás, eso sí, y al acabar su serie, lanza a Matías una sonrisa de desafío.

—¿Qué, más peso? —pregunta Matías con esa calma provocadora, añadiendo otro par de discos. Sergio le sostiene la mirada, y aunque sé que está sintiendo el esfuerzo, acepta el reto. Matías le da paso, y Sergio, con el ceño fruncido, levanta la barra otra vez, sus músculos al límite.

Ahora ambos están al borde de su resistencia. Matías también está sudando, y las gotas resbalan por su cuello, cayendo sobre la camiseta que ahora se le pega al torso. La competición sigue, y yo, desde mi cinta, soy testigo de cada mirada desafiante, de cada gesto de pura competitividad entre los dos.

Finalmente, Matías deja caer las pesas con un golpe seco, girándose hacia Sergio, que respira con dificultad pero aún mantiene su orgullo intacto.

—¿Más? —le pregunta, levantando las cejas, aunque su propio pecho sube y baja, recuperando el aliento.

Sergio se limpia el sudor de la frente y, con una sonrisa forzada, niega lentamente. Los dos están agotados, pero ninguno ha cedido ni un centímetro, y por primera vez, veo respeto en sus miradas.

Yo, desde mi cinta, no puedo evitar soltar una carcajada. Porque, sinceramente, ver a dos hombres competir por algo que ni siquiera saben que ya está decidido... es el mejor entretenimiento que podría pedir.

23

De ofertas que desaparecen y otros misterios del universo laboral

El aire en la sala de reuniones está cargado de nervios y expectativas. Nadia, con su habitual atuendo que parece sacado de un desfile de alta costura, camina alrededor de la mesa como si todo esto fuera una obra de teatro montada por ella. Yo, por supuesto, me mantengo al margen, observando cómo dirige a los demás mientras lanza comentarios cargados de «entusiasmo», pero que claramente tienen un tono de presión velada. Matías, por otro lado, está sentado, con su maldita aura de control absoluto.

Yo estoy al lado, repasando las notas de la presentación, y en la esquina, Alicia Torres está sentada con una pierna cruzada sobre la otra, tamborileando los dedos contra el brazo de la silla.

—Bueno, chicos, estamos a punto de lanzar nuestra campaña estrella para la Web Summit en Lisboa, y necesitamos que todo esté al nivel más alto posible —dice Nadia, su voz resonando en la sala—. Matías tiene grandes expectativas y no podemos decepcionarlo. ¿Verdad, Matías?

Él apenas asiente, haciendo un leve movimiento con el brazo que lo traiciona. Un pequeño quejido sale de su boca, apenas perceptible, pero lo suficiente como para que me dé cuenta. Agujetas. Sonrío para mis adentros, recordando lo que ocurrió en el gimnasio. Parece que levantar más de la cuenta le ha pasado factura.

—Jefe, ¿todo bien? —pregunto, con la sonrisa más inocente que puedo poner, aunque el sarcasmo está implícito.

Él me lanza una mirada rápida, de esas que parecen leer tu mente, pero se limita a responder con su tono habitual.

—Perfectamente, Marina. No te preocupes por mí. Estoy en plena forma —responde con una pequeña sonrisa que parece más una mueca, intentando mantener la compostura.

Nadia sigue con su discurso, hablando sobre los objetivos de la campaña, los detalles técnicos, y la importancia de que cada mensaje que lancemos sea perfecto. Yo intento

concentrarme, pero cada vez que Matías se mueve o cambia de postura, no puedo evitar notar cómo lucha por disimular el dolor en los músculos.

Carlos, el diseñador gráfico, comienza a mostrar algunas de las gráficas en la pantalla.

—Estamos trabajando en que el stand sea totalmente interactivo. Queremos que la gente participe en tiempo real con nuestro software —explica Carlos, con el entusiasmo típico de alguien que lleva noches sin dormir, pero que está convencido de que lo que ha creado es una obra maestra.

—Tiene buena pinta, pero... —comienza Matías, y todos sabemos lo que viene después—. Necesito que sea más impactante. Esta gente ve tecnología todo el tiempo. Tenemos que ser diferentes, romper con lo esperado. Creo que lo que buscamos es algo más sofisticado, no solo visualmente atractivo, sino que transmita todo lo que nuestro software puede hacer. Y necesitamos que eso sea lo primero que perciban.

Otra vez esa palabra: sofisticado. Siempre buscando diferenciarse de lo básico. Me cruzo de brazos y, mientras escucho a los demás discutir sobre detalles técnicos, no puedo evitar recordar a Matías en el gimnasio, luchando con esas pesas. Sí, sofisticado... pero incluso él tiene sus límites, y me encanta saber que ahora mismo está lidiando con ellos.

—Creo que todo lo que hemos planeado está perfectamente alineado con lo que buscamos —digo, intentando sonar tranquila—. Solo necesitamos ajustar algunos detalles y asegurarnos de que la experiencia en el stand sea memorable. Interacción, sofisticación... todo lo que mencionó Matías. La propuesta es apostar por una campaña más emocional, algo que conecte directamente con los valores de nuestros clientes —digo, levantando la mirada hacia los demás.

Matías asiente ligeramente, pero su mirada se mueve hacia Alicia, quien, para variar, no parece impresionada.

—Torres, ¿algo que añadir? —pregunta Matías, con ese tono suyo que mezcla curiosidad y desafío.

Alicia levanta una ceja, como si estuviera considerando si vale la pena abrir la boca. Finalmente, deja escapar un suspiro.

—Claro que tengo algo que añadir. —Se inclina hacia adelante, sus ojos recorriendo a todos en la sala antes de aterrizar en mí—. Me gusta lo emocional. Es bonito, vende bien, da buenas métricas. Pero... —Hace una pausa, dejando que la palabra flote en el aire un momento más del necesario—. ¿No creéis que todos los demás ya están haciendo exactamente lo mismo?

Silencio. Alicia nunca se anda con rodeos, y eso siempre incomoda a algunos.

—¿Y qué propones tú? —pregunto, porque no voy a dejar que me gane el duelo.

—Diferenciarnos. Apostar por algo que no dependa solo de emocionar. Porque, a ver, si lo emocional fuera suficiente, los anuncios de perritos de la tele ya habrían acabado con el hambre en el mundo. —Sonríe, pero no de una manera amable. Es más como si estuviera desafiándome a rebatirla.

El silencio que sigue me impulsa a ir más allá. Esto tiene que ser más grande, tiene que sorprenderlos, así que suelto la idea que llevo madurando en la cabeza desde hace unos días.

—Pero, ¿y si no solo les hacemos sentir lo que ofrecemos, sino que los llevamos literalmente a nuestro mundo? —digo, y noto cómo la atención de la sala cambia, cómo las miradas se fijan en mí, curiosas—. Pienso en algo más inmersivo, que no solo sea una experiencia pasiva de observación. Les proponemos que sean parte del proceso tecnológico. Creamos una experiencia de realidad aumentada en la que puedan interactuar directamente con nuestro software. Les damos acceso a lo que hacemos desde dentro, como si fueran parte del equipo de desarrollo por un momento.

Matías se inclina ligeramente hacia adelante, interesado. Me detengo unos segundos, dejando que la idea penetre.

—Imagínatelo: un visitante llega a nuestro stand, se pone unas gafas de realidad aumentada, y de repente, se encuentra en una sala de control virtual donde puede manipular nuestro software. Todo, con interfaces dinámicas que les permitan experimentar lo que hacemos, pero no como observadores, sino como protagonistas. Pueden diseñar, modificar, interactuar. No solo les estamos mostrando lo que podemos hacer, les estamos haciendo sentir que ellos también pueden hacerlo.

El silencio que sigue está lleno de expectación. Puedo ver cómo el concepto empieza a hacer clic en las mentes de todos.

—¿Quieres que los visitantes jueguen a ser desarrolladores? —pregunta Carlos, algo desconcertado.

—No que jueguen, Carlos, que lo sean. Que tengan el poder en sus manos, aunque sea durante unos minutos. Porque la clave no es solo mostrar lo bueno que somos. Es que se vayan de nuestro stand pensando que han experimentado algo tan único y poderoso que no pueden dejar de hablar de ello.

—Joder, que se sientan como dioses tecnológicos por unos minutos. Es cojonudo —añade Alicia con ese tono lleno de esa confianza que siempre la hace destacar—. Les das las

herramientas, les enseñas cómo se siente tener el control absoluto... y luego se las quitas. Porque para eso estamos nosotros: para recordarle a la gente que, sin Hunter Solutions, no tienen ni idea de lo que están haciendo.

Un par de risas nerviosas se escapan de los demás, pero Alicia ni siquiera parpadea. Está en su elemento, y no hay nada que la frene.

—Eso es lo que vende, ¿no? No el «mira qué bonito es nuestro software», sino el «¿ves cómo lo necesitas más que el aire que respiras?». —Se gira hacia mí, alzando una ceja—. Me gusta tu idea, Marina. Pero asegúrate de que el mensaje sea claro: sin nosotros, están perdidos. Haz que lo sientan en las entrañas.

La sala queda en silencio otra vez, pero esta vez es porque Alicia ha lanzado el equivalente verbal de un jaque mate.

Nadia me mira, y por primera vez en mucho tiempo, parece fuera del agua.

—Eso es... interesante —dice lentamente, como si estuviera saboreando la idea. Se cruza de brazos y asiente—. Muy interesante.

Matías, por su parte, se apoya en la mesa y me mira directamente a los ojos, con esa expresión que dice que está procesando lo que acabo de decir.

—Inmersión total —dice finalmente—. Eso nos haría destacar. Sería arriesgado, pero... también sería lo que necesitamos. Algo que ningún otro competidor ofrecerá.

—Exacto —respondo, dejando que una pequeña sonrisa aparezca en mis labios. Lo he conseguido.

—Brillante —murmura al final, casi para sí mismo, aunque lo suficientemente alto como para que todos en la sala lo oigan.

Ese solo murmullo, esa palabra, hace que todo en la sala se detenga por un segundo. Las miradas de mis compañeros se desvían hacia mí, y puedo sentir la pequeña chispa de orgullo crecer en mi pecho. Nadia, en cambio, se queda en silencio, observando la interacción entre Matías y yo como si estuviera analizando cada gesto.

—Si conseguimos que todo el sistema funcione a tiempo —continúa Matías, enderezándose con ese aire de seguridad que lo caracteriza—, esta campaña no será solo buena. Será un éxito. El éxito.

La reunión llega a su fin, y mientras todos recogen sus cosas, Nadia da las últimas instrucciones al equipo. Alicia pasa a mi lado y murmura lo justo para que yo la oiga:

—Buen trabajo. Pero no dejes que ella te gane siempre. No es tan brillante como cree.

Y con eso, se marcha, dejando tras de sí una estela de confianza que, admito, es difícil no admirar.

Matías se queda un poco rezagado, observando los gráficos aún en la pantalla. Mis compañeros comienzan a salir uno a uno, pero yo me mantengo en mi sitio. Mi mirada se cruza con la de Nadia por un segundo, y por la forma en que me observa, sé que se ha dado cuenta de que planeo quedarme un poco más.

Trato de parecer natural, pero la verdad es que la sutileza nunca ha sido mi punto fuerte. Me acerco a Matías con un disimulo tan obvio que hasta me hace gracia. Nadia sigue cerca, así que tengo que medir mis palabras.

—Una idea tan brillante... —digo con un tono suave, fingiendo que reviso unos documentos mientras me acerco más a él—. Exige una petición igual de brillante, ¿no crees?

Matías apenas levanta una ceja, pero sé que está prestando atención. Su mirada fija en mí me hace sonreír por dentro.

—¿Y cuál es esa petición, Marina? —pregunta con voz baja, sin perder el tiempo fingiendo que no está interesado.

—Bueno, ya sabes... —respondo, con un toque provocador en la voz—. No sé si estarás *preparado* para ello. No quiero pedir algo que esté fuera de tu alcance.

Matías me mira de reojo, esbozando una sonrisa leve y de medio lado.

—Estoy más que preparado para cualquier cosa que quieras pedirme —responde de forma sugerente, bajando la vista hacia mí y acercándose un poco, haciendo que mi hombro roce su brazo—. Ve a mi despacho en una hora, y hablamos de lo que sea que necesites.

Su mirada se clava en la mía durante un segundo más antes de que se dé la vuelta, dando por cerrada la conversación. Lo observo mientras se aleja, la espalda recta y el aire de quien ya sabe que ha ganado antes de empezar el juego. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

Me preparo para salir tras Matías, pero entonces Nadia aparece a mi lado, con su habitual estela de perfume extravagante que podría tumbar a un ejército. Antes de que pueda reaccionar, me clava una mano en el brazo con una fuerza sorprendente para alguien que siempre parece estar de vacaciones.

—Marina, nena, almuerza conmigo —dice, más como una orden que una sugerencia. Sus uñas, perfectamente pintadas en un color fucsia imposible, brillan bajo las luces del pasillo—.

Vamos a la cafetería, que tengo cosas que contarte. *Cosas importantes*.

La forma en que lo dice, con ese aire dramático, me hace entender que no tengo escapatoria. Con un suspiro interno, la sigo. Mientras caminamos, su paso es firme pero desgarbado, con sus zapatos de tacón chocando contra el suelo de forma descoordinada. Siempre parece a punto de caerse, pero nunca lo hace. Un equilibrio extraño, como ella misma.

Nos sentamos en la cafetería, en una mesa apartada, donde Nadia se acomoda como si estuviera en un salón de su mansión, en lugar de en una simple cafetería de oficina. Me observa desde el otro lado de la mesa, sus ojos azules cubiertos por unas enormes gafas de sol, aunque estemos bajo techo.

—Sabes, Marina —empieza, quitándose las gafas con un gesto que parece sacado de una telenovela—, hay algo que no pensaba contarte, sinceramente. Pensaba llevarme este secreto a la tumba... Pero ahora, al ver tu carita de corderito al mirar a Matías, me veo obligada.

Ruedo los ojos, disimulando. Esto no es nuevo. Nadia siempre tiene una revelación inesperada, pero por la forma en que lo dice, esta vez parece ir más allá de sus anécdotas de fin de semana en Ibiza o su último drama con su instructor de pilates.

—¿Qué pasa, Nadia? —pregunto, apoyando el codo en la mesa, esperando el espectáculo. Porque sí, cuando Nadia abre la boca, el show está garantizado.

Ella se inclina hacia adelante, bajando la voz como si estuviera a punto de revelarme el mayor secreto del mundo.

—Escúchame bien, cariño... —Me mira, haciendo una pausa teatral—. Tú y Matías, esto... —gesticula vagamente con las manos—, *esto es una telenovela*, ¿lo sabes, no? Y yo estoy en primera fila viendo el drama, con mis palomitas y mi cóctel.

—¿Qué...? —empiezo a decir, pero ella no me deja.

—¡Déjame terminar! —exclama, moviendo una mano en el aire—. Lo que pasa aquí es que tú eres la Caperucita Roja, y él... él es el maldito lobo feroz. Y no, no estoy exagerando. Lo que quiero decir es que tienes que saber la verdad sobre cómo todo esto llegó a ser, querida.

Nadia me mira fijamente, pero sus gestos exagerados, como si estuviera en una película dramática, me hacen dudar de lo serio que puede ser esto. Aunque algo me dice que debería prestar atención. Respiro hondo y asiento, dándole la señal para que continúe.

—Nunca quise vender la empresa, nena. ¡Jamás! ¿Cómo iba a venderla? Esta era mi joya. Pero, claro, llegó Matías Hunter con su traje de Armani, sonriendo como si no fuera a comerse todo lo que había construido. Yo pensé que era solo una oferta más, ya sabes, esas que rechazas

educadamente mientras bebes champán... Pero, querida, ¡ese hombre no acepta un no!

Nadia se inclina aún más hacia mí, como si estuviera a punto de soltar la bomba del siglo.

—Matías... presionó, nena. Y no hablo de esas presiones típicas de negocios. ¡No, no, no! Hablo de que movió los hilos como si fuera el director de una maldita orquesta. Clientes que desaparecían, contratos que se evaporaban... ¡De la nada! Yo, claro, al principio pensé que era pura mala suerte, pero luego me di cuenta. ¡Él estaba detrás de todo! Quería la empresa bajo su control... y, bueno, a ti también, claro está.

Casi me atraganto con el agua que acabo de beber.

—¿A mí? —pregunto, incrédula—. ¿Sabía desde el principio que yo trabajaba para ti?

—Por supuesto, cariño. Eso hombre lo sabe todo —me responde, con un asentimiento tan trágico como ella—. No te hagas la ingenua, querida. Te tiene en su punto de mira desde hace años, y créeme, cuando ese hombre se obsesiona, no hay vuelta atrás. Es como un tiburón oliendo sangre en el agua. Y no, no es el tipo de hombre que juega limpio. Tú eras su verdadero objetivo, y lo peor es que se ha asegurado de que no te des cuenta de ello. Ha hecho todo esto para tenerte justo donde te quiere.

Me quedo en silencio, procesando. Matías no es un santo, eso ya lo sé. Pero... ¿realmente movió todos esos hilos? Para tenerme trabajando bajo su dirección y… ¿qué? ¿Volver a tenerme?

Nadia se inclina aún más, sus manos en el borde de la mesa, como si estuviera compartiendo el mayor secreto del universo.

—Marina, querida, escucha bien. Matías no es un tipo que se conforma con lo que le den. Es un maldito cazador. Le gusta controlar el terreno, mover cada pieza hasta que todo caiga a sus pies, incluyendo tú. Si crees que puedes manejarlo... bueno, te deseo suerte, porque él te lleva mucha ventaja.

El aire parece volverse más pesado, más denso.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Nadia ladea la cabeza, como si no pudiera creer que no lo viera venir.

—Porque, cariño, no sabía de qué iba todo esto hasta que te he visto demasiado cerca de caer. Y veo cómo te mira. Esa calma que tiene no es porque esté tranquilo. Es porque está disfrutando. Te tiene en sus manos y sabe que no vas a escapar. Tú eres la presa, Marina, y él está hambriento de ti.

La miro, y aunque su teatralidad me saca de quicio, no puedo evitar sentir que hay algo de verdad en sus palabras. Matías ha demostrado que no se detiene ante nada para conseguir lo que quiere. Y lo que Nadia dice ahora resuena en mi cabeza.

—¿Años? —repito.

Nadia asiente lentamente, inflando sus carrillos como si estuviera a punto de reventar de orgullo por haberme revelado su gran secreto. Pero yo no puedo concentrarme en su dramatismo. No dejo de pensar en lo que acaba de decir.

La presión en mi pecho se intensifica, y necesito aire, espacio, tiempo para procesar. Siento que la sala se está encogiendo a mi alrededor. Me levanto de golpe, empujando la silla hacia atrás.

—Disculpa, Nadia, necesito hacer una llamada —murmuro, intentando mantener la compostura.

—Claro, cariño, ve. Aunque no te servirá de mucho. —Sonríe como si supiera exactamente lo que va a pasar a continuación.

Camino hacia la salida de la cafetería, mi corazón latiendo rápido, intentando encajar las piezas de este nuevo rompecabezas. Mi mente vuela directo a la oferta de Johnson & Co., esa oferta que me da la posibilidad de escapar de todo esto, de empezar algo nuevo y dejar a Matías atrás. Rachel, la jefa de recursos humanos, me dijo que podía tomarme mi tiempo para pensarlo. Entonces, ¿por qué tengo este mal presentimiento ahora?

Cuando salgo al pasillo y me apoyo en la pared, saco el móvil y marco el número de Rachel. Los tonos de llamada suenan demasiado largos, como si estuvieran estirando el momento antes del impacto. Finalmente, la voz de Rachel suena al otro lado.

—Rachel, soy Marina Blanco —digo, intentando que mi voz suene casual—. Quería hablar contigo sobre la oferta de trabajo.

El silencio que sigue es pesado, incómodo, y mi estómago se revuelve.

—Oh, Marina... —responde Rachel, su tono mucho más suave de lo que esperaba—. Lo siento muchísimo, pero la oferta ya no está disponible.

La sensación de vértigo me golpea de inmediato.

—¿Cómo que no está disponible? —pregunto, mi voz subiendo un poco, aunque trato de mantener la calma—. Me dijiste que podía tomarme mi tiempo para pensarlo. No han pasado ni dos semanas desde que hablamos.

Rachel suspira al otro lado de la línea, y puedo sentir la incomodidad en su respuesta.

—Lo sé, Marina. Créeme, no fue una decisión fácil, pero ya hemos seleccionado a otra persona. —Hace una pausa, y el aire en mis pulmones se congela.

Mi cerebro intenta encontrar una explicación lógica, pero una sola imagen llena mi mente: Matías.

—Gracias —digo al fin, cortando la llamada antes de que mi voz traicione la mezcla de furia y frustración que siento.

Me quedo inmóvil unos segundos, el teléfono todavía en la mano, tratando de calmarme, pero no lo consigo. Matías ha ido demasiado lejos. Está controlando todo, como si lo que me rodea fuera parte de su juego. Todo este tiempo he creído que tenía opciones, que podía elegir, pero ahora sé que no ha sido así.

Siento la rabia ardiendo en mi pecho. No puedo quedarme quieta. No puedo dejar que siga jugando conmigo. No después de esto. Me enderezo, inhalo profundamente y camino hacia el ascensor y hacia su despacho.

24

Hoy ganas tú, mañana ya veremos

Si mi vida fuera una serie de televisión tipo Allie McBeal, este sería el momento en el que el director pondría algo muy cañero, algo que te hace sentir que puedes destrozar el mundo solo con caminar. Quizá *AC/DC* o *Led Zeppelin* sonando a todo volumen, mientras yo avanzo por el pasillo como si las puertas fueran a abrirse solas al sentir mi furia. Cada paso es un golpe seco, cada latido es el estribillo de una canción que estoy a punto de reventar.

Me dirijo a mi despacho, pero no para sentarme, no para pensar. Hoy no es un día para la calma. Hoy es para la guerra. Todo esto… lo que ha hecho, lo que ha manipulado. No puedo dejar de pensar en ello mientras me dejo caer en mi silla.

Cierro los ojos un segundo. Siendo justos, Matías no hace nada a medias. Él juega para ganar, siempre lo ha hecho. Y a veces, ganar implica mover fichas que los demás ni siquiera ven. Es como si estuviera jugando al ajedrez, mientras todos los demás siguen atrapados en una partida de damas. Siempre ha sido brillante, despiadado, y es precisamente por eso que está donde está.

Pero aquí viene lo jodido: ¿está mal? Sí. ¿Es cruel? También. Porque joder, no puede quitarme mi libertad y esperar que lo vea como una jugada inteligente.

Nadia dijo que llevaba tiempo tratando de comprar la empresa. Pero lo que realmente quiso decir es que él ha estado sobre mí todo este tiempo. Y yo, ingenua, pensé que su regreso era casual, que los negocios lo habían traído de vuelta, pero no. Él siempre ha sabido lo que quería.

Pienso en aquellos años en la universidad, en cómo parecía que siempre coincidíamos en la cafetería, en las bibliotecas, en los pasillos. Y ahora me doy cuenta: nada de eso fue accidental. Matías no hace nada por casualidad.

Es brillante, sí. Jodidamente brillante. Y también terrorífico.

Mi teléfono vibra, sacándome de esos pensamientos. Un mensaje de él.

—Ven a mi despacho. Ahora.

Un mandato, ni siquiera una petición. Lo miro y sonrío, pero no porque me haga gracia. No voy a esconderme ni a callarme. Me levanto, y en ese momento, siento que la canción que se está reproduciendo en mi cabeza cambia de tono. Hoy no soy la presa. Hoy, aunque él no lo sepa, tengo algo que decir.

El despacho de Matías está en silencio cuando entro. La puerta se cierra detrás de mí, pero no hay necesidad de formalidades. No con nosotros. Nos conocemos demasiado bien para andar con rodeos.

Lo encuentro apoyado en el escritorio, su teléfono en una mano, pero su mirada ya está en mí, calculando, como siempre. Ese maldito control que parece llevar tatuado en la piel.

—No necesito una tarjeta para saber lo que quiero de ti —digo, mi voz firme, mis ojos fijos en los suyos.

Levanta una ceja, apenas sorprendido, pero esa chispa en su mirada lo delata. Está interesado. Siempre lo está cuando le ofrezco algo fuera del guion.

—¿Ah, no? —Su voz es baja, profunda, llena de ese sarcasmo que lo hace parecer invulnerable—. ¿Y qué crees que puedes pedirme hoy?

No digo nada. No hace falta. Camino hacia él, sin prisa, sintiendo cómo el aire entre nosotros se carga de electricidad. Mis manos se apoyan sobre su pecho, deslizándose por la tela de su camisa perfectamente planchada, sintiendo la tensión en sus músculos debajo de ella. Su respiración se mantiene estable, pero puedo notar cómo todo su cuerpo se activa bajo mi toque.

Mis dedos encuentran el primer botón, y lo desabrocho lentamente, dejando que mi piel roce la suya, provocando esa reacción que conozco demasiado bien. Matías no se mueve, pero sus ojos... sus ojos lo dicen todo. Me está dejando jugar. Por ahora.

—Esto es lo que quiero —susurro, mi voz apenas un suspiro mientras deslizo la camisa y su chaqueta de sus hombros, revelando ese cuerpo que nunca deja de impresionarme. Él sigue siendo el hombre que te deja sin aliento, incluso cuando todo lo demás está en caos.

En ese momento, Matías mueve una mano, sin apartar sus ojos de los míos, y pulsa el intercomunicador de su escritorio. La línea directa con su asistente, David, se activa con un leve zumbido.

—No quiero que me interrumpan en la próxima hora. Quien lo haga, muere —declara en un tono firme, casi cortante, como si realmente alguien fuera a atreverse a desafiarle.

Me muerdo el labio para contener la risa, pero no puedo evitarlo. Una carcajada se me escapa antes de que pueda detenerla. Alguien está ansioso por esto… No tiene ni idea de lo que

le espera.

La respuesta de David es apenas un susurro mecánico desde el intercomunicador:

—Entendido, señor Hunter.

Matías se queda quieto, observándome como siempre, esos ojos azules oscuros escudriñándome, tratando de predecir mis próximos movimientos. Pero esta vez, no puede anticiparse. Esta vez soy yo la que marca el ritmo.

Me inclino hacia él, dejando que mis labios rocen su cuello, justo donde sé que la piel es más sensible. Lo saboreo despacio, disfrutando de su olor, de la calidez de su cuerpo pegado al mío. Mi lengua se desliza por su piel, húmeda, trazando un camino lento hacia su clavícula. Sus músculos se tensan bajo mi boca, un leve suspiro se escapa de su garganta, pero no dice nada. Aún no.

Mis manos bajan por su pecho, sintiendo cada línea marcada, cada maldito músculo trabajado al milímetro. Me detengo un segundo para observarle. El cabrón es perfecto. Ni una gota de grasa, solo esa piel tensa que cubre un cuerpo diseñado para la tentación. Mi lengua baja hacia sus pezones, duros, esperando mi toque. Los rodeo suavemente, primero con mis labios, luego con mi lengua. Le escucho gemir bajo su aliento, ese sonido gutural que confirma que ya no tiene tanto control como intenta aparentar.

Bajo más, deslizando mis dedos por su abdomen firme, desabrochando su cinturón, bajando la cremallera con la misma lentitud. Siento el calor que emana de él, su aliento se acelera, un leve cambio en su postura, como si estuviera a punto de perder el control.

—Marina... —empieza, su voz áspera, cargada de deseo, pero no llega a terminar la frase.

No le dejo. Mis labios se encuentran con los suyos, no de manera suave ni contenida. Es un beso crudo, pasional, lleno de todo lo que estamos conteniendo. Matías intenta tomar el control, su lengua buscando dominar la mía, sus manos subiendo por mi cintura. Me agarra con fuerza, tirando de mí hacia él, su cuerpo reclamando el poder que no está dispuesto a ceder.

Pero yo no voy a dejarle ganar. Me separo de él, mordiendo su labio inferior antes de apartarme, sonriendo contra su boca.

—Si no me dejas hacer... —susurro, con una sonrisa traviesa—, te ataré las manos.

Me mira, sus ojos se oscurecen aún más. Un breve destello de desafío cruza su rostro, pero no se mueve.

Mis manos bajan por sus caderas, empujando el pantalón hacia abajo, dejándolo caer al

suelo. Mis dedos se deslizan dentro de sus bóxer, y cuando su polla queda libre, dura y palpitante, me muerdo el labio. Es tan jodidamente perfecta, pesada en mis manos y gruesa y larga. está rígida, casi vibrando de pura necesidad. La piel es suave y cálida, con venas que recorren su longitud, destacando bajo mis dedos, que las siguen como si quisieran memorizar cada curva, cada detalle.

El glande, hinchado y sensible, tiene un tono ligeramente más oscuro que el resto, con esa textura satinada que solo invita a devorarlo. Siento cómo mi pulso se acelera mientras mis manos lo envuelven, notando la calidez y la tensión de cada centímetro.

La agarro con suavidad, deslizando mi mano lentamente desde la base hasta la punta, acariciándole como sé que le gusta mientras le desnudo entero.

Sus testículos son pesados, llenos, y los masajeo suavemente con la otra mano mientras él intenta mantener la compostura. Pero su respiración ya es más rápida, más superficial. Su polla se endurece aún más en mi mano, y sé que lo tengo justo donde quiero.

Me arrodillo frente a él, sin apartar la vista de su cara. Me inclino hacia él. Su glande ancho y duro, está tan morado que parece a punto de explotar. Puedo ver una pequeña gota de líquido preseminal asomando en la punta, brillante. Y no puedo resistirme. Deslizo la lengua por su orificio y lo saboreo.

El sabor salado se mezcla en mi boca mientras mis labios se presionan justo en la curva donde acaba el glande, ese punto donde sé que es más sensible. Matías respira de golpe, su cuerpo se arquea involuntariamente, y no puedo evitar sonreír contra su piel.

Lamo suavemente la base, subiendo lentamente, mis labios rozando cada vena marcada mientras mi lengua se desliza despacio hasta llegar a la punta. Matías gruñe de nuevo, ese sonido gutural que me indica que está al límite, pero sé que puedo llevarlo más lejos.

Coloca una mano en mi cabeza, intentando marcar el ritmo, pero le aparto de inmediato.

—¿Recuerdas lo que te he dicho? —murmuro, dejando que mi aliento roce su piel—. Manos quietas, Matías.

—Joder, Marina... —murmura, su voz rota, como si intentara mantener un hilo de control, pero falla. Porque sé que ahora mismo, lo único que está pensando es en cómo necesita correrse en mi boca, pero no lo voy a dejar.

Su respiración se vuelve más profunda, sus labios entreabiertos en un intento de controlarse, pero sé que lo estoy llevando al límite. Está exactamente donde lo quiero, y no me refiero solo a su cuerpo desnudo y su polla palpitante en mi boca. Es el control, la rendición que tanto le

cuesta. Eso es lo que me tiene realmente encendida.

El saber que tengo al hombre más dominante que he conocido tan vulnerable, con los músculos tensos, temblando bajo mis dedos y mi boca, me provoca un subidón que me quema por dentro.

Podría dejarle terminar ahora mismo, y el mero pensamiento me atraviesa con una oleada de calor que me retuerce por dentro. Pero no. No voy a dárselo tan fácil.

Me detengo. Lo suelto. Me levanto, sin prisa. Su polla está rígida, brillante por la humedad de mi boca, los músculos de su abdomen contraídos, todo su cuerpo en tensión. Me mira, sus ojos oscuros llenos de deseo y hambre contenida.

Es un hombre que no puede soportar perder, pero esta vez, va a tener que hacerlo.

Recojo su ropa del suelo, calcetines incluidos, dejándole ahí, desnudo, con su polla dura, aún palpitante, pero sin el alivio que espera. Matías se queda en silencio, observándome, sus ojos ahora entrecerrados y fijos en cada uno de mis movimientos mientras me alejo de él.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? —pregunta, su voz ronca, pero controlada.

Me detengo en la puerta, con su ropa en la mano, y puedo sentir su mirada clavada en mi espalda, pero se queda ahí, desnudo, con el pecho subiendo y bajando lentamente, pero sus ojos…

La furia mezclada con el deseo arde en su mirada, una combustión que siento vibrar en el aire. Sus manos, tensas junto a su cuerpo, parecen a punto de abalanzarse sobre mí, pero se contiene. Siempre se contiene. Y eso lo hace aún más peligroso.

—Voy a decirle a David que ya estás disponible para interrupciones —respondo con una sonrisa, sabiendo perfectamente que eso va a tocarle las narices.

—¿Estás segura de que quieres jugar a esto? —Su voz es grave, ronca, una mezcla de amenaza y deseo contenido—. Porque te advierto, me voy a vengar. Y cuando lo haga, no vas a poder respirar sin pensar en mí.

—¿Te duele haber perdido esta ronda, Matías? —le pregunto, con una sonrisa vacía.

—No he perdido nada —responde con una seguridad que me golpea en el estómago—. Esto es solo el principio.

Doy un paso más hacia la puerta. Lo veo con la cabeza ligeramente ladeada, observándome como si ya supiera lo que va a pasar la próxima vez.

—¿Quieres saber qué voy a hacer? —continúa, su tono más suave, pero cargado de

intenciones—. Voy a dejar que pienses en esto. En mí. Voy a dejar que te vayas con esa sensación de victoria, porque sé que en cuanto cierres la puerta, lo único en lo que vas a poder pensar es en lo que viene después.

Siento un calor recorrer mi cuerpo, pero me niego a darle la satisfacción de verlo en mi cara.

—¿Y qué vas a hacer, Matías? —pregunto, dejándome caer en el marco de la puerta, disfrutando del pequeño baile de poder que hemos montado—. ¿Vas a castigarme?

Sonríe, pero no es una sonrisa amable. Es lenta, calculada, la sonrisa de alguien que ya está planeando cómo girar la situación a su favor.

—Sí, lo haré —responde, su voz baja, como si la amenaza estuviera suspendida en el aire. Y no es lo que dice, sino cómo lo dice, con esa calma peligrosa que hace que mi piel se erice.

—Vete a la mierda, Matías —murmuro.

Y justo antes de que él pueda hacer su próximo movimiento, me giro y salgo, sabiendo que no hemos terminado, pero que esta guerra va a seguir latiendo hasta que ninguno de los dos pueda resistirlo más.

25

Guerra fría en la oficina: Marina 1, Matías 0

¿Qué cojones ha pasado?

Todavía estoy duro. No es la primera vez que Marina juega conmigo, pero esta vez ha cambiado las reglas. Me levanto y me dirijo al armario del despacho. Siempre tengo un traje de repuesto. Ella cree que llevándose mi ropa me ha dejado atrapado, pero como siempre, tengo una solución. Lo que me jode es que no vi venir su jugada. Se me escapa una sonrisa, pero no debería porque está furiosa y no sé por qué.

Saco la funda con el traje limpio, mientras mi polla sigue exigiendo atención. Ni la humillación de verme aquí, medio desnudo, ha servido para bajar la tensión. Solo puedo pensar en su boca, en cómo me la ha chupado, como si estuviera acostumbrada a hacerlo, como si quisiera merendarme. ¿Desde cuándo se ha vuelto tan desinhibida?

Me visto rápido. Antes, ella titubeaba, me dejaba el control. Ahora, ha aprendido a jugar y lo ha hecho de una forma que me ha pillado por sorpresa. Me abrocho la camisa, el pantalón aún apretado por la erección. Marina cree que ha ganado esta ronda, pero esto no ha acabado.

Ella ha cambiado. Y joder, me encanta.

Una vez vestido, cojo el teléfono y marco la extensión de David. Necesito entender qué cojones ha cambiado en Marina.

—David, ¿ha pasado algo desde que terminó la reunión y antes de que Marina viniera a mi despacho? —pregunto sin rodeos.

David responde tras unos segundos de pausa.

—Lo único que sé, señor Hunter, es que almorzó con Nadia después de la reunión. Estuvieron juntas en la cafetería del edificio.

Frunzo el ceño, más por costumbre que por sorpresa. Nadia siempre ha sido impredecible, pero ¿qué le habrá dicho esta vez? ¿Qué demonios habrán hablado durante ese almuerzo para que Marina llegara a mi despacho con esa actitud?

—Gracias, David —respondo secamente antes de colgar—. Dile a Nadia que quiero hablar con ella.

Mi mandíbula se tensa. Sea lo que sea lo que haya dicho esa mujer, ha funcionado. Marina no es fácil de influenciar, pero algo ha cambiado en ella desde ese almuerzo. Y tengo que averiguar qué.

*****

Me siento en la silla, mirando a Nadia mientras entra en el despacho con su habitual extravagancia. Con esas mejillas hinchadas que parecen sacadas de un catálogo de operaciones y le hacen parecer una ardilla acumulando comida. Se planta delante de mí con una sonrisa que no puede esconder la satisfacción que siente.

—Matías, querido, ¿qué puedo hacer por ti? —Su tono dulce y casi burlón me irrita, pero no dejo que lo vea.

La dejo disfrutar de unos segundos de silencio. No porque yo no tenga prisa, sino porque sé que ella odia el vacío y la pone de los nervios. Finalmente, rompo la calma.

—¿Qué le dijiste a Marina durante el almuerzo? —Voy directo al grano.

Su sonrisa se amplía, tensa, como siempre. Está disfrutando de esto, y eso solo me confirma que ha soltado algo que no debería.

—Oh, solo le conté la verdad. Esas historias de nuestras viejas... aventuras empresariales, ya sabes. —Su tono es liviano, pero sus ojos brillan con malicia—. Ya sabes, que moviste hilos, que presionaste a mis clientes hasta que no tuve más remedio que vender. Que mi empresa cayó porque tú extendiste tu red para atraparla. Marina ya no te ve como el hombre encantador y competente que crees ser. Te ve como el tiburón que devora todo lo que toca.

Respiro hondo, manteniendo la calma. Nadia es buena en retorcer la verdad, en transformar una situación complicada en algo en lo que pueda jugar a ser la víctima perfecta. Pero lo que no ha contado es cómo llegó a esa situación en primer lugar.

—¿Eso es lo que le dijiste? —pregunto, esbozando una sonrisa sarcástica—. Claro, lo que no mencionaste es que tu empresa ya estaba hundiéndose por tu pésima gestión, Nadia. Tus cuentas eran un desastre, tus deudas crecían cada semana y, sinceramente, era cuestión de tiempo que todo colapsara.

Veo cómo la sonrisa en su rostro se tensa.

—¿Y qué, Matías? ¿Esperas que eso justifique lo que hiciste? Podría haberlo manejado perfectamente si tú no hubieras intervenido.

—No me hagas reír. Tenías un equipo brillante, y tus resultados podrían haber sido más que satisfactorios. Pero te dedicaste a gastar el capital de la empresa y los ibas a arrastrar contigo al desastre. Te estabas ahogando. Yo solo me aseguré de que, cuando tu empresa cayera, lo hiciera en mis manos. —Mis palabras son frías, directas, y sé que le duele escucharlas.

—Lo hiciste para controlarla a ella, Matías. Toda esa presión, esos clientes que desaparecieron como por arte de magia, las deudas que se acumularon... todo estaba planeado. No querías mi empresa. Querías a Marina.

La habitación parece detenerse por un segundo. Miro a Nadia sin parpadear, mientras esas palabras flotan en el aire. Ha soltado el veneno. Y lo ha hecho bien. Mi mandíbula se tensa.

—¿Eso le has dicho?

—Toda esa farsa de querer mi empresa… solo era una excusa para tenerla controlada para vengarte o lo que sea que estés maquinando. Y ahora Marina lo sabe.

El impacto de sus palabras se asienta. Nadia ha ido más allá de lo que esperaba.

—¿Crees que me conoces? —Mi voz sale más baja, más controlada de lo que esperaba—. ¿De verdad eres tan arrogante, Nadia?

Su sonrisa se mantiene, pero puedo ver el leve temblor en sus labios. No esperaba que mantuviera la calma. Le gusta el drama, las explosiones de rabia. Lo que no entiende es que yo no juego así.

—No tienes ni idea de cómo pienso ni de lo que me mueve. —Doy un paso hacia ella, disfrutando del leve retroceso que intenta disimular—. ¿Te piensas que esto es un simple juego de poder? ¿Que mi vida gira en torno a manipular a Marina? —Sacudo la cabeza, casi riéndome de lo ridícula que suena la idea—. ¿Te has planteado siquiera que todo lo que hice fue porque tu incompetencia estaba a punto de hundir a una empresa brillante? ¿O porque sabía que Marina merecía mucho más que lo que tú le dabas?

Su sonrisa desaparece.

—No es tan simple —dice ella, intentando sonar firme—. No te hagas el héroe ahora, Matías. Moviste los hilos porque querías tenerla bajo tu control.

—Control... —Me rio en su cara, sin poder evitarlo—. Marina es la última persona en este mundo a la que alguien pueda controlar. Ella no se deja manipular, y tú lo sabes. Si hubiera

querido tenerla bajo mi control, como dices, ¿de verdad crees que le hubiera dado tanto poder en mi propia empresa? ¿Crees que le permitiría ser la única que me desafía y me pone a prueba cada día? Marina es jodidamente brillante, y si eso te duele, es tu problema, no el mío.

El silencio se instala entre nosotros durante unos segundos mientras ella intenta buscar argumentos para rebatirme, pero no la dejo..

—Sí, moví los hilos para absorber tu empresa. —Me acerco más, manteniendo mi mirada fija en la suya—. Pero no porque necesitara tener a Marina bajo mi control, sino porque no iba a dejar que tu incompetencia la arrastrara contigo. Y ahora, ¿sabes qué es lo mejor de todo? Que ella está en un lugar donde puede brillar, donde puede demostrar lo increíble que es. Algo que tú nunca supiste apreciar.

Nadia aprieta los labios, pero ya no tiene esa expresión de victoria.

—¿Y qué? —me pregunta con un tono ácido, pero su control se ha desmoronado. No tiene más veneno que lanzar.

—Espero que te vayas —digo sin perder la calma, dando un paso atrás—. He mantenido un puesto para ti de manera... honorífica, porque, bueno, siempre fuiste buena decorando las reuniones con tus monólogos interminables. Pero ahora que ya no te queda veneno, quizá debas tomarte unas largas vacaciones. Y sabes, por el bien de todos.

Nadia aprieta los labios aún más, su rostro una máscara de contención. Pero ya no tiene esa seguridad. Sabe que esta partida está acabada. Yo no le ofrezco una salida, le estoy señalando la puerta. Y lo sabe.

—¿Crees que mi idea era continuar aquí, trabajando para ti? ¿Relegada a un puesto inexistente? ¿Sin poder de decisión? —pregunta con un sarcasmo ácido, aunque ya no suena tan convincente—. No, gracias. Ya tengo una alternativa mucho más... adecuada para alguien de mi nivel.

La forma en que lo dice me hace arquear una ceja, pero no reacciono. Lo dejo ahí. Sus palabras flotan en el aire, cargadas de un significado que estoy seguro no termina aquí.

—Disfruta de esa alternativa entonces —respondo con frialdad.

Ella sonríe, casi como si hubiera ganado algo que solo ella entiende.

—Lo haré —murmura antes de girarse y caminar hacia la puerta—. Ya nos veremos, Matías.

No pierdo más tiempo. Cojo el intercomunicador de mi escritorio y marco rápidamente el

número de David.

—David, necesito que averigües algo —digo en cuanto responde—. Quiero saber dónde ha encontrado Nadia su nuevo puesto de trabajo. Y hazlo rápido.

—¿Algo más, señor Hunter? —pregunta con esa eficiencia que siempre me ha gustado.

—Sí. Pon a los abogados sobre ella. —Mi tono es firme, sin titubeos—. Asegúrate de que le recuerdan el contrato de confidencialidad que firmó. No quiero que una sola palabra de lo que ha visto o hecho en mi empresa salga de su boca. Quiero que lo tenga muy claro: si rompe ese contrato, va a enfrentarse a más problemas de los que puede manejar.

David toma nota, su respuesta es rápida y eficaz, como siempre.

—Entendido. Me encargaré de todo inmediatamente.

Nadia sale del despacho, dejándome con sus palabras rondando en la cabeza. ¿Controlar a Marina? Qué idiotez. La verdad es que sí sabía dónde trabajaba, pero no absorbí la empresa para poder manipularla o vengarme de alguna forma retorcida. Fue porque sabía que, bajo la dirección de Nadia, la empresa se hundía.

Me acerco al ventanal, observando los edificios como si la ciudad pudiera darme alguna respuesta. Marina era la única que mantenía esa empresa en pie, con su talento y dedicación, pero las cuentas no cuadraban, las deudas crecían.

Yo moví hilos para asegurarme de que la absorción fuera rápida, sí. Lo hice porque no iba a dejar que ella quedara atrapada en un barco que se hundía. No me importaba Nadia, me importaba que Marina merecía más que caer con esa empresa mal gestionada y yo también la necesitaba a ella, en mi proyecto.

Claro, también había algo personal. Saber que ella estaría trabajando para mí... Joder, no puedo negar que había una parte de mí que disfrutaba con la idea. No por control, sino por satisfacción. Quería ver cómo reaccionaba y como lo hacía yo, pensando que me había traicionado, pero sin poder sacarla de mi cabeza, ver hasta dónde podía empujarla y… perdonarla.

Esto no es solo control. Es algo más. Siempre lo ha sido. No es obcecación… o puede que sí. ¿Quién coño sabe? Pero no es algo oscuro o destructivo. No es miedo, ni vigilancia. Es... joder, es más complicado que eso.

Puede que esté un poco obsesionado con ella. No porque quiera poseerla, sino porque no sé cómo ser indiferente cuando se trata de Marina. Nunca lo he sabido. Con ella, no puedo ser el tipo frío y calculador que soy con todos los demás. Y quizá ese es mi mayor problema. Y mi

mayor debilidad.

Pero Nadia ha distorsionado todo para hacerme parecer un manipulador. Y Marina... puede que lo crea. Ese es el problema. No puedo dejar que esa mentira se asiente.

Suspiro, mirando el teléfono. Llamarla ahora no va a arreglar nada. Marina no se deja convencer con palabras, necesita pruebas. Y yo no soy de los que explican sus movimientos.

Sonrío.

Marina sabe quién soy, y si hay algo que tengo claro es que nuestra guerra no ha terminado. Ni de lejos.

26

El arte de cagarla con estilo (y con Matías mirándote)

Los planes para la feria en Lisboa están abiertos en mi ordenador, pero mi atención está en cualquier cosa menos eso. El aire de la oficina se siente cargado, y no solo porque la fecha límite se acerca. Es Matías. Desde lo que pasó en su despacho, ha habido una tensión que, en lugar de disiparse, ha crecido. Como si la electricidad que generamos en ese maldito momento no se hubiera apagado nunca.

Y ahora, él quiere verme. Porque claro, ¿qué otra cosa podría ser más importante que repasar por milésima vez la idea para el evento?

La puerta se abre sin ceremonias, y ahí está. Matías entra en la oficina sin saludar, sin tocar. Simplemente aparece, como si el espacio le perteneciera.

—Tenemos que repasar lo de Lisboa —dice, su voz tan tensa como su postura.

Ni siquiera saluda. Eso me irrita más de lo que debería. Porque cuando un hombre como Matías te ignora emocionalmente, sabes que algo no va bien. Está cabreado. Y yo también lo estoy. Pero aquí estamos, fingiendo profesionalidad cuando lo que de verdad quiero es tirarle el ordenador a la cara.

Alzo la vista lentamente, intentando no mostrar lo mucho que me afecta su presencia.

—¿Ahora? —pregunto, dejando que mi tono suene ligeramente aburrido. Si él va a jugar a ser el jefe irritado, yo voy a ser la que se ríe en su cara.

Se apoya en el borde de mi escritorio, esa postura que siempre parece calcular al milímetro, como si se tratara de un puto modelo publicitario en vez de un empresario cabreado.

—Ahora —responde. Su mandíbula está tensa, y puedo ver el esfuerzo que está haciendo por no decir algo que realmente le quema por dentro.

—Muy bien, jefe. Hablemos de la «inmersión total». Ah, pero espera… ¿no era esa la idea que te gustaba? —digo, ladeando la cabeza mientras le sonrío con la ironía más clara del mundo.

Sus ojos se oscurecen, y eso me hace sonreír aún más. Lo tiene todo controlado siempre, ¿no? Menos a mí.

—Lo que no me gusta es el enfoque que le estás dando. Se supone que tienes que traducirlo a un lenguaje que pueda entender cualquiera y todo sigue siendo demasiado técnico —dice, cruzándose de brazos.

Está mintiendo. Lo sé, y él también lo sabe. Está buscando la manera de joderme. Es tan transparente que casi me dan ganas de reír.

—¿En serio? —repito, arqueando una ceja—. ¿O no te gusta mi enfoque porque estás buscando cualquier excusa para retarme? ¿Qué es esta vez, Matías? ¿Una pequeña venganza porque te dejé desnudo y con… un problemilla?

—No te confundas, Marina. Esto es trabajo —dice, su voz tan controlada que casi me hace reír—. Tu enfoque necesita ajustes porque siempre tomas decisiones precipitadas sin preguntar antes, sin dar oportunidad a los demás de justificarse o explicar las cosas.

—O de excusarse. —Levanto la vista, sin disimular la ironía en mi tono—. Porque tú, Matías, siempre tienes respuesta para todo, ¿verdad?

Vale, está cabreado porque no le consulté. Y no solo con lo del trabajo. Está cabreado porque nunca le doy la oportunidad de explicarse, porque ya he decidido que él es el villano de esta historia. Y, bueno, quizá lo sea… o quizá sea yo. A ver, todos somos los villanos en la historia de alguien, ¿no? Incluso la Madre Teresa habrá sacado de quicio a alguien con tanto altruismo.

A estas alturas, ¿a quién le importa quién lleva la capa y quién los cuernos? Esto no es una película de Disney; aquí cada uno es bueno o malo según el día y el café que se haya tomado por la mañana.

—No tengo todas las respuestas —dice, su tono más bajo, pero cargado de esa firmeza que siempre me ha puesto los pelos de punta—, pero al menos intento no actuar como si supiera exactamente lo que los demás piensan sin molestarse en preguntar.

—¿De verdad? —me inclino hacia él, apoyando los codos en la mesa, como si estuviera por lanzarle un desafío—. ¿Y qué querías que hiciera, Matías? ¿Preguntarte directamente si estabas buscando una excusa para joderme? Porque así es como parece.

—¿Eso crees? —pregunta, cruzándose de brazos, su mandíbula aún tensa—. ¿Que lo hago solo para joderte?

El silencio que sigue es pesado. Ninguno de los dos dice nada por un momento, pero puedo

sentir la tensión crecer como una tormenta que está a punto de estallar. Él sabe que no estoy hablando de la feria de Lisboa. Y yo también lo sé.

—No lo sé, Matías. —Suelto una risa seca, apartando la mirada un segundo—. Pero lo que sí sé es que, últimamente, todo lo que haces parece tener esa intención.

—A lo mejor es que tú siempre piensas lo peor de mí —responde—. Y no te tomas ni la jodida molestia de preguntarme si eso que piensas es cierto.

Su proximidad me pone nerviosa, y no me gusta sentirme así. No con él. Matías es un hombre que tiene el control en todo momento, y ahora está jugando con mis propios pensamientos. Es astuto. Demasiado. Pero no voy a dejar que gane.

—Lo siento si no te doy el beneficio de la duda, pero por lo que parece, no soy la única que toma decisiones sin preguntar —digo, mi voz un poco más dura, más directa.

—No voy a discutir esto ahora —dice, con una calma que me irrita aún más—. Pero si no quieres que lo de Lisboa salga mal, más te vale revisar tu propuesta antes de darla por finalizada. Y hablando de decisiones sin preguntar... —Hace una pausa, sus ojos brillando con una chispa peligrosa—. Esta noche, a las ocho, en mi casa.

Levanto una ceja, incrédula.

—¿En tu casa? —repito, cruzándome de brazos—. Vaya, Matías. ¿Te estás quedando sin excusas o es que ya no te queda otro sitio donde intentar controlarme?

—Llámalo como quiera —responde, su tono bajo, profundo, como si estuviera desafiándome —. Pero no te lo estoy pidiendo.

—¿Tengo una hija, recuerdas? —digo, alzando la voz un poco más—. ¿De verdad crees que puedo dejar mis responsabilidades cuando me da la gana?

Matías me mira un segundo, sin decir nada. Luego, sin prisa, desbloquea su móvil y me enseña un mensaje en la pantalla. Lo leo rápidamente, y mi estómago se retuerce. Es un mensaje de mi hija:

Lía: *Hola, Matías. Hoy duermo en casa de Sofía. Será la primera noche que mi madre pase sola. Cuídala y no dejes que se sienta triste. ¿Vale? Pero no podéis hacer ninguna maratón de películas que yo tenga en mi lista de pendientes.*

Aprieto los labios, sin saber si debería reírme o lanzarle algo a la cabeza.

—Sabía que no debía haber dejado que mis padres le regalaran un móvil —mascullo entre dientes, sin apartar la vista del mensaje.

Matías no se mueve, pero puedo sentir la satisfacción irradiando de él.

—¿De verdad estás intercambiando mensajes con mi hija? —pregunto, alzando una ceja, sin ocultar lo surrealista que me parece la situación—. Es… espeluznante. ¿Qué más te dice? ¿Le preguntas cosas sobre mí? ¿La controlas también a ella?

—¿De verdad te estás escuchando? —me suelta, negando con la cabeza—. No sé si es peor que te creas lo que dices o que realmente pienses tan mal de mí. Si realmente te importase lo que hago o por qué, me preguntarías. Es así de simple.

Lo miro, incrédula, como si hubiera dicho la cosa más absurda del mundo.

—¿Preguntarte? —repito, con una risa seca—. Oh, claro. ¿Te parece lógico que te pregunte si absorbiste mi empresa solo para tenerme trabajando bajo tu dirección? ¿Eso es lo que esperas que te pregunte?

Su expresión cambia, pero no de la manera que esperaba. No se enfada. No se defiende. Solo me mira, con esa maldita calma que a veces es más peligrosa que cualquier respuesta airada.

—Sí, absorbí la empresa —dice, su tono tan bajo y controlado que me hace sentir como si el suelo se deslizara bajo mis pies—. Y sí, sabía que estabas trabajando en ella. Lo sabía antes de hacer cualquier movimiento.

El aire en la sala se vuelve pesado de repente. No puedo respirar. No puedo moverme. ¿Lo está admitiendo? ¿Lo hizo todo para controlarme?

—¿Qué…? —Mi voz se quiebra antes de que pueda terminar la frase.

—Pero no lo hice para controlarte —añade, su tono más firme ahora, como si estuviera forzando las palabras a salir—. Lo hice porque la empresa se estaba yendo a la mierda. Nadia la estaba hundiendo. Tú eras la única razón por la que seguía a flote. No iba a dejar que te arrastrara con ella.

Me quedo en silencio, procesando lo que acaba de decir. Mis manos tiemblan un poco, pero las mantengo firmes en mi regazo. Esto no es lo que esperaba oír. Ni de lejos.

—¿Así que… me salvaste? —pregunto, con una risa amarga que no puedo contener—. ¿Esa es tu versión de los hechos? ¿Debo estarte agradecida por salvar mi carrera, Matías? Porque, si es así, te estás equivocando de cuento.

—No quiero que me agradezcas nada —responde—. Solo quiero que sepas la verdad. No te estaba controlando, Marina. Sabía lo buena que eras. Sabía lo que podrías lograr, pero Nadia te tenía atada a una empresa que estaba a punto de colapsar. Moví hilos para quedármela, sí, pero

no por controlarte. Lo hice porque no iba a dejar que te hundieras con ella.

—¿Y querías que trabajara para ti? —pregunto, con la voz más baja de lo que pretendía.

Matías me mira, esa dureza en sus ojos suavizándose un poco, pero su intensidad no desaparece.

—Claro que quería que trabajaras para mí —admite, lleno de determinación—. Pero no porque necesitara tenerte controlada. Quería verte en un lugar donde pudieras brillar, donde podrías demostrar lo increíble que eres sin que nadie más te frenara.

Me quedo en silencio, digiriendo lo que acaba de decir. Y, joder, una parte de mí quiere creerle. Quiero creer que todo esto no fue solo un juego para él. Pero entonces la rabia vuelve a asomar.

—Así que me «salvaste»... —digo, con un tono que me cuesta controlar—. Y esperabas que te viera como un héroe. Pero nunca me preguntaste si yo quería ser salvada, Matías. Nunca me diste la opción de elegir.

Él frunce el ceño, como si mis palabras lo atravesaran, pero no se echa atrás.

—No me importa si piensas que fui un cabrón por hacerlo —responde, con esa brutal honestidad que siempre me ha desarmado—. Lo hice porque era lo correcto. Y porque, joder, sí, quiero que estés aquí. Te necesito aquí, trabajando conmigo, enfrentándome como lo haces y porque eres la mejor en tu trabajo y yo solo juego a ganar. Y si no puedes ver eso, es tu problema, no el mío.

El calor sube por mi pecho, una mezcla de frustración y... algo más que no quiero ni puedo definir.

—No puedes hacerme esto —murmuro, sacudiendo la cabeza—. No puedes venir aquí, con tu versión de «salvador» y esperar que me lo trague. No funciona así, Matías.

—Nunca dije que fuera fácil, Marina —su voz es baja, pero su mirada no se aparta de la mía —. Pero prefiero ser sincero contigo que jugar a ser el tipo que esperas que sea. ¿No es lo que siempre has querido? Que te diga la verdad, aunque te joda escucharla.

Sus palabras se cuelan bajo mi piel, en ese lugar que había blindado hace tiempo. Porque él tiene razón. Siempre he querido la verdad. Pero esto es... mucho más de lo que puedo manejar en este momento. Y lo sabe. Lo sabe, y lo está usando contra mí.

—¿Y qué me dices del puesto en Londres? —digo, sin poder contenerme. La rabia que he intentado controlar estalla de repente, mezclada con el desconcierto que me ha dejado su

confesión—. ¿También me has arrebatado esa oportunidad para «salvarme»?

Matías se detiene en seco.

—¿De qué cojones estás hablando? —pregunta, su voz baja, pero cargada de tensión. No es la respuesta que esperaba. Me cruzo de brazos, ignorando el pequeño destello de duda que se enciende en mi pecho.

—No te hagas el tonto —respondo, dejando que el sarcasmo cubra mi irritación—. El puesto en Londres, Matías. Ese que me ofrecieron en Johnson & Co. antes de que desapareciera misteriosamente. Sabía que eras capaz de todo, pero esto... esto ya es demasiado. Manipular mi carrera, bloquear mis oportunidades. Eso ya no es «salvarme», eso es joderme la vida.

Matías se queda quieto, como si estuviera procesando lo que acaba de escuchar. Su ceño se frunce, y por primera vez, noto que realmente no tiene ni idea de lo que estoy diciendo. ¿Es posible que…? No. Me niego a creer que no tuvo nada que ver.

—Marina, yo no hice nada con esa oferta. Te pedí que no te fueras, sí, porque te necesito aquí. Y te lo dije claro. No interferí en nada. Si la oferta desapareció, no fui yo. No soy tan jodidamente inseguro como para sabotear tu carrera de esa forma. Mi intención siempre ha sido darte oportunidades, no quitártelas.

Sus palabras me golpean con una fuerza inesperada. Parte de mí quiere creerle, pero otra parte sigue en guardia, porque Matías nunca deja nada al azar.

—Entonces, ¿no has hecho nada? —pregunto, sintiendo el nudo en mi estómago apretarse.

—No —responde con firmeza—. Joder, Marina, si lo hubiera hecho, te lo diría. No me gusta perder el control, pero no soy un manipulador de mierda. No te haría eso.

Nos quedamos en silencio, enfrentándonos en un duelo de miradas. Está siendo sincero. No hay cálculo, no hay estrategia. Solo hay honestidad. Y eso me descoloca más de lo que esperaba.

—Si no fuiste tú, entonces… ¿quién? —murmuro, más para mí que para él.

Matías no responde. Pero su expresión cambia, se endurece. Lo veo en su mirada. Está tan desconcertado como yo.

—Voy a averiguarlo —dice finalmente, su voz tan seria que no puedo evitar creerle—. Te lo prometo.

Sus palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. Me quedo mirándole, intentando procesar lo que acaba de decir. ¿De verdad no hizo nada? ¿He estado culpándole todo este tiempo por algo que no hizo?

Mierda.

Siento que el suelo bajo mis pies se tambalea. Todo en lo que había creído, toda esa ira, esa rabia, se desmorona frente a mí como un maldito castillo de arena.

Cierro los ojos un segundo, solo un segundo, intentando recomponerme. Pero cuando los vuelvo a abrir, ahí está. Matías sigue mirándome. No ha desaparecido. No se ha esfumado. Su presencia, su mirada... todo sigue intacto, pero está esperando que le acuse, que le suelte alguna de mis pullas para que volvamos al punto de siempre. Pero esta vez no quiero hacer eso.

—Lo siento —murmuro, pero sé que esas dos palabras no son suficientes—. Dios, Matías..., lo siento tanto.

Matías deja escapar una risa seca, ladeando la cabeza con una expresión que mezcla incredulidad y frustración.

—¿Eso es todo? ¿Lo siento? —me espeta—. Después de todo lo que me has soltado, ¿eso es lo único que tienes que decir?

—Matías, yo... es que pensé... —empiezo, intentando encontrar algún tipo de explicación, algo que lo suavice, pero él no me da tregua.

—No. No pensaste, Marina —me corta, con una calma que es mucho peor que si hubiera explotado—. Porque si lo hubieras hecho, me habrías preguntado. Me habrías dado la oportunidad de explicarme. Pero no. Prefieres asumir lo peor de mí, y así me jodes sin sentirte culpable. No soy perfecto, pero tampoco soy el cabrón que te empeñas en ver.

—Lo sé... no del todo al menos. —Levanto la mirada, buscándole la vuelta—. Solo un poco cabrón.

—Con dolor en los huevos, por cierto. Gracias por eso —dice, y aunque su tono es irónico, sé que no está de broma.

—Bueno, tampoco fue solo culpa mía... —murmuro, sabiendo que no tengo ninguna defensa en esto.

Él arquea una ceja, como si me retara a justificar lo injustificable, y el silencio que se instala es tan denso que parece absorber todo el aire de la sala. Ambos sabemos que las palabras se han agotado, pero la tensión sigue creciendo.

—Esta noche. A las ocho. En mi casa —dice, como si acabara de sentenciar algo inevitable.

—Espera... que ahora que hemos aclarado las cosas, ¿de verdad es necesario lo del castigo? —Mi intento de bromear suena patético incluso a mis oídos—. Dios, ¿castigo? Venga, Matías,

eso suena como una amenaza. No vamos a caer en eso, ¿verdad?

Pero él ni parpadea.

—Puedes llamarlo como quieras —responde, con una calma que me hace querer gritar—. Pero esta noche a las ocho, en mi casa. Lo repito porque parece que te encanta ignorar las cosas que te incomodan.

Ahí está, el golpe final. Lo suelta con esa calma que me hace hervir la sangre, como si todo estuviera bajo control. Como si él ya hubiera ganado esta partida y solo estuviera esperando que yo lo admita.

Y lo peor es que, de alguna manera, tiene razón.

27

Cuando tu hija es mejor consejera amorosa que tú

—Lía, en serio, explícame por qué demonios le dijiste a Matías que me hiciera compañía —pregunto, intentando mantener la calma mientras conduzco hacia la casa de su amiga, Aitana. Mi hija está a mi lado, con esa sonrisita de «lo sé todo».

—Porque te gusta —responde sin pensarlo, como si acabara de decir que el agua moja.

Respiro hondo, en parte para no echarme a reír y en parte para no perder el control del coche.

—¿Te he contado alguna vez que las segundas partes nunca fueron buenas? —respondo, tratando de sonar filosófica, mientras doy una vuelta más cerrada de lo normal en la siguiente esquina.

—Eso es una chorrada —contesta Lía, con la velocidad de un rayo—. ¿Y *El Padrino 2*? ¿*Toy Story 2*? ¿O qué me dices de *Mad Max: Fury Road*? Bueno, no es exactamente una segunda parte, pero entiendes la idea.

—Comparar mi vida amorosa con películas taquilleras de Hollywood. Perfecto. El colmo del romanticismo —respondo, sarcástica. Miro de reojo a Lía, quien sigue jugando con su coleta como si estuviera resolviendo los problemas del mundo.

Se parece mucho más a mí que a su padre, y no puedo evitar alegrarme. Tiene mi misma piel clara, con ese toque de melocotón, y sus ojos, grandes y expresivos, son del mismo tono avellana que los míos. Y ahí está, con sus labios apretados en concentración, exactamente igual que yo cuando algo me obsesiona.

«Pobre niña, le ha tocado heredar más de mi genética de lo que seguramente le conviene».

—Es que te gusta, mamá —repite ella, subiendo el tono, como si su diagnóstico fuera infalible—. Y lo más importante, a él le gustas tú. Es matemática pura.

—Oh, claro, porque el amor se basa en algoritmos sentimentales —murmuro mientras mi hija me lanza una mirada que podría desarmar a cualquiera—. A ver, en este momento estás

equivocada. Matías no me gusta nada en absoluto.

Lía se me queda mirando con esos ojitos de «mamá, ya no cuela».

—¿Estás enfadada con él? —pregunta, pero lo hace con esa voz suave, casi condescendiente, como si fuera una terapeuta infantil de Disney.

Dejo caer la cabeza contra el volante «gracias al cielo estamos paradas en un semáforo».

—Sí, no, bueno… ¡No lo sé! —respondo, soltando una risa amarga, pero sabiendo que ella me tiene acorralada. Porque es cierto. No lo sé ni yo.

—Eso ha sido lo más confuso que te he oído decir en la vida —dice, riéndose—. Mira, mamá, si no sabes lo que sientes, probablemente significa que te importa más de lo que quieres admitir. Las segundas partes *pueden* ser mejores si te lo permites.

Aprieto el volante, intentando no reírme. En algún momento, esta niña acabará siendo mi psicóloga, lo veo venir.

—O... significa que necesito unas vacaciones urgentes. En una isla, con cero cobertura —replico mientras detengo el coche frente a la casa de Aitana.

Lía sale del coche y, antes de cerrar la puerta, se asoma para darme su golpe final.

—Tú haz lo que quieras, mamá. Solo recuerda que si Matías te gusta y lo niegas... te lo estás poniendo difícil a ti misma. Y eso no tiene sentido. Parece que tienes miedo y no querrás transmitir esa enseñanza a tu hija, ¿verdad?

La miro mientras se aleja, corriendo, y aunque quiero gritarle que está loca, hay algo en lo que ha dicho que se queda resonando en mi cabeza.

Y mierda, todo el mundo parece tener razón menos yo. ¿Qué demonios pasa conmigo? ¿Tengo miedo? Bueno, ahora mismo, que tengo que poner rumbo a casa de Matías muy consciente de su cabreo y sus ganas de vengarse… Sí, estoy acojonada. Mucho. Porque he visto que tiene una vena muy sádica y no en el sentido: *ay-mírame-mientras-te-quito-la-ropa-lentamente*.

No. Matías no es de los que van a tomarse las cosas a la ligera, ni mucho menos va a dejar que me olvide de lo que le hice en su despacho.

Me quedo un segundo mirando el volante. A ver, vamos a ser honestas. Parte de mí está... cómo decirlo, *entusiasmada* con la idea. Porque, joder, Matías siempre ha sido capaz de ponerme al límite, y sé que, como siempre, no va a quedarse de brazos cruzados. Me va a empujar. A retarme. Y yo voy a acabar metida hasta el cuello en esta guerra de poder que hemos creado.

Pero la otra parte de mí… la que es más sensata y menos masoquista… esa está en plan «¿podemos ir a escondernos debajo de la manta?».

Porque una cosa es el tira y afloja de las últimas semanas, y otra es... esto. Esto va a ser otra cosa, algo diferente. Esta vez no será sutil.

Arranco el coche y empiezo a conducir, mis pensamientos a mil por hora. Cada kilómetro que me acerca a su casa es como si me estuviera lanzando a la boca del lobo y me va a dar algo.

*****

Llego a su casa con el corazón latiendo a un ritmo que no es normal. Me bajo del coche y camino hacia la puerta como si fuera lo más natural del mundo, pero mi cabeza es un caos.

Toco el timbre, y el silencio que sigue se alarga demasiado. ¿No estará en casa? No, claro que está. Está esperándome, y sabe exactamente lo que va a hacer. No es el tipo de hombre que improvisa, pero tampoco el que repite jugadas.

La puerta se abre de golpe, y ahí está. Alto, imponente, con esa expresión que no se molesta en disimular. Cualquier rastro de la calma controlada que suele llevar está completamente desaparecido. Está tenso, pero no de una manera desbocada. No, está contenido. Como una tormenta a punto de explotar.

—Marina —dice simplemente, su voz baja, firme. No hay saludo, ni sonrisa, ni nada que suavice el ambiente. Solo mi nombre, y de la forma en que lo pronuncia, sé que la noche va a ser larga.

Entro sin decir nada, el aire entre nosotros tan cargado que casi puedo sentirlo rozando mi piel. Matías cierra la puerta detrás de mí, despacio, y cuando me doy la vuelta para mirarle, sus ojos ya están clavados en los míos, oscuros, intensos. No hay palabras. Solo silencio.

—Te dije que a las ocho. —Su voz suena como una advertencia, pero no responde a una pregunta concreta. Simplemente me está recordando que esta noche sigue sus reglas. Que él marca el ritmo.

—Y aquí estoy —respondo, intentando sonar más tranquila de lo que realmente estoy. Pero él me conoce demasiado bien como para creérselo.

—Llegas media hora tarde, Marina... —Da un paso hacia mí, y mi cuerpo se tensa en el acto —. Esta vez las cosas no van a ser a tu manera. Esta vez me toca a mí. —Su tono es firme, pero no es cruel.

Y ahí está. Esa chispa que me atraviesa como un rayo. Porque, joder, lo que más me jode de Matías es que cuando se pone así, cuando toma el control de esa manera, no puedo evitarlo. Me siento atrapada y, al mismo tiempo, completamente viva.

Se queda ahí, de pie, mirándome con esa maldita calma que me vuelve loca. Ni un paso más, ni un toque, ni una palabra innecesaria. Simplemente se queda ahí, mirándome como si ya supiera cómo va a terminar todo esto. Y claro, yo también lo sé. Este hombre ha estado esperando este momento desde que lo dejé desnudo y jodido en su despacho, y no va a dejarme escapar tan fácilmente.

—¿Piensas quedarte ahí mirándome toda la noche o…? —suelto, cargada de sarcasmo, tratando de aparentar una calma que está a punto de desmoronarse.

Él sonríe, esa sonrisa lenta y calculada que me hace pensar en todos los planes que seguramente ha estado tejiendo. Luego, como quien no quiere la cosa, saca algo de su bolsillo interior. Una tarjeta. Mierda. Una de esas tarjetas.

«Puedes atar y vendar a la otra persona durante media hora. Tratarás de excitarla, pero no podrá mostrar ninguna reacción».

Levanto la vista hacia él, incrédula, aunque una parte de mí ya sabía que esto no iba a ser una noche cualquiera.

—¿Me estás diciendo que has elegido este reto al azar? —le pregunto, aunque sé la respuesta.

Matías sonríe, esa sonrisa lenta y peligrosa que me atraviesa.

—Te lo dije, Marina. —Su voz es baja, un susurro cargado de esa intensidad que me eriza la piel—. Esta noche se juega bajo mis reglas. Cada vez que reacciones —dice, con una calma que me pone más nerviosa que cualquier amenaza—, responderás una pregunta. Porque hoy quiero respuestas. Y las voy a obtener.

Mierda. Conozco esa mirada. No hay escapatoria. Porque Matías sabe exactamente dónde hacer presión. Y no estoy hablando solo de lo físico. Estoy hablando de que Matías siempre ha tenido la capacidad de leerme, de encontrar esa grieta en mi fachada y aprovecharla para dejarme expuesta. Y lo peor… es que quiero jugar.

—¿Y si no respondo? —pregunto, empujando los límites porque, joder, no puedo evitarlo.

—Lo harás —responde, su mirada fija en la mía, como si no tuviera ni una duda en el mundo —. Confía en mí, Marina. Esta noche, vas a responder a todo.

No puedo evitar un escalofrío, pero también una punzada de adrenalina. Joder, este hombre sabe manejar las cosas, y yo… yo no tengo remedio.

Me coge de la mano, sin decir nada y me lleva escaleras arriba hacia su habitación. No hay luces encendidas, salvo el tenue resplandor de una lámpara en la esquina. El aire es denso, cargado de una electricidad que se mezcla con el suave olor a cuero y madera, con ese toque masculino tan suyo que siempre parece envolverlo todo.

—Cierra la puerta, Marina —dice, en un susurro que me atraviesa de punta a punta.

El sonido de la puerta cerrándose detrás de mí marca el inicio de algo inevitable. Matías me mira, pero esta vez, no hay sonrisa, ni arrogancia. Solo ese brillo peligroso en sus ojos.

Camina hacia mí, lento, disfrutando de cada segundo. Siento el calor de su cuerpo antes de que siquiera me toque, y eso, combinado con el silencio que reina en la habitación, hace que la tensión crezca exponencialmente.

Mi pulso se acelera, y lo sabe. Joder, lo sabe. Este hombre tiene el maldito don de leer cada centímetro de mi cuerpo. No puedo evitar sentir una mezcla de miedo y expectación. Porque sé que este juego no es solo físico. Matías no se conforma con la piel, quiere más. Y yo… yo estoy a punto de dárselo.

—Desnúdate.

No levanta la voz. Ni siquiera suena como una orden. Es la forma en la que lo dice, como si fuera dueño del mundo y a los demás solo nos quedara obedecer lo que me hace seguirle el juego.

Mis manos van a la cremallera de mi vestido, bajándola lentamente. El aire de la habitación roza mi piel expuesta, y siento cómo su mirada sigue cada uno de mis movimientos. No puedo verle ahora mismo, pero sé que no se ha movido. Está disfrutando de la vista.

El vestido cae al suelo, y ahí estoy, de pie en mi ropa interior con esas medias hasta los muslos que sé que le vuelven loco.

—Dime algo, Matías —murmuro, intentando ganar algo de tiempo—. ¿No deberías invitarme a cenar primero?

Una sonrisa ladeada aparece en sus labios mientras camina hacia mí con una calma asesina.

—Yo voy a quedar saciado. Te lo aseguro —responde, su tono tan lleno de promesas que me recorre un escalofrío.

Joder, este hombre es… demasiado.

Sus palabras me calientan, pero no puedo dejar que lo vea. ¿cómo hace siempre esto? Me desnuda sin tocarme y encima tiene el descaro de disfrutar cada maldito segundo. Me mira como si tuviera todo el tiempo del mundo para devorarme. Y lo peor es que lo tiene.

Se acerca lento, disfrutando de mi expectación. Y cuando sus manos finalmente tocan mi cintura, siento su piel caliente, firme, pero controlada. Me desabrocha el sujetador con una precisión que me frustra. ¿Por qué tiene que hacer todo como si lo tuviera dominado al milímetro?

Me empuja hacia la cama con esa mezcla de firmeza y control que siempre me pone a prueba. Me tumbo, el frío, de las sábanas en mi espalda, contrasta con el calor de mi cuerpo. Mis piernas tiemblan ligeramente, y sé que él lo nota. Pero no me da tregua. No Matías.

Saca una cuerda de seda negra del cajón de su mesilla y empieza a atarme las muñecas. La sensación de la cuerda deslizándose sobre mi piel es un recordatorio constante de quién tiene el control esta noche. Me ata los brazos al cabecero de forja. Es delirante, como si hubiera comprado esta maldita cama, pensando en hacer esto y con Matías… nunca se sabe.

Las cuerdas no duelen, pero son lo suficientemente firmes como para que me quede claro que no puedo moverme. Y eso, combinado con el hecho de que Matías está de rodillas, justo encima de mí, con una pierna a cada lado de mi cuerpo, incrementa la tensión.

La venda que coloca sobre mis ojos me sumerge en la oscuridad, intensificando todo lo demás. El calor de su cuerpo cerca del mío, el sonido de su respiración calmada mientras yo intento controlar la mía, la ligera presión de la cuerda en mis muñecas. Todo es más, mucho más.

Siento su mano en la base de mi garganta, firme pero sin apretar. Es un recordatorio: no hay escapatoria. Lo sabe. Yo también lo sé. La anticipación crece en mi pecho y todo mi cuerpo arde con una mezcla de deseo y frustración.

—No te muevas —me ordena, su aliento roza mi oído, provocando un escalofrío que recorre todo mi cuerpo.

De pronto, su boca está sobre la mía, pero no es un beso suave. No. Sus labios son firmes, casi castigándome, como si me recordara todo lo que he hecho mal. Y justo cuando pienso que me devorará de un solo bocado, se aparta. Su mano desciende por mi cuerpo, lenta, deliberada. Cuando llega a mis muslos, los separa de golpe, forzándome a abrirme para él. Mis piernas tiemblan, pero no es por miedo.

—¿Qué vas a hacer...? —comienzo a preguntar, pero su respuesta llega antes de que pueda terminar.

—Recuerda —susurra junto a mi oído—. No puedes reaccionar. Cada vez que lo hagas, te haré una pregunta, y tendrás que responderla. Y créeme, Marina, me vas a responder a todas.

Me muerdo el labio, intentando no decir nada, porque sé que en el momento en que hable, él ganará.

—Lo estás haciendo bien —murmura, como si me estuviera felicitando por no haber cedido aún—. Pero no durará mucho, lo sabes, ¿verdad?

Quiero responderle con algo mordaz, pero entonces se inclina más sobre mí, sus labios rozando el borde de mi cuello antes de deslizarse lentamente hacia abajo. No es un beso, no es caricia, solo ese roce que me deja en el borde de la desesperación.

Siento la presión de la cuerda que me ata a la cama, mi respiración se acelera, pero trato de mantenerme tranquila. No puedo darle la satisfacción de verme ceder tan rápido. Sé que esto es un juego, y aunque estoy atrapada, voy a intentar jugar a su nivel. O al menos, eso me digo.

Su lengua recorre mi clavícula, trazando un camino que me hace temblar bajo su peso. Y cuando llega a mis pechos, cuando su boca se cierra sobre uno de mis pezones, el gemido que escapa de mis labios es inevitable.

Mierda. No he durado ni un minuto.

28

No es una cita, solo me estás torturando con preguntas

Siento cómo se detiene, la humedad de su aliento en mi piel y... la maldita sonrisa que sé que tiene en los labios. El cabrón está disfrutando de esto. Está disfrutando de cada segundo en el que cree que ha ganado. Pero no pienso ceder tan rápido.

—¿Sabes lo que te pasa, Matías? —digo, respirando profundamente, intentando mantener mi tono tranquilo—. Tienes demasiado interés en hacerme hablar.

Siento su risa vibrar en mi pecho, bajo, burlón, pero jodidamente excitante. Me revuelve algo dentro, algo que me tensa y me suelta al mismo tiempo, algo que odio y que adoro a la vez.

—Primera pregunta. —Sus dedos suben lentamente por mis muslos, hasta detenerse peligrosamente cerca de mi sexo, rozando el borde de mis bragas con una caricia apenas perceptible—. ¿Cuántos han estado aquí después de mí, Marina?

Su pregunta me golpea fuerte. No esperaba que fuera por ahí, y mucho menos ahora. Trago saliva, tratando de mantener la calma, pero la sensación de sus dedos deslizando ese roce delicado, torturante, justo sobre el encaje, me pone al borde. Me está arrinconando, haciéndome sentir atrapada entre sus manos y mis propias emociones. No puedo verle, pero siento cómo me observa, esperando, cazando mi reacción.

—Matías, no… —intento desviar la conversación, pero entonces sus dedos apenas se deslizan, solo un toque y mi cuerpo reacciona antes de que pueda evitarlo, arqueando las caderas hacia él en busca de más contacto.

Cabrón. Lo hace a propósito.

—Responde, Marina —insiste, su tono bajo pero firme, sin dejar lugar a dudas. No me dejará escapar de esto.

—¿Estás celoso? —le suelto, intentando mantener la ironía en mi tono, pero la traición de mi respiración entrecortada lo delata.

Él se inclina un poco más, su aliento roza mi oído mientras su dedo sigue acariciando ese borde, lento, constante, provocador.

—Las preguntas las hago yo. —Su voz es baja, grave—. Responde.

—No es de tu incumbencia —respondo, casi con un jadeo y entonces tira de mis bragas hacia abajo y me deja completamente desnuda.

—Te equivocas. Esta noche, todo lo que te concierne, me concierne a mí.

Siento que algo cambia en él, pero no me da tiempo para analizarlo. Sus manos agarran mis piernas, separándolas con fuerza y poniéndolas sobre sus hombros desnudos. El contacto de su piel con la mía, el calor de su cuerpo me electriza.

Mierda, ¿cuándo se ha quitado la ropa?

No veo nada, pero cada segundo con los ojos vendados amplifica cada sensación. No es solo el toque de sus manos, es la tensión de estar completamente expuesta, vulnerable, y a merced de un Matías que no tiene intención de ir con suavidad.

—¿Estás seguro de que quieres escuchar eso? —le provoco, con la respiración entrecortada. Mi cuerpo traiciona a mi mente.

Mi cabeza da vueltas. El calor entre mis piernas me consume, y cuando su aliento apenas roza mi clítoris, no puedo evitarlo. Mi cadera se mueve. Maldita sea.

—Tres —digo finalmente, con la voz apenas en un susurro. Siento cómo mi corazón martillea en mi pecho, como si las palabras me costaran más de lo que esperaba.

Se detiene un segundo. Sé que no esperaba esa respuesta, y aunque no puedo verle, siento la tensión en el aire.

—Tres —repite lentamente, con disgusto.

Sus dientes se clavan en la cara interna de mi muslo, fuertes, despiadados. El dolor es inmediato, pero se mezcla con un placer tan inesperado que no puedo evitar arquear la espalda y gemir.

—Eso es... —dice, con un tono lleno de arrogancia—. Justo lo que quería escuchar.

Cabrón. Mi mandíbula se tensa. Quiero contestar algo mordaz, pero mis pensamientos están borrosos. Su lengua roza el borde de mi clítoris. Con lentitud, su lengua traza una línea deliberada, recorriendo mis pliegues de arriba abajo, cada movimiento lento, meticuloso, como si disfrutara de cada centímetro de mi piel. Siento la presión suave de su lengua en mis labios, trazando círculos que me dejan en un estado de tensión insoportable, como si con cada vuelta mi

cuerpo se acercara más al borde. y, maldita sea, no puedo evitarlo. Mi cuerpo reacciona de nuevo, un pequeño gemido escapa de mis labios. Joder, estoy perdida.

—Segunda pregunta —dice, su voz más baja, más intensa—. ¿Fue suficiente para olvidarme, Marina?

Quiero mentir, lo quiero con todas mis fuerzas, pero la presión en mis caderas aumenta cuando sus labios se cierran alrededor de mi clítoris y empieza a succionarlo con una presión que me desarma. Es como si quisiera arrancarme el control que me queda; se toma su tiempo, jugando con mi cuerpo, haciendo que cada movimiento se sienta como una ola de placer creciente. La presión de sus labios se alterna con el roce suave de su lengua, moviéndose en círculos lentos alrededor de mi clítoris, hasta que me encuentro incapaz de resistirme: mis caderas responden, buscando desesperadamente más contacto, pero él se aparta justo cuando estoy a punto de rendirme.

—No —suelto de golpe, odiando lo fácil que me ha sacado esa respuesta.

Matías sonríe contra mi piel, puedo sentirlo. Está disfrutando cada segundo de esto. Y, joder, mi cuerpo también lo está haciendo.

Esto es lo más excitante que me ha pasado en años. Mis manos tiran de las cuerdas en un inútil intento de liberarme. Quiero tocarlo, quiero detenerlo, quiero que no me deje ir. Todo a la vez. Es frustrante, es jodidamente desesperante.

Sus manos descienden y sus dedos dibujan caminos ardientes por mis muslos, hasta detenerse en mi sexo, rozando apenas, jugando con mi desesperación. Separa los labios con firmeza, abriendo para él y siento el primer contacto de su lengua sobre mi entrada, un gemido se me escapa de los labios; es inevitable. Él se lo toma como una invitación y profundiza, recorriendo el camino hacia arriba y luego descendiendo otra vez, tomando su tiempo.

Siento cómo mis piernas tiemblan sobre sus hombros y cómo el calor sigue subiendo por mi cuerpo. Joder, quiero mantenerme firme, pero su boca, su lengua... Todo lo que está haciendo me está desarmando.

Entonces lo suelta.

—Tercera pregunta —su voz es baja, peligrosa, y las palabras me golpean como una bofetada—. ¿Por qué Sergio? ¿Qué cojones viste en él?

Sergio.

—¿De verdad quieres hablar de esto ahora? —intento zafarme, aunque mi respiración es inestable, entrecortada, porque sé que, si no respondo, su boca volverá a recorrerme como una

maldita tortura sin dejarme terminar.

—Sí, quiero saberlo —dice, y esta vez su voz no suena como una pregunta, suena como una maldita sentencia—. No dejaré que te corras hasta que lo sepa.

Apenas puedo respirar. No puedo pensar en Sergio cuando el único que ocupa cada centímetro de mi mente, de mi cuerpo, es Matías. Pero esa es la jodida realidad, ¿verdad? Nunca fue Sergio. Nunca fue nadie más. Era solo el eco de lo que Matías dejó cuando se fue.

—Sergio… —digo, y me interrumpo cuando siento cómo uno de sus dedos empieza a explorar lentamente la zona entre mi sexo y mi entrada trasera, trazando círculos que envían un torrente de sensaciones completamente nuevas. La intensidad me invade; siento cómo todo mi cuerpo responde, anticipando un placer desconocido. Desliza la punta de su dedo por el borde de mi piel, entre mis nalgas, sin penetrar, solo rozando y masajeando y un suspiro se me escapa, traicionándome—. No era tú —suelto de golpe, y mi voz suena tan rota como me siento.

Matías se detiene.

Por un segundo, la habitación se queda en silencio. No sé si me mira, si está procesando lo que acabo de decir, pero todo parece congelado. Siento cómo su respiración se acelera contra mi piel, y esa pequeña pausa me desarma más que cualquier palabra que pudiera soltarme ahora mismo.

—Eso ya lo sé —dice al final, su tono bajo, lleno de una confianza que siempre me ha vuelto loca—. Pero no responde a mi pregunta.

Su boca desciende de nuevo, lenta, como si saboreara mi desesperación, alternando entre presión y succión, mientras su dedo presiona suavemente en mi orificio anal. La sensación es extraña, nueva, pero lejos de hacerme retroceder, mi cuerpo responde, como si cada célula estuviera esperando este toque inesperado.

Con delicadeza, su dedo empieza a abrirse paso, apenas entrando, solo la primera falange. La presión es suave pero firme, y el contraste con su boca en mi sexo me hace perder la cabeza. Matías sigue, aumentando ligeramente la presión, como si quisiera que todo en mí se concentrara en cada movimiento de su lengua y de su dedo. Es como si hubiera encontrado la forma de desarmarme por completo.

La combinación de todo esto—el roce de su lengua, el toque sutil y controlado de su dedo—me consume por completo, llevándome a un lugar que nunca imaginé.

Joder, ya no me pertenezco. No ahora. No con él.

—Porque… —Mi voz se quiebra, las palabras se arrastran, ahogadas por el placer que me

recorre—. Porque necesitaba algo que fuera completamente distinto a ti.

Es una confesión rota, vacía, porque la verdad es que nadie podría ser tan distinto a él como yo necesitaba. Pero Matías no se detiene. Su lengua continúa devastándome, lenta y tortuosa, dejando un rastro de calor que quema, que consume.

Cada palabra que intento sacar es un reto imposible. Mi cuerpo ya no sigue a mi mente. Su boca crea un camino de destrucción que me ahoga en una mezcla de deseo y desesperación.

—Algo… algo sencillo, predecible —jadeo, intentando ganar el control de una conversación que ya no me pertenece—. Algo que no me desmoronara como tú lo haces.

Se detiene de golpe. Su aliento roza mi piel, cálido, dejando una huella húmeda sobre mi sexo mientras recupero el aire. Puedo sentir el peso de su risa antes de que se forme del todo, burlona, satisfecha. Sabe que me tiene.

La sonrisa que adivino en sus labios es la de alguien que disfruta de un triunfo premeditado. Como si este maldito juego estuviera diseñado solo para que yo pierda.

Y la verdad es que nunca tuve posibilidades. Nunca las tuve. No con él. No cuando sus manos son las que deciden cuándo y cómo pierdo el control, cuándo exploto y cuándo me contiene, como si mi placer le perteneciera.

Y sigue sin darme tregua.

De repente, me da la vuelta, con una brusquedad que me arranca un jadeo sorprendido. La sensación de sus manos fuertes en mis caderas, controlando cada movimiento, me hace perder toda ilusión de control. Levanta mi cuerpo con una facilidad insultante y coloca una almohada debajo de mi abdomen, alzando mi culo hacia él.

Mi respiración se acelera antes de que siquiera lo vea venir.

Y entonces, sin advertencia, siento sus dedos penetrándome con una fuerza implacable en mi sexo.

Grito. No puedo evitarlo. El dolor y el placer se mezclan en una explosión de sensaciones que me desborda. Sus dedos se mueven dentro de mí, rápidos, firmes, implacables, y mi cuerpo responde sin permiso, arqueándose hacia él, buscando más a pesar de todo.

—¿Por qué me dejaste, Marina? —pregunta, su voz grave y cerca de mi oído, llena de una oscuridad que me deja sin aliento—. ¿Por qué? Quiero la verdad. ¿Te cansaste de esperarme? ¿De mí?

Su mano sigue castigando mi cuerpo con cada embestida, y no puedo mantenerme quieta, mi

cuerpo se mueve, cada músculo tensado, cada fibra reaccionando a lo que me hace. No puedo pensar, no puedo respirar. Solo puedo sentir.

Intento aferrarme a algo, a cualquier control, pero me está destruyendo poco a poco. No puedo evitar reaccionar.

—Te fuiste. Y no podía soportarlo. La distancia… me mataba.

Sus dedos se detienen, pero solo por un momento. Puedo sentir su mirada sobre mí, aunque no puedo verle. Está pensando en mi respuesta, lo sé. Y eso me pone aún más nerviosa.

Siento el calor que emana de él cuando se inclina sobre mí, y de repente, me doy cuenta de que está completamente desnudo. Su sexo duro, caliente, roza mi nalga, y un escalofrío recorre mi columna. No puedo evitarlo. Muevo un poco más mis caderas hacia él, buscando, necesitándolo entre mis piernas, ansiando sentirle dentro de mí. Pero antes de que pueda encontrar lo que busco, su mano firme se posa en mi cintura, deteniéndome.

Joder. Sabe lo que quiero, pero no me lo va a dar tan fácilmente.

—No tan rápido —murmura con voz profunda.

Lo siento moverse, despacio, su cuerpo rozando el mío, hasta que la punta de su polla roza mi clítoris, una caricia tan ligera que me hace temblar. Mis músculos se tensan, mi respiración se corta, y un gemido escapa de mi garganta sin permiso.

Se desliza hacia mi entrada, solo un poco, provocándome. Estoy desatada, cada fibra de mi cuerpo grita por él, lo quiero dentro de mí, ya, ahora. No puedo contenerlo más. Ya no me importa reaccionar, ya no me importa deshacerme. Solo quiero que me tome, que me destruya de una vez.

—Dámelo... —susurro, mi voz cargada de deseo, de desesperación—. Matías, por favor...

Pero él no cede. Se detiene justo en el borde, negándomelo de nuevo. Su erección se desliza despacio sin entrar, burlándose de mi deseo, mojándose con mi excitación. Siento la presión, el calor, el peso de lo que podría tener dentro de mí, pero me niega. No me lo va a dar sin más, no hasta que le dé lo que él quiere primero. Esto es un juego, pero uno que ambos sabemos que él controla por completo.

—No hasta que me lo digas todo, Marina. Lo que sientes, lo que temes... lo que has querido ocultarme todo este tiempo.

Su voz me atraviesa como un cuchillo, y el nudo en mi pecho se aprieta más. No puedo escapar de esto. Lo quiero tanto, pero él va a hacer que me rompa antes de darme lo que deseo.

—Empieza por algo fácil —murmura—. ¿Cuántas veces pensaste en mí, Marina? ¿Cuántas veces te arrepentiste de haberme dejado ir?

Su polla resbala de nuevo por mi sexo, frotándose con una lentitud tortuosa contra mi clítoris. El calor me sube por el vientre, mis caderas se alzan, buscando más contacto, más fricción. Pero él no me lo da. Solo juega. Solo tortura.

—No te lo voy a decir... —susurro, más para desafiarle que por otra cosa.

Pero la verdad está ahí, escondida, lista para salir, y Matías sabe que tarde o temprano me desmoronaré.

Él siempre lo sabe.

—Claro que no lo vas a decir —dice, con una calma que me hace temblar, su polla sigue rozándome, rozando el borde de mi entrada sin entrar del todo.

—Tú ya me habías dejado antes. —Mi voz tiembla entre jadeos—. No iba pasar mucho tiempo antes de que te olvidaras de mí allí.

Matías se detiene, su respiración se vuelve más pesada, pero su mirada puedo sentirla quemándome, esa intensidad que siempre me ha desarmado.

—¿Olvidarte? —susurra, su voz baja, cargada de ironía y algo más—. Sí, claro, olvidarte tan fácilmente, que después de estos años sigo pensando en ti. Pero tú siempre piensas lo peor de mí, ¿verdad? Como ahora... ¿Por qué cojones haces eso, Marina? ¿Por qué?

Las palabras me golpean. Trato de sostenerme a algo, pero todo lo que he estado evitando parece desmoronarse en este mismo instante. No puedo más.

—Porque... —Mi voz se quiebra. Las lágrimas se escapan sin pedir permiso—. Porque siempre estoy esperando que me falles para tener una maldita excusa, para poder decir que tenía razón. Para poder alejarme de ti y no sentir más.

—¿Razón? ¿En qué?

—En que nunca fui suficiente para ti y en cualquier momento te darías cuenta y me dejarías.

La habitación se inunda de silencio. El tipo de silencio que te hace sentir cada palabra con más peso.

Luego lo noto moverse a mi alrededor, pero no puedo verle, todavía tengo los ojos vendados. Pero entonces, siento sus manos, más suaves de lo que esperaba sobre mí. Me da la vuelta con cuidado, y me desata. Cuando me quita la venda, el mundo vuelve a mí. Ahí está él, arrodillado frente a mí, completamente desnudo, su piel cálida, su erección apuntando hacia su abdomen,

pero lo que realmente me golpea es la expresión en su rostro.

No es furia. Es algo mucho más profundo.

Me quedo mirándole, sin poder contener las lágrimas. Estoy rota, y él lo ve. No intento esconderlo. No puedo. Matías no dice nada, pero no se aparta. Se queda allí, observándome, con esa paciencia que no creo merecer.

—Estaba aterrada —confieso, entre sollozos—. Siempre he tenido miedo. De que me destrozaras, de que me dejaras rota. Y... supongo que pensé que, si me adelantaba a eso, si te culpaba de todo, no tendrías la oportunidad de hacerlo tú. Si te alejaba primero, entonces no podrías despedazarme.

Las palabras salen atropelladas, casi sin sentido, pero no me importa. Solo quiero que me entienda.

—Marina... —empieza a decir, pero le interrumpo. Necesito sacar esto de mí antes de que sea demasiado tarde.

—Siempre lo sentí, Matías. Desde el primer momento. Esa duda que nunca se iba, como una sombra. Y cuando te fuiste… todo se confirmó para mí. Pensé que te ibas porque había algo en mí que no estaba a la altura, algo que no podía darte. Y esa idea se instaló en mi cabeza, haciéndome creer que en cualquier momento, cuando realmente me vieras, te alejarías sin mirar atrás. —Hago una pausa, tragando el nudo que se forma en mi garganta—. Cada vez que intento olvidar esa sensación, vuelve, como un susurro insistente que no me deja respirar. Porque, a veces, estoy convencida de que me sostienes entre tus manos, sabiendo que podrías destrozarme en un segundo. Y eso... eso me aterra.

La habitación se queda en silencio. El silencio más brutal que he sentido en mi vida. Matías me mira, sus ojos están cargados de algo más que deseo o furia. Algo que duele.

—Joder, Marina... —murmura, llevándose una mano al pelo, despeinándolo con frustración —. Nunca he querido hacerte daño. Nunca. Y si te fuiste pensando que no eras suficiente... Dios, eso me mata. Porque siempre lo fuiste todo para mí. Más que suficiente.

Cierra los ojos como si necesitara un segundo para recomponerse, y cuando vuelve a mirarme, veo que ha procesado cada una de mis palabras.

—Sé que soy un tipo lleno de fallos. Nunca fui el hombre perfecto, y lo sé. Pero lo último que quise, lo último, fue hacerte sentir menos de lo que eres. —Su voz baja, pero la intensidad sigue ahí, ardiendo—. Y si alguna vez lo hice... entonces soy un maldito imbécil. Porque siempre fuiste tú quien me sostenía, quien me daba fuerza, incluso cuando yo mismo no la tenía. Y si

alguna vez te viste pequeña a mi lado, no fue porque lo fueras. Fue porque yo no tuve el valor de mostrarte que te necesitaba tanto como tú a mí. Pero créeme, Marina... —Hace una pausa, un suspiro que parece darle fuerza—. Soy incapaz de dejarte. No puedo. Si no, ¿por qué crees que estoy aquí, ahora?

Y ahí lo tengo. La verdad desnuda. Siempre fui suficiente, pero nunca me permití creerlo.

—Lo siento —repito, mi voz rota, pero esta vez con más fuerza—. Lo siento tanto. No eras tú el que me hacía sentir menos... era esa sensación constante de que tú... eras demasiado para mí. Como si no importara cuánto intentara acercarme, yo... simplemente nunca me sentí a tu altura.

Matías se inclina hacia mí, sus manos tiemblan levemente cuando rozan mis mejillas, secando las lágrimas que siguen cayendo. No me aparta. No se aleja. Me mira con esa intensidad que me rompe en mil pedazos, pero también me reconstruye.

Es como si, por fin, estuviéramos viéndonos realmente. Sin más defensas.

—Mírame, aquí estoy. Y puede que sea un idiota, y te lo reconozco, lo soy. Pero si algo tengo claro es esto: eres lo único que me importa. Lo único que ha conseguido mantenerme despierto cada jodida noche pensando en lo que hice mal, en cómo te fallé, en por qué te dejé marchar. Y la verdad, Marina, es que no sé cómo hacerlo bien, no tengo ni idea. Mi mayor temor era que me necesitaras menos de lo que yo a ti. —Se pasa una mano por el pelo, frustrado—. Pero dejarte… No sé cómo dejarte. Nunca he sabido. No sé vivir sin ti, aunque a veces me dé miedo reconocerlo.

Su cercanía, sus palabras, su manera de desnudarme emocionalmente con esa brutal honestidad, me desarman.

—Así que, si estás esperando que te falle, que te dé una excusa para largarte y no mirar atrás, te vas a quedar esperando. Porque no lo voy a hacer. —Su pulgar roza mi mejilla, apartando una lágrima que ni siquiera sabía que había caído—. Te fallé una vez, y me he arrepentido cada maldito día. Pero esta vez, no. Esta vez no me voy a ir.

Se inclina aún más, su rostro a milímetros del mío, su aliento cálido chocando contra mi piel.

—Así que dime, Marina… ¿qué demonios quieres que haga? Porque si me pides que te deje en paz, lo haré. Pero, joder, si te quedas conmigo, te prometo que haré lo que sea, lo que haga falta, para que nunca vuelvas a dudar de lo que eres para mí.

Me quedo mirándole, sintiendo el peso de todo lo que ha dicho. Siento como si el suelo se hubiera movido bajo mis pies, como si una verdad que siempre había evitado estuviera ahora

delante de mí, imposible de ignorar. Es él. Siempre ha sido él.

Ahí lo pierdo. Todo.

Me inclino hacia él, mi boca buscando la suya en un beso que no tiene dulzura. Es crudo, urgente, lleno de todo lo que hemos contenido durante años. Le devoro, porque no sé hacer otra cosa. Necesito más, lo necesito todo.

Su lengua encuentra la mía, el calor de su piel se funde con la mía, y todo en mí arde. Mis manos buscan su cuerpo, aferrándose a su espalda mientras él me devora a mí también, nuestras respiraciones entrecortadas, jadeos que llenan la habitación.

Se coloca entre mis piernas, y su polla, que había empezado a relajarse con la conversación, vuelve a cobrar vida, dura, caliente. No hay prisa en sus movimientos, lo que solo hace que todo sea más insoportable, más real. Su piel, ardiente, se mezcla con la mía, y cuando baja la mirada, veo algo que me hace arder por dentro. No es lujuria desmedida. Es deseo, sí, pero también es necesidad. Es el maldito reconocimiento de que, después de tanto tiempo, ambos estamos aquí de nuevo. Juntos.

—Mírame. —Su voz es baja, rasposa, como si apenas pudiera controlar el temblor en sus palabras.

Lo hago. Le miro directamente a los ojos, perdiéndome en ellos. Es como si el tiempo se hubiera detenido. No puedo respirar, no puedo pensar. Solo siento. Y entonces él entra en mí, despacio, milímetro a milímetro, como si ambos quisiéramos memorizar cada segundo de esto. Cada momento.

Mis piernas rodean su cintura, y mis manos, aún temblorosas, se aferran a su nuca. Lo siento todo: el calor de su piel contra la mía, el peso de su cuerpo, la forma en que su sexo se adentra en mí, llenándome por completo, como si estuviera reclamando un lugar que siempre le ha pertenecido. Es tan lento, tan íntimo, que me cuesta contener el aire.

No hay gemidos. Solo nuestras respiraciones entrecortadas.

—Nunca dejé de quererte. Ni siquiera cuando intenté olvidarte —confieso, mi voz quebrada, mi cuerpo temblando bajo el suyo.

Matías se mueve dentro de mí, pero no hay urgencia, solo una presión constante, profunda, que me envuelve por completo. Su mano se desliza por mi mejilla, apartando los mechones de pelo que caen sobre mi rostro, y siento cómo su mirada se clava en la mía. Estamos viéndonos de verdad, por primera vez en años.

Sus caderas se mueven, poco a poco, y siento cómo cada movimiento me arrastra más cerca

del abismo, pero no quiero apresurarme. Este momento no es solo sexo. Es la reconexión de algo más grande que nosotros, algo que habíamos perdido y que estamos recuperando a través de cada embestida lenta y deliberada.

Me aferro a su espalda, mi cuerpo tensándose con cada movimiento. No quiero que esto acabe, pero también lo quiero todo.

—No pares... —susurro, mi voz rota, y cuando lo hago, veo un destello en sus ojos, algo que me deja sin aliento.

Matías me mira como si también lo sintiera. Como si él tampoco pudiera parar, pero supiera que no puede apresurar este momento. Esto no es una simple descarga de deseo. Es algo más. Lo sabemos los dos.

Su cuerpo presiona contra el mío, más fuerte esta vez, pero no hay violencia en el gesto. Solo una conexión profunda, una que nos obliga a quedarnos ahí, atrapados en este vaivén lento, íntimo, como si ambos estuviéramos volviendo a casa después de mucho tiempo.

Y entonces lo siento. Todo. Siento la presión de su polla engrosándose dentro de mí, sus venas latiendo contra mis paredes, y mi cuerpo responde automáticamente. Mi pelvis se tensa, buscando tenerlo aún más cerca, más profundo, como si mi propio cuerpo estuviera pidiendo más.

Él lo siente también. Lo sé porque su respiración se vuelve más pesada, más errática. Se inclina un poco más, su pecho aplastando el mío, su boca rozando mi cuello mientras sigue moviéndose, esta vez con más intensidad. Sus manos se aferran a mis caderas, guiando mi cuerpo contra el suyo. Es como si ambos estuviéramos sincronizados, como si todo en mí respondiera a él.

—Así, Marina… no pares —murmura contra mi oído, y esa orden me hace vibrar por dentro.

Y entonces lo hago. Mi pelvis se arquea, se tensa, buscando que cada embestida sea más profunda, más intensa, queriendo sentir cada centímetro de él. Los sonidos que salen de mi garganta ya no los puedo controlar, cada respiración entrecortada es una respuesta a lo que él me está haciendo.

Sus movimientos se vuelven más rápidos, más fuertes, y siento cómo sus manos recorren mi cuerpo, una se desliza por mi abdomen, baja hasta encontrar mi clítoris, y cuando lo roza, no puedo evitar que un gemido alto se me escape.

Matías sigue embistiéndome, su cuerpo chocando con el mío, pero lo que realmente me tiene al borde del maldito abismo son sus dedos, que no paran de jugar conmigo. Cada vez que sus

dedos masajean mi clítoris, el mundo se comprime en ese único punto, y no puedo controlar los gemidos que salen de mi boca.

Intento mantener algo de control, pero es inútil. Su ritmo es tan preciso, tan malditamente calculado, que me está destruyendo por dentro.

—Joder, Matías... —susurro, sintiendo cómo la presión en mi bajo vientre se acumula, lista para explotar—. Voy a… no puedo más.

Su risa baja me enciende aún más. Esa risa de cabrón que siempre ha tenido, como si supiera que al final él es quien gana. Pero no me importa. Porque lo que me está haciendo ahora es más de lo que puedo soportar, y lo sabe.

—Pues no pares, Marina… sigue reaccionando —gruñe, mientras acelera el ritmo de sus dedos en mi clítoris.

El placer me atraviesa como un relámpago, y cuando finalmente me rompo, es como si todo lo que soy estallara en mil pedazos.

—Mierda… —jadeo, sintiendo cómo mi cuerpo se rinde ante él, sin poder contener nada más.

Y justo cuando siento que mi propio orgasmo está a punto de romperme por completo, Matías se tensa. Un gruñido grave y ronco sale de su garganta, y lo siento correrse dentro del preservativo, su cuerpo apretándose contra el mío en una explosión de placer tan poderosa que es como si el mundo entero dejara de existir por un segundo.

Mis paredes se contraen alrededor de él, aferrándose a su polla mientras los dos nos dejamos llevar por ese último momento, jadeando, sudando, completamente entregados el uno al otro.

Se queda así, un segundo más, todavía dentro de mí, aún temblando, hasta que poco a poco empieza a relajarse, bajando la intensidad. Su mano sigue en mi clítoris, pero esta vez sus dedos solo rozan suavemente, como si quisiera calmar el fuego que ha provocado.

Nos miramos, sin decir nada, pero hay algo en su mirada, algo profundo y sincero.

—Llevo siglos sin sentir esto, Marina —murmura, su voz ronca, cargada de verdad. Sus palabras me golpean de lleno, haciéndome estremecer—. Joder, aquí estamos y necesito más. —Su frente se apoya en la mía, su cuerpo todavía temblando por lo que acabamos de compartir.

No hay arrogancia en su voz, solo algo crudo, real. Y, joder, sé que lo está sintiendo tanto como yo. Sus manos siguen en mi piel, sus dedos trazando círculos suaves, casi como si no quisiera que esto acabara.

—Esto... tú... —intento hablar, pero las palabras no salen como deberían. Me muero por soltar alguna broma, algo sarcástico que nos devuelva a nuestro terreno, pero no puedo. No quiero. Este es nuestro momento, uno que no puedo perder.

Y en lugar de eso, simplemente me aferro a él, sin necesidad de decir más.

29

Debería odiarte... pero qué pereza

Estoy tumbado en la cama, con Marina dormida a mi lado. Sus respiraciones suaves llenan la habitación mientras mi mente sigue dando vueltas, incapaz de desconectar. Hace horas que acabó todo, pero aquí estoy, despierto, con una maldita sensación de inquietud que no me deja en paz.

La he escuchado hablar, llorar, romperse frente a mí de una forma que nunca me imaginé. Y ahora, después de todo lo que me ha dicho, todo lo que ha salido a la superficie, no puedo dejar de pensar en lo que realmente significa. Marina siempre ha sido la mujer fuerte, valiente, la que nunca se doblega, la que se ríe en la cara del miedo. O al menos eso es lo que ella quería que todos pensáramos.

Y me lo tragué. Como un jodido imbécil, me lo creí todo.

Pero esta noche, por primera vez, he visto lo que hay detrás de esa fachada. La verdad que ha estado escondiendo todo este tiempo. Todo ese miedo, esa inseguridad que viene de un lugar más profundo de lo que me había imaginado.

No es solo por mí. Nunca lo fue.

Es como si la imagen que tenía de ella se hubiera hecho añicos y, al mismo tiempo, se hubiera vuelto más real, más cruda. Y joder, la entiendo. Sé de dónde viene todo esto. Porque cuando me ha contado sobre el miedo a no ser suficiente, a fallar, no era solo por nosotros. No era solo por lo que pasamos cuando me fui. Es más antiguo. Más arraigado.

Y la respuesta está ahí, clara como el día: su madre. Esa mujer que siempre esperaba más, que nunca la celebraba cuando lo hacía bien, pero que estaba al acecho para señalarle cualquier fallo, por pequeño que fuera. Y su padre... ausente, como si su hija no fuera lo suficiente importante como para ganarse su atención.

Eso la jodió. Lo veo ahora. Pero me lo ocultó todo este tiempo. Y claro, lo disfrazó bien, con su sarcasmo y su forma de enfrentarse al mundo, como si nada le afectara. Era una maldita coraza. Una máscara que ha sabido llevar a la perfección.

Pero ya no puede esconderse más.

Miro su rostro en la penumbra, relajado ahora, como si el peso que llevaba encima se hubiera desvanecido por unas horas. Y pienso en todo el maldito tiempo que he pasado pensando que lo tenía todo bajo control. Que la conocía de verdad. Pero la realidad es que solo había visto lo que ella quería que viera.

Me doy cuenta de que, en parte, he hecho lo mismo que su madre. No le he dado espacio para equivocarse, para ser vulnerable, para no ser perfecta. Siempre esperaba que Marina fuera la fuerte, la que podía con todo.

Me fui a Estados Unidos, persiguiendo mis propios sueños, sin darme cuenta de que la estaba dejando sola a merced de todos esos demonios que nunca dejó que viera.

«Nunca fui suficiente para ti», me ha dicho.

Y, joder, eso me ha destrozado.

No puedo evitar sentirme como un capullo. Pensaba que yo era el único con cicatrices, con miedo a fallar. Que mis decisiones habían sido lo correcto, que era lo mejor para los dos. Pero ella estaba luchando una batalla que yo ni siquiera veía, mientras yo me dedicaba a construir mi vida lejos, creyendo que ella estaría bien. Que ella podría con todo, porque es Marina. Y claro, siempre puede con todo, ¿no?

Qué ciego he estado.

Me paso una mano por el pelo, frustrado. Miro el techo, pero no veo nada. Solo oigo sus palabras rebotando en mi cabeza, como un eco que no se va. «Siempre estoy esperando que me falles. Para poder decirme que tenía razón. Para alejarme y no sentir más».

La inseguridad de Marina siempre ha estado ahí, pero ella me la escondió tan bien que nunca lo vi venir. No lo vi hasta que fue demasiado tarde, hasta que la empujé a ponerme a prueba una y otra vez. Y fallé.

Miro hacia ella otra vez, dormida, tan diferente de la mujer que todos ven. No tengo ni puta idea de cómo arreglar esto. No tengo ni idea de cómo demostrarle que puede confiar en mí, que no la voy a dejar caer otra vez.

Pero una cosa tengo clara: no voy a dejar que ese miedo la controle más. Y, joder, no voy a dejar que nos controle a los dos.

No me iré a ninguna parte esta vez. No importa cuántas veces me empuje o cuántas veces intente demostrar que no es suficiente. Porque lo que me ha dejado claro esta noche es que la

única persona que necesita convencerse de que lo es... es ella.

Y, joder, voy a asegurarme de que lo entienda.

Me inclino sobre ella, mi mano rozando suavemente su mejilla. No se despierta, pero murmura algo en sueños, como si aún estuviera atrapada en sus propios pensamientos. La beso en la frente.

Lo cierto es que me gusta esta Marina más real, más humana, más accesible... Y, joder, mi cuerpo también la reconoce. Solo con el roce de sus piernas entre las mías, mi polla ya se pone dura de nuevo. No puedo evitarlo. No quiero evitarlo.

Deslizo la mano por su muslo, acariciando su piel suave, mientras ella se mueve ligeramente, aún medio dormida, pero sé que me siente. Me inclino, dejando un beso en la curva de su cuello, y siento cómo se estremece bajo mi toque. Sé que está despierta. Y sé que lo quiere tanto como yo.

Con una leve presión de mis manos, la giro suavemente hacia mí, pero no la dejo completamente de espaldas. La coloco de lado, con una pierna suya sobre mi cadera, de manera que puedo verla, disfrutar de sus expresiones mientras la tomo. Coloco una almohada bajo sus caderas, levantando su cuerpo lo suficiente para que su entrada quede perfectamente alineada conmigo. Sus piernas se abren, ofreciéndome el acceso que ambos queremos.

La miro a los ojos mientras mis dedos acarician sus muslos, recorriendo el camino que lleva hacia su sexo, que todavía está mojado con los restos de nuestros encuentros anteriores. Esa humedad me calienta aún más, saber que está lista para mí, que sigue excitada por mí.

—¿Otra vez? —murmura, con esa sonrisa que es un desafío, aunque sé que lo está deseando tanto como yo.

—Otra vez... —respondo, mi voz baja, casi un gruñido, mientras mis dedos empiezan a acariciar su clítoris con suavidad—. Porque no puedo evitarlo. Y sé que tú tampoco.

Mis dedos siguen jugando en su sexo, sintiendo la forma en que se retuerce ante mi toque. Sé lo que le gusta, lo que la vuelve loca. Siempre ha sido así. Ninguno de esos tres imbéciles que tuvo después de mí lo entendió, pero yo sí. Sé cómo hacerla temblar. Sé que le encanta que le acaricie el clítoris mientras la penetro. Y estoy seguro de que ellos no lo supieron. Nadie la conoce como yo.

Mi polla está tan dura que me duele, pero me tomo mi tiempo. Quiero que ella también se desespere. Cuando por fin acerco mi erección a su entrada, resbalo despacio, dejando que la punta apenas la roce. Ella me mira, mordiendo su labio inferior, con los ojos brillando de deseo.

Sin preservativo esta vez. Me lo ha permitido, me ha dicho que toma la píldora y ya no hay barreras entre nosotros lo que me vuelve aún más loco.

Ella mueve sus caderas moviéndose hacia mí, buscando más contacto, pero yo sigo en mi maldito juego. Empujo un poco más, justo lo suficiente para que me sienta, pero no del todo.

—Mierda... Matías... —jadea, su voz entrecortada—. No me hagas esperar...

Me inclino hacia adelante, mis labios rozando los suyos mientras me deslizo por completo dentro de ella, despacio, sin prisa, pero lo suficientemente profundo como para que ambos gimamos al mismo tiempo. El calor de su cuerpo me envuelve, y joder, la siento tan bien. Tan húmeda, tan apretada. Perfecta.

—Siempre me ha vuelto loco lo mojada que te pones... —le susurro contra el oído, mientras mis dedos encuentran su clítoris de nuevo, comenzando a masajearlo lentamente.

Ella resopla, sus ojos se cierran por un segundo mientras su cuerpo se arquea hacia mí, empujando sus caderas para que la llene por completo. Empiezo a moverme, despacio al principio, con cada embestida controlada, pero mi mano sigue trabajando en su clítoris, haciendo que se tense más y más.

Al principio, mis movimientos son lentos, explorando su reacción, sintiendo cómo ese pequeño punto se vuelve cada vez más sensible, casi latente bajo la presión de mis dedos.

Mis dedos se deslizan alrededor de su clítoris, notando cómo la piel ahí es especialmente delicada, casi como seda bajo mi tacto. La sensación es tan intensa y palpable que parece que podría comunicarme con ella solo a través de esos pequeños movimientos, captando cada cambio en su respiración, cada pequeño espasmo de placer que recorre su cuerpo. La humedad que la envuelve facilita mis caricias, y eso también aumenta la sensación, el deslizamiento suave, los círculos que hago y que la llevan al borde.

Cada vez que aprieto ligeramente, que cambio el ritmo o la presión, su cuerpo me lo dice todo: un gemido, un suspiro, una contracción que me confirma que estoy tocando justo donde debo, que la tengo atrapada en un placer que parece hecho a medida y luego noto que se endurece ligeramente y aumento la presión.

—Joder, Matías... —susurra, su voz rota por el placer—. No pares...

Mis caderas se aceleran, y la sensación de tenerla así, tan vulnerable y entregada, me desborda. Cada embestida es más intensa que la anterior, y siento cómo sus paredes se ajustan alrededor de mí, su cuerpo respondiendo con esa desesperación que siempre me ha vuelto loco.

Sus gemidos llenan la habitación, su respiración cada vez más rápida, más entrecortada. Mi

mano en su clítoris no para, y puedo sentir cómo su cuerpo empieza a temblar. Sé que está cerca, que está a punto de romperse.

—Eso es...—gruño, sintiendo cómo el placer me arrastra a mí también.

El sonido de sus gemidos, la manera en que me aprieta por dentro, cómo sus caderas se arquean hacia mí con cada embestida... todo eso me arrastra con ella. La veo, completamente entregada, y no hay nada más que me importe en este momento.

Ella se corre primero, su cuerpo se tensa por completo, su espalda arqueándose mientras su orgasmo la sacude y no puedo aguantar mucho más.

Mis dedos siguen jugando con su sexo, alargando su placer mientras sigo embistiéndola, cada vez más rápido, hasta que finalmente yo también me dejo ir, vaciándome dentro de ella, sintiendo cómo mis músculos se tensan y el placer explota en mi cuerpo.

Me quedo quieto un segundo, dentro de ella, sintiendo cómo ambos respiramos juntos, aún temblando por lo que acabamos de compartir. La beso suavemente en el cuello, disfrutando de la sensación de su piel caliente bajo mis labios.

Y entonces lo suelto sin querer, sin pensar, como un auténtico gilipollas:

—Ojalá Lía fuera mía.

El silencio que sigue es brutal. La tensión en el aire cambia de inmediato, como si todo lo que acabamos de construir, todo el calor y la intimidad, se congelaran en un segundo.

Siento cómo su cuerpo se tensa bajo el mío, sus manos que antes se aferraban a mis brazos ahora se sueltan, y maldigo por dentro porque sé que he metido la pata hasta el fondo.

—¿Qué...? —susurra, su voz cargada de una mezcla de incredulidad. No me atrevo a mirarla a los ojos. Mierda.

Me quedo callado, porque no sé cómo arreglarlo. No era mi intención soltarlo así. Y mucho menos ahora. ¿Qué coño me pasa?

Me aparto de ella, rodando hacia un lado en la cama, pero la sensación de vacío me golpea inmediatamente. Ella se incorpora lentamente y yo solo puedo quedarme ahí, deseando que el puto suelo me trague.

—¿Matías? —pregunta, casi sin creérselo, pero el sarcasmo en su tono no lo suaviza. Lo empeora.

Claro que lo sé. Pero no debería haberlo dicho. No ahora, no así. Pero, joder, la quiero. A las dos. Y no lo había planeado, pero lo siento, lo siento de verdad. Y no puedo retractarme de

lo que siento.

—Joder, Marina, no lo dije con mala intención. Es solo que... Lía es increíble. Es lista, es divertida, y cada día que paso con ella... no puedo evitar pensar que... debería haber estado ahí. Que... me gustaría que fuera mi hija y no de él. —Las palabras salen atropelladas, sin filtro, como si el nudo en mi pecho me obligara a soltarlo todo de una maldita vez.

Ella se queda en silencio, mirándome como si no supiera cómo reaccionar. Y yo tampoco sé qué más decir.

—Un padre biológico no hace a un padre de verdad —dice, con una firmeza que me cala hondo—. Un padre es alguien que se queda, que cuida, que escucha y que, por encima de todo, ama sin condiciones. Y tú... —me mira con una mezcla de ternura y determinación—, tú puedes ser eso para ella. Si lo quieres.

Es como si me hubiera ofrecido el mundo, pero de una forma tan simple y natural que casi no puedo procesarlo. ¿De verdad me está diciendo esto? Marina, que siempre ha sido tan independiente, tan cuidadosa con su hija, me está dando la oportunidad de formar parte de sus vidas de una manera que nunca imaginé.

Y la verdad es que quiero. Lo quiero más de lo que puedo admitir.

Me vuelvo hacia la mesilla, donde vibra el móvil, y lo cojo de mala gana. El reloj marca las siete de la mañana. ¿David no descansa nunca? Joder. Abro el mensaje con un suspiro, rezando para que sea algo que pueda esperar, pero entonces lo leo, y la sangre se me congela.

David: *Nadia se ha quedado con el puesto de Marina en Londres.*

Lo sabía, joder. Lo veía venir desde hace semanas. La muy hija de puta se ha aprovechado de la situación y les habrá vendido la moto. Nadie mejor que ella para manipular y engañar. Pero lo que más me jode no es eso, sino el hecho de que ahora tengo que decírselo a Marina. Justo ahora, cuando por fin estamos aquí, juntos, después de tanto tiempo tirando cada oportunidad por la borda.

El cabreo empieza a subirme por las venas, como si una chispa hubiera prendido fuego a todo. Esto no es solo una jugada sucia. Es personal.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Dudo un segundo, porque esto va a dolerle. Pero no soy de los que esconden las cosas, y menos a ella. Así que suelto el aire y le digo:

—El puesto de Londres... —empiezo, tratando de mantener la calma—. Se lo han dado a

Nadia.

Veo cómo sus ojos se abren de golpe. La incredulidad, la decepción, todo en su rostro es como un maldito puñal directo a mi estómago.

—¿Qué? —su voz suena ahogada, como si no pudiera creer lo que está oyendo.

—Nadia ha jugado bien sus cartas. Seguramente les vendió una historia perfecta, y se ha quedado con tu puesto —respondo, apretando la mandíbula. Me da igual Nadia, lo que realmente me importa es cómo esto la va a afectar a ella—. Pero... puedo hacer algo al respecto. —Mis palabras salen antes de que me dé cuenta, pero sé que es lo que tengo que hacer—. Si realmente quieres ese trabajo, puedo hablar con ellos. Decirles lo que de verdad pasa. Puedo hacer que el puesto sea tuyo, Marina.

Ella parpadea un par de veces, como si no pudiera procesar lo que acabo de decirle. Se queda en silencio, mirando hacia el techo y mi cuerpo se tensa mientras espero su respuesta. Veo el conflicto en sus ojos, esa lucha interna entre lo que quiere y lo que se siente obligada a hacer.

—No quiero que te vayas —admito finalmente, soltando el aire que no sabía que estaba conteniendo—. Pero no voy a ser yo quien te detenga. Si ese puesto significa algo para ti, si crees que Londres es donde debes estar, te ayudaré a conseguirlo.

Joder, claro que no quiero que se vaya, pero tengo que darle esa opción, aunque me esté matando por dentro.

Noto cómo ella respira, cómo procesa cada una de mis palabras. Y estoy al borde de un maldito abismo esperando a que ella decida si saltar o no.

—¿Y si quiero quedarme? —Su voz es tan baja, tan cargada de incertidumbre, que me desarma por completo.

—Si decides quedarte… —digo, tragando el miedo que me atenaza la garganta—, entonces haré que valga la pena, Marina. No habrá una sola razón para que te arrepientas.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que estoy diciéndole la verdad más grande de todas. Porque si se queda, voy a luchar por lo nuestro a muerte.

—Debería irme. Eso es lo que haría una mujer segura de sí misma y centrada en su carrera… —me dice Marina, y noto la ironía en su voz, como una maldita cuchilla afilada, lista para cortar lo que sea. Está ahí, como siempre, retándome, empujándome, probando mis límites.

La miro. Es tan jodidamente astuta. Siempre lo ha sido, escondiendo sus miedos detrás de

ese sarcasmo que la hace parecer invulnerable. Pero la conozco demasiado bien, sus ojos me cuentan una historia completamente distinta.

—Claro, vete entonces —le respondo, mi voz cargada de ese tono burlón que tanto la jode —. Seguro que a Londres le encantaría una versión tuya completamente segura de sí misma. Solo asegúrate de llevar tu sarcasmo a prueba de bombas, no sé si allí lo entenderán.

Marina se ríe, pero es de esas risas cortas, sin llegar a reírse del todo. Me está tanteando, buscando mi reacción.

—Oh, tranquilo, Matías. Mi sarcasmo tiene un adaptador internacional —replica, con esa sonrisilla de «me encantas y te odio» que siempre me deja malditamente desarmado.

—Ya. Pero Londres no está preparado para ti. Demasiado gris, demasiado aburrido. Y tú... —Me inclino un poco hacia ella, bajando la voz, pero manteniendo mi mirada fija en sus ojos—. Tú no estás hecha para el gris, Marina.

—¿Y para qué estoy hecha entonces, Matías?

—Para mí, si quieres ser honesta de una vez —le digo, sin pensar demasiado en las consecuencias.

Ella parpadea, como si no hubiera esperado esa respuesta. Y lo entiendo. No estoy jugando según sus reglas, no esta vez. Porque no me da la maldita gana de seguir este juego en el que siempre acaba por salir corriendo. Me inclino más cerca, mis labios casi rozando los suyos, pero sin tocarla.

—El problema, Marina, es que no quieres admitir lo que realmente quieres. —Mis palabras son suaves, pero llevan toda la intención detrás—. Si quisieras irte, estarías ya haciendo las maletas. Pero no lo estás, ¿verdad? No puedes. Porque estar aquí, conmigo, te importa más de lo que quieres reconocer.

Ella se queda en silencio, pero sus ojos... Joder, esos ojos. Me miran como si quisiera arrancarme la piel, pero al mismo tiempo, no puede evitarlo. Está atrapada en esta maldita guerra que hemos construido juntos. Y me encanta que lo esté. No hay nadie que sepa jugar a esto como ella.

—Te das demasiada importancia, Matías —dice, su voz un poco más baja, más cargada de emoción de lo que quiere que yo note.

—Sabes que, si te vas, estarás dejando esto atrás. Y no puedes soportarlo. No puedes soportar la idea de que este sea el final de nuestra historia.

Sus ojos me atraviesan, llenos de rabia, de deseo, de todas esas emociones que nunca admite sentir.

—Eres un idiota —susurra, su voz cargada de frustración, pero también de algo más.

—Un idiota que siempre va a estar aquí, jodiéndote la cabeza —le digo, con una sonrisa lenta.

Marina se inclina hacia mí, su aliento chocando con el mío, pero no hay suavidad en sus movimientos. Me mira como si quisiera golpearme, pero sé que lo que realmente quiere es algo mucho más jodido.

—Debería odiarte... por arrogante —murmura, su voz temblando ligeramente mientras su mano se mueve hasta mi nuca, aferrándose a mí.

—Lo sé. Deberías. Pero no puedes. Igual que no puedes irte.

Y ahí está. El silencio más tenso de todos, el que precede a la explosión que activará su decisión. Y pese a mi seguridad, no tengo ni idea de qué hará.

30

Exploración casual... No espionaje, obviamente

No es que esté espiando. Vamos a aclarar eso de entrada. Solo estoy… explorando. Porque claro, me he quedado sola en la habitación de Matías mientras él hace gala de sus dotes culnarias haciéndome el desayuno y la maldita caja del vestidor lleva llamándome la atención desde la primera vez que la vi.

Siempre la tiene bien cerrada, como si fuera un maldito tesoro o, peor aún, algún oscuro secreto que no quiere que vea la luz. Y claro, mi mente se va a los sitios más ridículos: ¿será una caja con porno? ¿Algún fetiche raro? Lo que sea, el caso es que no he dejado de pensar en ella. Y ahora que tengo la oportunidad, joder, ¿cómo no iba a aprovecharla?

Me acerco al vestidor, y ahí está, en su sitio. Debería dejarlo estar, lo sé. Pero, cuando una caja cerrada te mira con esos ojitos de «ábreme», una simplemente no puede resistirse.

Lo curioso es que no tiene ningún candado ni cerradura ni nada por el estilo. Solo está cerrada herméticamente, como si el propio Matías hubiese confiado en que nadie más se atrevería a abrirla. Y claro, ese es el mayor error que ha cometido en su vida. Bueno, igual eso es exagerar un poco.

Toco la tapa con los dedos, sintiendo un pequeño escalofrío. Estoy nerviosa. Lo admito. Y eso ya es una puta locura, porque ¿quién se pone nerviosa por una caja? Pero algo en mi estómago me dice que lo que hay dentro no es cualquier cosa.

La abro lentamente, y lo primero que veo son fotos.

No fotos normales, no. Son fotos nuestras. Matías y yo. Fotos de cuando estábamos juntos hace años, cuando todo era diferente, más simple. Joder, no me acordaba de que existían estas fotos.

Las cojo con cuidado, una tras otra, recorriendo momentos que hemos vivido juntos: la vez que fuimos a Edimburgo, la noche en que nos colamos en aquel evento porque no teníamos invitación y acabamos bailando solos en medio de una sala vacía, y luego, una foto en la que estoy durmiendo.

Siento un nudo en la garganta. ¿Cuándo sacó esta foto? Estoy en su cama, en su casa antigua, envuelta en las sábanas, con una expresión tan tranquila que casi no me reconozco. ¿Es eso lo que veía él?

Dejo las fotos a un lado y encuentro algo más. Cartas. Cartas amontonadas como si hubieran sido escritas y guardadas en un ataque de duda o miedo.

Dudo si leerlas o no, pero claro, ¿a quién quiero engañar? Abro la primera, ya que lleva mi nombre.

Escrita de su puño y letra. La letra de Matías, que siempre ha sido tan limpia y ordenada como él. Las esquinas están arrugadas, como si hubieran sido dobladas y desdobladas un millón de veces.

Marina,

Es de madrugada aquí, y por alguna razón, necesito escribirte. El apartamento es un agujero de paredes grises, libros de mierda que no leo y gente a la que no le importo. Nadie aquí sabe realmente quién soy, y lo peor es que yo tampoco.

No puedo seguir mintiéndome: te dejé ir porque era incapaz de soportar lo que venía. No pude imaginarme viéndote alejarte poco a poco, mirarte y saber que te estaba perdiendo. Me creía fuerte, creía que podía estar sin ti. Pero la verdad, Marina, es que no tengo ni idea de cómo hacerlo. Todo lo que me define, todo lo que he conseguido... nunca ha valido una mierda sin ti.

Me dije que era por tu bien, que era lo mejor para los dos, lo que tú necesitabas en ese momento. Pero la verdad, y joder, nunca te la he dicho, es que soy un cobarde. Un idiota que se ha aferrado tanto a su orgullo y sus metas que fue capaz de dejarte para no enfrentarse a sus propios miedos. Me he repetido que algún día todo esto tendrá sentido, que me entenderás y que yo mismo sabré cómo seguir adelante sin ti. Pero aquí estoy, Marina, solo y atrapado, aún pendiente de un «nosotros» que creí que era inquebrantable.

Sigo con mis clases, con mis trabajos interminables, construyendo este maldito futuro que pensé que me daría respuestas. Pero nada importa. Nadie se acerca a lo que tú eras para mí. Y ni siquiera te escribo esperando que vuelvas, ni buscando redención. No. Solo quería que lo supieras, porque la verdad es que no puedo más con este silencio.

Te dejé ir y, sin embargo, aún no sé cómo he sido tan imbécil. Y joder, Marina, me haces falta. Me haces una jodida falta.

Matías

La carta en mis manos pesa como una maldita tonelada. Porque, ¿quién era este Matías, roto, vulnerable, que se desmoronaba en el silencio de su habitación? Nunca me lo imaginé así, nunca me lo permitió. Siempre pensé que había sido él quien decidió irse, quien eligió su futuro por encima de nosotros. Creí que el gran Matías Hunter había seguido adelante sin titubear, con una vida perfecta y bien planificada. Pero esta carta... joder, esta carta es otra historia.

No puedo dejar de leer. Abro la siguiente carta.

Hoy te he visto. No eras la misma que antes estaba a mi lado, pero eras tú, sí, la que sigue ocupando todos mis malditos pensamientos. Eras tú, con otro. Con... él. Y con el bebé. ¿Sabes lo que sentí cuando vi esa escena? Sentí que me habían arrancado algo que ni siquiera sabía que me faltaba. Algo que llevaba meses vacío. Ver a ese crío en tus brazos fue como si alguien me dijera: «Matías, ya no eres necesario».

Luché contra esa mierda de pensamiento todo el camino de vuelta, diciéndome que tú tenías derecho a rehacer tu vida, incluso si lo hiciste en cuanto me marché sin decírmelo, que lo que pasó entre nosotros ya no importa. Pero no es verdad. Joder, no lo es. Importa todo. Tú, él, ese bebé... Todo eso significa que ya no hay espacio para mí. Y lo peor es que no te culpo. No puedo. ¿Cómo podría culparte por seguir adelante cuando fui yo el que te dejó marchar?

Pero te vi. Te vi sonreírle a él como me sonreías a mí, y algo en mí se rompió. Ya no sé si estoy enfadado contigo, con él o conmigo mismo. Probablemente conmigo. Porque siempre me jodo la vida cuando se trata de ti. Y verte... verte así, como si hubieras encontrado algo mejor, algo que yo nunca te di... Marina, me mató. Y ni siquiera lo sabes.

Me duele. Duele leer esto. Porque, claro, yo tampoco seguí adelante tan fácilmente. Solo lo intenté. Pero Matías... No puedo olvidar que, si yo decidí irme, fue porque él me dejó antes, y no me dio ninguna señal de que yo le importara tanto como lo hace aquí. Yo no tenía ni idea de que estaba viviendo este infierno mientras yo trataba de sobrevivir a mi manera.

Abro la siguiente carta, y es como si estuviera leyendo un diario de un hombre al que no conocía del todo.

Hoy he intentado que otra me gustara. Una idiotez, lo sé. Porque no importa lo que haga, todas las comparo contigo. Joder, creo que me has jodido para siempre. ¿Cómo es posible que siga obsesionado con alguien que me dejó atrás? Alguien que rehízo su vida, que tiene un hijo que no es mío... Y, sin embargo, no puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de comparar cada gesto, cada sonrisa, con las tuyas. Es como si nada fuera suficiente, porque la puta verdad es que nadie será tú. Y odio esa mierda, porque me hace sentir que estoy atrapado en un maldito ciclo interminable. Un ciclo en el que te quiero, te odio, y vuelvo a quererte otra vez.

Hoy salí con una chica que se parece a ti. Una estupidez. Pero lo hice. Me reí de sus chistes, la miré como si fuera lo que buscaba, y en mi cabeza todo el tiempo estabas tú. Te odio por esto. Te odio porque no puedo olvidarte, porque no puedo reemplazarte. Y cada vez que creo que empiezo a avanzar, algo me recuerda que tú existes, que sigues ahí, jodiéndome la vida incluso cuando no lo intentas.

Hoy debería haber sentido algo. Pero no sentí nada. Porque, joder, ¿cómo se supone que se siente algo por alguien que no eres tú?

Siento que me cuesta respirar. ¿Cómo no me di cuenta de todo esto? Es como si cada una de estas cartas hubiera sido un grito silencioso que nunca tuve oportunidad de oír. Matías siempre pareció tan... indestructible.

Sigo leyendo.

Han pasado años. Y sigo igual. Hoy me he dado cuenta de que lo que más temo no es no volver a verte, sino que cuando lo haga, ya no signifique nada.

Esa es mi mayor pesadilla. Porque, aunque he intentado seguir adelante, aunque me he esforzado en hacer todo bien, la verdad es que no he sido capaz del todo, como una mesa a la que siempre le faltará una pata y no es capaz de mantener el equilibrio.

Sigo al tanto de dónde trabajabas, de tu éxito, de lo brillante que eres. He observado desde la distancia cómo te has abierto camino. Y créeme, he intentado mantenerme alejado. Joder, lo he intentado. Pero ya estoy cansado de jugar al indiferente. Y hoy, después de darle mil vueltas, he llegado a la idea más estúpida y obsesiva de todas. Porque, claro, comprar la empresa de mierda en la que trabajas suena a una locura de manual. Lo sé. Pero lo peor es que no lo estoy haciendo por razones comerciales. A quién quiero engañar.

Lo hago por mí. Por la estúpida necesidad de tenerte cerca. De poner todo tu talento al servicio de un proyecto en el que ambos podamos trabajar. De crear algo contigo, aunque sea de manera profesional. Y, sí, puede que esto me haga parecer un tipo enfermizo y demente, pero no puedo soportar la idea de no tenerte a mi lado. Y, de alguna forma, este es mi último intento de aferrarme a lo que fuimos. O, mejor dicho, a lo que podríamos haber sido si no me hubiera convertido en este imbécil que dejó que te fueras.

La verdad es que me doy asco por escribir esto. Por ser ese hombre que no puede dejar de aferrarse a una fantasía del pasado. Pero no soy capaz de soltarla. Y, la verdad, Marina, es que ya no sé quién soy sin ti.

Cierro la carta, mis ojos llenos de lágrimas. Todo este tiempo, he sido una idiota. He creído

que era la única que sufría, la única que estaba rota. Pero Matías... él ha estado igual de jodido. Solo que lo escondió mejor.

Me quedo sentada, rodeada de cartas, fotos y recuerdos, sin saber qué hacer. Porque ahora, más que nunca, sé que Matías no es solo el hombre que dejé. Es el hombre que nunca me dejó ir del todo.

La puerta del vestidor se abre de golpe, y su figura llena el marco de la puerta. Me encuentro ahí, sentada en el suelo, con sus pensamientos más íntimos esparcidos a mi alrededor. Me ha pillado.

—¿Qué demonios haces? —Su tono está cargado de preocupación, pero hay algo más en sus ojos, algo vulnerable, algo que jamás habría mostrado a propósito—. Llevo un rato llamándote.

Y luego veo la manera en que su mirada se desplaza de las cartas a mis manos temblorosas. Me ha pillado invadiendo su intimidad como una maldita cobarde, abriendo las puertas que él había mantenido cerradas durante años.

—Matías... —susurro, sin tener ni idea de cómo explicar lo que siento en este momento. Mi voz tiembla tanto como mis manos—. Lo siento.

Su mirada se oscurece, y algo se endurece en su rostro. Da un paso más hacia mí, cada músculo de su cuerpo tenso, como si estuviera esperando un golpe. Sus labios se aprietan en una fina línea, pero lo que realmente me desarma son sus ojos. Están llenos de algo que no puedo descifrar del todo. ¿Dolor? ¿Miedo?

—¿Sientes haber leído eso? —Su voz es baja, casi un susurro, pero cargada de una tensión que me atraviesa—. Las cartas... —murmura, y su voz suena más suave, más vulnerable—. Son tuyas, Marina. Siempre lo han sido. —Hace una pausa y luego añade, como si no pudiera evitarlo —. Nunca me enfadaría por eso. Están escritas para ti. Cada una de esas palabras fue para ti. O ¿lo que sientes es descubrir que lo mío contigo no es normal, que no puedes darme lo que quiero de ti?

Me levanto del suelo, mis piernas temblando, el corazón a punto de estallar. Y entonces lo digo, sin filtros, sin dudas.

—No me voy a ir.

Matías frunce el ceño, su mirada va de las cartas a mí, sin comprender del todo.

—¿Qué?

Respiro hondo. Este es el momento.

—He leído todo esto... —digo señalando las cartas con la cabeza—. Y lo entiendo ahora. Entiendo lo que hemos perdido, lo que hemos hecho. Pero, Matías, no me voy a ir. No me voy a Londres. No voy a huir de ti otra vez.

Su rostro se endurece, como si estuviera esperando otra trampa, otro giro, pero no hay nada más. Solo la verdad. Siento la urgencia de que me crea, porque esta vez es real.

—¿Te quedas? —pregunta, con la voz rota, como si esas dos palabras fueran demasiado para él.

Asiento, mordiéndome el labio, luchando por contener las lágrimas.

—Sí, Matías. Me quedo contigo. Me quedo porque es lo único que quiero, lo único que siempre he querido.

Y entonces su mirada cambia. Desaparece la dureza, el miedo, y en su lugar aparece algo que me rompe por completo. Él da un paso hacia mí, me coge por la cintura y, sin más, me envuelve en sus brazos. Su abrazo es fuerte, desesperado, como si me hubiera estado esperando toda la vida.

—No sabes lo que es oírte decir eso —susurra contra mi pelo, su voz temblando, al borde de quebrarse—. No sabes lo que significa, Marina.

—Sí, lo sé —respondo, enterrando mi cara en su cuello, dejando que mis lágrimas se mezclen con su piel.

Nos quedamos así, abrazados, con los restos de nuestro pasado esparcidos a nuestro alrededor, pero con la certeza de que este es el comienzo de algo nuevo. Matías me abraza como si nunca fuera a soltarme. Y yo, por primera vez en años, me permito sentirlo todo. Porque lo que siempre había temido ya no importa.

Esta vez, me enfrento a mis miedos y sea lo que sea que venga, lo superaré, así que mejor ni lo pienso.

Y con ese pensamiento, lo beso. Pero no es un beso de pasión desenfrenada. Es suave, lento, lleno de promesas. Y cuando nuestras bocas se separan, me mira como si estuviera viendo la única cosa que siempre quiso y que por fin ha conseguido.

31

Éxito, egos y un Matías que impone (demasiado)

La feria en Lisboa es un éxito rotundo. Mi idea de la experiencia inmersiva cautiva a todos los asistentes. Veo cómo los inversores se agolpan, ansiosos por más información, y no puedo evitar sentir una chispa de orgullo. Lo hemos conseguimos. Lo he conseguido. Todo el trabajo, las noches sin dormir, las discusiones con Matías… han valido la pena.

Y después de todo este éxito, no puedo evitar pensar en Nadia, probablemente mordiéndose las uñas en Londres tras haber perdido su puesto. No hizo falta que Matías interviniera. Con su propia incompetencia, la primera semana que estuvo allí ya perdió un cliente clave, y seguramente está viendo nuestro éxito desde lejos, sumida en su propio desastre.

Este logro no es solo nuestro, es un recordatorio de que el talento y la dedicación siempre brillan por encima de los que prefieren avanzar pisoteando a los demás, creyendo que con intrigas y juegos sucios pueden llegar más lejos. Porque al final, esa gente se cae sola. Y hoy, Nadia lo sabe mejor que nadie.

A lo lejos, veo a Eva. Su disgusto es palpable desde aquí. Sus ojos se clavan en Javier mientras él se pavonea, como si todo el éxito fuera suyo. Ella sacude la cabeza con esa expresión que siempre tiene cuando ve algo que no soporta. Pero entonces, algo cambia en su cara, y de repente sus ojos se abren como platos. Sigo su mirada, y ahí está Matías, caminando hacia mí.

Eva me lanza una mirada rápida, y sé lo que está pensando. Todo el mundo en la empresa ya lo sabe, aunque nadie lo diga en voz alta. Lo nuestro no es ningún secreto, y que estemos compartiendo habitación en el Bairro Alto Hotel en Lisboa es la confirmación definitiva para todos.

Aun así, Matías sigue imponiendo ese respeto que solo él sabe generar. Con su presencia imponente, sus palabras calculadas, y esa mirada fría que podría atravesar a cualquiera, es de esos hombres que dan miedo, pero que al mismo tiempo atraen como un imán. Para Eva, Matías sigue dando terror.

Javier no sabe lo que se le viene encima. No voy a negar que es un buen comercial, tiene ese

don para vender hasta una piedra, pero su ego no cabe ni en el stand de la feria. Lo peor es que no solo está vendiendo la idea, sino que también está tratando de venderse a sí mismo… especialmente delante de las mujeres.

Veo cómo coquetea con una de las ejecutivas de un inversor importante, lanzándole una sonrisa encantadora, de esas que él cree irresistibles.

Perfecto.

Matías se detiene justo a nuestro lado, y la manera en que mira a Javier es una mezcla perfecta entre desdén y diversión. Puedo ver la tormenta que se está formando detrás de esos ojos.

—Javier —comienza a decir, con una voz tan suave que es casi peligrosa—. ¿Por qué no le explicas a la señorita cómo surgió la idea de la inmersión? —La sonrisa en sus labios no es más que un velo fino que oculta algo mucho más afilado—. Seguro que le encantaría escuchar los detalles... ya que tú estuviste presente en todas las etapas del desarrollo, escuchando con atención, ¿verdad?

Javier parpadea, confuso.

—Oh, sí, claro... bueno, Marina Blanco fue quien...

—Exactamente. —Matías no le da tiempo ni para respirar—. Marina es la que creó todo esto. Tú solo... bueno, lo decoras, ¿no?

El pobre Javier se queda helado, su cara pierde color, y yo tengo que morderme el labio para no soltar una carcajada. Matías no tiene rival cuando se trata de poner a alguien en su lugar. Y lo mejor es que lo hace con una gracia casi... hermosa.

*****

Después de que los inversores se marchan, me quedo al lado de Matías, sintiendo cómo me invade una satisfacción que va más allá de lo profesional. Lo miro de reojo, notando la tensión que todavía está en su cuerpo. Algo más está pasando. Y cuando se gira para mirarme, lo veo en sus ojos: está a punto de lanzarme alguna pulla.

Se queda mirándome un segundo, como si estuviera debatiendo internamente. Luego, finalmente, suelta la pregunta con la misma sutileza con la que un toro entra en una cacharrería.

—¿Por qué lo mantienes en tu equipo? —me pregunta, con esa calma peligrosa que le caracteriza.

Levanto una ceja, fingiendo no entender.

—¿Javier? ¿Te refieres a él?

—Sí, Javier —responde, y el modo en que dice su nombre, con un tono cargado de desdén, me hace sonreír internamente—. Exactamente, ¿qué te aporta? Además de... bueno, tú dirás.

Puedo notar el leve brillo de celos en sus ojos, pero está jugando bien sus cartas, no lo va a mostrar tan abiertamente. No todavía.

—Decora bien el stand —le respondo, manteniendo mi tono lo más neutral posible, sabiendo que lo estoy provocando. Disfruto demasiado este juego—. ¿O te referías a que él mismo es el elemento decorativo?

—No, no es eso. —Se inclina ligeramente hacia mí, y su mirada es tan intensa que hace que me falte el aire—. Lo que me resulta molesto no es su capacidad decorativa, Marina. Es que tiendes a caerte en su regazo, y él parece estar muy complacido con eso.

Arqueo una ceja. Ah, claro. Esto es por aquella vez. No me lo creo ni yo, pero decido seguirle el juego.

—Eso solo fue una vez, Matías —le digo, poniéndome a la defensiva de manera teatral.

—Una vez es suficiente. —Su voz baja un poco más, cargada de sarcasmo y algo más profundo, algo que me atraviesa—. Sobre todo, porque él se está tomando demasiadas libertades desde entonces. Y no me gusta cuando sonríe... así.

Ah, ahí está. La chispa de celos que estaba esperando sin filtros.

—¿Así cómo? —le pregunto, con una sonrisa maliciosa—. ¿Cómo si fuera un tipo interesante? Así que te parece atractivo. No tenía ni idea.

Matías me mira fijamente, sin cambiar su expresión, pero puedo ver cómo su mandíbula se tensa un poco. Esto se va a poner interesante.

—No —responde con esa calma letal que me encanta—. No me resulta atractivo en absoluto. Me resulta molesto. Muy molesto. Sobre todo, porque parece disfrutar demasiado cada vez que estás cerca. Y tú lo sabes.

—Matías... —Me acerco a él, provocadora—. No te pongas así. Javier es solo un chico... que decora bien, como tú has dicho, pero también sabe vender y hacer bien su trabajo.

.

—Solo espero que esa decoración no te guste más de lo que debería. —Su tono sigue siendo

controlado, pero el fuego detrás de sus palabras me atraviesa. Y sí, es como un pequeño choque de egos, pero también de voluntades. Ninguno de los dos cederá fácilmente.

Doy un paso más cerca, desafiándole.

—¿Así que te resulta molesto? —le pregunto, levantando una ceja—. ¿O simplemente estás... celoso?

Matías me estudia en silencio por un momento antes de responder, su mirada oscureciéndose aún más.

—No es celos —murmura, inclinándose para que su rostro esté a solo centímetros del mío —. Es territorialidad. Y hay una gran diferencia. Javier puede coquetear todo lo que quiera, pero cuando se trata de ti, prefiero que la atención esté donde debe estar.

—¿Dónde? —pregunto, levantando una ceja.

—Conmigo, Marina —dice, inclinándose un poco más cerca, su voz cargada de esa calma peligrosa que tanto me atrae—. Donde siempre ha estado.

Mi sonrisa se ensancha. No puede evitarlo, aunque intente parecer racional y en control, Matías también tiene ese punto de vulnerabilidad.

—Si esto es una especie de intento en el que me recuerdas que te preocupo más de lo que admites... —digo, acercándome un poco más a él—. Te diré que funciona.

—Funciona, ¿eh? —susurra, su voz ahora casi un murmullo que me atraviesa—. Bueno, esta noche podemos hablar más sobre eso. Pero ya te aviso que va a ser una conversación larga... y práctica.

Y, joder, sé que esta noche será intensa.

Matías es tan jodidamente impredecible. En la superficie, parece el tipo de persona que siempre tiene un plan, que sabe exactamente lo que está haciendo. Pero en el fondo… en el fondo está lleno de contradicciones. Matías es una tormenta contenida en un frasco.

Sé que toda esta charla sobre Javier es solo un juego para él. En el fondo, no está celoso de verdad. Matías es demasiado seguro de sí mismo para eso. Sabe que lo que tenemos entre nosotros va más allá de los coqueteos inocentes. Pero también sé que está herido por otras cosas. Porque si algo no puede soportar, es la idea de que no confío en él por completo. Es algo que lo ha perseguido desde que nos volvimos a encontrar, como si esperara que en cualquier momento yo lo dejara fuera de nuevo.

Es un estratega nato. Siempre está diez pasos por delante, calculando cada movimiento. No

es un maniático del control, pero lo suyo es más peligroso, más profundo. Porque Matías no quiere controlarlo todo, pero sí necesita saber cómo reaccionar cuando las cosas se descontrolan a su alrededor. Y cuando se trata de mí… bueno, ahí es donde pierde el norte.

Cuando se fue a Estados Unidos, se transformó en alguien exitoso, admirado. Pero siempre supe que, por dentro, seguía luchando. Lo vi en sus ojos la primera vez que nos reencontramos: ese brillo de alguien que ha triunfado en lo profesional, pero que en lo personal está en crisis. Matías tiene heridas que nunca se cerraron del todo, esas que lo descontrolan cuando me tiene cerca. No lo demuestra con súplicas o desesperación, no. Lo suyo es sarcasmo, comentarios mordaces, como si intentara protegerse detrás de una barrera de humor, como yo.

Me doy cuenta de que, en el fondo, Matías sigue siendo el hombre que nunca me dejó ir. Y eso nos ata de una forma bestial. Es algo que va más allá de lo físico, más allá de cualquier explicación lógica. Nos unen lazos que no tienen sentido, que son casi imposibles de romper. A veces me da la sensación de que son cuerdas invisibles, como si, sin importar cuánta distancia pongamos entre nosotros, siempre acabáramos enredados de nuevo.

Algo más oscuro, más profundo, que no se puede escapar ni ignorar. Es como si, incluso cuando lo intentamos, no supiéramos existir el uno sin el otro y ninguno de los dos ha sabido manejarlo bien. Nos conocemos demasiado bien, y al mismo tiempo, hemos aprendido a escondernos el uno del otro. Pero ahora que estamos aquí, de vuelta en este maldito tira y afloja, siento que todo lo que hemos evitado está a punto de estallar.

Sé que no parece sano ni normal. Pero tampoco lo quiero normal. Nunca lo he querido fácil, no con él. Con Matías, lo que nos define es la intensidad. La tensión constante que nunca desaparece. Es un incendio que arde lento, pero nunca se apaga. Y la verdad es que no quiero que lo haga. Porque si lo hiciera, si todo se volviera tranquilo y predecible… ya no seríamos nosotros.

32

Una proposición indecente

Estamos en la habitación del Bairro Alto Hotel, uno de los lugares más exclusivos de Lisboa. El lujo del lugar lo envuelve todo, desde las sábanas suaves hasta las enormes ventanas que ofrecen una vista impresionante del río Tajo, las calles empedradas del barrio de Chiado brillan bajo la luz de las farolas, y una brisa cálida se cuela ligeramente desde la terraza privada. El hotel combina un diseño contemporáneo con toques clásicos que recuerdan la historia de Lisboa, con una atención al detalle que es imposible de ignorar. El suelo de madera bajo mis pies emite un crujido suave cuando me giro para enfrentarme a Matías.

—Lo he hecho genial y tengo derecho a pedirte lo que quiera —digo, intentando mantener una expresión neutral mientras lo miro desde la cama. La luz tenue del cuarto resalta el brillo en su mirada, pero sé que él ya está tramando algo. Matías nunca se queda quieto, ni mucho menos, sin un plan en mente.

—Eso no lo discuto —responde, acercándose lentamente hacia mí—. Pero hay algo con lo que no estoy del todo satisfecho.

Le doy una mirada incrédula, levantando una ceja. Matías no puede simplemente felicitarme sin añadir su pequeña dosis de drama.

—Ah, ¿sí? —lo provoco—. ¿Vas a decirme que mi idea de la experiencia inmersiva no fue perfecta?

—Oh, no —dice, deteniéndose justo frente a mí, tan cerca que su aliento cálido roza mi mejilla—. La idea fue brillante, Marina. Como siempre. —Juguetea con su móvil, sus dedos se mueven lentamente sobre la pantalla, haciéndome pensar que está buscando algo específico—. Pero… —su voz baja un poco y sus ojos se oscurecen con esa intensidad que siempre me desarma—. Fuiste demasiado agradable con Javier. Eso no me gustó.

Resoplo, rodando los ojos.

—Eso solo es una excusa para que yo haga lo que a ti te dé la gana, Matías.

—¿Me estás llamando tramposo? —pregunta, con una sonrisa peligrosa.

—Sí, claro que sí.

Matías se ríe bajo, casi burlón, y saca su móvil de nuevo, como si buscara algo específico.

—Vale, como no tengo las tarjetas aquí… —dice, levantando el móvil—, podemos hacer algo igual de interesante. Buscaré algo por aquí… —Hace una pausa, sus ojos brillando—. Lo tengo. Elige un número del uno al diez y veremos qué toca.

Le lanzo una mirada de sospecha, pero mi curiosidad ya está despertada.

—Vamos, Matías, ¿de verdad crees que soy tan inocente?

—Tic tac, tic tac —murmura, fingiendo estar aburrido—. Me da la sensación de que te estás acobardando, Marina.

Le lanzo una mirada desafiante, alzando el mentón.

—Nueve.

Matías mira su móvil, y la sonrisa que cruza su cara me dice que estoy a punto de meterme en un lío, uno muy placentero, pero un lío, al fin y al cabo.

—Interesante elección —dice, su voz baja cargada de promesas—. El nueve es… un 69. Pero —se inclina un poco más cerca, sus labios a milímetros de los míos— el primero en correrse… pierde.

—¿Y qué tiene que hacer el que pierde? —pregunto, sabiendo que esto no va a terminar bien para ninguno de los dos.

—El perdedor debe cumplir un deseo. Lo que sea que el ganador quiera. —Matías sonríe con esa maldita expresión de «he ganado antes de empezar».

Me quedo un segundo en silencio, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello. Sé que estoy metida en algo de lo que no hay marcha atrás, pero, al mismo tiempo, la idea me excita más de lo que quiero admitir. Antes de poder decir nada, Matías ya está sobre mí, sus manos en mi cintura, deslizándome hacia él.

—Matías... —intento hablar, pero su boca está ya sobre la mía, invadiéndome con su lengua. No hay delicadeza en su beso, es voraz, húmedo, cargado de un hambre que casi me hace perder el control. El sabor de él, mezclado con la sensación de sus dedos firmes moviéndose sobre mi piel, me hacen olvidar todo lo demás.

Sus manos suben por mi espalda, desabrochando mi vestido con una facilidad que me hace temblar. Cada capa de ropa que cae es una barrera menos entre nosotros, y pronto estoy de pie en ropa interior, mientras él me devora con los ojos. Su camisa vuela fuera de su cuerpo, y cuando

me quita el sujetador, veo cómo su respiración se acelera.

—Joder, Marina… —gruñe mientras me empuja hacia la cama, sus manos en mis caderas, quitándome las bragas con una sola mano, con esa precisión casi ofensiva que siempre tiene.

No queda nada entre nosotros. Nada. Y cuando me giro para mirarlo, lo veo tendido sobre la cama, su erección apuntando hacia arriba, hacia su vientre, imponente, oscura y gruesa, marcando claramente cuánto me desea. Me siento desnuda en todos los sentidos, y no puedo evitar morderme el labio, porque, joder, ¿cómo se puede sentir tanta excitación y pudor al mismo tiempo?

Matías me mira con esos ojos que parecen quemarme, su sonrisa desaparecida, reemplazada por algo mucho más crudo, devorándome, como si fuera lo único que importa en su mundo en ese momento. Y joder, me hace sentir poderosa.

—Ven aquí —dice, su voz ronca, oscura—. Siéntate en mi cara, Marina.

Me río, porque, joder, ¿quién dice eso con tanta naturalidad?

—¿Qué? —digo, intentando ganar tiempo.

—Quiero saborearte. Ahora —dice, su tono no deja espacio a dudas.

Y de repente, todo el pudor, las dudas, desaparecen. Matías tiene esa maldita habilidad de hacer que me olvide de todo lo demás cuando me mira así, cuando me toca con tanta intensidad. Subo sobre él, mis rodillas temblando por la anticipación, y me coloco despacio sobre él.

Sus manos en mis caderas guían mi sexo hasta su boca. Siento su aliento caliente justo antes de que su lengua me toque, y un gemido escapa de mi garganta antes de poder contenerlo.

Es un golpe directo, húmedo, caliente. Su lengua se mueve rápida, firme, explorando cada pliegue, cada rincón de mí con una precisión que me desarma. Me arqueo sobre él, agarrando sus hombros con fuerza, mientras él me sujeta por las caderas, moviéndome contra su boca, exigiendo más.

—Joder... —susurro, mi cuerpo arqueándose sobre él.

Pero no me quedo atrás. Bajo la cabeza, envolviendo su erección con mi boca. Lo siento palpitar contra mis labios, grueso, caliente, mientras mis manos recorren su longitud. Matías gime contra mi sexo, y el sonido vibra a través de mi cuerpo como una corriente eléctrica.

El sabor de él, salado, masculino, inunda mis sentidos, y me esfuerzo por mantenerme en control mientras él sigue trabajando en mí, haciendo que cada pensamiento coherente desaparezca.

—Joder, Marina... —murmura, su voz ronca, arrastrada, vibrando contra mi sexo mientras se toma un segundo para lamer a lo largo de mis pliegues, saboreándome como si tuviera toda la maldita paciencia del mundo—. Nunca me canso de ti. Nunca.

La manera en que lo dice, con tanta intensidad, me desarma. No es solo lo que está haciendo, es cómo lo hace. La forma en que sus manos se deslizan de mis caderas hacia la curva de mis nalgas, cómo sus dedos juegan con la yema apenas rozando la piel más íntima, dibujando círculos alrededor del orificio entre mis nalgas. Mi respiración se acelera, y él lo nota. Claro que lo nota.

El calor sube a mis mejillas mientras mi cadera se mueve hacia él en un acto reflejo. Mi mente lucha por decidir si detenerlo o pedirle más, pero mi cuerpo ya ha elegido.

—¿Esto también te gusta? —pregunta en un tono bajo, grave, tan malditamente seguro de sí mismo que me dan ganas de gritarle. Pero mi cuerpo le responde antes de que mi boca pueda hacerlo, y un jadeo se escapa de mis labios.

Matías sonríe contra mi piel. Lo siento. Esa maldita sonrisa arrogante que siempre me vuelve loca, mezclada con una ternura que nunca espera que yo descubra. Presiona ligeramente con su dedo, apenas la primera falange entrando, probándome, y mis caderas se arquean en un reflejo que no puedo controlar. Es un territorio nuevo, un límite que nunca antes había cruzado con nadie. Pero con él… con él no hay límites, solo deseos que no sabía que tenía.

—Relájate, Marina. —Su tono no es una orden, es una promesa. Su otra mano sube por mi espalda, sus dedos firmes agarran mi nuca, guiando mi cabeza hacia abajo para que mi boca lo envuelva de nuevo. Lo hago, sin pensar, con una mezcla de desesperación y entrega.

Lo siento todo. Cada pulso de su cuerpo bajo mi lengua, cada temblor mientras mi boca recorre su longitud, saboreándolo hasta el límite. Pero él no se detiene. Su dedo avanza un poco más, despacio, masajeando y presionando, sincronizado con los movimientos de su lengua sobre mi clítoris, un ritmo que me empuja más y más cerca del borde.

—Matías... —susurro entre gemidos, pero él no me da tregua.

Mi cuerpo se tensa, atrapado entre su boca y su dedo, entre el calor y la presión, entre las palabras que me atraviesan y los movimientos que me consumen. Me estoy desmoronando y él lo sabe. Lo sabe porque me lleva ahí, paso a paso, sin darme tregua, como si estuviera esculpiéndome con sus manos y su lengua.

—No me importa perder —gruñe de repente, su tono más oscuro, más intenso—. Solo quiero hacerte venir, Marina. Una y otra vez, hasta que solo pienses en mí. Hasta que no

recuerdes ni tu nombre.

Sus jadeos se mezclan con los míos, y ambos estamos luchando por no ser los primeros en caer.

Pero es inútil.

Sus palabras me golpean como un rayo, y mi cuerpo responde antes de que mi mente pueda procesarlo. Me arqueo, con un gemido ahogado. Mi orgasmo me destroza en oleadas que no terminan, y mientras me pierdo en el clímax, siento cómo él se tensa, gruñe, y lo inunda todo.

Su semen me inunda la boca de golpe, caliente, denso y salado, llenando cada espacio mientras lo trago sin pensarlo.

No me detengo, dejo que mi lengua recorra cada pulso, cada espasmo, sintiendo cómo late aún con fuerza, temblando bajo mi control.

Me aferro a ese instante mientras él jadea por aire, con los músculos tensos, completamente a mi merced.

—He ganado... —jadea Matías, todavía temblando, su voz ronca, pero con ese maldito tono de suficiencia que me hace querer darle una colleja y besarlo a la vez.

Levanto la cabeza despacio, limpiándome la comisura de los labios con el dorso de la mano, mientras le echo una mirada cargada de sarcasmo.

—Ah, ¿sí? —respondo, arqueando una ceja—. ¿Estás seguro? Porque, desde aquí, parece que los dos hemos salido ganando.

Matías suelta una risa corta, entrecortada, mientras su mano, aún temblorosa, se desliza por mi pierna. Su piel está caliente, todavía palpitante, y aunque él intenta recuperar ese aire de control, sé que le ha costado tanto como a mí.

Me mira un instante más, y de repente, sin decir una palabra, me agarra por la cintura y me gira. En un segundo, estoy de espaldas sobre la cama, sus manos firmes en mi cuerpo.

Siento el calor de su cuerpo cuando se inclina sobre mí, su respiración aún agitada rozando mi cuello.

—No voy a discutir esto contigo —dice, su voz baja, ronca, mientras sigue acariciándome como si fuera el dueño de cada maldito centímetro de mi cuerpo—. Has perdido, Marina, y debes cumplir mi deseo.

Sonrío con rendición. Este hombre me gana absolutamente con todo.

—¿Cuál es tu deseo?

Matías se toma su tiempo, disfrutando de cada segundo mientras me tiene a su completa disposición. Sus manos recorren mis piernas, separándolas con la misma firmeza con la que domina cada palabra. Se acomoda entre mis muslos con esa confianza tan jodidamente suya, y yo... bueno, yo ya no sé si quiero soltarle una pulla o dejar que siga torturándome así.

—Te vas a casar conmigo —repite, esta vez con una sonrisa que apenas logro ver, pero que siento cuando sus labios rozan mi piel por mi cuello, bajando lentamente.

Me quedo congelada por un segundo. ¿Acaba de decir lo que creo que ha dicho? ¿Casarme? El corazón se me acelera, pero no sé si es por la incredulidad o por el calor que aún me recorre el cuerpo después de todo lo que acaba de pasar.

—Te vas a casar conmigo —repite, y esta vez, en lugar de la sonrisa arrogante que esperaba, hay algo más. Algo jodidamente real.

—Espera, ¿me estás diciendo que... que este es tu deseo? —le pregunto, sin poder evitar que mi voz suene más sorprendida de lo que quería. Porque, joder, ¿quién suelta una propuesta así justo después de una sesión de sexo como la que acabamos de tener?

Matías se ríe, pero no es esa risa suya habitual, la de «soy el cabrón que siempre tiene todo bajo control». Esta vez hay algo más suave, más sincero, y me desarma completamente.

—Claro que sí, Marina. —Se inclina un poco más, dejando que su frente roce la mía—. ¿Qué otra cosa iba a pedir? Ya tengo todo lo que quiero. Solo me falta que te quedes conmigo.

Mi cerebro intenta procesarlo. Sé que Matías siempre tiene algún as bajo la manga, pero nunca pensé que el matrimonio fuera su siguiente jugada. No es que no lo hubiera imaginado alguna vez, pero nunca pensé que vendría de esta manera, tan cruda, tan directa.

—Matías, acabamos de… —intento hablar, pero él me interrumpe, y no de la manera que suele hacerlo cuando quiere tener razón. Esta vez su tono es más bajo, más serio, cargado de algo que casi nunca muestra.

—No estoy jugando, Marina —murmura, y puedo sentir la fuerza detrás de sus palabras—. Y no es solo porque acabemos de follar. Es porque estoy jodidamente cansado de fingir que puedo vivir sin ti.

Mis ojos buscan los suyos, y lo veo ahí. Esa mirada que ha mantenido oculta durante años, ese lado suyo que nunca deja ver del todo. El estratega, el hombre que siempre tiene la respuesta a todo, ahora está aquí, vulnerable y sincero.

—Eres tú, siempre has sido tú. —Su voz se quiebra un poco, y eso me deja helada. Matías nunca deja que sus emociones lo desborden, pero ahora... ahora me está mostrando todo—. He estado dando vueltas, intentando avanzar, pensando que podría seguir adelante sin ti. Pero la verdad, Marina, es que nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Nunca he querido a nadie, punto.

Me quedo mirándolo, sin palabras. Esto no es el típico Matías que suelta pullas o juega con su ingenio mordaz para salirse con la suya. Este es Matías, crudo, real, diciendo algo que jamás esperé oír de su boca.

—¿Y si digo que no? —pregunto, más para retarle, porque mi corazón ya está latiendo de una manera que me traiciona.

Su sonrisa se ensancha, esa maldita sonrisa de cabrón que siempre me desarma.

—Entonces te lo seguiré pidiendo hasta que digas que sí —responde con esa calma que solo él puede tener—. No tengo un plan B, Marina. Tú eres mi única opción.

Mi estómago se retuerce con esa mezcla de emoción y miedo que no puedo controlar. Porque joder, sé que lo dice en serio. Y lo peor... lo mejor... es que yo también lo siento.

—Matías... —intento encontrar las palabras, pero no puedo. Porque todo lo que soy en este momento es un jodido lío de emociones.

—No tienes que decidir ahora —murmura, acariciando mi mejilla con la yema de sus dedos —. Solo piensa en ello. Pero quiero que sepas que no voy a ninguna parte. No más huidas, no más estrategias complicadas. Solo nosotros.

El aire se queda suspendido entre nosotros, pesado con todo lo que acaba de confesar. Y me doy cuenta de que esto no es un juego para él. No esta vez.

—¿De verdad no tienes otra cosa que pedir? —susurro, intentando suavizar el momento, pero mi voz suena rota.

—Nada más —responde, inclinándose para besarme en la frente, suave, como si tuviera miedo de romperme—. Te quiero a ti. Eso es todo.

—Será difícil explicar que me pediste matrimonio porque me hiciste correrme primero mientras hacíamos un sesenta y nueve —suelto, tratando de sonar casual, pero la verdad es que mi voz aún tiembla un poco. Joder, esto es demasiado real.

Matías suelta una risa suave, una de esas que le sale del fondo del pecho y que siempre me desarma.

—No te preocupes, ya tengo el discurso del brindis totalmente preparado —dice con esa media sonrisa que me pone de los nervios y me encanta al mismo tiempo.

Le miro de reojo, sabiendo que lo que va a soltar va a ser completamente inapropiado.

—Diré algo así como... «Me costó un triunfo resistirme, porque ella me chupaba la polla como si no hubiera comido en todo el día».

La carcajada me estalla antes de poder detenerla, porque solo él puede hacer que una propuesta de matrimonio se convierta en esto, en una maldita locura. No puedo dejar de reír, las lágrimas asomando en mis ojos mientras él me mira con esa expresión de satisfacción.

—¿En serio? —logro decir, entre risas—. Suena a un brindis inolvidable.

—Estoy aquí para impresionar —contesta, con esa arrogancia encantadora que tanto le caracteriza.

Matías se inclina sobre mí, y su mano recorre mi mejilla con una suavidad que no concuerda con lo que acaba de decir. El contraste entre sus palabras y el toque tierno de sus dedos me deja temblando de nuevo, pero esta vez por razones completamente diferentes.

—¿Eso es un sí, Marina? —dice, bajando la voz hasta que casi es un susurro.

La risa se apaga, y nos quedamos mirándonos, atrapados en ese espacio donde la broma ha dado paso a algo más profundo. Algo que, por más que intentemos ocultar tras el sarcasmo y las pullas, sigue ahí, más real que nunca.

—¿De verdad no tienes otro deseo? —le susurro, intentando mantener la ligereza, pero sabiendo que lo que me está pidiendo es todo. Todo lo que soy, todo lo que podríamos ser.

Matías sonríe, una sonrisa suave, sin rastro de la arrogancia de antes.

—Nada más. Solo tú —responde, y su voz, por primera vez en mucho tiempo, suena desarmada. No hay juegos ni estrategias. Solo él, ofreciéndome todo lo que es, todo lo que siente.

Mi estómago se revuelve. ¿Cómo no iba a sentirme así? Esto no es un simple juego, no más bromas, no más distancias. Es Matías, jodidamente sincero, pidiéndome algo que va más allá de cualquier desafío que nos hayamos lanzado antes.

—Solo por ver la cara de mi madre cuando des tu discurso —respondo, con una sonrisa torcida, intentando mantener el humor a flote mientras una avalancha de emociones me sacude por dentro.

Matías suelta una carcajada suave, de esas que me calan hondo, y sus ojos se iluminan con

esa chispa traviesa que siempre consigue desarmarme.

—Estoy seguro de que será un espectáculo memorable —contesta, acercándose un poco más, su aliento cálido rozando mi piel—. Pero, créeme, para mí, la única que importará en ese momento serás tú.

Joder. Ahí está. Otra vez esa manera de volverlo todo más serio, de atravesarme con su sinceridad. Es un maestro en eso. Y, por primera vez, no intento esquivar lo que dice, no intento esconderme detrás de una broma. Porque lo siento. Lo siento igual que él.

—Sí —susurro, sin sarcasmo, sin bromas. Es un sí tan claro, tan definitivo, que me sorprende lo fácil que ha salido de mis labios. Pero no hay vuelta atrás. Porque lo siento de verdad. Porque, joder, después de todo, es él. Siempre ha sido él.

Matías me mira en silencio, sus ojos oscuros recorriendo cada centímetro de mi rostro, como si estuviera grabando este momento en su memoria. No dice nada al principio, solo asiente lentamente, y en ese gesto veo el alivio, el deseo, el amor. Todo.

Se inclina y me besa, suave al principio, casi con reverencia, pero pronto el beso se vuelve más profundo, más urgente, como si necesitara sentir lo que acabo de decir con cada fibra de su ser. Y yo… yo me dejo llevar. Porque este es mi Matías, el hombre que ha puesto mi mundo patas arriba y que, ahora, me lo está ofreciendo entero.

Este no es un juego. Esta vez es real.

EPÍLOGO

Es Navidad. Nunca pensé que me acostumbraría a este tipo de celebración, llena de risas, luces y caos controlado. Siempre fui más de tenerlo todo bajo control, de mantener las cosas ordenadas, calculadas. Pero ahora… ahora estoy aquí, en el salón de mi casa, rodeado de cajas de polvorones vacías y adornos esparcidos por el suelo, observando cómo todo lo que un día me parecía innecesario se ha convertido en algo esencial.

Para ellas, la Navidad es casi sagrada. No es solo una celebración, es un evento que se vive a lo grande, con todas las tradiciones posibles y más. Marina y Lía llevan semanas preparando todo: el árbol de Navidad más grande que podían encontrar, luces por toda la casa, velas aromáticas, y la cena… Ah, la cena. Con ellas, nada es simple. Si pudieran, convertirían cada rincón en una postal navideña.

Mi móvil vibra. Lo cojo con una ligera molestia. Miro la pantalla y veo un mensaje.

Ah, Hayden, mi hermanastro. De nuevo.

Hayden: *Necesito que vengas a buscarme al aeropuerto.*

Matías: *¿Cuándo llegas? Quiero saber cuánto tiempo tengo antes de que conviertas mi vida en un circo.*

Hayden: *Oh, ¿es esa tu forma de decir que me echas de menos? Qué conmovedor. Pensaba que eras más seco, pero resulta que también tienes emociones.*

Matías: Sí, claro. El día que me preocupe por ti será el día que las vacas vuelen. Estoy preguntando para preparar a la pobre gente de aquí. No están listos para tu nivel de gilipollez.

Hayden: *Aterrizo el viernes. ¿Me recomiendas un hotel? Nada de cutreces, Matías. Que me conozco tus pintas de ejecutivo aburrido.*

Matías: *Prueba el Ritz. A ver si estando en un sitio con clase se te pega algo. Pero no te preocupes, les diré que te den una habitación con barandilla en el balcón, para que no te caigas.*

Hayden: *Qué considerado. Pero la última vez que miré, el único que andaba por los suelos eras tú. Ya sabes que, si tengo que pisar unas cuantas cabezas para estar por encima, ya sabes que lo haré encantado.*

Matías: *Pisarte la cabeza a ti sería mucho más entretenido.*
Pero tranquilo, tengo suficiente paciencia para verte dar lecciones mientras usas corbatas con nudos torcidos. ¿Sigues sin saber cómo hacer uno decente?

Hayden: *¿Y tú sigues sin saber cómo relajarte? Si necesitas clases de cómo ser el alma de una fiesta, no tienes más que pedirlo. Aunque, claro, hay que empezar con lo básico: ¿tienes ropa que no sea de funerales?*

Matías: *A mí no me hacen falta andar de fiesta en fiesta fingiendo que hago algo productivo. Pero eh, cada uno tiene sus talentos.*

Hayden: *Ah, sí, como tu talento para complicarte la vida. ¿Qué tal te va con tu romance de película? ¿Ya te ha dejado otra vez o necesita un poco más de tiempo?*

Matías: *¿Estás dando consejos de relaciones ahora? Tú, que no has conseguido tener algo serio en toda tu vida. Ver para creer.*

Hayden: *Al menos, no hago que las mujeres se arrepientan al día siguiente.*

Matías: *Al menos, mis ex no necesitan terapia después de estar conmigo.*

Hayden: *Por cierto, he estado echando un vistazo a tu plantilla. ¿Alicia Torres? ¿Estudió en UCLA durante el 2019?*

Matías*: ¿Qué te importa? ¿Vas a darles tu famoso curso intensivo de cómo ser un gilipollas funcional?*

Hayden: *Solo preguntaba. Resulta que me suena... mucho.*

Matías*: Pues no te emociones. Aquí venimos a trabajar, no a que revivas tus noches de gloria.*

Hayden: *Ya, ya. Seré un niño bueno, Matías. Bueno, más o menos. Nos vemos el viernes. No te olvides de ir a recogerme.*

Dejo el móvil a un lado con más fuerza de la necesaria. No pienso ir. Claro que no. Hayden tiene ese don sobrenatural de tocarme las narices incluso a kilómetros de distancia, y no voy a darle el placer de verme haciendo de chófer.

Seguro que aparecerá en el Ritz con su sonrisa de idiota encantador y ese aire de demonio fascinante. Porque claro, Hayden no pisa cabezas, las aparta con una educación insultante mientras sigue avanzando. Es como un desfile de ego con patas.

Lo peor es que, aunque sea un grano en el culo, también es el mejor en su campo. Y, siendo sinceros, su ayuda va a ser clave para cerrar lo que se viene. Claro que conseguir que siga las

reglas será otra batalla completamente distinta.

*****

Vuelvo mi atención a lo que realmente importa.

Miro a Lía, que sigue enfrascada en su libro, como si el mundo a su alrededor no existiera. Es un pequeño genio, no porque lo diga yo, sino porque lo es de verdad. Siempre tiene una respuesta para todo, y no sé si eso me fascina o me aterra. Probablemente ambas cosas. Me recuerda demasiado a Marina en su forma de hablar: rápida, ingeniosa, como si siempre tuviera la última palabra en la lengua.

—¿Qué tal te fue hoy, Rory Gilmore? —le pregunto, usando ese apodo que adopté cuando vi la dinámica entre madre e hija que tienen ellas dos. No es una relación típica. Es más… una conversación constante, una carrera de ingenio.

Lía me lanza una sonrisa traviesa sin levantar la vista del libro.

—Me fue bien, Luke Danes. —Sonríe, porque sabe que odio que me compare con ese tipo serio y siempre malhumorado—. Aunque aún no soy tan adicta al café como mamá, por si eso te preocupa.

—No me preocupa. —Dejo el periódico a un lado y cruzo los brazos—. Lo que me preocupa es que sigas insistiendo en que yo soy Luke. Soy mucho más simpático. Más abierto.

—Claro. Súper simpático. Nadie es más accesible que tú cuando te piden que hables de tus emociones.

Me río, porque la jodida tiene razón. Marina ha sido la única que ha logrado rascar bajo la superficie. Y Lía… bueno, ella ha tenido diez años para aprender de la mejor.

—Así que... ¿apuestas a que no llama este año tampoco? —pregunta Marina, sentándose en sofá junto a nosotros y echando la cabeza hacia atrás, con una sonrisa traviesa en los labios.

—Yo diría que, si sobrevivió a la última gala de Supervivientes, seguro que aguanta hasta febrero sin acordarse de que existo —responde Lía, encogiéndose de hombros como si hablara de algo tan trivial como qué cenar esa noche.

Ahí está la pulla sobre Sergio. De alguna manera, desde que se fue al maldito programa de televisión y se convirtió en famosillo de segunda, ha logrado olvidarse de que tiene una hija. Bueno, olvidarse no, pero llamar no es precisamente su fuerte. Y este año… bueno, parece que la aventura televisiva ha hecho que su calendario paternal esté más desorganizado que nunca.

—Puede que lo pongan como reto en la próxima edición. «Llamar a tus hijos y mantener una conversación de más de cinco minutos». Seguro que Sergio se queda en la primera ronda —bromea Lía, mientras se estira en el sofá, con ese toque de indiferencia cómplice que me hace reír.

—Cinco minutos es demasiado tiempo —dice Marina, lanzándome una mirada cómplice—. Apostemos. Yo digo que no llama hasta marzo, cuando ya se le haya pasado la resaca postfama.

—Marzo me parece generoso —respondo, disfrutando del juego—. Yo apuesto por abril o mayo, cuando descubra que su agente le ha conseguido una segunda aparición en algún programa de entrevistas.

—Por favor —se burla Lía—, en abril ya ni se va a acordar de mi nombre. Para entonces estará diciendo que solo tiene tiempo para el arte o algo así. Seguro que en su próxima entrevista menciona que el amor paternal limita su libertad creativa.

A veces me olvido de que es solo una niña, hasta que dice algo como eso y me doy cuenta de que pese a que se lo toma con humor le debe doler y lo sé mejor que nadie, entonces de alguna forma yo trato de ocupar el espacio que ese imbécil deja para ella y darle mucho más de lo que se merece que ya es mucho.

—Lo que está claro —digo, alzando la voz mientras me acerco a Marina y Lía—, es que aquí somos todos unos auténticos supervivientes. Y, la verdad, no me importa si Sergio llama o no, porque en esta casa ya lo tenemos todo.

Somos un jodido equipo. Ellas dos son mi mundo. No puedo evitar sentir una ola de orgullo. Y sé que, en el fondo, Lía está bien con lo que tiene. Con nosotros.

Ella me mira, y luego a Marina, antes de soltar su última frase rápida y mordaz del día:

—Bueno, papá, a ti Supervivientes se te habría quedado pequeño. Lo tuyo es más bien nivel Dios.

Y ahí está, yo soy su padre. Y eso no puede hacerme sentir más orgulloso.

Lía vuelve a centrarse en su libro como si nada hubiera pasado, como si no hubiera soltado una de esas frases que te dejan pensando en lo rápido que crece y lo jodidamente lista que es.

Me giro hacia Marina, que está recostada en el sofá, con una sonrisa divertida en los labios mientras me mira.

—Nivel Dios, ¿eh? —bromea, levantando una ceja—. No te lo vayas a creer demasiado.

—Oh, tarde —respondo, con esa seguridad que sé que la hace rodar los ojos—. De hecho,

estoy pensando en añadirlo a mi currículum. Matías Hunter: empresario, genio y padre a nivel Dios.

Marina suelta una carcajada, esa que me hace sentir como si todo en mi mundo estuviera exactamente donde tiene que estar. Luego, sin previo aviso, se inclina hacia mí y me planta un beso rápido en los labios.

—Es verdad, eres lo más —dice, sarcástica, aunque lo suficiente cariñosa como para que suene real—. Pero no te emociones, que aún tenemos que sobrevivir a la cena de Navidad con mi madre.

La cena con su madre, que ahora insiste en que debemos tener un hijo. Esa mujer nunca está satisfecha y las veladas con ella siguen siendo una prueba de fuego. No para Marina. Para mí. Y ahora también se junta mi madre con nosotros y ellas dos juntas hacen un tándem de presión increíble.

—Voy a necesitar algo más fuerte que polvorones para pasar esa cena —murmuro.

Lía nos mira de reojo por encima de su libro y sé que en cualquier momento soltará algo que hará que nos riamos todos, porque así es ella. Es increíble cómo puede desarmarnos con una simple frase.

—Tranquilo, papá. Solo respira. Y si todo falla, siempre puedes fingir que tienes una llamada importante. Ya sabes, nivel Dios.

Sonrío, negando con la cabeza mientras las dos mujeres de mi vida se ríen juntas. Esta es mi vida ahora. Justo lo que necesitaba. Justo donde quiero estar. Con ellas. Con mi familia.

Marina se inclina para recostarse sobre mí, sus dedos entrelazados con los míos, y mientras las luces del árbol de Navidad parpadean a nuestro alrededor, pienso que, joder, tal vez tenga razón. Tal vez esto sea nivel Dios.

Y no lo cambiaría por nada. Aunque… bueno, hace tiempo que Marina no toma la píldora y sus reglas siempre han sido irregulares, pero no tanto como este mes…

Me quedo mirando el techo por un segundo, dejando que esa posibilidad se instale en mi mente. Sonrío para mí mismo.

Definitivamente, nivel Dios.



¿Matías te robó un suspiro? ¿Marina te arrancó una carcajada? ¡Cuéntamelo todo!

Me encantaría saber qué te ha parecido esta historia.

Escanea el QR, deja tu valoración en Amazon y ayúdame a que más lectoras descubran este libro.

AGRADECIMIENTOS

A vosotras/os, mis lectoras/es, las auténticas/os protagonistas.

Es imposible no sentarme aquí, escribir esto y querer abrazaros a todas. Porque lo que habéis conseguido, lo que hemos conseguido juntas, no es solo un sueño cumplido. Es una conexión, una complicidad que no se puede explicar con palabras, aunque lo intento en cada libro.

Cuando publiqué *Un mundo de diferencias* y *Una noche sin reglas*, os confieso que lo hice con la misma expectativa que tiene un gato al intentar cazar su propia sombra:

«Bueno, lo intentaré, pero no pasará nada».

Pensé que serían dos historias más en el mar infinito de Amazon, donde los libros entran con una tímida ola y se pierden para siempre en la marea. Pero, claro, vosotras teníais otros planes.

Aquí estoy, dos meses después, viendo cómo esos dos libros siguen dando guerra en el **Top 100**, acumulando más de **1000 valoraciones cada uno** (¡MIL, señoras, MIL!), y preguntándome si estoy soñando o si me he caído de cabeza en un universo paralelo donde la magia existe. Porque esto, para mí, es mágico. Increíble. Algo que jamás hubiera imaginado.

Habéis hecho que dos historias que escribí con más ilusión que expectativas se conviertan en algo enorme. Habéis reído, suspirado, soltado algún «qué cabrón este Jake» (o Daniel, o quien corresponda) y, sobre todo, habéis leído. Habéis leído con ganas, con intensidad, con pasión. Habéis recomendado los libros, comentado con vuestras amigas, dejado reseñas (algunas que me hicieron llorar y otras reír a carcajadas) y habéis hecho que mi nombre esté ahí, al lado de autoras que siempre he admirado.

Este éxito, si se puede llamar así, es vuestro.

Sin vosotras, sin cada una de esas lecturas, sin cada clic en «añadir a mi Kindle», sin cada reseña y cada mensaje de ánimo, esto no habría pasado. Así que sí, esto os lo debo a vosotras. Todo. No hay forma de agradeceros lo suficiente por haberme dado la oportunidad de formar parte de vuestras vidas, de vuestras noches de insomnio, de vuestros viajes en metro, tren o avión o de esos momentos robados entre el café y el trabajo.

Así que gracias. Gracias por confiar en estas historias, por darle una oportunidad a una autora que solo esperaba no hacer el ridículo y, en cambio, ha encontrado un lugar entre vuestras

estanterías (virtuales o físicas). Gracias por hacerlo posible y por convertiros en cómplices de este sueño que nunca me atreví a soñar del todo.

Esto no es un adiós, claro. Es un «vamos a por más». Os prometo seguir dando lo mejor de mí en cada palabra, en cada página, porque después de lo que me habéis dado, no os merecéis menos.

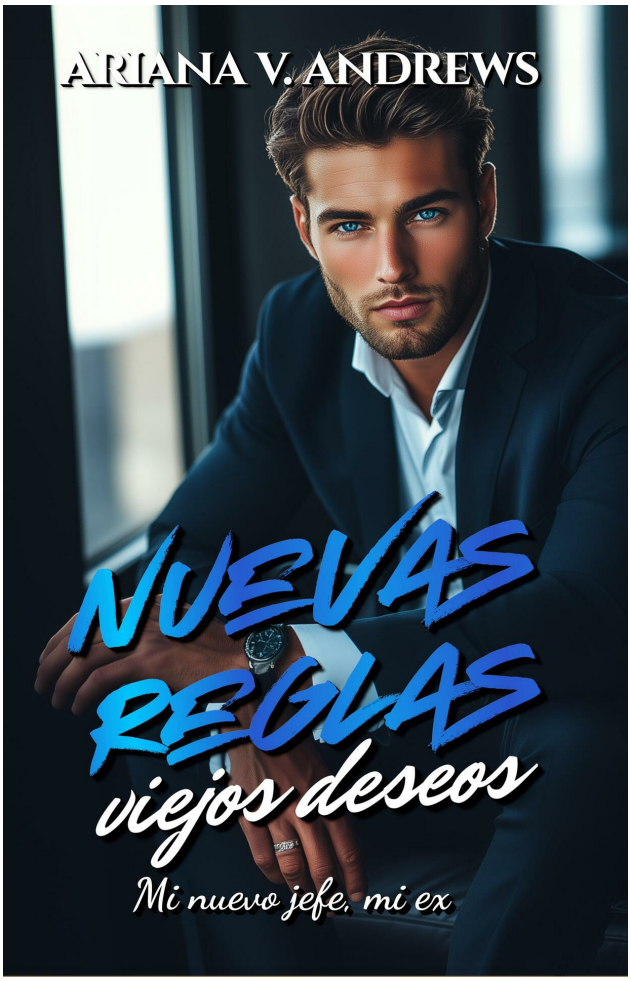
No os olvidéis de seguirme en mi página de Amazon si queréis enteraros de las próximas publicaciones, ofertas o promociones, podéis hacerlo desde el siguiente QR y dándole al botón de seguir bajo mi nombre:



Con todo mi cariño,

Ariana

PRÓXIMAMENTE



Imagina que te despiertas en una suite del Ritz sin recordar con quién te acostaste, y lo peor es que podría ser tu jefe.

Alicia es brillante, sarcástica y tiene un don para mantener a raya a cualquier hombre. Pero todo su control se va al traste tras la cena de empresa, cuando despierta en una suite del Ritz, con un dolor de cabeza monumental, un botón ajeno entre las sábanas y una laguna mental del tamaño del Everest.

¿Fue Javier, el guapo pero insoportable del departamento de Marketing? ¿Carlos, el tímido y algo raro de Contabilidad? ¿O, Dios no lo quiera, Hayden Hunter, su jefe, su ex y el hombre que le rompió el corazón?

Hayden no es únicamente el hombre más irritante y arrogante que conoce, sino también el único que puede competir con ella en inteligencia, sarcasmo y en la cama. Ahora, además de tener que

liderar con él la expansión de la empresa en Europa, Alicia se ve atrapada entre el odio, el deseo y secretos del pasado que nunca quiso enfrentar.

Todo se convierte en un juego de poder, pasión y enfrentamientos explosivos. Alicia tiene claro que no dejará que Hayden la controle, pero él parece igual de decidido a demostrarle que, cuando se trata de ellos dos, no hay reglas que valgan.

Una comedia romántica sexy, sarcástica y llena de giros inesperados. Si te gustan los diálogos mordaces, las protagonistas con carácter y los ex que no saben cuándo rendirse.